

The Project Gutenberg EBook of Peñas arriba, by José María de Pereda

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Peñas arriba

Author: José María de Pereda

Release Date: January 2, 2008 [EBook #24127]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK PEÑAS ARRIBA ***

Produced by Chuck Greif

Peñas arriba

José María de Pereda

Dedicatoria

A la santa memoria de mi hijo Juan Manuel

Hacia el último tercio del borrador de este libro,
hay una cruz y una
fecha entre dos palabras de una cuartilla. Para la
ordinaria curiosidad
de los hombres, no tendrían aquellos rojos signos gran
importancia; y,
sin embargo, Dios y yo sabemos que en el mezquino e
spacio que llenan,
cabe el abismo que separa mi presente de mi pasado;
Dios sabe también a
costa de qué esfuerzos de voluntad se salvaron sus
orillas para buscar
en las serenas y apacibles regiones del arte, un re
fugio más contra las
tempestades del espíritu acongojado; por qué de qué
modo se ha terminado
este libro que, quizás, no debió de pasar de aquell
a triste fecha ni de
aquella roja cruz; por qué, en fin, y para qué decl
aro yo estas cosas
desde aquí a esa corta, pero noble, falange de cari
ñosos lectores que me
ha acompañado fiel en mi pobre labor de tantos años
, mientras voy
subiendo la agria pendiente de mi Calvario y dicién
dome, con el poeta
sublime de los grandes infortunios de la vida, cada
vez que vacila mi
paso o los alientos me faltan:

«Dominus dedit; Dominus abstulit.
Sicut Domino placuit, ita factum est».

J. M. DE PEREDA

Diciembre de 1894.

I

Las razones en que mi tío fundaba la tenacidad de su empeño eran muy juiciosas, y me las iba enviando por el correo, escritas con mano torpe, pluma de ave, tinta rancia, letras gordas y anticuada ortografía, en papel de barbas comprado en el estanquillo del lugar. Yo no las echaba en saco roto precisamente; pero el caso, para mí, era de meditarse mucho y, por eso, entre alegar él y meditar y responderle yo, se fue pasando una buena temporada.

La primera carta en que trató del asunto fue la más extensa de las ocho o diez de la serie. Temía colarse en él de sopetón, y me preparaba el camino para sus fines, «tomando las cosas desde muy atrás, y como si nos tratáramos entonces, aunque de lejos, por primera vez».

«Mucho le estorbaba la pluma entre los dedos», y bien lo revelaban la rudeza de los trazos, la desigualdad de las letras y las señales de más de un borrón lamido en fresco o extendido con el canto de la mano; «pero con paciencia y buena voluntad se vencían los imposibles».

«Tus abuelos paternos--me escribía--, no lograron otros hijos que tu padre y yo. Yo fui el mayorazgo, y como tal, aquí a

rraigué desde el
punto y hora en que nací. Tu padre, como más necesi-
tado, echóse al
mundo, y rodando mucho por él, adquirió buenos caud-
ales y una mujer que
no había oro con qué pagarla. De esta traza me la p-
intó cuando vino a
darme cuenta de sus proyectos matrimoniales, y a to-
mar posesión, en pura
chanza, de la pobreza que le correspondía por heren-
cia libre de tus
abuelos. Fuese a los pocos días de haber venido, y
no he vuelto ni
volveré a verle más en la tierra. Dios le tenga en
eterno descanso.

»También yo me casé andando los días, y tuve mujer
buena, e hijos que el
Señor me iba quitando a medida que me los daba. Con
el último de ellos
se llevó a su madre. ¡Bendita y alabada sea su divi-
na voluntad, hasta en
aquello con que humanamente nos agobia y atribula!
Como aún no era yo
propiamente viejo y me sentía fuerte, y en estas an-
gosturas y asperezas
del terruño hallaban pasto y solaz abundante las co-
rtas ambiciones de mi
espíritu, aprendí a arrastrar con valentía la cruz
de mis dolores, y
hasta logré olvidarme, tiempo andando, de que la ll-
evaba auestas:
vamos, que me hice a la carga, y volví a ser el hom-
bre de buen contentar
y apegado a la tierra madre como la yedra al morio.
De tarde en tarde
nos escribíamos mi hermano y yo, y de este modo sup-
o él mis venturas y
desventuras, y yo tu nacimiento y el de tu hermana,
el casamiento de
ésta después con un americano rico que se la llevó
a su tierra, la

muerte de tu madre y los rumbos que tomabas con los libros de las aulas, según ibas esponjándote y haciéndote hombre.

»Una vez dio en faltarme carta vuestra más de lo acostumbrado, que era bien poco, y la primera que tuve al cabo de los meses fue tuya y para decirme que tu padre se había muerto de un tabardillo enconado, o cosa por este arte. Ausente tu hermana y cargada de familia y de bienes en la otra banda, quedábaste solo en la de acá, y aticuenta que en el mundo, aunque con medios de fortuna para bracear a tus anchas en él. Lo mismo que yo, salvo la comparanza de gentes y lugares. Te brindé con éste mío, desconfiando mucho, en verdad se diga, de que me quisieras el envite, hecho de todo corazón, porque barruntaba tu modo de vivir y conocía tu estampa por retratos que me habías ido mandando. Ni el uno ni la otra se amañaban bien con la pobreza y rustiquez de estos andurriales; me parecía a mí. Y no iba el parecer fuera de camino, porque eso resultó de tu respuesta, bien desentrañadas sus finezas y cortesías. Desde entonces fueron peras de a libra las cartas entre nosotros dos. Tú corriendo la Ceca y la Meca, y yo firme y agarrado a estos peñascales como barda montuna. Y así hemos ido tirando tan guapamente: tú sin acordarte dos veces al año del santo de mi nombre, y yo sin apurarme por ello cosa mayor, porque mientras tuve salud, tuve alegría, y a la luz de ella me tenía por bien acompañado con vivir entre estas gentes y estos riscos y

hasta sus alimañas, que me parecían ya, a fuerza de
verlos y palparlos,
carne de mis huesos y sangre de mis propias venas.
Pero tú eras mozo y
tenías mucho tiempo y mucha tierra por delante; yo
viejo y con muy pocas
fantasías en la cabeza, y no sobrado de calor en la
masa de la sangre;
los muchos años hicieron al cabo una de las tuyas,
y ayer mañana, como
quien dice, una pizca de nada, un sorbo de leche má
s de los
acostumbrados, el aire de una puerta, el aletazo de
un mosquito, me
acaldó en la cama. Tardé en salir de ella, y salí c
omo para entrar en la
sepultura. El roble se bamboleaba como si le faltara
a la tierra que le
sostenía, o se te despegaran de ella las raíces, o
no pudiera con el
peso de su propio ramaje. Ya me dan anseos las cuest
as arriba con solo
mirarlas, y la mano que ayer venteaba gustosa el ap
ero o el hacha con
que yo me entretenía en la tierra de labor o en la
espesura del monte,
hoy me pide el paluco del tullido, como el puntal d
e sostén el jastial
resquebrajado; y lo que es peor que todo ello, que
el ánimo va cantando
al son de la osamenta que se descuajaringa y no pue
de ya con el pellejo.
En suma, hombre: que en un dos por tres, y cuando m
enos lo esperaba, di
el bajón que había de dar más tarde o más temprano.
Es de ley que la
tierra llame a lo que es suyo, y a mí no cesa de ll
amarme unos días
hace. No te diré que tenga miedo, propiamente miedo
, a ese vocerío que
no calla día ni noche; pero es la verdad que a esta
s horas quisiera

verme algo más acompañado de lo que me veo en la soledad en que me hallo. Soledad digo, porque con estar cada cosa de estos lugares en el punto en que siempre estuvo, y con ser estas buenas gentes lo que siempre fueron para mí, ahora resulta que tengo codicia de algo que me llegue más adentro que todo ello, por lo mismo que lo hay y sé por dónde anda. Sí, hombre, sí: has de saberte que toda la ley que tuve a mis hijos, y a su madre, y a tu padre, y a los míos, y que por tantos años ha estado como dormida en lo más hondo del corazón, se me ha despertado de repente, cebando su hambre envejecida en la única carne de la nuestra que conoce: en ti, para que lo sepas de una vez. Porque tu hermana, a la distancia que está de nosotros, es para el caso como si ya no viviera, y no quiero tener por de la casta nuestra a dos sobrinos segundos míos, por parte de mi madre: dos bigardones de mala catadura y peor vivir. Hace no mucho tiempo bajaron de su pueblo a pedirme «algo», a tales horas y en tales términos, que tuve que darles el «Dios vos ampare» con la escopeta echada a la cara. Primera y única vez que los he visto.

»Pues bueno, y para fin y remate del camino que traigo y ya me cansa: creo que si tú te animaras y me dieras el regalo de tu compañía en esta casona, el vocear de la tierra me sería más llevadero. No hay cosa mayor con qué tentarte entre estos solitarios despeñaderos, a ti que estás avezado a las pompas y regalos de la corte; pero a

todo se hacen los
hombres cuando se empeñan en ello, sin contar con q
ue también aquí hay
su sol correspondiente; y aunque es cierto que tard
a un poco por la
mañana en trasponer los picachos que rodean el luga
r, una vez arriba
alumbra y calienta y regocija el ánimo como el sol
más majo de
cualquiera parte. Además, tu destierro no podría du
rar mucho por razones
que yo me sé; y por último y finiquito, con salir d
e él en cuanto no
pudieras resistirle, estaba el cuento acabado para
ti.

»Ítem más: tengo ciertos planes en el magín, que me
dan mucho que hacer.
¿Qué hombre anda sin ellos en mi caso? No tengo her
ederos forzosos, y no
deja de haber en casa algo que echar a perder de mi
propia pertenencia;
algo que irá a parar Dios sabe adónde, si en mis úl
timas y postreras no
topo al alcance de la vista con un ser que me haga
un poco de cosquilleo
en las entretelas del corazón.

»Por supuesto, que no trato de encender tu codicia
con estas indirectas.
¡A buena parte iría! Pero es bien que todo se estip
ule y se tenga
presente en horas como las que han empezado a corre
r para mí.

»En fin, hombre, ánimate a venir por acá; y si no p
uedes hacerlo por
gusto, hazlo por caridad de Dios.»

Menos lo del «bajón» y sus consecuencias, todo lo q
ue mi tío me contaba
en esta carta me lo tenía yo bien sabido; y sabía t

ambién, por lo que se deducía fácilmente de su anterior y escasa correspondencia con nosotros y lo poco que me había dicho mi padre, que su hermano Celso era un hombre campechano, de escasas letras y excelente corazón, agudo de magín y un tanto marrullero, como buen montañés, y más cuidadoso del cultivo y prosperidad de sus tierras y ganados, que del fomento de su cariño a la familia que le quedaba; dejadez que a ratos tocaba en una indiferencia que parecía rayana del absoluto olvido. Menos que de mi tío sabía yo de su tierra nativa y de nuestra casa solar, no tanto por culpa de mi poca curiosidad sobre estos particulares, como por obra de una de las flaquezas más salientes de mi padre. Le llamaban más la atención los apellidos que las condiciones personales de «los nuestros»: así es que al preguntarle por la vida y milagros de cualquiera de ellos, en lugar de responder derechamente a la pregunta, se encaramaba en la copa del árbol genealógico de la familia, y gateando de rama en rama hacia abajo, no paraba hasta dar, lo que menos, con la pata del Cid, si es que se conformaba con eso. De sus padres sólo pude sacar en limpio, en las diferentes veces que le pedí noticias sobre ellos, que habían sido el entronque de la casa «única» de los Ruiz de Bejos, de Tablanca, con la de los Gómez de Pomar, la más ilustre de las de Promisiones. Pocos caudales, eso sí, por parte de estos últimos principalmente, es decir, por la de mi abuela paterna, que sólo aportó al mat

rimonio unas gargantillas y unas arracadas de coral, dos relicarios de plata con una astilla de la Vera-Cruz, y un hueso de Santa Felicitas, respectivamente; tres mudas de ropa blanca, dos mantelerías de hilo casero, una cadena de oro cordobés, el vestido de gala con que se casó, y otro a medio uso para todos los días. Por parte de mi abuelo ya fue cosa muy diferente. Nuestra casa de Tablanca ejercía en todo el valle, por virtud de su condición benéfica amén de ilustre, cierto señorío indiscutible y patriarcal, y era el paradero obligado de todas las personas notables que pasaban por allí, incluso los obispos. Solamente en lo que recordaba mi padre, se habían hospedado dos en ella: el de Santander y el de León. Para estos y otros parecidos menesteres había en arcas y alacenas buena provisión de sábanas y mantelerías superiores, maciza y abundante plata de mesa y hasta dos colchas de damasco y un crucifijo de marfil y ébano. Nada faltaba allí de lo que no debía de faltar en la casa de una familia como la nuestra. Pero de su situación, de su forma, de su amplitud, de sus comodidades, ni una palabra: a lo sumo, que era grande, con solanas, escudo nobiliario y accesorias. Del terreno en que estaba enclavada y sus aledaños, de las condiciones y aspecto del paisaje, de su clima, de sus recursos para la vida algo más que animal, de las costumbres de sus habitantes, era ocioso inquirir cosa alguna por informes de aquel buen señor, que con estar tan pagado de su estirpe y pon

er en los cuernos de
la luna los blasones de su casa y la tierra en que
había nacido, sólo
una vez y muy de prisa volvió a ella después de haberla abandonado,
aunque por imperio de la necesidad, siendo muchacho todavía. Se
remontaba a lo más alto de cuanto había oído y leído sobre aquella
empingorotada región de la cordillera cantábrica, y era de ver cómo se
las había, primeramente, con los celtas, nuestros supuestos
progenitores, y se descolgaba enseguida de allí para enzarzarse mano a
mano y como quien ventila y justiprecia ordinarios y corrientes asuntos
de familia, con aquellas tribus montaraces, con aquel cántabro feroz que
pasó los Alpes y luchó con Aníbal contra Roma y derrotó a Escipión en el
Tesino. Después hablaba de Augusto y sus legiones, venidos a Cantabria
expresamente para someternos al yugo romano; de que tal era nuestro
empuje, tal «nuestro» valor y tal «nuestro» apego a la independencia,
que el César había necesitado seis años para triunfar en un empeño que
le había parecido obra de pocos días; de los horrores de esta guerra
bárbara entre inaccesibles peñascales y profundos y sombríos barrancos,
donde rugían las aguas tintas en la sangre de «los nuestros» y de los
aguerridos legionarios. No faltaba lo de las madres que durante la
guerra mataban a sus pequeñuelos para no verlos esclavos de los
triunfadores extranjeros, ni lo de la muerte en cruz de tantos mártires
entonando himnos de libertad entre maldiciones al c

onquistador, y con
todo esto, un sinnúmero de pormenores sobre el tipo
y las costumbres de
sus héroes, pormenores que yo hubiera querido sobre
la tierra que
habitaron, tal y como era en mis días. Lejos de ell
o, sólo dejaba los
cántabros para mezclar a sus sucesores en la epopey
a de Covadonga o en
los líos de los «Bandos» de Castilla; y ya puesto a
quí con los
ditirambos a sus ínclitos «antepasados», recorría c
on ellos las cinco
partes del mundo, hasta no saber por dónde se andab
a, ni yo tampoco.
Porque sobre estas materias tenía mi padre una erud
ición abundante, pero
un tanto sospechosa, obra de una voracidad que entr
aba con lo cierto lo
mismo que con lo fantástico, por apego tenaz, aunqu
e meramente
platónico, a las cosas de su tierra.

De esta manera sabía yo de ella, al recibir la cart
a de mi tío, poco más
de lo que se sabe, por conjeturas o por comparación
, de otras semejantes
que se han visto «al pasar», y muy de prisa.

Entre tanto, yo había cumplido ya los treinta y dos
años; hacía seis que
era doctor en ambos derechos, aunque sin saber, por
desuso de ellas,
para qué servían esas cosas; más de siete que campa
ba por mis respetos,
y me daba la gran vida con el caudal que había here
dado de mi padre.
Porque de mi madre no heredé un maravedí. Fue una g
ranadina muy guapa,
hija de un magistrado de aquella Audiencia territor
ial. La conoció mi
padre andando por allá una temporada, ocupado en ne

gocios de minas, y se
casó con ella de la noche a la mañana. El magistrad
o era viudo y pobre,
y se murió dos años después de la boda de su hija.

Debo a Dios, entre otras muchas mercedes, la de un
temperamento
singularmente equilibrado de humores, que me ha per
mitido atravesar por
las más peligrosas asperezas de la vida, sin dejar
entre ellas la menor
tira del pellejo. Muy pocas cosas me han llegado al
alma, y rara vez me
he apasionado por la mejor de ellas. Esta ha sido m
i mayor fortuna en
medio de la libertad y de la abundancia en que viví
, siendo niño mimado
y consentido, mientras fui «hijo de familia», y ric
o y desligado de toda
traba en cuanto quedé huérfano de padre y madre y m
e declaré «mozo de
casa abierta». En estas condiciones y con un temper
amento más
apasionado, sabe Dios lo que hubiera sido de mí y d
e mi dinero. Así y
todo, no acrecenté el heredado de mi padre, y hasta
le mermé en una
buena tajada, porque no todos los tiempos corrían i
guales para el vil
ochavo; y yo, aunque sin perder de vista lo útil qu
e es este ingrediente
para vivir a gusto entre los hombres, no había naci
do para esclavo de él
y tenía muy arraigadas aficiones que no eran barata
s. Me gustaba viajar,
y viajaba mucho dentro y fuera de España; me gustab
a el llamado «gran
mundo» o «alta sociedad», y la frecuentaba en sus s
alones, en los
teatros, en los paseos y hasta en los balnearios de
moda, y en el
deporte; me gustaban las Bellas Artes, aunque consi

deradas

principalmente como artículo de lujo, y compraba cuadros y esculturas en las exposiciones; me gustaban ciertos hombres de la política y de la literatura, no por políticos ni por literatos precisamente, sino por la resonancia de sus nombres y el atractivo de sus conversaciones, y frecuentaba su trato y los acompañaba en sus círculos y en sus banquetes y en sus tertulias y francachelas... hasta me gustaban los toreros a cierta distancia, y a cierta distancia cultivaba la amistad de algunos de ellos.

Todo esto, y otro tanto más que de ello se sigue por ley forzosa, al fin y a la postre resultaba caro y producía hondos desgastes, si no del pellejo, cuando menos de la sensibilidad moral, aun tratándose de un mozo como yo, que en ningún cuadro aspiró a ser figura de primer término, ni a levantar media pulgada sobre la talla común de la masa de espectadores; y esto, no por virtud, sino por exigencias de mi temperamento.

Es muy de notarse que en la afición más acentuada de todas las mías, la de los viajes, me seducía mucho más el artificio de los hombres que la obra de la Naturaleza. Como buen madrileño, amaba a Madrid sobre todas las cosas de la tierra, y después de Madrid, a sus similares de España y del extranjero: las más grandes y más alegres capitales del mundo civilizado. Lo que quedaba entre unas y otras, me t

enía sin cuidado, y
pasaba sobre ello, para ir adonde fuera, como insen-
sible proyectil que
lleva el paradero determinado desde su punto de ori-
gen. Hijo y habitante
de tierra llana, los montes me entristecían y los c-
ielos borrosos me
acoquinaban. Una vez sola había estado en la capita-
l montañesa,
disfrazando con el deseo de pisar «la tierra de mis
mayores», como diría
mi padre, la tentación de veranear en aquel puerto
que comenzaba a ser
«elegante». Atravesando en ferrocarril la cordiller-
a cantábrica casi por
encima de las fuentes del Ebro, recordé que «por al-
lí», no sabía si a la
derecha o a la izquierda, debía de andar mi casa so-
lariega, en algún
repliegue de aquellos montes encapuchados de neblin-
as y ceñidos de
negros robledales. Y no tuvo entonces mayor resonan-
cia que ésta en mi
corazón el tan cacareado «grito de la sangre». Días
después, y desde una
de las alturas que dominan la ciudad, un santanderi-
no, práctico en ello,
me nombraba, señalándolos con el dedo, cada picacho
y cada monte de la
grandiosa cordillera que empieza al Oriente en Cabo
Quintres y Galizano
(la cola del enorme reptil), y acaba al Occidente m-
etiendo entre las
nubes los Picos de Europa (su cabeza).

Después, al trazar en el aire con el mismo dedo el
curso de cada río de
los que en ella nacen y por el fondo de sus negras
barrancas se
despeñan, llegó a encararse al Oeste; y marcando tr-
es rayas casi
verticales, me nombró el Saja, el Nansa y el Deva;

y allí le atajé yo
con el pensamiento, diciéndome a mí propio: «Junto
a uno de esos tres
ríos (creo que el Nansa), más arriba o más abajo, debe
de andar el solar
de mis mayores.» Y a esto solo se redujo, por segunda
vez, «el grito de
la sangre» que llevaba en las venas. Como decoración,
me enamoraba aquel
rosario de escalonadas montañas que de Este a Oeste
por el Sur sirven de
marco grandioso a la admirable bahía; ¡pero como tierras
habitables!...

Tales eran, pico más, pico menos, mis antecedentes
personales cuando
recibí la carta en que mi tío Celso me llamaba a su
lado, y por tiempo
indefinido, desde lo más recóndito y montaraz de la
región cantábrica;
y, sin embargo, no me causó la embajada impresión tan
desagradable como
pudiera presumirse tomando al pie de la letra lo dicho
sobre mi modo de
ser y de sentir.

Aparte de lo que me interesó el estado físico y moral
de mi tío, no
estaba yo tan enamorado de mi sistema de vida, que
me espantaran los
riesgos de trastornarle radicalmente por algún tiempo.
Sin sentirme
«cansado» de vivir como vivía, porque no cabía el cansancio
en un andar
tan reposado y, relativamente, metódico como el que
había usado yo hasta
llegar adonde había llegado por tantos y tan peligrosos
caminos,
comenzaba a notar a la sazón cierta languidez de espíritu,
cierta
inapetencia moral que no estaban reñidas seguramente
con un paréntesis

de reposo, y mucho menos con un cambio de impresiones y de «alimentos».

Por este lado, la carta de mi tío no podía llegar más a tiempo de lo que llegó a mis manos. Lo grave, lo inesperado, lo terrible para mí estaba por otro lado: la calidad de lo que se me pedía en ella. Resuelto a cambiar de vida por algún tiempo, Dios sabe qué derroteros hubiera adoptado yo; pero es indudable para mí que jamás habría elegido el que mi tío deseaba y me proponía. Llegarme allá para hacerle una visita; pasar por allí de largo, siquiera por conocer de vista el solar de mis abuelos, menos mal; pero establecerme en él; hacer la vida de las fieras entre riscos y breñales; aclimatarme a ella de repente en la estación que corría (más que mediado el otoño), la antesala del invierno, ¡qué tendría que ver en Tablanca! recién llegado yo de Aguas-Buenas y de París y de medio mundo «distinguido», con las maletas atestadas de «novedades», lo mismo en ropas que en libros; reinstalado en mi «confortable» casita de soltero... Vamos, era el colmo de lo imposible soñar siquiera en trocar todo eso y de repente por lo que se me ofrecía desde Tablanca.

Pero yo no podía decir a mi tío estas cosas que le hubieran lastimado mucho en la situación de ánimo en que se hallaba; y le entretenía despachando sus apremiantes instancias con evasivas corteses, pretextando negocios que no tenía, y apuntando «veremos» sin el menor

propósito de cumplirlos.

Ente tanto, la visión, a mi modo, de la casa de Tablanca, con sus montes y sus fieras y sus gentes y su desolación inverniza, no se apartaba un instante de mis ojos, porque las súplicas de mi tío, cada vez más vivas, llegaron a tocarme muy adentro; y por lo que pudier a suceder, sentía la necesidad de poner el caso en tela de juicio, que vale tanto, según las reglas de la experiencia, como empezar a transigir.

Lo cierto es que un día, el en que recibí la anteúltima carta de mi tío, que me comovió muy hondamente, di en el tema de buscar dentro de mí el porqué de ser yo tan poco sensible a los convenidos encantos de la Naturaleza. ¿Faltaba esa cuerda en mi organismo, o la tenía y no la había puesto en ocasión de que vibrara? Pues había que averiguarlo, porque comenzaba a mortificarme el temor de carecer de ella. Además, o es uno hombre, o no lo es; o tiene o no tiene entrañas de humanidad, agallas para ir por donde vayan y hacer lo que hagan otros; o sirve o no sirve para algo más útil y de mayor jugo y provecho que pisar alfombras de salones; engordar el riñón a fondistas judíos, sastres y zapateros de moda; concurrir a los espectáculos; devorar distancias embutidas en muelles jaulas de ferrocarril, y gastar, en fin, el tiempo y el dinero en futilidades de mujerzuela presumida y casquivana.

Encarrilado el discurso en este sendero, llegué a sentir un vigor de espíritu, una virilidad desconocida en mí; soliviantóse mi amor propio de mozo bien saneado de alma y cuerpo; y aprovechando la fiebre, por temor de que, si era pasajera, se llevara consigo mi ardimiento al desaparecer, escribí a mi tío diciéndole «allá voy» y hasta fijándole la fecha de mi salida de Madrid. Entre tanto haría yo mis preparativos de viaje, y me contestaría él dándome las necesarias instrucciones para llegar a su casa desde la última estación del ferrocarril.

Mientras anduve ocupado en hacer abundante provisión de ropas de abrigo, calzado recio, armas ofensivas y defensivas, libros de Aimard, de Topffer y de cuantos, incluso Chateaubriand, han escrito cosas amenas a propósito de montañas, de selvas y de salvajes, lo mismo que si proyectara una excursión por el centro de un remoto continente inexplorado, puedo responder de que no me faltó la fiebre. Menos seguridad tuve de ello cuando intenté «levantar» mi casa. Me parecía que esto equivalía a quemar mis naves, o, por lo menos, a darme ya por consentido en que había de ser muy larga mi permanencia entre los osos de Cantabria; y el temor de este riesgo me inclinó a dejar esas cosas como estaban, sobrándome buenos amigos en Madrid que me mirarían por ellas. De todas suertes, nada más fácil que resolver lo contrario desde allá, si así lo pidieran las circunstancias.

En fin, temiendo que por este resquicio de mis flaquezas se me fueran colando otros aires aún más fríos y enervadores, cerraré las puertas del discurso a toda reflexión contraria a lo convenido, y
Alea jacta est, me dije, como César, resuelto a pasar a todo trance mi correspondiente Rubicón.

II

Y acometí la empresa en la fecha convenida, un día de los últimos de octubre, frío y nebuloso en las alturas de la romana «Juliobriga». En la clásica villa inmediata, terminé de mi jornada primera, y única posible en ferrocarril, hice un alto de media hora escasa: lo puramente indispensable para desentumecer los miembros y confortar el estómago; porque no había tiempo que perder, según dictamen del espolique que me aguardaba en aquel punto desde la víspera con dos caballos de la tierra, espelurciados y chaparretes, uno para conducirme a mí y otro para cargar con mis equipajes.

Puestos en marcha todos, bien corrida ya la media mañana, delante el espolique llevando del ramal la cabalgadura que apenas se veía debajo de la balumba de mis maletas y envoltorios, sin salir del casco de la villa atravesamos por un puente viejo el Ebro recién naci

do; y a bien corto
trecho de allí y después de bajar un breve recuesto
, que era por aquel
lado como el suburbio de la población que dejábamos
a la espalda,
vímonos en campo libre, si libre puede llamarse lo
que está circuido de
barreras. De las cumbres de las más elevadas se des
prendían jirones de
la niebla que las envolvía, y remedaban húmedos vel
lones puestos a secar
en las puntas de las rocas y sobre la espesura de a
quellas seculares y
casi inaccesibles arboledas, con el aire serrano qu
e soplaba sin cesar,
y tan fresco, que me obligaba a levantar hasta las
orejas el cuello de
mi recio impermeable.

Siguiendo nuestro camino encarados al Oeste, lleváb
amos continuamente a
la izquierda, aguas arriba, el cauce del río, con s
us frescas y verdes
orillas y rozagantes bóvedas y doseles de mimbreras
, alisos y zarzamora,
y topábamos de tarde en cuando con un pueblecillo q
ue, aunque no muy
alegre de color, animaba un poco la monotonía del p
aisaje.

A la vera del último de los de esta serie de ellos,
en el centro de un
reducido anfiteatro de cerros pelados en sus cimas,
se veían surgir
reborbollando los copiosos manantiales del famoso r
ío que, después de
formar breve remanso como para orientarse en el ter
reno y adquirir
alientos entre los taludes de su propia cuna, escap
a de allí, a todo
correr, a escondidas de la luz siempre que puede, c
omo todo el que obra

mal, para salir pronto de su tierra nativa, llevar
el beneficio de sus
aguas a extraños campos y desconocidas gentes, y pa
gar al fin de su
desatentado curso el tributo de todo su caudal a qu
ien no se le debe en
buen derecho. Y a fe que, o mis ojos me engañaron m
ucho, o sería obra
bien fácil y barata atajar al fugitivo a muy poca d
istancia de sus
fuentes, y en castigo de su deslealtad, despeñarle
monte abajo sin darle
punto de reposo hasta entregarle, macerado y en esp
umas, a las iras de
su dueño y natural señor, el anchuroso y fiero mar
Cantábrico.

Debí pasar demasiado tiempo en meditar sobre éstas
y otras puerilidades,
y en paladear los recuerdos que despertaba en mí la
contemplación de
aquellas cristalinas aguas que tanto han dado que h
acer a la Historia y
a la fantasía de los poetas, porque el espolique, s
alvando todos los
respetos de costumbre en su ruda cortesía, me apunt
ó la conveniencia de
que continuáramos andando.

--Da grima--le dije obedeciéndole--, pensar en la c
onducta de este
renegado montañés.

Tuve que descifrar la metáfora para que el espoliqu
e me entendiera lo
que yo quería decirle; y en cuanto me hubo entendid
o, me respondió:

--Déjeli, déjeli que se vaya en gracia y antes con
antes aonde jaz más
falta que aquí. Pa meter buya y causar malis a lo m
ejor, ríus como ésti

nos sobran por la banda de acá.

Explicóse a su vez el espolique para que yo le entendiera, y llegué a convencerme, con ejemplos que me puso de ríos montañeses desbordados a lo mejor sin qué ni para qué, arrollando casas, puentes y molinos en las alturas, y comiéndose en los valles las tierras que debieran de regar, de que bien pudiera ser obra meritoria lo que me había parecido en el Ebro falta imperdonable.

Por cierto que no se explicaba mal ni dejaba de tener su lado interesante mi rudo interlocutor, en quien apenas me había fijado hasta entonces. Era un mocetón fornido, ancho y algo cuadrado de hombros; vestía pantalón azul con media remonta negra, sujeto a la cintura por un ceñidor morado; y sobre la camisa de escaso cuello, un «lástico» o chaquetón de bayeta roja. Calzaba abarcas de tres tarugos sobre escaupines de paño pardo, y por debajo del hongo de formado con que cubría la abultada cabeza, caían largos mechones de pelo áspero y entrerrubio, casi el color de su cara sanota y agradable, cuyo defecto único era la mandíbula inferior más saliente que la otra, como la de nuestros Príncipes de la casa de Austria. Llevaba en la mano derecha un palo pinto, y debajo del brazo izquierdo un paraguas azul, muy grande y con remiendos.

Habíame dado noticias sumamente lacónicas de mi tío

--¿Cómo anda de salud?--le había preguntado yo en cuanto se me puso delante y a mis órdenes.

--Tan majamenti--me había respondido él--. Es de güena veta, y hay hombri pa largu.

En concreto, sólo pude saber que quedaba muy alegre esperando mi llegada.

Dábame los nombres de pueblos y montañas cuando yo se los pedía, sin cambiar el ritmo airoso de su andadura ni volver por completo la cara hacia mí. Verdad que tampoco le miraba yo derechamente cuando le preguntaba alguna cosa, porque más que en él, llevaba puesta la atención en los detalles del paisaje y en el arrastrado vientecillo que me iba poniendo las orejas encarnadas.

Quejándome de ello una vez y mostrando recelos de que lloviera al cabo.

--No hay que temelu--me dijo levantando, tan alto como pudo, el índice de su mano derecha, después de haberle metido en la boca--. El aire es cierzú, y la niebla espienza a jalar parriba en los picachus.

Cuando intimamos algo más, supe que se llamaba «Chisco», que servía en casa de mi tío muchos años hacía, y que no era natural de aquel pueblo, sino de otro más abajo. Me admiraba, y así se lo dije, verle caminar suelta y desembarazadamente con un calzado tan pesa

do y tan recio, que
sonaba en las lastras del camino como si las golpea-
ran con un mazo.

--Por acá no se gasta otro en lo más del año--me re-
spondió saltando con
la agilidad de un bailarín por encima de un jaral q
ue le cortaba la
línea recta que iba siguiendo--. ¡Y probes de nos c
on otra cosa más
blanda en los pies pa trotar por estos sueluz!

Desconcertado y pedregoso era a más no poder el que
íbamos dejando
atrás, y no le prometía más placentero la muestra d
el que teníamos
delante. Por fortuna, el repliegue en que el sender
o se arrastraba era
relativamente descubierto y franco, en particular a
nuestra izquierda.

--¿Será por este orden--pregunté a Chisco--, todo l
o que nos falta por
andar?

--¡Jorria!--contestó el espolique haciendo casi una
zapateta--. ¡Qué
yanu se lo pide el cuerpu! ¡Si estu es una pura sal
a!

¡Buen consuelo para mí, que llevaba ya los riñones
quebrantados de
cabalgar por tantos y tan repetidos altibajos, y co
menzaba a sentir en
mi espíritu madrileño el peso abrumador de los mont
es y la nostalgia de
la Puerta del Sol y de las calles adoquinadas!

Andando, andando, siempre arrimado a las estribacio
nes de la derecha,
fueron enrareciéndose los estribos de la izquierda,
y dejándose ver, por

los frecuentes y anchos boquerones, llanuras de suelo verde salpicadas de pueblecillos entre espesas arboledas, unos al socaire de los montes lejanos, y otros arrimaditos a las orillas de un río de sosegado curso que serpeaba por el valle.

--¿Es éste el Ebro?--pregunté a Chisco sin considerar que dejábamos sus fuentes muy atrás y sus aguas corriendo en dirección opuesta a la que llevábamos nosotros.

--¿El Ebru?--repitió el espolique admirado de mi pregunta--. Echeli un galgu ya, por el andar que yevaba cuando le alcontramus naciénti. Esti es el «Iger» (Híjar), que sal de aqueyus montis de acuyá enfrenti. Pero bien arrepará la cosa, no iba usté muy apartau de lo justu, porque si no es el Ebru ahora propiamenti, no tarda muchu ratu en alcanzali pa dirse juntus los dos en una mesma pieza por esus mundos a yá; y tan Ebru resulta ya el unu como el otro.

--Y este valle, ¿cómo se llama?

--Esta parte de él que vamos pisandu, pa el cuasi, Campóo de Arriba.

De buena gana hubiera revuelto mi cabalgadura hacia sus risueñas praderías, cruzadas de senderos blandos y tentadores; pero me arrastraba a la derecha el pícaro deber encarnado en aquel condenado espolique, siempre cosido a las faldas de los montes, como si de ellos tomara el vigor y la fortaleza que parecían crecer en él según

n iba caminando.

También llegó a interrumpirse la desesperante continuidad de la barrera de aquel lado, y entonces columbré sobre un cerro, encajonado en el fondo de un amplio seno de montes, un castillo roquero que, aunque ruinoso y cargado de yedra, conservaba las principales líneas de su sencilla y elegante arquitectura.

--¿Qué castillo es aquél?--pregunté al espolique.

--El de Argüesu--respondióme; y dicen si es obra de moros.

Para aquellos rudos montañeses, como pude observar más adelante, toda construcción de parecida traza es debida a los moros... o a «la francesada».

En éstas y otras, volvieron a unirse y apretarse los altos muros de la barrera; fue estrechándose el valle del otro lado, y cuando quedó convertido en un saco angosto, dimos en una aldehuela que llenaba todo el fondo de él.

--Aquí se acabó lo yanu y andaderu--me dijo Chisco entonces; y como tampoco hemos de jayar en más de tres horas otro lugar ni alma vivienti que nos estorbe el caminu, si algo le pidi el cuerpo pa levantar las fuerzas, no desaprovechi esta güena proporción de j acelu.

Nada necesitaba yo ni apetecía; pero estaba Chisco en muy distinto caso.

Autoricéle para que se despachara a su gusto, y se satisfizo con medio pan de centeno y un cuarterón de queso ovejuno. Y fortuna fue para él que no se extendieran a más sus apetitos, porque hubiera jurado yo que no había otra cosa de mayor regalo en aquella desmantelada venta.

Autoricéle también para que descansara un rato mientras despachaba la frugal pitanza, y para que ayudara la digestión con algunos tragos de vino; pero a todo se negó: a lo del reposo, porque con las paradas así se «enfriaban los gonces y se perdía el buen caminar, y los buenos caminantes debían de descansar andando»; a lo de la bebida, porque la más sana y mejor para él era el agua corriente y fresca de los regatos que hallaríamos «a patás» en los puertos. Con esto colgó de una muñeca el palo pinto, ató al correspondiente brazo las riendas de la cabalgadura, aprisionó el paraguas en el sobaco; y con el pan y el queso en una mano y en la otra una navaja abierta, me dio a entender, con un ademán y una mirada, que estaba apercebido y a mis órdenes.

Nos hallábamos entonces al pie de una altísima sierra que se desenvolvía, a diestro y a siniestro, en interminable anfiteatro.

--¿Por dónde tomamos ahora--pregunté a Chisco--, y adónde iremos a salir?

--¿Vey usté--respondióme levantando y extendiendo el brazo y apuntando

con la navaja abierta mientras mascaba los primeros
bocados de pan y
queso--; vey usté, enfrenti de nos, ayá-rriba, ayá-
rriba de tou, una
coyá (collada) entre dos cuetus... vamos, al acabar
de esta primera
sierra?

--Sí la veo--contesté.

--Pos güenu: ¿vey usté tamién, por entre los dos cu
etus de la coyá, otra
lomba (loma) más alta, que cierra tou el boqueti?

--La veo.

--Pos por ayí hemos de pasar.

--¿Por entre los dos cuetos?

--Por encima de la lomba que va del unu al otro.

--¿Por encima de aquella última?

--Por encima de la mesma.

--¡Pero, hombre--dije estremeciéndome--, si sobre a
quella loma no se ve
más que el cielo!

--Pos crea usté--me replicó el espolique con gran p
rosopopeya--, que,
así y con tou, hay mucha tierra que pisar al otro l
au.

No quise estimar con la imaginación las dificultades
que podían
aguardarme en aquella empresa que acometía por mi p
ropia y libérrima
voluntad; y sin decir otra palabra, me puse en segu
imiento del
espolique.

El cual tomó a pecho, y a buena cuenta, los agrios callejones que parecían ser las raíces con que estaba el monte adherido al valle; callejones sarpullidos de cantos removidos y descarnados por el constante fluir de los regatos que por allí bajan desde sus cercanos manantiales.

A estas incómodas sendas, encerradas entre setos bravíos y desconcertadas arboledas, sucedió muy pronto el suelo blando y enteramente despejado de la sierra.

A veces era tan fino el tapiz de yerba menuda entre brezales rastreros y apretados, que resbalaban sobre él los caballos con mayor frecuencia que sobre los pedruscos y lastrales del camino andado por la finde del valle; pero como había espacio abundante y desembarazado en todas direcciones, aprovechaba yo bien estas ventajas para cuarteear a mi gusto la subida e ir ganando la altura por donde mejor me pareciera. Chisco me precedía trepando sosegadamente por derecho, garantido por sus tarugos contra los resbalones de que no se libraba el caballo que conducía de las riendas, cuando pisaba sobre el atusado ramaje de los brezos. Poco a poco, el bombeo de la sierra, que desde abajo parecía continuo y uniforme, empezó a encoger el radio de su curva hasta quedar la trillada senda que nos era forzoso seguir como raya de mulo sobre su espinazo, y a cada lado una profunda «hoyada» con hermosas brañ

as en sus laderas, y
arroyos cristalinos en el fondo, golosinas que sabo
reaban a sus anchas
las yeguas y rebaños que se buscaban la vida por
allí.

Llevábamos ya más de una hora de subir y aún nos fa
lta un buen tramo
para llegar a la cumbre que habíamos de trasponer.
Pasado el lomo de las
dos hoyadas, empezó Chisco a dar señales de tener m
ucha prisa por llegar
a algún sitio determinado, y al fin resultó ser un
arroyo de aguas
purísimas y transparentes como el cristal, en que b
ebieron a un mismo
tiempo y en una misma poza, el espolique y su cabal
lo. Noté, al
acercarme a ellos, que andaba el mío algo codicioso
del mismo regalo, y
no traté de negársele. Mientras bebía con ansia la
pobre bestia, quedé
yo encarado en opuesta dirección a la que había lle
vado subiendo, y con
un panorama a la vista que me dejó maravillado.

--¿Qué valle es ese?--pregunté a Chisco que se limp
iaba los hocicos con
la manga de su lástico.

--Pos el vayi por onde hemos pasau--me respondió--;
sólo que como no
vimus más que lo de la parte de acá, y es un racio
nis...

Era verdaderamente hermosa aquella planicie que se
perdía de vista hacia
el Sur, circundada de altos montes de graciosas lín
eas y de calientes
tonos, y adornada de cuantos accesorios pintorescos
puede imaginar un
artista aficionado a aquel género de cuadros: prade

ras verdes, manchas
terrosas, esbeltos montículos, cauces retorcidos co
n orillas de
arbolado, pueblecillos diseminados en todas direcci
ones, y uno más
grande que todos ellos, con una alta torre en el me
dio, como en muestra
de su señorío indisputable sobre la planicie entera
. Aunque no fiaba
mucho de mi memoria ni de mi sensibilidad artística
, creía yo que aquel
panorama, con ser montañés de pura casta, se difere
nciaba mucho de los
que yo había visto «abajo» alguna vez: era pariente
de ellos, sin duda,
pero no en primer grado. Desde luego no había, entr
e todos los valles
que yo conocía de peñas al mar, uno tan extenso ni
de tanta luz como
aquél; y ya, puesto a comparar, me atreví a hallarl
e más semejante, en
sus líneas y en la austeridad de su color, a los va
lles de Navarra
cuando aún verdeguean en el campo sus sembrados. De
todas suertes, era
muy bello, y podía considerarse como una gallarda v
ariante de la
hermosura campestre de que tanta fama goza la Monta
ña, con sobrada
razón.

Por las noticias no muy minuciosas que fue dándome
Chisco, supe que
aquel valle era el de los tres Campóes: el de «Suso
», o de Arriba (el
más cercano a nosotros), el de Enmedio, y el de «Yu
so», o de Abajo; y el
pueblo grande con la torre en el centro, que se veí
a en lo más lejano de
la llanura, Reinosa, la villa en que yo había dejad
o el tren y
encontrado a Chisco.

Cuando éste no tuvo más que decirme, continuó su acompasada marcha monte arriba, y no tardé en verle detenido con su caballo, y como encaramados los dos en el parapeto de una azotea, sobre el perfil de la loma, destacándose ambas siluetas en una mancha azul del cielo remendado de nubes cenicientas. Dejé yo entonces mis éxtasis con templativos y piqué a mi dócil y resignada cabalgadura, que arrancó trotando a la querencia de la otra.

Pocos pasos antes de llegar yo al punto en que me aguardaba el espolique, volvióse éste hacia mí; y tendiendo el brazo derecho en dirección opuesta, me dijo con cierta solemnidad que me entonaba muy bien con lo señalado por su mano:

--El Puertu.

Subí lo que me faltaba, púseme junto a Chisco y miré... Tenía razón el espolique: era mucha la tierra que había que pisar por aquel lado. ¡Pero qué tierra, divino Dios! A mi izquierda, y en primer término, dos altísimos conos unidos por sus bases, de Norte a Sur, como dos gemelos de una estirpe de gigantes; enfrente de ellos, a mi derecha, las cumbres de Palombera dominadas por el «Cuerno» de Peña Sagra que extendía sus lomos colosales hacia el Oeste; y allá en el fondo, pero muy lejos, cerrando el espacio abierto entre Peña Sagra y los dos conos, las enormes Peñas de Europa, coronadas ya de nieve, sur

giendo desde las
orillas del Cantábrico y elevándose majestuosas entre blanquecinas
veladuras de gasa transparente, hasta tocar las espesas nubes del cielo
con su ondulante y gallarda crestería. Por el lado en que me encontraba
yo, descendía la sierra blandamente hasta la base del primer cono, de la
cual arrancaba hacia la derecha un cerro de acceso fácil, que resultaría
montaña desde el fondo de la barranca en que terminaba bruscamente. Lo
que había entre la loma de este cerro y el espacio limitado por las
Peñas de Europa, no era posible descubrirlo, porque lo bajo quedaba
oculto por el cerro, y lo alto me lo tapaba una neblina que andaba
cerniéndose en jirones, de quebrada en quebrada y de boquete en boquete.
Sin aquel obstáculo pertinaz, hubiera visto, al decir del espolique,
maravillas de pueblos y comarcas, y hasta el mar por el boquete de Peña
Sagra. Hacía más imponente el cuadro el contraste de la luz del sol
iluminando gran parte de los altísimos peñascos más próximos y
reluciendo a lo lejos sobre las veladuras de los Picos, con la tétrica
penumbra del fondo de aquel brocal enorme, cuyo lado más bajo me servía
a mí de observatorio.

Ni entonces supe ni sabré jamás definir las complejas impresiones que me
produjo la súbita aparición de aquel espectáculo ante mis ojos, en cuyas
retinas conservaba todavía estampada la imagen del risueño valle de los
tres Campoés. Lo que recuerdo bien es que, sin apar

tar la vista del
cuadro que tenía al alcance de ella, me fui con el
pensamiento al otro,
y me abismé en la contemplación del contraste que f
ormaban los dos.

«Allá--me decía--, la llanura abierta, los campos a
menos, el sol
radiante, los frutos, las flores, la égloga, el idi
lio de la vida; aquí,
la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el
silencio mortal de
los páramos, la inclemencia de la soledad; allí, el
hombre, rey y señor
de la tierra fértil; aquí, siervo infeliz, sabandij
a miserable de sus
riscos escarpados y de sus moles infecundas.» Y me
sentí invadido de una
profunda tristeza.

Lo que Chisco había hecho poco antes en el entrella
no de la sierra,
repitió en su loma: cuando agotó el caudal de sus i
nformes, tiró de las
riendas de su rocín y comenzó a sumirse con él en l
as honduras de aquel
pozo.

Yo me resigné a seguir su ejemplo, mas no sin despe
dirme antes con una
mirada cariñosa del esplendente panorama de la vega
, contemplado
entonces por mí desde una altura digna de las águil
as.

Hecho el descenso de aquella parte del brocal muy f
ácilmente, no
tardamos en subir la ladera del cerro que seguía a
la primera hondonada.
Arrastrábame hacia allí la fuerza misteriosa de una
curiosidad que tenía
mucho de la atracción de los abismos. Llegó Chisco

a la loma antes que
yo, según costumbre, y aguardóme en ella con el bra-
zo extendido ya, como
la otra vez, para mostrarme lo que desde allí se ve-
ía... ¡Y por Dios
crucificado que no era poco! El pozo de antes se ah-
ondaba por aquel lado
mucho más, y su suelo, ondulante y caprichoso, se p-
erdía en todas
direcciones entre espesas neblinas sobre las cuales
alzaban sus cabezas
de granito las montañas del brocal. Toda aquella in-
terminable superficie
parecía un mar de lava cuajado de repente; un mar h-
asta con sus islotes
y escollos; unos monolitos muy grandes que se desta-
caban, escuetos y
descarnados, sobre la aridez del suelo entre matojo-
s de «escobinos», de
árnica o de regaliz. Abundaban los manchones verdes
de las brañas de
jugosos pastos, y no era ingrato a la vista el colo-
r de otros detalles;
pero ¡lo demás!... Aquellos cantos pelados, tan gra-
ndes, tan secos, tan
esparcidos en todas direcciones; aquella inmensa ex-
tensión calva, monda,
rapada y desnuda de todo follaje; aquellas nieblas
tenaces cerrando
todas las salidas y surgiendo de todas las hoyadas;
aquellos riscos
inaccesibles y fantásticos elevándose sobre todo y
por todos lados;
aquel cierzo continuo y gemebundo que parecía el es-
píritu funerario de
las grandes necrópolis, llevando consigo los jirone-
s de la niebla como
si fueran sudarios arrancados de las tumbas en los
senos entenebrecidos
de las barrancas; aquellos buitres que me señalaba
Chisco, revolando en
las alturas; aquel cielo que iba encapotándose poco

a poco... todo ello,
que era lo más, visto a través de las lentes pesimi-
stas de mis ojos, se
imponía al resto, que era, relativamente, muy escas
o, y me presentaba
toda la superficie del Puerto bajo un aspecto feroz
y repulsivo. Yo no
veía más que una llanura infinita, plagada de costr
as y tumores; y los
monolitos solitarios y dispersos, se me antojaban e
rupciones de verrugas
asquerosas sobre una inmensa piel de leproso.

Contemplando desde la sierra lo que se veía del pan
orama del Puerto,
habíame comparado yo, por la fuerza del contraste,
con un mísero
gusanejo; pero al hallarme en el observatorio de má
s adentro, ¡qué
cambio tan radical y tan súbito de ideas, y cuán ex
trañas las
impresiones recibidas!... Creo que fue de espanto,
de frío y de
«arrepentimiento» la primera, y estoy seguro de que
fue de melancolía la
segunda, como lo estoy también de que la siguiente
me infundió la
sensación de lo que tenía a la vista, de tal modo y
con tal intensidad y
fuerza, que hubiera jurado yo que circulaban por mi
s venas líquidos
pedernales, y era mi cuerpo una estatua de granito
coronada con manojos
de «loberas» y acebuches.

Dejándome llevar del único pensamiento racional que
sobrevivía en mi
cabeza, pregunté a Chisco:

--Dime, hombre, ¿se parece a esto nuestro valle?

--¡Quiá!--me respondió el espolique con el mayor de

sdén.

--Es más ancho, ¿eh?... y más...

--¡Quiá! Ni la metá siquiera.

--¡Demonios!--repliqué--. Pero serán más bajos los montes...

--Tampoco da en el jitu ahora--me contestó el arras
trado con una flema
desesperante--, porque son hasta más altos; sólo qu
e están más
«tupíus»... más arrimaus unos a otros.

--Pues entonces--exclamé hasta con ira--, ¿en qué e
stá la ventaja de tu
valle sobre este puerto, alma de cántaro?

--Pos la ventaja del nuestro vayi está--contestóme
Chisco dulce y
sonriente--, en que es de suyu más terreñu y más...
vamus, más... Por
últimu, ya verá lo que es el nuestro vayi; y si no
le paez puntu menos
que la gloria, no sé yo lo que sea cosa buena.

Convencido de que cuanto más ahondara en el informa
nte, más negros
habían de salirme los informes que buscaba, y desea
ndo perder de vista
cuanto antes aquel cuadro de desolación, dije al es
polique:

--Y ahora ¿por dónde tomamos?

--Tou por derechu--me respondió.

--Pues hala, y a buen andar, si puedes.

--¡Jorria!--exclamó Chisco comenzando a descender l
a otra ladera con

igual frescura que si no se hubiera movido hasta entonces. Seguíle yo sin titubear; y al verme luego en las honduras de aquel inmenso barranco, me pareció que se quebraba el último vínculo que me ligaba al mundo que yo conocía.

Estábamos indudablemente, si no en el corazón, en una de las vísceras más considerables de la cordillera. ¡Y en otra víscera por el estilo se escondería mi nuevo hogar!... ¡Santo Dios, en qué empresa me había arrojado un momento de sensiblería humanitaria! Por ver de todo, se podía ver hasta aquella espantosa desolación; ¡pero habitar allí!...

Este modo de discurrir a que me entregué cediendo a la fuerza de mis inveterados resabios de mal disfrazado egoísmo, resucitados en presencia de aquél, para mí, tan nuevo como aflictivo espectáculo, llegó a causarme cierto rubor. Acudí con todo el poder de mi memoria y de mi discurso al recuerdo de lo pactado con mi tío y a lo resuelto desde Madrid; requerí de nuevo el alto cuello de mi abrigo, porque la tarde avanzaba y el cierzo iba haciéndose por momentos más frío y más gemebundo, y arrimé dos espolazos a la bestia, precisamente en el instante en que ella daba una huida hacia la derecha, enderezando las orejitas y mirando recelosa hacia la izquierda: lo mismo exactamente que hacía el caballejo de Chisco; el cual espolique, no tándolo y mirando en la misma dirección que los caballos, me decía con c

ierto matiz de alarma
en el acento:

--¡Pique, pique, y tierra atrás!

Y me daba el ejemplo tomando un medio trotecillo de
lante de su rocín,
que no necesitaba ruegos ni amenazas ni castigos pa
ra seguirle. Tampoco
el mío echaba en falta esas cosas para seguirlos a
los dos. Chocándome
todo esto, pregunté al espolique la razón de ello.

--Poca cosa--me respondió--, y ná de malu, sino que
la tarde va de
caída, y nos quedan entoavía güenas tiras que medir
con los pies.

No me satisfizo la respuesta, pero no insistí con n
uevas preguntas.

Más de una hora tardamos en atravesar el Puerto, qu
e mide, por aquella
línea, cerca de dos leguas. Al fin de esta jornada
fastidiosa, nueva
sorpresa para mí, nuevo espectáculo, nuevas ideas y
nuevas impresiones.
Un despeñadero al frente, otro a la derecha, otro a
la izquierda... ¿Por
cuál de ellos tomaría Chisco...? Por el peor, por e
l primero, por el
único que, aunque mala, tenía salida visible. Esta
salida era la
resultante de algo así como desmoronamiento de una
colosal muralla
construida por titanes para escalar nuevamente el c
ielo. Por uno de los
intersticios de aquella escombrera de montes disloc
ados, musgosos unos y
a medio revestir de avellanales, árgomas y acebuche
s otros, alguno de
ellos bien poblado de hayas robustas o de esbeltos

«mostajos» (el árbol de sabroso y encarnado fruto), con grandes manchas rojizas en la falda, impresas por los secos helechales, y todos con parte de sus esqueletos de roca asomando por los desgarrones de sus vestiduras, iba el camino que conducía al término de mi empecatada expedición. Mas para llegar a él teníamos que bajar una pendiente que daba vértigo. Por allí se deslizaba la vereda, de lastras resbaladizas lo más de ella, en ziszás, entre jarales y arbustos algunas veces; muchas al descubierto sobre la barranca, en cuyo fondo, entenebrecido por las malezas de ambas orillas, refunfuñaban las aguas de los regatos vagabundos en cauzadas allí para ir a engrosar por caprichosos derroteros el caudal del río que se despeñaba a nuestra izquierda y al otro lado del Puerto.

A todo esto, la noche se aproximaba; el tinte amarillento del follaje que se moría, destacando sobre el plumizo oscuro de los montes, daba a los términos más cercanos una lividez cadavérica; y del fondo de los precipicios donde se pudría la vegetación que ya había muerto, subía un olor acre, un vaho de tanino que me crispaba los nervios.

En presencia de aquel nuevo espectáculo y con la llanura del Puerto a la espalda, ya no era yo la estatua de granito con sangre de líquidos pedernales: la contemplación de aquel laberinto de sierras bravías, de cuetos escarpados y de picachos inaccesibles; de ásperos y sombríos

repliegues, de pavorosas quebradas y de abruptos peñascos, transportó súbitamente mis imaginaciones a los entusiasmos «arqueológicos» de mi padre: allí me sentí contaminado de ellos; allí concebí al cántabro de sus himnos en toda su bárbara grandeza, hasta vestido de pieles y bebiendo sangre de caballo; y aun llegué a verle: le vi, sí, resucitado en carne y hueso, en la carne y en los huesos de mi propio espolique. Aquel cuerpo fornido e incansable; aquellas guedejas estoposas, aquel palo pinto, que en su diestra remedaba un venablo; aquel paraguas azul que, bajo su brazo izquierdo, podía tomarse por un haz de flechas envenenadas; aquella mandíbula saliente; aquel mirar poderoso e imperturbable; aquella faz montuna y atezada... ¡oh! escarbando un poco en todo aquello, no había duda, resultaba el cántabro primitivo. Comprendí entonces su resistencia de seis años contra las invencibles legiones de Augusto; y las legiones enteras despedazadas en el fondo de los desfiladeros, o rodando por las agrias laderas, aplastadas por los peñascos desgajados de las cumbres; el sentimiento exaltado de su salvaje independencia; la muerte en cruz antes que el yugo del conquistador... todo, todo lo comprendí y todo lo sentí, lo mismo que lo había comprendido y sentido mi padre, menos que pudiera vivir entre tales vericuetos y tan esquivas soledades, un hombre de mi educación, de mis sentimientos y de mis hábitos.

Con estas fantasías en la cabeza y los ojos cerrado
s muy a menudo por no
ver los abismos a mis pies, fui bajando la pendiente
e cómo y por dónde
quiso mi caballejo, a cuya juiciosa firmeza me habí
a entregado con ciega
fe desde arriba, por encargo del propio Chisco, que
me precedía
caminando por el derrumbadero con igual desembarazo
que yo por los
pasillos de mi casa.

Metido ya en la grieta como una lagartija, apenas d
aba el camino,
«usgoso» y desconcertado, para sentar sus pies, con
grandes
precauciones, mi jamelgo. A lo mejor, grandes dosel
es de granito con
lambrequines de zarzas y escaramujos raspándome la
cabeza, mientras que
por el lado derecho me punzaban las espinas de los
escajos, y el más
ligero resbalón de mi cabalgadura podía lanzarme a
las simas de la
izquierda. Y mirando hacia arriba en busca de luz,
que ya nos faltaba
abajo, montes erizados de crestas blanquecinas, y c
onos encapuchados de
espesa niebla, y gárgolas de tajada roca amenazando
desplomarse sobre
nosotros; y a todo esto, el camino estrechando y re
torciéndose cada vez
más, subiendo aquí, bajando allá, y sin poder yo da
rme cuenta de si,
desde que habíamos descendido del Puerto, bajábamos
o subíamos en
definitiva.

¡Oh, condenados admiradores de la Naturaleza «en to
da su grandiosidad
salvaje»!--decíame yo, entumecido y quebrantado de
alma y de cuerpo.

Aquí os daría yo el pago de vuestras sensiblerías de embuste, poniéndoos a pasto de admiración durante media semana.

Al fin resultó que bajábamos; y esto lo noté cuando me vi en terreno un poco más abierto y despejado: una espaciosa rambla que terminaba en una vadera por la que corrían hacia el Nansa, aún no visto por mí, los acumulados tributos que le pagaban los montes de aquella vertiente.

Pasada la vadera, volvía a subir el terreno, que era un inmenso lastral como los montes áridos que le servían de fondo, particularmente hacia la izquierda. Recuerdo que el sonido de las herraduras de los caballos y el de los tarugos de Chisco sobre las lastras de la subida, juntamente con el murmullo de las cristalinas aguas de la vadera, no me impresionaba en el espíritu, sino en el cuerpo: me daba frío. Hasta tal punto llevaba yo pervertidas las sensaciones por obra del tedio y del cansancio.

El espolique me sacaba, como siempre, una buena del antera; y cuando llegué a lo alto, encontréle esperándome, sombrero en mano, en el vestíbulo o «asubiadero» de un santuario que hay allí. Detrás de la reja que sirve de fondo al vestíbulo, veíase, no muy claramente, a la luz de una lamparilla que le alumbraba, porque la del crepúsculo podía darse afuera por extinguida, un altarcito con la imagen de la Virgen llamada de las Nieves, según informes de Chisco. Descubríme

yo también, y sin obligarme a ello el mandato que leí en una mirada del espolique. El cual, vuelto enseguida hacia el retablo y después de persignarse con gran unción y parsimonia, cruzó las manos sobre el palo pinto y comenzó a rezar en voz muy alta por el alma de su padre. La oración era un Padrenuestro; y con ser tan usual y corriente entre todo fiel cristiano, sonaba en mi corazón y en mis oídos a cosa nueva en medio de aquel salvaje escenario, tan cerca de Dios y tan apartado de los ruidos, de las miserias y hasta del amparo de los hombres. Pero noté que Chisco, al concluir la primera parte de la oración, se detuvo en seco; lo cual quería decir que rezara yo lo restante. Por fortuna me cogía bastante pertrechado para salir airoso de compromisos como a quél, y recé lo que me pedía, aunque no tanto por su intención como por mis necesidades del momento. Tenía racional disculpa mi egoísmo en las emociones de la brega excepcional que traía y en la que me aguardaba entre las tinieblas de la noche, tan pavorosa en aquellas abruptas soledades.

Pero hubo tiempo y oraciones para todo y para todos; porque tras el rezo por el alma de su padre, rezó por la de su madre, y después por las de abuelos, y enseguida por las de todos sus parientes, y luego por las de cada uno de los míos, y, finalmente, por las necesidades de la cristiandad entera. Con ello, «una _Salve_ a la Virgen de las Nieves» y

un «Viva Jesús sacramentado», santiguámonos, cubrímonos, acabó de cerrar la noche y nos dispusimos a continuar la interminable jornada.

Según Chisco, nos faltarían, para terminarla, tres cuartos de hora; el camino, «por el arte» del que habíamos andado entre el Puerto y la vadera; pero siempre bajando hasta la misma puerta de casa, lo cual «era una ventaja», porque se andaba ello solo «tan guapamente». Además, mi caballo se le sabía de memoria, y con dejarme llevar por él, estaba «al cabo del negocio».

--Corriente--dije a Chisco por todo comentario a sus informes, que me dieron escalofríos--; pero ¿de qué se espantaron los caballos en el Puerto, y por qué me aconsejabas tú que picara al mío de firme?

--Y ¿por qué es la pregunta a estas horas, si se puede saber?--preguntó a su vez el espolique, no poco sorprendido.

--Porque ha vuelto a clavárseme el caso de repente, ahora mismo, en la memoria, y la ocasión me ha parecido de perlas para que respondas aquí lo que no quisiste responderme en el Puerto.

--Pos espantáronse--dijo Chisco algo ronco todavía--; espantáronse (y no hay por qué se niegue ya), espantáronse... del oso.

--¡Del oso!--exclamé con los pelos de punta--. ¿Dónde estaba?

--Estaba... como a cincuenta brazas de nos, jechu un reguñu, a la vera de un busquizal. Tomaríale usté por un cantu gordu de los muchus que hay en el Puertu: el que no está avezau a verli de esi arti, confúndilos. Sueli asomar en veces por ayí; gústali el oreu a lo mejor, y soleáse un pocu, si tien ocasión de eyu. Pero no hay que temeli cosa mayor, porque del hombri ajuyi siempre como el hombri no se meta con él. Con too y con esu, güenu es teneli a distancia, por un por si aca su... Conque vamos palanti, si le paez, y no arreceli alcuentrus talis, que por aquí no se usan, y de nochi mayormenti.

Con el saboreo de aquellas noticias y de estas «seguridades», sin un astro visible en el cielo, la tierra envuelta en la más cerrada y tenebrosa de las noches, y empezando a lloviznar, me dejé sumir en la barranca que se abría a corta distancia del santuario, encomendando mi alma a Dios y mi vida al instinto del cuadrúpedo que me conducía.

Y así llegué, sin saber cómo ni por dónde ni a qué hora, al suspirado fin de mi jornada memorable.

III

Un silbido muy original de Chisco; el latir de un perrazo poco después; una luz tenue y errabunda aparecida de pronto; la d

etención repentina de
mi caballo, tras el último par de resbalones con la
s cuatro patas sobre
los lastrales «pendíos» de la vereda; bultos negros
en derredor de la
luz y rumor de voces ásperas y de distintas «cuerda
s»; mi descenso
difícil del caballo, al cual parecía adherido m
i cuerpo por los
quebrantos de la jornada y los rigores de la intemp
erie; mi caída sobre
un pecho y entre unos brazos envueltos en tosco rop
aje que olía a humo
de cocina, y la sensación de unas manazas que me go
lpeaban cariñosamente
las costillas, al mismo tiempo que los brazos me op
rimían contra el
pecho; mi nombre repetido muchas veces, junto a una
de mis orejas, por
una boca desportillada; mi entrada después, y casi
a remolque, en un
estragal o vestíbulo muy oscuro; mi subida por una
escalera algo
esponjosa de peldaños y trémula de zancas; mi ingre
so, al remate de
ella, en otro abismo tenebroso; mi tránsito por él
llevado de la mano,
como un ciego, por una persona que no cesaba de dec
irme, entre jadeos
del resuello y fuertes amagos de tos, cosas que cre
ería agradables y
desde luego le saldrían del corazón, advirtiéndome
de paso hacia dónde
había de dirigir los míos, o dónde convenía levanta
r un pie o pisar con
determinadas precauciones, sin dejar por ello de pe
dir a gritos y con
interjecciones de lo más crudo, una luz que jamás a
parecía, porque, como
supe después, toda la servidumbre andaba en el sopo
rtal bregando con los
equipajes y las cabalgaduras; de pronto un poco de

claridad por la
derecha, y la entrada en otro páramo de fondos negr
ísimos con una lumbre
en uno de sus testers; después, el acomodarme, a i
nstancias muy
repetidas de mi conductor, en el mejor asiento de l
os que había
alrededor de la lumbre; y el ponerse él, pujando y
tosiendo, a amontonar
los tizones esparcidos, y a recebarlos con dos gran
des, reseca y
copudas matas de escajo.

A esto se reducen todos los recuerdos que conservo
de mi llegada al
«solar de mis mayores». La noción exacta de cuanto
me rodeaba allí en
aquellos momentos, y aun la de mí propio, no la adq
uirí hasta que al
calor de la fogata descomunal que resultó del hábil
manipuleo de mi tío,
se desentumecieron mis ateridos miembros, volvió a
circular mi sangre
con su acostumbrada regularidad, y revivieron con e
lla y se enquiciaron
todos los componentes de la entorpecida máquina de
mis ideas.

Dueño y señor ya de ellas y comenzando a orientarme
, reparé que la
cocina era enorme, y que sus negras paredes relucía
n como si fueran de
azabache bruñido; que la lumbre, cuyos penachos de
llamas subían
lamiendo los llares recubiertos de espesos copos de
hollín, hasta
rebasar de la ancha campana de la chimenea, estaba
arrimada a un poyo
con bovedilla, que era la jornía o cenicero, sobre
una espaciosa y
embaldosada meseta, en uno de cuyos bordes de emped
ernida madera, y a

menos de un pie de altura sobre el suelo general, a
poyaba yo los míos;
que a mi sillón, grande y con brazaes derechos, se
guían, hasta cerrar
todo el perímetro de la meseta, bancos y escabeles
de madera desnuda y
muy brillante por el uso, lo mismo que el sillón, y
que este hogar
ocupaba la cabecera más abrigada de la cocina. Desp
ués pasé la vista por
todos y cada uno de los innumerables e inconexos tr
astos, enseres y
chirimbolos que había en aquel recinto, y hasta me
interesaron dos
ollones y tres cazuelas de barro, cuyas coberteras
temblaban entre
espumarajos al impulso de lo que hervía debajo de e
llas, arrimados a la
lumbre y calzados con sendos morrillos por detrás;
por último, y cuando
ya nada tenía que examinar en la cocina y sus acces
orios, fijé toda mi
atención en mi tío, que andaba a mi vera, o tan fro
ntero a mí como se lo
permitía la fogata que ambos teníamos delante, busc
ándome la palabra y
colmándome de atenciones cariñosas. ¡Vaya usted a s
aber de qué capricho
inconsciente, de qué evolución desacordada, nació a
quel procedimiento
tan descortés con lo más interesante y, desde luego
, lo más estimado y
respetable para mí, entre cuanto había, en aquella
ocasión, al alcance
de mis ojos!...

Eran chiquitos y garzos los de mi pariente, y mirab
an con la vivacidad
de los del raposo, a la sombra de unas cejas grises
, muy espesas y
erizadas; la nariz, aguileña; la boca, nunca entera
mente cerrada ni

quieta, parlanchina como los ojos, aunque callara;
la tez, muy pálida y
rugosa; la barbilla, redonda y algo prominente deba
jo del labio
inferior; las orejas, formidables y muy velludas en
las cercanías de los
oídos; la cabeza, bastante plana por detrás, y el p
elo (descubierto en
el instante de examinarle yo, por haberse quitado d
on Celso la gorra
casera con que de ordinario se cubría, para pasarse
ambas manos por él,
cosa que le gustaba mucho, como puede observarse má
s adelante), de la
misma casta y de igual color que el de las cejas, c
ayendo en recios
mechones sobre la frente, y sin visibles muestras d
e calva en sus
alturas. El cuerpo era proporcionado a la cabeza, d
e regular tamaño, y
daba señales de recientes y muy considerables merma
s de robustez, en los
excesivos sobrantes del chaquetón y de los pantalon
es pardos con que le
vestía; como las daban de pérdidas de vigor y forta
leza, la cerviz algo
humillada y el andar no muy seguro. Calzaba medias
azules y zapatillas
de «cintos» negros y tenía echado sobre los hombros
un gabanote oscuro,
forrado de tartán de muchos colores. Nada de corbat
ín ni siquiera de
cuello alto ni planchado.

Indudablemente había más vida en el espíritu que en
la materia de mi
tío; pero así y todo, entre sus pronósticos pesimis
tas y el de Chisco,
más risueño, a juzgar yo por aquel conjunto de alma
y cuerpo, inclinéme
más al dictamen de mi espolique, aunque sin acercar
me mucho a él: podía

haber «hombre para largo»; y aun más halagüeño toda
vía se lo puse por
comienzo de nuestra conversación.

--¡Ay, hijo de mi alma!--me respondió, sentándose a
mi lado y
palmoteando sobre mi espalda con su mano derecha--.
¡Cómo te engaña el
bien querer! Cierto que no soy lo que te pinté en m
is cartas, sin faltar
a la verdad, porque desde que me diste el sí que te
pedía en ellas,
esponjé de pronto medio palmo, por un respingo de l
a alegría que aún me
dura... ¡Qué cosas, hombre! ¡Quién había de decirme
a mí, poco tiempo
hace, que el caer o no caer de repente un roble vie
jo, podía depender
de!... Vamos, que cuanto más se vive, más se aprend
e. Pero adentro de la
viga anda la carcoma; asegúrotelo yo que la siento
roer sin hora de
descanso. _(Aquí un amago de tos convulsiva.)_ ¿No
te lo dije? Pues a la
vista le tienes ya. ¡Éste, éste es el ujano pícaro
que me acaba!... En
fin, Dios es Dios, y lo que Él quiera ha de ser, y
lo que debe de ser...
Conque dejemos el punto para tratarlo en su ocasión
, y vamos a otros
particulares más urgentes por ahora.

Con esto empezó a descargar sobre mí una granizada
de observaciones y de
preguntas que casi se empalmaban unas con otras, si
n dejarme el menor
espacio para ingerir una respuesta. Si era yo alto,
si era bajo; si
resultaba más o menos parecido a los retratos que c
onservaba él; si más
guapo, si más feo; si «salía» más a mi padre que a
«la andaluza» (mi

madre), de la que también conservaba retrato; cuántos «pedimentos» habría hecho desde que me recibí de abogado; si tenía novia y si era maja y rica; qué tal era «París de Francia»; cuánto costaba un viaje «desde Madrid allá», y qué capitales del mundo había visitado; a cuántos reyes conocía de vista, y quizás de trato; qué me había parecido el camino desde Reinosa; si traía ganas de cenar; en dónde nos había anochecido; por qué usaba toda la barba y no el bigote solo como en el retrato... Y así; y todo ello entreverado de golpeteos sobre mi espalda, de gestos indescriptibles y de injurias contra la tos que le amagaba, de admiraciones estruendosas, de risotadas... y de «ajos», porque los echaba por ristras el buen don Celso y como la cosa más natural y corriente.

Yo tenía noticia, por mi padre, de lo regocijado y expansivo de su carácter cuando no le daba por ponerse hecho un erizo y hacer andar a todos en un pie; pero no creí, vistas sus cartas y su lacia catadura, que le quedara en el cuerpo tanto acopio de aquellos ingredientes retozones. Terminó la escena porque se movió gente en los pasadizos inmediatos y entró en la cocina una mujer de cierta edad, gris de pelo y gris también de envolturas de pies a cabeza, y con un farol en la mano, para decirnos con voz algo hombruna:

--Aqueyu ya está ayí.

Y como «aqueyu» era mi equipaje, y «ayí» mi habitación.

--¡Jorria!--exclamó mi tío volviéndose hacia la mujer--. Pues pica a poner una luz... pero una luz de vela... ¿Entiendes? Porque tú--añadió dirigiéndose a mí--, tendrás que hacer algo en tu cuarto... siquiera conocerle de vista; a más de que «hacienda, tu amo te vea...» y como hay noche larga por delante, tiempo nos queda de sobra para que vuelvas a la cocina a darte otro chamuscón, si te le pide el cuerpo... ¿Todavía estás ahí, fantasmona de los demonios?

--Es que también está ya la luz ayí--respondió la mujer que no se había movido del vano de la puerta.

--¡Acabaras de resollar!... Pues entonces, dáca el farol y quédate aquí tú a cuidar de estos potingues... ¡Mira, mira cómo se va esa olla!... ¡Quítale la cobertera en el aire y échala un poco a trás! Y a ver cómo está la cena en punto para cuando se te pida... Por que tú (por mí) querrás cenar temprano, ¿no es verdad?... Digo yo: con lo que has andado, y en ayunas desde tan lejos... Yo que tú, hubiera tomado a buena cuenta el tente en pie que te ofrecí según llegaste; pero ¡que si quieres!... porque las gentes finas vivís del aire y soís así... ¿Conque andando?... Digo, si te parece.

Cogió en esto el farol que le entregaba la mujer gris; y como yo, que ya estaba de pie, hiciera ademán de seguirle, echó por

delante hacia la
puerta y fuime tras él, medio a tientas, en cuanto
salimos de la cocina,
porque la desmayada luz del farol apenas se veía en
las densas
oscuridades de afuera. Andando así a lo largo de un
pasillo, llegamos a
desembocar en otro que se cruzaba con él, y le segu
imos hacia la
derecha. Por este lado terminaba en un salón que me
pareció más negro
que los pasillos, porque en sus ámbitos desmesurado
s parecía la luz del
farol la de una pajuela.

--Esta es la salona, o comedor--dijo mi tío al entr
ar en él--. ¡Comedor!
¡Qué comedor ni qué cuartajo!... Le llamo así porqu
e de eso sirve cuando
se alojan en esta casa personajes finos como tú, o
algún señor Obispo de
acá o de allá, o cuando hay boda en ella y algunos
días después... hasta
que llega la confianza y se arregla uno tan guapame
nte en la «perezosa»
de la cocina: en invierno, al amor de la lumbre, y
en verano... por la
frescura... ¡Cascajo!, no te rías, porque en la coc
ina de mi casa se
tirita de frío en agosto en cuanto se dejan de par
en par las dos
puertas y la ventana que tiene... ¡Figúrate tú lo q
ue pasaría si
hiciéramos otro tanto esta noche, y eso que todavía
estamos al acabarse
el otoño! ¿Ves una puerta en esa pared de la izquie
rda? Pues es la de mi
cuarto: ahí duerme tu tío sesenta años haz; los res
tantes, quiero
decirte, los primeros de la vida, me los dormí en e
sa alcoba de este
lado de la entrada: mucha parte de ellos con tu pad

re, en una misma
cama, hasta que, por andar a testerazos muy a menudo los dos debajo de
la ropa sobre quién estorbaba a quién... ¡qué pernear el de aquel
arrastrado, hombre! nos separaron, y le echaron a él a dormir solo en un
cuarto de los de atrás... Aquí tienes la mesa, de encina pura, como los
bancos... Bien retallados de espaldar, ¿eh?... como los bordes de la
mesa y las cuatro patas; digo, no, que las patas están como torneadas en
rosca, igual que los fierros cruzados que tiene por debajo... También
tienen algo de torneo las sillas arrimadas a las paredes. En fin, cosa
rústica todo ello, pero de firmeza y buena calidad, como corresponde a
gentes de nuestro porte. ¡Trabajo le mando al que se empeñe en buscarle
la fe de bautismo! ¡Zancajo, cómo estará de polillas!... Esta es la
puerta de la sala: vamos, la pieza de respeto. Por eso te la he dado a
ti... Es cortesía de obligación, sin contar con el cariño... Ya lo ves,
frente por frente de mi cuarto. ¿Te enteras? Pues ¡jala para dentro.

Y entramos. Allí ya se veía más claro, no solamente por la doble luz del
farol y de la vela, la cual ardía en candelero de azófar muy bruñido,
sobre una cómoda con columnitas de basas y capiteles de bronce dorado,
sino porque la sala tenía cielo raso y no de viguetas al descubierto
como el salón contiguo, y estaba, lo mismo que los muros, muy bien
blanqueado. Arrimados a ellos había un canapé, varias sillas y otros

muebles contemporáneos de la cómoda; colgado sobre ésta, un _Eccehomo_ entre dos cornucopias de buena talla dorada; sobre el canapé, una Purísima, y enfrente de estos cuadros, otros dos, de santos también, todos ellos al óleo y en marcos dorados, pero sumamente deslucidos ya. La sala tenía una gran alcoba, y la puerta de ingreso a ella cortinas blancas recogidas en pabellones sobre grandes clavos romanos. En el fondo de la alcoba, una cama de madera de altísimo testero con molduras doradas y medallones pintados, colcha de damasco rojo y sábanas muy finas con puntillas y bordados en el embozo de la encimera.

--Vas a dormir--me dijo mi tío paseando el farol sobre todos aquellos lujos--, en la misma cama en que han dormido los Obispos de Santander y de León... ¿Eh? ¿qué tal?

--Que es gran honra para mí--le contesté--. Pero yo dormiría más a gusto en ella sin la colcha de damasco y las sábanas bordadas, principalmente sin la colcha.

--¡Hombre! Pues ¿para qué se quieren las cosas buenas sino para las ocasiones como la presente?

Me costó algún trabajillo hacer comprender a mi tío, que tomaba mi resistencia a desaire, que se duerme mejor y más descuidadamente que entre encajes y damascos, bajo las coberturas sencillas que usamos a diario los simples mortales.

--Pues nada, hijo--díjome al fin--: lo primero, tu gusto, y ése es el que ha de hacerse en esta casa mientras en ella estés... ¡A buena parte vienes, cuartajo!... Irá fuera la colcha y cuanto te estorbe con ella en la alcoba. Aquí tienes un felpudo para los pies... Creo que no te vendrá mal al acostarte, porque estos suelos de castaño viejo son fríos como ellos solos... ¿eh? Pues esta lacenuca, o como la llaméis vosotros «allá», a la cabecera de la cama, para poner la luz encima y meter adentro... ¿ves? el ingrediente éste, no pienso yo que te estorbe... ni tampoco esta sillona del rincón... ven acá, ven acá a verla... Como somos mortales y nadie está libre de un apuro, y las noches son tan largas ahora, y los carrejos tan oscuros y tan fríos y no los conoces tú mayormente... En fin, no hay que decirte más. Pues bueno: aquí tienes perchas, con su guardapolvo correspondiente, clavadas en la pared... y en la de enfrente ese armario desocupado, en que puedes meter una tienda de ropa... Me parece, ¡pispajo! que por mucha que traigas, entre él y la cómoda y las perchas, con sobras te ha de caber... Para tus rezos, porque alguno usarás, como buen cristiano que eres, al meterte en la cama y al salir de ella, ahí tienes, a la cabecera, a Dios Nuestro Señor en cruz, y la benditera al lado, con su agua correspondiente, y su ramuco de laurel bendito, por si quieres rociarla por el cuarto; porque el demonio no descansa un punto, y se cuela por el

ojo de una cerradura.

Aquí el palanganero con todos los avíos de limpieza
... y todavía sobra
campo para otro tanto más... Y con esto, lo dicho:
en tu casa estás. Lo
que te estorbe, fuera con ello; si algo deseas y no
lo tienes, pídelo,
que, como lo haya a mano, tuyo será... Y ahora te d
ejo en paz y a tus
anchuras. Cuando acabes, avisa, que en la cocina es
tamos.

Y se fue, zarandeando el farol en una mano y requir
iendo con la otra el
abrigo que se le deslizaba de los hombros; pero tos
iendo mucho y muy
anheloso de respiración. Aquel cuerpo caduco y heri
do de muerte ya, no
podía resistir sin grandes quebrantos y protestas l
os ajetreos en que le
empeñaba la vivacidad del espíritu encerrado en él.

Mientras anduve trajinando en aquél mi aposento, pe
nsé mucho, y no todo
de color de rosa. La última parte de mi viaje, de n
oche y lloviznando;
los pasillos negros de la casona; la cocina tan gra
nde, tan oscura al
principio, de tan extraño aspecto después a la luz
de la enorme fogata;
el pelaje y las cosas de mi tío; la mujer gris apar
ecida de repente; el
tenebroso páramo del comedor, explorado a la luz mo
rtecina del farolillo
de cuatro cristales empañados por la roña; el silen
cio de «afuera»...
peor que el silencio absoluto: un rumor lejano e in
termitente, bronco,
algo por el estilo del que puso espanto en el esfor
zado pecho de Don
Quijote cierta noche en las proximidades de Sierra

Morena, y el otro
silencio de la casa en cuanto cesaba de hablar mi tío, me habían
impresionado de mala manera. Lo mejor del cuadro era
a mi habitación,
amplia, sin llegar a lo enorme, como su colindante
y la cocina, blanca y
bien provista de muebles; pero ¡qué frío se sentía
en ella! ¡Y aún no
había empezado el mes de noviembre! Instintivamente
palpé el espesor de
las ropas de mi cama; y aunque era muy considerable
, retiré la colcha de
damasco rojo y puse en su lugar mi pesada manta de
viaje en dos
dobles. Sentía los pies helados, y me calcé unas
zapatillas forradas
de piel; y no me envolví el cuerpo en un abrigo ruso
o de que iba
provisto, porque estaba resuelto a darme otro chamuscón
en la cocina
inmediatamente. En lo que llamaba sala mi tío, además
de la puerta que
comunicaba con el comedor, había otras dos que debían
corresponder a
otras tantas fachadas de la casa. Por curiosidad abrí
el ventanillo o
«cuarterón» de una de las hojas del claro más próximo
a mí, y todo lo vi
negro, negrísimo, al través de un mezquino cristalejo;
abrí después la
hoja entera, que daba a un balcón con repisas de piedra,
y aún me
pareció más negro que antes lo que de este modo se
veía. En cambio, los
rumores que desde adentro se percibían lejanos y con
intermitencias,
desde allí resultaban continuos, más acentuados y más
próximos. Debía
producirlos el río despeñándose a corta distancia de
la casona. A este
murmurio incesante que casi era bramido ya, servía

de fastidioso
acompañamiento el golpeteo de la lluvia, vertida en
el suelo por las
canales del tejado. Me daba esta «música» gran tris-
teza y cerré la
puerta del balcón más que de prisa.

Al salir a la salona con el candelero en la mano, m-
e encontré con la
mujer gris ocupada en poner la mesa, a la luz de un
velón de tres
mecheros, colgado de un listón de madera, sujeto po-
r una de sus
extremidades a una vigueta del techo. No era antipá-
tica, ciertamente, la
cara de aquella sirvienta; y bien mirada, hasta se
hallaban en ella
vestigios de haber sido guapa en sus mocedades. Exp-
resábase con un
laconismo que tenía ciertos matices clásicos, y res-
pondía con agrado a
las preguntas que me arriesgué a hacerla, por habla-
r de algo y alegrar
un poco el tedioso colorido de mis ideas. Así supe
que se llamaba Facia;
que desde muy joven servía en casa de mi tío y que
en ella pensaba
morir, si esa era la voluntad de su amo, a quien qu-
ería y respetaba como
a padre y señor, y aun con eso no le pagaba bastant-
e los grandes
beneficios que le debía. Él y su señora la habían r-
ecogido huérfana y
desamparada, dándola desde entonces buena enseñanza
y poco trabajo, pan
abundante, y lo que vale más que eso, cariño y somb-
ra. Todo esto me lo
iba declarando como a la descuidada, en periodos co-
rtados y sin mirarme
a la cara, pero reflejando en la suya cierta expres-
ión de dulzura
melancólica que la hacía muy interesante, mientras

se movía lentamente
de acá para allá, poniendo aquí un plato después de
pasarle con un
lienzo blanquísimo, y allí un vaso o un tenedor. De
este modo, y echando
yo la conversación hacia ese lado, llegó a decirme
que su amo había
tenido siempre una salud «de fierro», hasta que una
noche, pocos meses
hacía, después de una semana de resfriado que no le
privó de andar por
el mundo, se había despertado «ajuegándose de anseo
, con un jirvor de
pecho, un color de cera en la cara, y un mirar de e
spanto en los ojos
que desaflegía». Salió de aquello, pero para no lev
antar cabeza.
«Tristezón y acobardao», ya era otro hombre. La tos
le sofocaba de
noche, y se pasaba en vilo la mitad de ellas. «Entr
óle malenconía» de
las más negras; y si llego a no acudir yo a su lado
, se va «como los
sopiros». «Con ello y con too», Dios sabía hasta d
ónde llegaría el
carro sin atollarse para siempre.

Y la pobre mujer, con los ojos empañados, apenas ha
llaba voz en su
garganta para decirme esto. ¡A buena puerta había l
lamado yo para
curarme de tristezas!

Agravadas las que había sacado de mi habitación con
el contagio de las
de Facia, apartéme de ella con dos fórmulas de cons
uelo, que para mí
hubiera querido yo, y fuime en derechura a la cocin
a.

IV

Estaba allí mi tío, sentado en el sillón de cabecera, y a su izquierda, en el banco que le seguía inmediatamente, un señor Cura muy corpulento, con balandrán de paño, gorro de terciopelo raído, y entre manos una cachavona muy recia; frontero a los dos, con la lumbré entre ambos, otro personaje más corpulento aún que el señor Cura, de cabeza canosa y gorda, cara cetrina y ojos muy saltones; en el mismo banco, pero a respetuosa distancia de este sujeto, Chisco secando se el barro de sus perneras a la lumbré; y junto a ella, y acurrucada en el suelo sin estorbar a nadie, con una cuchara de palo en la mano derecha, y en la izquierda el mango de una sartén colocada sobre las trébedes, una mocetona de ojos azules, hermoso y abundante pelo rubio y cuerpo bien metido en carnes.

Al aparecer yo en la cocina, cesó el recio clamoreo de la empuñada conversación que me había parecido disputa desde el pasadizo inmediato, y todas las personas del grupo se encararon conmigo de repente. Descubríme yo entonces y avancé algunos pasos hacia la meseta del fogón.

--¡Hola, hola!--exclamó mi tío al verme--. Ya vienes en busca de la gracia de Dios, ¿eh? Me alegro, hombre, me alegro.. . A ver, toma, cógele... Bien que tú no puedes, porque estás ocupa

da... Tú, Chisco,
cógele ese candelero que trae en la mano... Vaya--a
ñadió mirando
alternativamente al Cura y al hombrón del otro banc
o--, aquí le tenéis
ya: éste es mi sobrino Marcelo, el hijo de mi difun
to hermano Juan
Antonio. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Qué hay que pedirle en est
ampa ni en ropaje?...
Mira--me dijo a mí--, estos señores vienen a visita
rte...

Entonces se enderezaron a una los aludidos, que me
parecieron dos
gigantes, particularmente el seglar, que metía la c
abeza hasta los
hombros dentro de la campana de la chimenea; pero n
i el Cura se quitó el
gorro, ni el otro el chambergazo con que tapaba una
parte mínima de la
blanquísima greña que se le desbordaba por todo el
perímetro de la
cabezota. Me dieron sendos apretones de manos, que
me hicieron ver las
estrellas; y mientras volvían a sentarse, a mis rue
gos, y me sentaba yo
también a los de mi tío entre él y el señor Cura, c
ontinuó diciendo el
primero, señalando al segundo:

--El señor don Sabas Peñas, párroco de este pueblo
desde que cantó
misa... ¡ya hace fecha! porque te advierto que no b
aja una peseta de los
tres duros y medio... Se los llevo bien contados...
Buen amigo, buen
cumplidor de sus deberes, eso sí, y muy docto en la
tines de todas
clases... y en poner una bala en el corazón de un o
so sin que le tiemble
el pulso... No se le conoce otro vicio.

El Cura soltó aquí una carcajada que retumbó en el embudo de la chimenea, y hasta farfulló unos latines de breviario que no pude entender.

Después dijo mi tío refiriéndose al hombrazo del banco frontero:

--El señor... Hombre--añadió encarándose repentinamente con él--, ¿me dejas entregar todo tu pasaporte de una vez, para acabar primero y entendernos mejor? Ya sabes que le tengo bien aprendido en la memoria...

El hombrazo se revolvió en su banco gruñendo un poco, y dijo al fin, con voz cavernosa y resonante:

--En ese que tú llamas pasaporte no hay cosa que me agravie, y puede estamparse siempre a la misma luz del sol: bien lo sabes tú. ¡Pero cuidado con el retintín! porque hay bocas que hasta el mismo «Credo» de la misa hacen sonar a lo que no es...

--Esa boca no es la mía, ¡cuidado con ello!

--Digo que hay esas bocas, y no digo más que eso--replicó el hombrazo.

--Santo y corriente; pero yo vuelvo a preguntarte si va o no va, para conocimiento de mi sobrino, todo tu pasaporte, ¡cuartajo!

--Y yo te respondo que lo que es honra para mí, no puede ofenderme. Conque allá te veas, y no hay más que decir.

--Pues escucha, Marcelillo, que allá va el document
o: don Pedro Nolasco
de la Castañalera, alcalde que fue de este Real Val
le en mil ochocientos
treinta y dos, regidor en mil ochocientos treinta,
teniente de alcalde
en mil ochocientos veintisiete, síndico en mil ocho
cientos veinticinco,
antiguo empleado en el lavadero de lanas de los señ
ores Botifora y
Compañía, extramuros de la ciudad de Valencia... Or
deno y mando.

--¿Lo ves?--saltó aquí el hombrazo, con un vozarrón
que aturdía. ¡Ya
sacastes la pata!... ¡ya la jicistes!

--¿En qué?--preguntó mi tío, fingiendo extrañeza, m
ientras el Cura reía
a borbotones y lanzaba latines y yo no sabía qué pe
nsar de todo
aquello...

--Oiga, usted, caballerito--díjome entonces don Ped
ro Nolasco, algo
tembloroso de voz--: es la pura verdad que yo he si
do, y a mucha honra,
todas esas cosas que usted ha oído... pero contra e
l «orden y mando»
del remate, protesto una vez, y dos veces, y dos mi
llones de ellas.

--Consta en papeles--afirmó mi tío con gran enterez
a.

--Y mucho que consta--respondió don Pedro Nolasco--
; pero con su cuenta
y razón: en bandos que yo publiqué en su día, cuand
o las cosas andaban a
paso más firme que ahora... sí, señor; allí estaba
bien y en su punto;
pero no lo está donde tú acabas de ponerlo con la m

ala intención que
siempre tuvistes...

--¡Eso es agraviarme!--exclamó mi tío sofocado por
la tos.

--¡De que me faltaras tú sin motivo me estoy quejan
do yo!

--¡Yo no te he faltado!

--¡Yo aseguro que sí!

La cosa estuvo a punto de encrespase de veras por
este camino; pero con
la intervención del Cura y con la mía, conjuróse a
tiempo la tempestad,
que no era nueva en aquella cocina entre los mismos
contrincantes, según
luego supe; porque los dos eran sulfurosos de genio
, y las cosas del don
Pedro Nolasco una continua tentación para el espíri
tu marrullero de mi
tío.

Puestos en paz bien pronto, continuó éste:

--Por lo demás, llévame dos años de fecha, aunque n
iévalo el arrastrado,
sin pizca de temor de Dios, y tiene ya los cuatro d
uros bien corridos de
peso. Fue siempre de mucho odre, buen apetito y mej
or conducta. Así ha
llegado él tan acá, sin un mal retortijón de tripas
. Nunca le tomó
apego, como el Cura, a la caza mayor... en los breñ
ales, se entiende,
porque a la vera de su casa o al amor de la lumbre,
se zampa un buey en
dos sentadas, si hay quien se le ofrezca. Por eso y
otras cosas, le
llamamos los que bien le queremos, sin que a mal lo

tome ni se ofenda,
«Marmitón».

--¡Celso!--rugió aquí don Pedro Nolasco, dando patadas en el borde de la meseta en que apoyaba los pies, calzados con zapatillas de cintos negros, lo mismo que el señor Cura y que mi tío.

Y entonces me fijé yo en que debajo de las zapatillas calzaba medias alagartadas, verdes, con grandes pintas negras.

--Eso es lo único que te afea, salvo la cara--díjole mi tío serenamente--: el genial... En ese punto eres una jabalina celosa, a lo mejor de una chanza. Salimos de una chamusquina, y ya te quieres meter en otra...

--¡Barájas!--exclamó don Pedro Nolasco santiguándose--. ¿Ustedes han visto otra como ella? Trapalón de los demonios, ¿pues me he metido yo contigo ni tanto así, desde que se acabó lo otro?

Mi tío no le hizo caso, y me preguntó a mí:

--¿Le has visto ya bien? Pues con esas cerdas y todo, es el vecino más noblón del pueblo y el mejor amigo de sus amigos, y además es uva de la nuestra cepa. Lleva el corazón en la mano, y dará la piel cuando no tenga capa que partir con el pobre. Te lo digo yo, Marmitón de los demonios, aunque me pegues--añadió encarándose con el gigante--; te lo digo yo, ¡cuartajo!, yo, que tengo buenas pruebas de ser verdad: y te lo digo con el alma y vida. Si quieres creerme, me cre

es, y si no, peor
para ti. ¿No es así, Cura?

--_Est Deus in nobis_--respondió éste moviendo la cabeza de un lado a otro, como quien afirma algo bueno que es además indiscutible--. No hay que darle vueltas, _est Deus in nobis, semper et ubique_. Y si no fuera así, pobres de nosotros a cada chapucería de las que arma Satanás en las disputas de los hombres.

--Pues bueno--repuso mi tío volviéndose hacia su amigo que no chistaba ni se movía, con los ojazos clavados en la lumbre--. Ahora quiero que te quedes a cenar con nosotros, no por mí, que no lo merezco, sino por honrar a mi sobrino.

--¡A buen tiempo!--murmuró el gigante revolviendo un poco la mirada hacia don Celso y descargando mucho los celajes de su faz.

--¿Lo dices porque has cenado ya?--le replicó mi tío.

--Naturalmente.

--Pues por eso mismo, porque lo presumía, te convidó yo. En estómagos como el tuyo, ceba llama ceba... Y para animarte más y hacerla redonda y cabal esta noche, también te convidó a ti, Cura.

--Eso ya es otra cosa--dijo entonces don Pedro Nolasco, entrando de frente a la porfía--: si él se queda...

Negábase el Cura a ello de todas veras; pero a fuer

za de insistir mi tío
y de empeñarme yo también, aceptó al cabo.

--¿Lo has oído, Tona?... Pues llévale el cuento a F
acia para que ponga
dos platos más en la mesa, y añade tú lo que falte,
si es que falta algo
en la cocina.

Tona respondió que sobraba con lo que había arrimad
o a la lumbre,
siempre que cada cual comiera «como Dios mandaba»;
y mi tío, mientras el
hombrón recibía con carraspeos la condicional que l
a sirvienta había
echado hacia allá con los ojos, dio por rematada la
historia y mandó que
se tratara de otra más divertida.

No lo fueron ni tanto siquiera, para mi gusto, las
pocas que salieron a
relucir después, mientras la mocetona rubia, y Faci
a, la mujer gris, que
entraba y salía a menudo, daban los últimos toques
a los condumios
arrimados al fuego. Por mi parte, y «para ir tirand
o de la conversación»
tuve que suministrar, a instancias del Cura y de do
n Pedro Nolasco,
cuatro vaguedades sobre «esos mundos de Dios», por
los que tanto había
rodado, al decir de los mismos señores; y menos int
eresado ya que al
principio en lo que allí se trataba, y pudiendo lle
var mi atención a
otros términos del cuadro, observé, entre otras cos
as, que Tona y Chisco
no tomaban parte en ello más que con los ojos y alg
una que otra
exclamación o risotada, y que la tal sirvienta, por
su cara y por su
talle, de pies a cabeza, en fin, era lo que se llam

aba una buena moza.

--Ya ves--llegó a decirme mi tío--, que aquí no se pasa el rato del todo mal, después de hecho el hombre a estas cosas tan diferentes de las de «allá». Y mejores se pasan todavía, como irás viendo, porque esta noche no hace regla: no es sazón de ello hoy por hoy, en que no aprieta el frío y está mucha de la maíz sin deshojar, y hay que deshojarla, porque lo primero es lo primero; pero déjate que corran días y empiece a empardecerse el cielo y a «rebombar» el pozón de Peña Sagra, ¡trastajo! y verás acudir gente a esta cocina, hasta haber noche de no caber en estos bancos, cada cual con su avío y con su tema.. . toda gente montuna, por de contado: puros jastialones. Hay que armarse a veces de mucho aguante, eso sí, porque en un rebaño, ¡zancajo! no todas las bestias son de una misma condición; pero las mejores de éste son las más; y con tal de no pedir castañas al camueso... Vamos, que te ha de entretener, si es que te avezas a ello... y Dios lo haga así.

--¡Pues no ha de jacerlu!--exclamó don Pedro Nolasco, asombrado de que se pusiera en duda lo que él tenía por indudable.

--_A custodia matutina usque ad noctem speret Israel in Domino_--confirmó don Sabas--, sin contar con lo que tengo dicho y no me cansaré de repetir: _est Deus in nobis_; y por eso no hay que desesperar de nada que sea honrado, conveniente al hombre de bien y conforme a la

santa ley de Dios.

Cuando llegó el momento de irnos a cenar, preguntó don Pedro Nolasco muy sorprendido:

--¿Pero, cómo?... ¿No cenamos aquí?

--¡No señor!--respondió mi tío empujándonos hacia la puerta.

--Pero ¿por qué?--insistió aquél erguido sobre el fogón.

--Curiosón de los demonios--replicó el otro volviéndose hacia él desde la mitad de la cocina--. En primer lugar, a zoquete regalado no debieras ponerle tachas; y, por último, has de saberte, traga-aldabas del jinojo, que ni todos los tiempos corren unos, ni todos los hombres son iguales. ¿Me entiendes ahora?

Esto ocurría en el instante en que Chisco, por mandato de Tona, se acercaba a la pared que yo había tenido enfrente, a la cual estaba adaptado un tablero, soltaba la taravilla que le sujetaba por arriba, le hacía girar sobre el eje que tenía en el lado de abajo, y le dejaba en posición horizontal sostenido por un tentemozo. Pidiendo informes sobre el uso de aquel aparato, averigüé que era la mesa «perezosa» a quien había aludido mi tío en el comedor.

--Y ¿para qué la ponen ahora?--preguntéle.

--Para cenar los criados en cuanto nosotros nos larguemos de

aquí--respondióme.

Me gustó el artefacto, que quedaba armado a muy corta distancia del fogón; tentóme la novedad aquella, y desde luego uní mi parecer al bien notorio de don Pedro Nolasco.

--Pues por mí--dijo mi tío con firme resolución--, que levanten los manteles de la otra mesa y los tiendan en ésta. Por regalarte el gusto, mandé que se cenara allá: ya sabes que el mío es muy diferente. Además, para lo que he de cenar yo... Conque si te gusta más esto...

Convinimos, a mis ruegos, en que por aquella noche quedaran las cosas como estaban, cenando en adelante en la perezosa y dejando la mesa del salón para la comida del mediodía; bajóse de su pedestal don Pedro Nolasco, y salimos de la cocina los cuatro comensales en ringlera, siguiendo a Tona que nos alumbraba el camino con el candil que había descolgado de la campana de la chimenea.

Y sucedió lo que yo estaba temiendo rato hacía, por lo que había ido observando alrededor de la lumbre y en los trajines de la repolluda cocinera; que la cena dispuesta en honor mío era para servir de espanto más que de tentación y de consuelo a un comensal de mis tragaderas, hecho y avezado a las sabrosas parvidades de la cocina mundana. Comenzando a contar por los cubiertos y dos cucharones de plata de anticuada forma, una torta de pan «casero», ocho va

sos de cristal
verdoso y un botellón muy negro, todo cuanto había
y fue apareciendo
sobre la mesa era macizo y grande y abundante hasta
lo increíble.
Primeramente, un cangilón de sopas de leche, después
una fuente muy
honda, de un potaje de nabos en ensalada; luego una
tortilla de
torreznos, seguida de una asadura picante, y, por último,
una compota
descomunal de manzanas, y mucho queso curado de ovejas.
Lo único que
escaseaba allí eran la luz y el calor, porque la de las
mechas del velón
casi se perdía en el negro espacio antes de llegar a la
mesa, y el
chamuscón que yo me había dado en la cocina sólo me
servía en el comedor
para sentir doblemente la glacial temperatura de aquel
páramo.

El Cura, contra lo que yo esperaba de su tamaño, comía
nada más que
regularmente, y era limpio y reposado en el comer.
Mi tío probaba de
todo sin gustarle nada, y yo satisfacía mi necesidad,
más que apetito, de
doce horas, casi tanto con la vista de tan copiosos
alimentos, como con
las parvidades que de ellos tomé... ¡Pero don Pedro
Nolasco!... No tenía
calo ni medida su estómago de buitre; devoraba hasta
con los ojos; y
mucho de lo que no le cabía en la boca mientras
funcionaba su gástrico,
corríale en regatos por el exterior hasta sumirse bajo
la sobarba entre
cuero y camisa, o mezclarse gota a gota con la mugre
del chaleco.

Se habló poco en la mesa, y de esto poco la mayor p

arte fue de mi tío
para decir injurias al glotón, que no le contestaba
, ni creo que le oía,
y para ponderarme su asombro por lo melindroso que
le parecí en el
comedor, y muy especialmente por el «plan» de cena
mía, para en
adelante, que le tracé. No podía comprender el buen
señor que un mozo de
mis años y con mi salud, no comiera cuanto se le pu
siera delante a
cualquier hora del día o de la noche. «Abundante y
sustancioso» era la
divisa del bien comer entre los hombres rumbosos de
l pelaje de mi tío.

Andando en esto y «regoldando» ya el gigante por no
tener su estómago
cosa de más jugo en que entretenerse, oyóse una cam
panada de reló hacia
lo más obscuro y remoto de la estancia.

--¡Las diez y media!--dijo mi tío revolviéndose en
el banco--. Me parece
que ya es hora de que te dejemos en paz. El viaje t
e habrá molido bien
los huesos, y tendrás ganas de tumbarlos en la cama
. Por lo demás, no te
creas: entre el laberinto del ganado abajo, y la te
rtulia de arriba
después de rezar el Rosario, rara es la noche en qu
e nos acostamos más
temprano... Ya verás, ya verás, ¡pispajo! cómo sabe
mos vivir aquí,
aunque montunos y pobres, a uso de pudientes de ciu
dad... Conque
¿entendístelo, Marmitón? Pues, ¡jorria! ya que está
s jartu, y a su casa
el que la tenga.

Levantámonos todos, dio gracias el Cura, respondímo
sle cumplida y

devotamente, y se fue con don Pedro Nolasco, no sin haberme hecho volver a ver las estrellas con los apretones de manos que me dieron por despedida.

Poco tiempo después, encerrado yo en mi cuarto, pasé a lo largo de él intentando pensar en muchas cosas sin llegar a pensar con fundamento en nada, no sé si porque realmente no quería, o por que no podía pensar de otra manera. Con esta oscuridad en mi cerebro y el continuo zumbido del río en su cañada, acabé por sentirme amodorrado, y me acosté.

Blanca de ropas y limpia como un sol era mi cama; pero ¡qué fría... y qué dura me pareció!

V

Sin embargo, dormí toda la noche de un solo tirón; pero soñando mucho y sobre muchas cosas a cual más extravagante. Recuerdo que soñé con el oso del Puerto; con desfiladeros y cañadas que no tenían fin, y tan angostas de garganta, que no cabía yo por ellas ni aun andando de medio lado. Obstinado en pasar huyendo de la fiera que me seguía a balanceándose sobre sus patas de atrás y relamiéndose el hocico, tanto forzaba la cuña de mi cuerpo, que removía los montes por sus bases y oscilaban allá arriba, ¡muy arriba! las cúspides pedregosas, y hasta se de

splomaban muchas de
ellas sobre mí, pero sin hacerme daño. También soñé
con mi tío bailando
en la cocina, junto a la lumbre, unas seguidillas q
ue cantaba la mujer
gris tañendo una sartén muy grande; y después con d
on Pedro Nolasco, el
cual comía becerros crudos y troncos de abedul y pe
ñascos de granito con
bardales, mientras iban comiéndome a mí, fibra a fi
bra y muy poco a
poco, el Tedio y la Melancolía, un matrimonio de lo
más horrible, que
vivía en el fondo de un abismo sin salida por ningun
a parte.

Quizás por haber sido éste mi último sueño de la no
che, fue tan triste
mi despertar por la mañana. ¡Porque fue triste de v
eras! Pero me había
dormido con la curiosidad recelosa de conocer de vi
sta la tierra en que
voluntariamente acababa de sepultarme; y sintiendo
revivir de golpe
aquel vehemente deseo al ver un poco de luz que se
filtraba por los
resquicios de las puertas, levantéme de prisa, lavé
me tiritando de frío,
envolvíme en el abrigo más espeso de los varios que
tenía a mi alcance,
y me asomé al mismo balcón a que me había asomado p
or la noche.

Ya no llovía; pero estaba el mezquino retal de ciel
o que se veía desde
allí levantando mucho la cabeza, cargado de nubarro
nes que pasaban a
todo correr por encima del peñón frontero y desapar
ecían sobre el tejado
de la casa. Entre nube y nube y cuando se rompía al
gún empalme de los de
la apretada reata, asomaba un jironcito azul, salpi

cado de veladuras
anacaradas; algo como esperanza de un poco de sol p
ara más tarde, si por
ventura regían en aquella salvaje comarca las misma
s leyes
meteorológicas que en el mundo que yo conocía.

Dejando este punto en duda, descendí con la mirada
y la atención a lo
que más me interesaba por el momento: lo que podía
verse de la tierra en
todas direcciones desde mi observatorio de piedra m
ohosa con barandilla
de hierro oxidado. ¡Bien poco era ello, Dios de mis
ericordia!

Delante y casi tocándole con la mano, un peñón enor
me que se perdía de
vista a lo alto, y aún continuaba creciendo según s
e alejaba cuesta
arriba hacia mi izquierda, al paso que hacia la der
echa decrecía
lentamente y a medida que se estiraba, cuesta abajo
, hasta estrellarse,
convertido en cerro, contra una montaña que le cort
aba el paso
extendiendo sus faldas a un lado y a otro. Rozando
las del peñón y la
del cerro hasta desaparecer hacia la izquierda por
el boquete que
quedaba entre el extremo inferior del cerro y la mo
ntaña, bajaba el río
a escape, dando tumbos y haciendo cabriolas y brama
ndo en su cauce
angosto y profundo, cubierto de malezas y de mister
ios. Inclinado hacia
el río, entre él y la casa, debajo, enfrente y a la
izquierda del
balcón, un suelo viscoso de lastras húmedas con man
chones de césped,
musgos, ortigas y bardales. A la derecha y casi a p
lomo del balcón, el

principio de un corral que seguía fachada abajo y d
aba vuelta en ángulo
recto hacia la otra, lo mismo que el cobertizo que
le cercaba por el
lado del río, y estaba destinado, por las muestras
visibles, a cuadras,
leñeras y pajares. Por el estorbo de estos tejadill
os y de la larga
línea de fachada de la casona, sólo se alcanzaba a
ver, por la derecha,
una estrecha faja de terreno cultivado, paralela al
río y perteneciente
al valle que, según todas las trazas, se extendía h
acia aquella parte,
es decir, a la derecha del río. Y a todo esto, el p
atio y sus tejados, y
el terreno de afuera, y las zarzas y los helechos y
la baranda del
balcón, en fin, cuanto se veía o se palpaba desde m
i observatorio,
húmedo, reluciente y goteando.

No habiendo cosa más risueña en que poner la vista
por aquel lado, fuime
a la otra fachada, la que correspondía al claro fro
ntero a mi alcoba.
Por esta puerta salí a un largo balcón o «solana»,
de madera encajonada
entre dos «esquinales» o mensulones de sillería, ll
amados también
«cortafuegos». En el de mi derecha resaltaba el gru
eso y tallado canto
de un escudo de armas, cuyo frente no podía ver por
lo que sobresalía el
esquinal de la baranda del balcón. No pudiendo ver
tampoco desde allí, y
por idéntico motivo, el resto de la fachada, supuse
, y no sin
fundamento, que la parte de edificio habitada por m
í formaba un cuerpo
saliente. El balcón caía sobre un huerto del mismo
ancho que aquella

fachada de la casa, y muy poco más de largo, con sus correspondientes inclinaciones hacia ella y hacia el río; una docena de frutales en esqueleto; un cuadro de repollos medio podridos; algunas matas de ruda, de mejorana y de romero; un rosal vicioso y en barbecho lo demás; un muro viejo para cercarlo todo; y por encima del muro, surgiendo las moles de un negro anfiteatro de fragosos montes, que allá se andaban en altura con el peñón de la derecha, que formaba parte de él. Y no se veía otra cosa.

Por la dirección de la luz y otras señales bien fáciles de estimar, dije por seguro que aquella fachada de la casa miraba al Sur, y que por el lastral que bajaba a mi izquierda, es decir, al Este, entre la pared del huerto y el monte de aquel lado desde un alto desfiladero que se veía algo lejano, había venido yo la noche antes. Por este viento nada tenía que observar, pues bien a la vista estaba la montaña que corría paralela a la casa asombrándola con su mole. Había, pues, que buscar por el Norte del «solar de mis mayores» la perspectiva del valle entero, que le parecía a Chisco «punto menos que la gloria».

Con este propósito me retiré de la solana de mi aposento, y salí al comedor. Estaban abiertos los dos claros de él que daban al exterior de la casa. Acerquéme a uno de ellos, y vi que correspondían ambos a otra solana muy escondida al socaire de la pared de mi habitación que,

efectivamente, sobresalía mucho de la línea general de la fachada. Entre esta pared y otro mensulón mucho menos saliente que ella al extremo opuesto, corría la solana, a la que daba también una puerta del dormitorio de mi tío.

Estaba abierta y me colé dentro. No había allí más que una cama del mismo estilo que la mía, pero grande, de las llamadas de matrimonio; un crucifijo y una benditera en la pared del testero, una cómoda, dos perchas, un palanganero, un sillón de vaqueta, dos sillas y un felpudo. La cama estaba ya hecha, el suelo barrido y todas las cosas en orden, señal de que mi tío había madrugado más que yo. Me asomé a una ventana abierta en la pared del Este junto a una alacena, y vi lo que ya me había imaginado: el peñascal negro, jaspeado de grietas con vegetaciones silvestres y separado de la casa por un callejón pendiente, de lastras resbaladizas.

Al volver al comedor por la salona, halléme con mi tío que entraba en él por la puerta de enfrente. Llegaba fatigoso y se apoyaba en un bastón. A la luz del día parecíame su traza muy otra de lo que me había parecido a la luz artificial. El blanco y fino cutis de su cara tenía un matiz azulado, y había en sus ojos y en su boca una muy marcada expresión de anhelo. Sin embargo, su «humor» era el de siempre; y si era disimulo de lo contrario, no se le conocía. Se admiró de hallarme levantado tan

temprano. Venía a ver qué era de mí; si se me oía re-
evolverme en la cama,
para entrar, en este caso, a abrirme los balcones,
si lo deseaba, y si
no, para tener el gusto de darme los buenos días. Le
e agradecí mucho su
cuidado, y después de abrazarle le pregunté cómo ha-
bía pasado la noche y
por qué madrugaba tanto.

--Como siempre, hijo del alma--contestóme entre tos-
es y jadeos--. Y no
me las dé Dios peores. En buena salud, me levantaba
con el alba; desde
que tengo tan mal dormir, madrugo mucho más que el
sol, y con todo y con
ello, me sobra tiempo de cama.

Parecióme que el relente frío de las madrugadas no
debía de sentarle
bien, y así se lo dije, aconsejándole que se guarda-
ra de él.

--Eso será entre vosotros--me contestó con su aire
chancero de
costumbre--, avezados a vivir entre cristales; ¡per-
o entre los montunos
de por acá!... ¡Pobre de tu tío Celso el día en que
no pueda desayunarse
con una tripada de esa gracia de Dios! Pero, vamos
a ver, ¿y tú? ¿te has
desayunado ya con algo más de tu gusto? Porque no f-
alta de ello en casa,
como te dije anoche. Y si no has pensado en eso, ¿e-
n qué trastejo has
pensado?... ¡Mira que como sea falta de franqueza!..
..

Díjele en qué me estaba entreteniendo desde que me
había levantado y lo
que llevaba visto ya, y me replicó, agarrándome por
un brazo al mismo

tiempo y tirando de mí hacia los carrejos interiores:

--¡Por vida del ocho de copas, hombre!... Pues, mira, en parte me alegro de que hayas empezado por donde empezaste: así te quedará lo mejor para lo último... ¡Ven acá, ven acá!

Y me llevó a remolque hasta la cocina, donde me hallé a la mujer gris, a Tona y a Chisco, sentados a la perezosa y almorzando unas fritangas con borona. Diéronme risueños los buenos días, levantándose muy corteses, y apenas me dejó tiempo mi tío para cambiar con ellos algunas palabras; porque tan pronto como abrió una puerta cercana a la mesa y en la misma pared, comenzó a llamarme a su lado.

Obedeciéndole, salí a un balcón de madera de mucha línea y muy volado, la mitad del cual caía sobre el patio de las cuadras, que no pasaba del centro de aquella fachada, y la otra mitad afuera. De este modo podía ver el panorama completo y sin estorbos. Formaban la barrera de enfrente la montaña atravesada delante del cerro de la izquierda, y otra que la seguía hacia mi derecha, bien poblada de vegetación en su base, de color pardo muy obscuro en la mitad, de alto abajo, de lo que pudiera llamarse su tronco; de verde crudísimo en la otra mitad, y con la enorme cabeza gris, como un cráneo despellejado y seco, entornada hacia el hombro izquierdo, con la blanca osamenta al aire también. Me hacía el efecto aquella vasta mancha verde, fina y jugosa, iluminada

a entonces casi de
frente por un rayo de sol, de un remiendo de terciopelo riquísimo en un
vestido de toco sayal. Formando ángulo con esta montaña y quedando un
boquete entre las dos, terminaba, coronada de crestas y picachos, la que
descendía por el Este de la casa rozándola el costado con sus bardales.

Dentro de todo este marco, que parecía una contrada
nza de colosos
encapuchados, se extendía una tierra de labor tijereteada en pedazos, de
pradera y de boronales, los primeros de un verde aterciopelado, y los
segundos con la nota pajiza que les daban los tallos secos, aún no
cortados, del maíz recién cogido. Entre mi observatorio y esta mies, que
descendía en rampa hacia los montes de enfrente, y muy inclinada al
mismo tiempo hacia el río, un pedregal erizado de malezas y surcado de
senderos y camberas de comunicación con el pueblo, cuyas casitas se
veían, hechas un rebaño, en lo más alto de la mies, con la iglesia en
medio, que parecía, y lo era en sustancia, su pastor. En todos aquellos
edificios, con las fachadas muy lavaditas y las puertas y ventanas de
par en par, veía yo otras tantas caras de seres desdichados y
enfermizos, con la boca y los ojos muy abiertos, ávidos de aire y de luz
que les iban faltando. Y entre aquellas caras las había de varias
expresiones, desde el patético compasible, hasta el cómico y el
grotesco. Daba gana de echar a algunas de ellas una limosna, para

calmarles las angustias del estómago, o un sombrero de desecho para sustituir la ruinosa chimenea, y a todas un asidero para sostenerse, sin rodar hasta el monte, en la postura violenta en que yo las veía.

Tan embebido me hallaba en este linaje de visiones, que ni siquiera me enteraba de los informes que iba dándome mi tío sobre cada cosa de las principales del cuadro. Parecíame todo el valle, relativamente a la altura de su marco, de una pequeñez asfixiadora, y considerábame caído de las nubes en el fondo de un dedal enorme. ¿Qué idea tendría Chisco de la Gloria celestial, cuando la ponía solamente un punto más arriba que aquello en la escala de lo hermoso y admirable?

¡Dios eterno, qué envidia tuve entonces a los pájaros porque volaban!

--Dígame usted, tío--preguntéle de golpe, y sin reparar en que le cortaba a lo mejor un entusiástico discurso precisamente sobre la anchura y salubridad del valle--, ¿por dónde se sale de aquí?

--¿Jacia ónde?--me preguntó él a su vez.

--Pues... hacia... hacia fuera, hacia el mundo, vamos--respondíle yo aturullado como un chicuelo imprudente, temeroso de que me descubriera los pensamientos que me habían arrancado la pregunta.

--¡Jacia el mundo!--repitió él soltando una carcajada--. Pues me hace

gracia la ocurrencia, ¡pispajo! ¿Estamos aquí en el limbo, o qué?

--He querido decir--repuse celebrando con una risotada contrahecha la pregunta de mi tío--, que cuáles son las salidas principales...

--Ya, ya: ya te había calado yo el pensamiento--respondióme él, dejando de pronto el aire jaranero--, sino que como la ocurrencia tuya se acaldaba bien en una chanza, y yo soy así... Pues te diré: una de las salidas principales es el camino por donde tú has venido anoche, éste de al lado nuestro.

--Corriente.

--Y la otra es la que se ve allá abajo, a la mano izquierda: la misma salida del río. ¿No ves un camino que va por encima de él siguiendo toda la ladera? El puente está aquí a la izquierda, entre aquellos jarales. Puede que le confundas con ellos por lo viejo que es... Pues por ese camino se va...

--¿Hasta dónde?

--¡Hasta dónde!... ¡Trastajo! hasta la mar, si te conviene.

--Bien; pero ¿por dónde?

--Pues río abajo, río abajo... de pueblo en pueblo. ¿Quieres que te los nombre uno a uno?

--No hay necesidad.

--Hasta que llegas a un camino real. Si quieres seguirle por la derecha, porque te jale lo mundano, le sigues; y si te contentas con menos, le cruzas; y no apartándote de la vera del río, en un dos por tres darás con los jocicos en la mar... Mira, hombre, aquí donde me ves y con los años que tengo, no llegan a cuatro las veces que he estado en Santander. La primera con tu tía, recién casado con ella. Entonces no había el camino real de que te hablo, que es de ayer, y había que ir a buscarle más lejos. Íbamos a caballo, como siempre se ha ido desde aquí por los puentes. Ella, en un sillón de terciopelo azul y clavillos sobredorados, con las galas de novia, a la moda de entonces. Campaba de veras, porque era guapetona de firme... ¡trastajo, si lo era! No nos comía la prisa y jicimos noche en la villa de San Vicente, que al otro día abrió puertas y ventanas para vernos salir... Mira, hombre, poco más de un mes antes había salido de España, a tiro limpio, el último ladrón de los de Pepe Botellas... Cabalmente. Pues bueno: paramos poco en la ciudad, porque no nos gustó aquello. La segunda vez fue a raíz de lo del veintitrés, con un pariente de los de Promisiones, que deseaba, como yo, ver cómo andaban las cosas del mundo, después de la taringa que habían llevado los botarates de la «Pitita». ¡Cuartajo, qué cumplida se la dieron... y qué merecida la tenían los arrastrados! Pues la tercera fue ayer, como quien dice, no más que por el gusto de s

aber por mí propio
qué era eso del camino de fierru que acababa de est
renarse... Y para de
contar, después de enterarte de que no pasan de doc
e las que he salido
del valle más allá de dos leguas... Y te aseguro qu
e nunca que dormí
fuera de él, jice sueño con arte, y toda comida que
no sea la de mi
casa, me ha sabido siempre a condumio sin sustancia
; y en no viendo yo
estos picachones encima de la cabeza por donde quie
ra que ando, me hago
cuenta que no veo cosa de gusto ni de traza, y hast
a la mar de la costa
me parece una pozuca, comparada con las anchuras de
este valle... De las
casas en ringle no se me hable, ¡trastajo! porque s
olamente de mentarlas
me falta la respiración y me ajoga el hipo... La ve
rdad, Marcelo... Cada
uno a lo suyo, y con su cada cual. Y a este respect
ive, has de saberte
que hay en este valle gentes que se caen de viejas
sin haber salido de
él más allá de lo que corre de una «aléntá» un perr
o con asma. Y se
morirán tan satisfechas como si murieran de jartura
del mundo que tú
conoces: igual que ha de pasarme a mí en el día de
mañana. Créeme, hijo:
cuanta menos carga de antojos se saque de esta vida
, más andadero se
encuentra el camino de la otra. Hay quien jalla la
mina cavando en un
rincón de su huerto, y hay quien no da con ella rev
olviendo la tierra de
media cristiandad. Ahora, tú dirás quién es más afo
rtunado de los dos y
más digno de envidiarse... ¡Cascajo! y vamos adelan
te con la historia,
que como dé yo en irme por los atajaderos. ¿Dónde h

abíamos quedado con
ella? ¿Qué más deseas saber?

--Por de pronto--respondíle, maravillado de aquélla
su vivacidad de
imaginación y soltura de «pico», que parecían incom
patibles con la
dolencia que le acababa--, si se ensancha el paisaj
e más allá del
boquete por donde se cuela el río.

--Al contrario--respondióme--: en cuanto doblas el
recodo, vuelven a
encalabrinarse los picachos a la vera del río, tan
pronto a un lado como
a otro, cuando no a los dos a un tiempo. Anchuras d
e éstas no se
encuentran hasta el camino real: medio día de rodar
, agua abajo, en una
caballería de buenos pies; un paseo, como quien dic
e, y de los cortos...
Enfrente de ese boquete tienes aquel otro de la man
o derecha, por donde
se mete una tira que va a acabar en punta allá dent
ro. ¿Le ves? al pie
mismo de la montaña manchada de verde por arriba. P
ues por ese callejo
hay otra salida que va trepando por los breñales...
en fin, hombre,
hazte cuenta que en cada resquebrajo que veas en un
monte de éstos, hay
un sendero por donde andan estas gentes como por el
portal de la
iglesia, y se pasean y toman el aire y recrean la v
ista los hombres
desocupados y sanos de pecho, como tú. Ya verás, ¡t
rastajo! ya verás lo
que es bueno.

--Así lo espero--respondí faltando a la verdad de l
o que pensaba--. Y
diga usted--añadí apuntando al mismo tiempo con el

dedo hacia allá--,
¿qué significa aquella mancha verde en que ya me ha
bía fijado yo antes
que usted me la mencionara?

--¡Oh!--contestóme alzando los dos brazos a un tiem
po-- , ¡eso es la gran
riqueza del lugar, amigo! Eso es el «Prao-Concejo»
de aquí, porque
también hay otros pueblos que tienen el suyo corres
pondiente; pero no
como el nuestro. ¡Quia! ¡Pispajo, ya le quisieran!
Es de todos y cada
uno de estos vecinos: un caudal de yerba que se rep
arte «por adra» todos
los años. Ya verás, ya verás qué romería se arma el
día de la siega, si
te coge aquí el primer agosto que llegue...

--Pero ¿cómo demonios--pregunté verdaderamente asom
brado de lo que me
contaba mi tío--, se puede segar en aquel precipici
o, ni bajar al valle
lo que en él se siegue, ni mucho menos subir allá p
ara segarlo y
recogerlo?

Rióse mi tío de lo que él llamaba mi inocencia, «co
n tanto como yo sabía
del mundo», y prometiéndome la explicación de lo qu
e me asombraba para
cuando la pidiera «sobre el terreno», no quiso deci
rme más.

--Y en finiquito--concluyó--, ¿qué te parece de tod
o lo que has
visto?... porque creo que no falte nada en que no h
ayas puesto los ojos.

--Sí, señor--le respondí al punto--: falta algo que
busco con ellos
desde que me puse a mirar esta mañana, y no hallo p

or ninguna parte.

--Y ¿qué cosa es ella, hombre?

--Pues un palmo de tierra llana.

--¡Trastajo!--exclamó aquí mi tío, mirándome con el asombro pintado en los ojos--, ¿cómo demonios ha de jallarse lo que no hay?

--¡Que no!--exclamé yo a mi vez.

--No, hombre, no--insistió él con la mayor seriedad --. Entendí que conocías el dicho que corre aquí como evangelio.

--Y ¿qué dicho es ése?

--Que no hay en todo este valle más llanura que la sala de don Celso. ¿Oístelo ahora?--añadió riéndose y mirándome a la cara con sus ojillos de raposo--. Pues atente a ello.

Y volvió a reírse, y me reí yo también, pero de dientes afuera, con lo cual, dejando ambos el balcón, volvimos a la cocina, en cuya perezosa se me antojó desayunarme aquella mañana.

En aquel desayuno y en la comida del mediodía adquirí dos nuevos datos, que no resultaban de escasa cuenta sumados con los que ya poseía: el pan era de hornadas hechas en la taberna cada media semana, y no había otra carne que la de cecina, con excepción del domingo, en que se mataba una res en el pueblo. Allí no se conocía fresco, bueno y a diario, más que la leche y sus preparados... precisamente lo que es

taba reñido con los
gustos de mi paladar y con los jugos de mi estómago
.

Pocas noches he pasado en mi vida tan largas, tan tristes y de tan insoportable desasosiego, como la de aquel día. Por que visto y reconocido ya en todas sus fases, a lo ancho, a lo largo y a lo profundo, el terreno en que tenía yo que dar la batalla, pero batalla a muerte, contra los hábitos y refinamientos de mi vida de hombre mundano, comodón, melindroso y «elegante», había para que las carnes me temblaran.

¡Ay! toda aquella mi fortaleza levantada en Madrid al calor de un entusiasmo irreflexivo y sentimental, se desmoronaba por instantes; y los fríos razonamientos a que yo me había amparado en horas de sensatez para defenderme de los asedios de mi tío cuando me llamaba a su lado hasta por caridad de Dios, revivían en mi cabeza con un empuje y un vigor de colorido que me espantaban. Sucediame entonces lo que al temerario que por un falso pundonor, por un arranque nervioso y de mal disfrazada vanidad, desciende al fondo de un precipicio. Ya está abajo, ya hizo la hombrada, ya demostró con ella que llega hasta donde llegue el más intrépido... Corriente. Pero ahora hay que subir. ¿Cómo? ¿Por dónde?... ¡Y allí es ella, Dios piadoso!

Sólo de tres maneras podía volver a la luz y a la libertad del mundo: o

por el fin y acabamiento de... (¡qué barbaridad! hasta el tropezar con el supuesto sin haberle buscado yo con el deseo, me repugnaba); o por el restablecimiento del pobre señor, cosa imposible a sus años y con lo mortal de la dolencia que padecía; o por meterlo yo todo a barato a lo mejor, liar el equipaje cuando me diera la gana y volverme a Madrid por el camino más corto, lo cual me parecía una canallada que podía costar la vida al bondadoso octogenario, para quien mi presencia en su casa parecía ser el pan y el sol que le nutrían y le alegraban. Es decir, dos salidas con la puerta cerrada, Dios sabía hasta cuándo, y una que no se me franquearía jamás, por repugnancias de mi conciencia. En definitiva, una eternidad.

Si entre tanto hubiera habido en mí alguna inclinación natural, alguna aptitud de las que hacen hasta placentera a muchos hombres, sin ser aldeanos, la vida campestre, menos mal; pero, por desgracia mía, me faltaban todas en absoluto. Yo no era cazador, ni había manejado otras armas que las de adorno en los salones de tiro; ni entendía jota de ganados, ni de labranzas, ni de arbolados, ni de hortalizas, ni pintaba ni hacía coplas; y por lo tocante a la señora Naturaleza, la de los montes altivos y los valles melancólicos y los umbríos bosques y las nieblas diáfanas, y las sinfonías del «favonio blando» entre el pelado ramaje, y los rugidos del huracán en las esquivas revueltas de los

hondos callejones, vista de cerca, mejor que madre,
me parecía
madrastra, carcelera cruel, por el miedo y escalofrío
que me daban su
faz adusta, el encierro en que me tenía y los entre-
tenimientos con que
me brindaba... Y a todo esto había que añadir que e-
l invierno con sus
fríos, con sus nieblas, con sus aguaceros y con sus
nevascas, estaba ya
cerniéndose encima de los picachos del contorno y d-
e la casona de mi
tío... Y aunque, por misericordia de Dios, no pasar
a yo allí más que él,
¡sería tan largo, tan largo!... ¡Cuántos libros dev-
orados sin sacarles
pizca de sustancia! ¡cuántos chamuscones en la coci-
na! ¡cuánta
indigestión de bazofia! ¡cuántos paseos en corto! ¡
cuántas rendijas del
suelo contadas maquinalmente con los ojos! ¡cuántas
rúbricas echadas con
el dedo en los empañados cristalejos de mi cuarto!..
.. ¡Virgen de la
Soledad, qué perspectiva!

Y así, por este orden, batallando horas y horas. ¿C-
ómo hallar una breve,
ni momento de reposo, ni bien mullida la cama, con
semejante gusanera
entre los cascós?

VI

Dios, que, como dice el adagio, aprieta, pero no ah-
oga, permitió que a
aquella triste noche siguiera un día muy risueño, c-
on el cielo barrido

de nubes y un sol que, aunque pálido y frío, iluminaba el valle y decoraba las cumbres de los montes envolviéndolas en nimbos de luz reverberante. Yo recibí la primera salutación del astro vivificador de la madre tierra como uno de los mayores beneficios que podía otorgarme el cielo en medio de la oscura soledad en que me veía, y mi tío se apresuró a aconsejarme que aprovechara la «escampa», que había de ser de larga «dura» por señales que él consideraba infalibles, para «hacerme a las armas y _tomar la tierra_ como era debido y cuanto más antes». Diome con el consejo informes y programas que me parecieron excelentes; y como no tenía a mis alcances otros recreos más tentadores y de mi gusto, opté por lo que se me proponía, y me dispuse en el acto a echarme a la montaña, que vale tanto allí como en el mundo culto y refinado «echarse a la calle», es decir, a la ventura de Dios, «a matar el tiempo».

Antes de salir de casa entró en ella el médico, que iba a saludarme aprovechando la oportunidad de la visita casi diaria que hacía a mi tío, particularmente desde su última y grave enfermedad. Era un mozo que andaría con los treinta años, no muy corpulento, pero de recia complexión; de pelo y barba cortos, negros y fuertes; de mirada firme, pero sin dureza; agradable de cara y de voz; muy sobrio de palabras; limpio, holgado y modesto de traje, y natural de un pueblo de los ribereños del Nansa. Esto fue todo lo que de él sup

e en aquella ocasión.

Su visita fue breve, y nos despedimos muy afablemente, quedando yo muy complacido de aquel hallazgo en Tablanca, más por lo que se leía en la cara y en el aire del mediquillo, que por las ponderaciones que de sus prendas hizo mi tío al presentármelo. Bajamos juntos hasta el portal, echando él enseguida por la cambera del pueblo y yo por otra diametralmente opuesta, hacia la montaña.

Acompañábame Chisco, por donación muy recomendada de su amo, con la misma vestimenta y el propio calzado con que le había conocido yo en el paso de la cordillera, y nos acompañaba a los dos un perrazo sabueso; llamado _Canelo_, de una casta para mí singularísima por lo grande, que iba perpetuándose en casa de mi tío desde que su padre fue mozo y cazador. Chisco llevaba una escopetona de pistón con anchas abrazaderas reforzadas con bramante encerado sobre el larguísimo cañón roñoso, un cuerno para la pólvora y una bolsa de badana verde para el perdigón y las postas que iban mezcladas con él. Yo una elegante y fina Lafaucieux de dos cañones, canana correspondiente, cuchillo de monte, borceguíes de ancha y recia suela claveteada, polainas de cuero inglés, y todo el equipaje, en suma, de un cazador de figurín. Chisco me miraba de reojo y hasta se sonreía un poquillo, particularmente cuando se fijaba en mi calzado, y, sobre todo, cada vez que me veía resbalar en la arcilla blanda o sobre las lastras de los encalabrinados se

nderos. Al fin llegó
a declararme que para pisar firme no tendría más re-
medio que apechugar
con un par de almadreñas como las suyas; que lo de
mi ropa, «podía
pasar», y que, en cuanto al armamento, «ya se vería
». ¡Vaya si tenía
camándulas el mozallón! Por de pronto, ni él ni yo
íbamos entonces
propiamente «de caza», sino de paseo; sólo que así
como en las tierras
llanas se pasea un hombre con un bastón en la mano
o con las dos
desocupadas, allí se pertrecha el paseante de armas
y de municiones por
lo que pueda acontecer.

Como la excursión me resultó muy entretenida y tamb-
ién muy provechosa,
porque me dio buen apetito y mejor sueño, al día si-
guiente la repetí,
aunque por distinto lado de la montaña, pero sin ex-
tender mucho más que
en la anterior el radio de mis valentías, porque el
teatro de mis
experiencias era vastísimo, y el aprendizaje muy du-
ro de pelar.

A los tres o cuatro días de andar en estas pruebas
y continuando el
tiempo alegre y primaveral, se unió a nosotros Pito
(Agapito) Salces,
«Chorcos» de mote, hijo de un casero de mi tío; bue-
n cazador también,
como casi todos los hombres de aquel valle; algo to-
rpe de magín y muy
largo y deslavazado de miembros. Le había conocido
yo en casa una noche,
y me habían caído muy en gracia su catadura y sus «
cosas»; por lo que mi
tío, que pescaba en el aire las ocasiones y los med-
ios de agasajarme,

dispuso que desde el día siguiente se agregara a Chisco para acompañarme en mis correrías. Era además muy amigo de éste, y a los dos les supieron a gloria el licor de mi frasquete y los cigarros de mi petaca en cuanto los cataron.

A todo esto, yo no había estado en el pueblo más que una sola vez, y ésa muy de pasada y muy temprano, casi de noche todavía, yendo a la misa primera de don Sabas; ni conocía de cerca a otras personas que las que frecuentaban la cocina de mi tío, con el cual no había hecho nunca conversación empeñada sobre cosa alguna... ni siquiera sobre Facia, cuyo aspecto singular y un tanto misterioso me llamaban mucho la atención, particularmente desde una noche (la del tercer día de mis excursiones a la montaña) en que la hallé, saliendo yo de mi aposento, como extraviada en los pasadizos, con el farol en la diestra, la mirada de espanto y el andar de una sonámbula. Se estremeció al verme de improviso junto a ella, y me pidió perdón por haberme tomado por... No me dijo por qué ni por quién; pero rompió a llorar y huyó a ocultarse en el cuarto frontero a la puerta de la escalera, el cual habitaban ella y Tona. En un momento en que me hallé a solas con mi tío, antes de recogerme aquella noche, le hablé del suceso. De pronto me pareció algo picado de la curiosidad; pero enseguida cambió de aspecto, se encogió de hombros y me dijo:

--Está mema la infeliz. Cosas de ella. Siempre es p

or ese arte.

También se me había antojado que Chisco miraba a Tona con muy buenos ojos. De esto no hablé a mi tío; pero sí al mozallón, y por hablar de algo, subiendo los dos solos una vez al «Prao-Concejo».

--¡Jorria!--me contestó trepando delante de mí, sin detenerse un punto ni volver la cara, pero sacudiendo al aire su mano derecha.

No me sacó de dudas la respuesta, y le pedí otra más terminante. Diómela en estos términos:

--No estarían mal puestus en eya los pensarís de un u... ¡y esu que!... Pero van los míos jacia muy otra parti. Los de Pitu, pongo el casu, ya es pleitu difirente.

--Conque Pito... Y ella, tan repolluda y tan guapota, ¿le corresponde?

--Esu es lo que yo no sé... ni pué que lo sepa él t ampocu.

--Es muy posible... aunque antes has puesto una tacha a esa buena moza.

--¡Una tacha!... Y ¿cuál fue eya?

--No la pintaste muy clara, pero la diste a entender. Después de ponderar por cosa buena a la moza, añadiste «y eso que...» como quien dice: «no es oro todo lo que reluce».

--Lo diría yo, si es casu, por su padre... o por su

madre.

--Y ¿qué tienen su padre o su madre que tachar?

--¡Qué sé yo! Historias.

--Conque historias... ¿Y quién es el padre?

--Echeli usté un galgu.

--¡Anda, morena! ¿Y la madre?

--¡Ahora sí que panojó! ¡Y la tien él en casa!

--¿Quién, hombre de Dios?

--Usté.

--¿Yo?

--Usté mesmu... ¿Pa qué demontres quier los ojos de
la cara, si no es pa
ver lo que está delanti de eyus?

--Acaba de decirlo con mil demonios que te lleven:
¿quién es la madre de
Tona?

--Pos Facia.

--¡Facia!--exclamé lleno de asombro--. Pero ¿Facia
es casada?

--Por lo vistu--me respondió el mozallón con mucha
flema.

--¿Con quién?--volví a preguntarle.

--Esa es la historia--respondióme él apuntando al s
uelo hacia atrás con
el índice de su diestra, sin volver la cara ni dism
inuir el paso.

--Pues cuéntamela enseguida--le dije yo entonces, sentándome a horcajadas en el pico de una roca que sobresalía a un lado del sendero, no tanto por oír más a gusto lo que Chisco me relatará, como por descansar de la fatiga que me iba dando aquel nuestro incesante subir por la ladera del agrio monte. Habíamos ganado el primer tercio de su altura, y estábamos ya dentro de los términos de la gran mancha verde que se veía desde la casona «de mis mayores», es decir, del «Prao-Concejo», que desde allí me parecía interminable, inmenso, en la dirección oblicua de la senda que llevábamos. Chisco, cuando notó que yo me había sentado, se detuvo, volvióse hacia mí, se sonrió a su manera al verme tan bien acomodado, y, por último, retrocedió lentamente.

--Cuéntame eso--le dije en cuanto se detuvo a mi lado--; pero con todos sus pelos y señales.

Para infundirle buenos ánimos le di un trago de los de mi frasquete, que era la mejor golosina para él, y un cigarro de los mayores de mi petaca. Bebió y paladeó el confortante licor, relamiéndose de gusto, y echó después una yesca, mientras yo contemplaba a vista de pájaro el vallecito de Tablanca, con sus casitas trepando mis arribas detrás de la de mi tío, sola y encaramada en lo alto, como si se hubiera detenido allí para animarlas con la voz y algunas cuchufletas de don Celso; y,

por último, recostándose contra el terreno y estribando con las abarcas en las asperezas del camino, me refirió lo siguiente, que yo traduzco, poco más que en sustancia, al lenguaje vulgar, con verdadero sentimiento, porque no me es posible, por falta de memoria y de costumbre, reproducir al pie de la letra aquel pintoresco lenguaje, cuyo sabor local excedía con mucho, en interés, al asunto relatado.

Facia era, en efecto, una huérfana desvalida cuando la recogieron mis tíos en su casa. Educóse y creció en ella; llegó a ser una gran moza, porque tenía de quién heredarlo, lo mismo que el ser honrada y discreta; y por buena moza, y por honrada, y por discreta, y hasta por muy agradecida, pasaba, y con razón, en el pueblo, cuando se presentó en él, como llovido de las nubes, cierto galán, un baratijero que asombró a Tablanca, no sólo por las maravillas, jamás vistas allí, de la tienda que plantó en un ferial del valle, sino por el encanto de su pico, por la «majura» de su cara y por el rumbo de su porte. Como moscas acudían a su tenducho reluciente los pobres papanatas de la feria, y como moscas caían en la miel de sus ponderaciones y lisonjas, dejando en el cebo engañador hasta el último maravedí de los ahorrados para fines bien distintos. Para las mujeres, sobre todo, tenía el charlatán un anzuelo irresistible; y para las buenas mozas, en particular, un «aquel» que las atolondraba. Tan bien le fue al indino en aquel emp

eño, que acabada la feria trasladó el tenducho al pueblo y le abrió en un cobertizo que improvisó junto a la iglesia. A creerle por su palabra, él no era traficante por necesidad, sino por lujo. Le gustaba correr el mundo y ver de todo, y para lograrlo a su antojo, como era rico por su casa y le sobraba el dinero, le corría de aquella manera, comprando alhajas «a todo coste» en las grandes ciudades de la tierra, para cedérselas a los pobres hombres y a las buenas mozas de los lugarejos por un pedazo de pan. Así daba él perlas finísimas de Oriente al precio de los garbanzos de Castilla; puñalitos de Damasco y relojes de oro, más baratos que las navajas de Albacete y las coberteras de hojalata. Como había visto muchas tierras y estudiado muchos libros, sabía un poco de todo cuanto había que saber, y daba remedios, y aun los vendía, al «desbarate», por supuesto, para toda casta de enfermedades... y de contratiempos, porque, en su opinión, nada existía verdaderamente incurable, sabiendo buscar a las cosas su motivo, como lo sabía él, por haber estudiado muchos libros y haber corrido muchas tierras. Aquella segunda campaña de baratijero fue una barredera en el lugar. Ni una mota dejó el pícaro en Tablanca. Particularmente Facia, que era de suyo sencillota y noble, se despilfarró. Gastó en gargantillas de todos colores, en sortijas, espejucos y alfilerones de todas hechuras, un dineral: todo lo ahorrado de sus soldadas y algo más que pidió a cuenta, afro

ntando valerosa las
indignidades con que la apostrofaba su amo. Porque
resultaba que
aquellos antojos insaciables y aquel atrevimiento i
nconcebible en la,
poco antes, tan modesta, comedida y respetuosa much
acha, dimanaban de un
«qué sé yo de mal aquél», a modo de maleficio, y qu
e «la jalaba, la
jalaba» contra su gusto hacia las baratijas de la t
ienda, y muy
particularmente hacia los donaires del baratijero.
Como éste le había
notado la inclinación y era ella (sin ofender) la m
ejor moza entre las
muchísimas y muy buenas que había en el lugar, apre
tó el pícaro las
lisonjas y los chicleos, y hasta la rondó la casa
por las noches y la
cantó unas coplas «finas» al son de una guitarra «q
ue propiamente
hablaba entre sus manos». En fin, que la inocente b
orrega llegó a
prenderse en tales términos del hechicero galán, qu
e solamente le quedó
una pizca de juicio, lo puramente indispensable par
a responderle en uno
de sus asedios más obstinados, que «en siendo como
Dios mandaba y por
delante de la Iglesia y para vivir en Tablanca a la
vera de su amo,
cuando lo tuviera por conveniente».

Contuvo el hombre sus ímpetus con la respuesta; med
itóla durante algunos
días; resolvió al cabo que sí; corrióse la noticia
por el pueblo;
envidiaron a Facia su loca fortuna todas las mozas
de él; llegó el caso
a oídos de don Celso; tocó el cielo con las manos;
puso a la infeliz
enamorada de loca y de sin vergüenza que no había p

or dónde cogerla;
juró y perjuró que el baratijero era un bribón de siete suelas; que no había más que mirarle a la cara para convencerse de ello; que sabe Dios dónde sería nacido, de dónde vendría y por dónde había andado hasta entonces, y que por la cruz de Jesucristo considerara esto y lo otro y lo de más allá... Como si callara. El hechizo estaba tragado, y Facia no cejaba un punto en su empeño. Bien persuadido entonces su amo de que no había razonamiento capaz de convencerla, ni medida rigurosa, como la de plantarla en la calle, que no empeorara el destino de la infeliz, entre verla perdida o desgraciada, optó por lo menos malo al cabo de los días: arregló un casucho que tenía medio abandonado al extremo inferior del valle; agrególe tierras y ganado; hizo, en fin, cuanto puede hacer un padre por un hijo en casos tales, y dijo a Facia después de haberse negado a recibir al novio y a verle al alcance de su voz:

--Cásate cuando te dé la gana, y meteos ahí para que, siquiera, siquiera, cuando las pesadumbres te maten, tengas cama propia en que morir después de haber pedido a Dios perdón de tus ingratitudes y locuras.

A los pocos días de casado, y con gran pompa, el baratijero, ya era otro hombre distinto de lo que fue en el lugar antes de casarse: hasta la cara parecía diferente, sobre todo cuando hablaba con su mujer lo poco

que hablaba; miraba bajo y mal, y parecía que le estorbaba hasta su sombra. Al mes de esto, como no sabía trabajar la tierra ni manejar el ganado, y de aquellas riquezas que tenía «por su casa», según dijo de soltero, no se veía un maravedí para levantar las cargas de su nuevo estado, cogió lo que le quedaba de su tenducho y se fue a correr ferias y mercados con ello. Volvió a los dos meses, muerto de hambre, mal encarado y peor vestido. Hízose temible para su mujer, a quien golpeaba con el más leve pretexto, y sospechoso a todo el vecindario, que no estaba hecho a ver en aquel honrado suelo holgazanes y renegados de semejante catadura.

A los diez meses de casados, tuvo Facia una niña; y sin llegar a cumplirse el año, su marido, que había desaparecido del pueblo una semana antes, volvió a casa de noche, roto y desgredado; dio dos bofetones a su mujer porque le preguntó cariñosamente cómo le había ido, por dónde había andado y a qué venía; y mientras la amenazaba con abrirla en canal si contaba a nadie que no le había visto el pelo desde la semana anterior, hizo apresuradamente un lío con las baratijas que le quedaban en casa y con otras, al parecer, semejantes que fue sacando de los anchos bolsillos de su ropa, y sin despedirse de Facia desapareció de la casa y del pueblo, perdiéndose en la oscuridad de los montes... hasta hoy.

A los dos días de esto, llegó al pueblo una pareja de la guardia civil y una requisitoria del juez del partido preguntando por él. Se trataba del robo de una iglesia y de unas puñaladas al pobre sacristán que intentó impedirle... Dos pájaros de la cuadrilla habían caído ya en el garlito, y se buscaba al tercero, al capitán de ella, al famoso baratijero casado en Tablanca... y en otras tres o cuatro parroquias más de España y sus Indias, según resultaba de sus antecedentes procesales.

Con este golpe se espantó el vecindario, se llevó don Celso las manos a la cabeza, y envejeció de repente quince años la pobre Facia.

Del pícaro fugitivo sólo volvió a saberse que anduvo por las repúblicas de América, recién escapado de España, y se le daba por muerto muchos años hacía o arrastrando una cadena.

A poco de verse abandonada, triste y arrepentida la desventurada Facia, recogióla otra vez don Celso por caridad de Dios; y por caridad de Dios también no la dijo una palabra desde entonces que se refiera de cerca ni de lejos a su locura ni a su desgracia; y a su lado fue creciendo la niña Tona, ignorando los verdaderos motivos de las tristezas y amarguras de su madre, y viviendo en la creencia de que su padre había sido un hombre de bien que, como otros muchos, se había marchado a «la otra banda» para mejorar la fortuna, y que allí había muerto sin conseguirlo,

al cabo de los años.

Tal es la sustancia de lo que me refirió Chisco. Con ello sólo podía explicarse el arrechucho aquel de Facia, y podía también no explicarse: de todas suertes, el caso, aun después de conocida la historia de la mujer gris, que no dejaba de ser interesante, no era para meterme en escrupulosas indagaciones; y no me metí.

VII

Con dos guías tan complacientes y tan expertos como los míos, pronto conocí las principales sendas, cañadas y desfiladeros, la fauna y la flora de los montes más cercanos del contorno; perdí el miedo que me infundían los «asomos» u orillas descubiertas de los precipicios, siendo de advertir que allí no hay camino chico ni grande que no sea un asomo continuado, y adquiriré la soltura y la fortaleza de que mis piernas carecían al principio para soportarme lo mismo en las cuestas arriba que en las cuestas abajo; es decir, siempre que andaba, porque es la pura verdad el dicho corriente en el lugar, de que en aquella fragosa comarca no hay otra llanura que la sala de don Celso. No subí a grandes alturas, porque no me tentaban mucho los espectáculos de esa casta, ni tampoco hicieron mis rudos guías grandes esfuerzos para animarme a vencer las

inclinaciones de mi complexión relativamente perezosa; pero no dejé por eso de satisfacer mi escasa curiosidad en la contemplación de hermosísimos panoramas. Por último, conocí también los principales puertos de invierno y de verano, a los cuales envían sus ganados los valles circunvecinos, y admiré la lozanía de aquellas brañas («majadas») de apretada y fina yerba, verdaderas calvas en medio de grandes y tupidos bosques de poderosa vegetación. Cada una de estas calvas tiene, en los puertos de verano, una choza, y en los otros un «invernal»: la choza para albergue de las personas que pastorean el ganado, y el invernal, edificio amplio y sólido, de cal y canto, para establo y pajar de una buena cabaña de reses. Por lo común, cada invernal corresponde a los ganados de ocho o diez condueños de las «hazas» o partes de la braña contigua. Algunos de esos invernales estaban ya ocupados. De noche come el ganado prendido en la pesebrera, de la «ceba» de la pajar, segada en las hazas en agosto; de día pasta al aire libre, mientras el tiempo lo consiente, al cuidado de sus dueños, que después de dejarlo recogido al anochecer, bajan a dormir al pueblo; al revés que en verano, durante el cual duermen amontonados en la choza, quedando la cabaña «acurriada», es decir, reunida en la majada circundante. Las yeguas hacen vida más independiente y libre, y las hallábamos, en estado semisalvaje, donde menos lo pensábamos.

Pito era muy bruto, y aconteció más de una vez ir y o muy descuidado y sentir a mi espalda un estampido feroz que me hacía dar dos vueltas en el aire. Era la espingarda del gaznápiro: un escopetón más viejo y remendado que el de Chisto, que había hecho una de las suyas. Pito no se cansaba en avisar a nadie ni en tomar la más leve precaución cuando una pieza se le ponía a tiro, es decir, en cuanto él la atisbaba, lo mismo en los aires que entre los matorros, que atravesando la sierra escampada, porque para un arma de las dimensiones de la suya y con la metralla de que la atascaba, no había lejos ni cercas: se la echaba a la cara, y por encima de un hombro mío o entre las piernas de Chisco, según lo pedía la situación de las cosas y de las personas, sin cansarse en decir «allá va eso», «¡puuunnn!» Aquello parecía el fin del mundo: los montes retemblaban, y quedaba la pieza, no sólo muerta, sino hecha trizas, porque él no perdía golpe, ni la pieza un solo grano de la metralla del escopetón.

Y la pieza era una liebre, una zorra, un gato montés, un «esquilo» (ardilla), un faisán o una alimaña de regular cantidad, pues es muy de notarse que de ese y otros linajes parecidos son los animales con que se topa uno yendo de paseo, aun por los sitios más inmediatos al pueblo, como se topa en cualquier otra parte del mundo, que no sea aquélla, con el gato doméstico, el perro cariñoso o las aves de corral.

Chisco se conducía de muy distinto modo que su camarada: todo lo hacía sin alterar en lo más mínimo aquella su placidez de continente. Si se me ponía una pieza a tiro, con una mano me detenía suavemente, con la otra me la señalaba, y con un gesto expresivo o con media palabra me daba a entender que me la cedía. Si yo erraba el golpe, como sucedía casi siempre, él me le enmendaba, si no se le había anticipado la espingarda de Chorcos desde donde menos podíamos esperarlo; y notaba yo, en el primer caso, cierta complacencia maliciosa en la mirada que me dirigía, mientras pataleaba la víctima en el suelo o descendía de los aires dando tumbos, como si quisiera decirme: «¿Vey usté cómo no val un pitu esa escopeta, con ser tan maja como es?» Pero Chisco se engañaba grandemente, porque el arma era inmejorable, y las municiones muy dignas de ella. Lo que fallaba era el cazador, que siendo tan diestro como yo lo era en el tiro al blanco, no sabía por dónde se andaba cuando había que tirar a la carrera o al vuelo. El caso es que llegó a mortificarme esta torpeza; y contribuyeron mucho a ello, más que las miradas dulzonas de Chisco, las risotadas brutales con que solemnizaba Chorcos cada enmienda que hacía su espingardón roñoso a los fracasos de mi escopeta. Y tan adentro me llegaron las mortificaciones, que poniendo mis cinco sentidos en el negocio aquel, conseguí pronto, ya que no la destreza de mis acompañantes, portarme de tal manera, que no fu

eran «enmendables»
por ninguno de ellos los tiros que yo desaprovechar
a. Con esto cesaron
las sonrisas del uno y las risotadas del otro, y se
ntí yo descargado el
ánimo de un gran peso; porque así vienen hilvanadas
las flaquezas de la
vida, y jamás se ha dicho verdad como la del pedant
e don Hermógenes: «No
hay poco ni mucho en absoluto.»

Dos veces nos acompañó en estas expediciones, mixta
s de exploración y de
caza, el cura don Sabas; pero sin más arma que el c
achiporro pinto que
le servía de bastón. Hallaba él algo como mengua en
gastar la pólvora en
aquellas salvas de puro recreo, y llamaba «animalit
os de Dios» a cuantos
había en la escala de magnitudes, desde el jabalí o
el corzo para abajo.
Pero ¡cuánto sabía de toda la escala entera y verda
dera, y de aquellos
montes y de otros tales, y con qué respeto le oían
los dos mozos que,
como cazadores, tanto se crecían a mi lado, y con q
ué gusto le oía y le
contemplaba yo a ese propósito... y otros muchos, p
ara los que no tenían
ojos ni oídos las rudas entendederas de Chisco y su
camarada!

Porque es lo cierto que aquel hombrazo tan soso de
palabra y tan pobre
de recursos en la tertulia de mi tío; algo más agra
dable y suelto
oficiando en la iglesia, donde hablaba desde el alt
ar mayor bastante al
caso y a la medida del entendimiento de sus rústico
s feligreses, en las
alturas de la montaña no se parecía a sí propio. Lo
de menos era en él,

con ser mucho, el interés que sabía dar en pocas y pintorescas frases a las noticias que yo le pedía, por no satisfacerme las que me suministraban Chisco y su compañero, acerca de las grandes alimañas, sus guaridas en aquellos montes y la manera de cazarlas; los lances de apuro en que se había visto él y cuanto con esto se relacionaba de cerca y de lejos; sus descripciones de travesías hechas por tal o cual puerto durante una desatada «cellerisca» sus riesgos de muerte en medio de estos ventisqueros, unas veces por culpa suya y apego a la propia vida, y las más de ellas por amor a la del prójimo: lo de más era, para mí, su manera de «caer» sobre la montaña, como estatua de maestro en su propio y adecuado pedestal; aquél su modo de saborear la naturaleza que le circundaba, hinchándose de ella por el olfato, por la vista y hasta por todos los poros de su cuerpo; lo que, después de este hartazgo, iba leyéndome en alta voz a medida que pasaba sus ojos por las páginas de aquel inmenso libro tan cerrado y en griego para mí; la facilidad con que hallaba, dentro de la ruda sencillez de su lengua, la palabra justa, el toque pintoresco, la nota exacta que necesitaba el cuadro para ser bien observado y bien sentido; el papel que desempeñaban en esta labor de verdadero artista su pintado cachiporro, acentuando en el aire y al extremo del brazo extendido, el vigor de las palabras; el plegado del humilde balandrán, movido blandamente por el soplo continuo del aire de

las alturas; la cabeza erguida, los ojos chispeantes, el chambergo derribado sobre el cogote, la corrección y gallardía, en fin, de todas las líneas de aquella escultura viviente... ¡Oh! di éranle al pobre Cura en el llano de la tierra, en el valle abierto, en la ciudad, una mitra; la tiara pontificia en la capital del mundo cristiano, y le darían con ellas la muerte: para respirar a su gusto, para vivir a sus anchas, para conocer a Dios, para sentirle en toda su inmensidad, para adorarle y para servirle como don Sabas le servía y le adoraba, necesitaba el continuo espectáculo de aquellos altares grandiosos, de aquella naturaleza virgen, abrupta y solitaria, con sus cúspides desvanecidas tan a menudo en las nieblas que se confundían con el cielo.

Nada de esto, que tan hermoso era y tan a la vista estaba, sabían leer ni estimar los dos mozones que tan profundo respeto tenían a don Sabas solamente por ser cura de su parroquia y hombre de indiscutible competencia en cuanto se les alcanzaba a ellos.

Mi temperamento, en la escala de lo sensible, ni siquiera llegaba al grado de los innumerables que para «sentir el natural» necesitan verle reproducido y hermosado en el lienzo por la fantasía del pintor y los recursos de la paleta; y, sin embargo, yo leía algo que jamás había leído en la Naturaleza cada vez que la contemplaba a la luz de las impresiones transmitidas por don Sabas encaramado e

n las cimas de los
montes. Y era muy de agradecerse y hasta de admirar
se por mí este
milagro del pobre cura de Tablanca; milagro que nun
ca habían logrado
hacer conmigo ni los cuadros, ni los libros, ni los
discursos.

En la última ocasión de aquéllas, volviendo a casa
los dos, yo rendido y
descuajaringado, y él tan fresco y tan brioso como
si no hubiera salido
del lugar, díjome que todo lo visto por mí hasta en
tonces era como no
ver nada y que había que ver algo de lo que me tenía
a prometido.

--Lo que usted quiera y cuando usted quiera--respon
dí yo temblando, por
el compromiso que adquiriría con aquel hombre para qu
ien eran cosa de
juego excursiones que a mí me descoyuntaban.

--Pues queda de mi cuenta el caso--me replicó--; y
no hay más que
hablar.

VIII

Mis visitas de exploración minuciosa al pueblo las
hice solo y por mi
propia cuenta, dejándome aparecer en él como a la d
escuidada, para
sorprenderle mejor en sus intimidades. Al conocer «
de vista» a su
vecindario en la misa del domingo anterior, ya me h
abía llamado la
atención muy vivamente cierta uniformidad monótona

de «corte», digámoslo
así, y hasta de indumentaria. Todos los mozos usaban
el «lástico»
encarnado, y verde todos los viejos, y todas las mujeres llevaban la
«manta» o chal de parecido color y cruzado de igual
modo sobre el pecho
y los riñones; en todas y en todos abundaban el tipo
rubio y la línea
curva, no sin gracia, con tendencia al cuadrado hacia
los hombros; todos
y todas andaban, hablaban y se movían con la misma
parsimonia, y en
todas las caras, viejas y juveniles, se notaba la misma
expresión de
bondad con cierto matiz de sobresalto, como si la continua
visión de las
grandes moles a cuya sombra viven aquellas gentes,
las tuviera
amedrentadas y suspensas. Pues no tuve que rectificar
un ápice de estas
impresiones, recibidas de un simple vistazo al conjunto
del vecindario
aquél, cuando traté de estudiarle en detalle y más
a fondo; al
contrario, resultóme que a la monotonía de su manera
de ser y de vestir,
bien confirmada de cerca, hubo que agregar otra monotonía
no menos
saliente por cierto: la de sus habitaciones. Todas
las casas de
Tablanca, con excepciones contadísimas, me parecieron
construidas por un
mismo plano: la planta baja, destinada a cuadras de
ganado lanar y
cabrío; en el piso, la habitación de la familia, y
la cocina sin más
techo que el tejado, y en lo alto el desván, limitado
por un tablero
vertical sobre el borde correspondiente a la cocina,
formando con las
tres paredes restantes lo que pudiera llamarse «caja»

a de humos». Afuera,
una accesoria para cuadra y pajar del ganado vacuno
, y pegado a ella o a
la casa, un huerto muy reducido.

De igual modo que en la cocina de mi tío se hablaba
en todo el lugar por
chicos y grandes, viejos y mozos. Como nota caracte
rística de aquel
lenguaje, las haches como jotas y las oes finales c
omo úes; verbigracia:
«jermosu» y «jormigueru» por hermoso y hormiguero.
Pero tan acompasada y
tan melódica es la cadencia que dan a la frase, que
no resultan las
asperezas de la palabra desagradables al oído: al c
ontrario; y tienen
expresiones y modismos de un sabor tan señaladament
e clásico, que con
ello y el sonsonete rítmico de que las acompañan, o
yendo una
conversación entre aquellos montañeses, se me venía
a la memoria la
«música» de nuestros viejos romanceros.

Es también muy de notarse que ninguna de estas sing
ularidades en el modo
de ser y de expresarse, sufre visible alteración po
r el cambio de
lugares o de costumbres. Es allí muy corriente la d
e emigrar durante el
verano los hombres mozos a provincias tan lejanas c
omo las de Aragón,
para ejercer el oficio de serradores de madera, o l
as de Castilla, con
aperos de labor o con castañas, para cambiarlos por
trigo o por dinero.
Yo hablé con hombres de estos, recién llegados al v
alle tras de muchos
meses de ausencia de él, y no hallé la menor difere
ncia que los
distinguiera en el vestir ni el hablar, ni en la ma

nera de conducirse en
todo, de sus otros convecinos; ni tampoco he hallad
o después,
buscándolas de intento, muy notorias señales de que
les interese, fuera
de sus hogares, más que el asunto que los saca de e
llos, como si sólo
tuvieran ojos y corazón para ver y sentir el terruñ
o nativo.

La raza es de lo más sano y hermoso que he conocido
en España, y yo creo
que son partes principalísimas de ello la continua
gimnasia del monte,
la abundancia de la leche y la honradez de las cost
umbres públicas y
domésticas. Supe con asombro que no había en el lug
ar más que una
taberna, y ésa de la propiedad del Ayuntamiento, qu
e vendía el vino casi
con receta y para que cada consumidor lo bebiera en
su casa; de donde
resultaba, por la fuerza de la costumbre, que era m
uy mal mirado el
hombre que mostraba instintos «taberneros», y mucho
peor el que se
dejaba arrastrar de ellos, aunque fuera pocas veces
. No me asombró tanto
la noticia de que allí escaseaba mucho el dinero, p
or ser un linaje de
escasez muy común en todas partes; pero me pareció
muy de notarse la de
que, en cambio, eran moneda corriente los frutos de
la tierra, como en
los pueblos primitivos; y así sucede que hay servic
ios muy importantes
que se pagan con media docena de panojas o con un m
aquilero de castañas.
Lo que tampoco hay en aquel valle son patatas; pero
, en cambio, se
cosechan abundantes en el de Promisiones, el valle
de mi abuela paterna

y aguas arriba del Nansa, donde no se da el maíz, que es la principal cosecha de Tablanca, por lo cual estos dos valles, separados entre sí por cuatro horas de camino a buen andar, están en frecuente trato para cambiar aquellos importantes frutos de la tierra.

Casi todos los hombres de Tablanca son abarqueros, algunos de los cuales, sin dejar de ser labradores, hacen una industria de aquel oficio. Éstos acampan, durante el verano, en el monte, en cuadrillas de ocho a diez; cortan la madera, preparan en basto las abarcas a pares, y así las bajan al pueblo, donde, después de bien curadas, van concluyéndolas poco a poco. En esta tarea hallé ocupados a algunos de ellos; y me embelesaba viéndolos manejar la azuela de angosto y largo peto cortante, o sacar con la legra rizadas virutas de lo más hondo e intrincado de la almadreña, o «pintar», las ya afinadas, a punta de navaja sobre la pátina artificial del calostro seco al fuego. Otros son más carpinteros, y acopian también y preparan en el monte madera para rodales y «cañas» (pértigas) de carro, o aperos de labranza que luego afinan y rematan abajo.

Otra singularidad de aquellas gentes sepultadas entre montes de los más elevados de la cordillera: llaman «la Montaña» a la tierra llana, a los valles de la costa, y «montañeses» a sus habitantes.

Una de las primeras personas con quienes me puse «a

l habla» en aquella
ocasión, fue un hombre que resultó muy original. Le
hallé recogiendo
cantos del suelo y cerrando con ellos el boquete de
un «morio» que se
había desmoronado por allí. Trabajaba con gran pars
imonia, y pujaba
mucho, sin quitar la pipa de su boca, a cada esfuer
zo que hacía, porque
ya era viejo. Me saludó muy risueño al verme a su l
ado, y hasta me llamó
por mi nombre, «señor don Marcelo».

Bastaba mi cualidad de «señor» y de forastero para
merecer aquellos
homenajes de una persona de Tablanca, donde son tod
os la misma cortesía;
pero yo era además sobrino carnal de don Celso, hij
o «del difunto don
Juan Antonio», sangre de los Ruiz de Bejos, de la e
njundia nobiliaria de
Tablanca, de la «casona» «de allá arriba...», vamos
, de los Faraones de
allí; algo indiscutible, prestigioso y respetable _
per se_ y como de
derecho divino; pero no a la manera autoritaria y d
espótica de las
tradiciones feudales, sino a la patriarcal y llanot
a de los tiempos
bíblicos.

No me extrañó, pues, ni debía extrañarme, vistas la
s cosas por este
lado, el cariñoso acogimiento que me dispensó el ho
mbre del morio.

Estaba «amañandu aqueyu» porque le daba en cara ver
lo «en abertal». No
eran hacienda suya, «como podía comprender yo», ni
aquella tierra ni
aquel cercado; pero había visto un día removido el
primer canto de los

de en medio; después otros dos de los «apareaos» con él, y luego «otros de los arrimaus a eyus», y por último, se había dicho, «a las primeras celleriscas que vengan, o a la primera res que joci que una miaja pa lamberse estus verdinis, se esborrega el moriu por aquí». Y así había sucedido. Tres días estuvo el boquete abierto sin que lo viera el dueño de la finca; otros cuatro «pedricándole» él sin fruto para que le echara arriba antes que se picaran las bestias a aquel por tillo y acabaran con la «pobreza» del cercado... hasta que pasando el «moriu» semanas enteras en aquel estado «bichornosu», se había resuelto él a cerrar el boquete. Porque era de ese «aquel», y no lo podía remediar. No en todas las ocasiones llegaba a tanto el interés que se tomaba por lo ajeno; pero siempre le daban en cara y le metían en grandes cuidados los descuidos de los demás. Ya sabía él cuándo había llegado yo a Tablanca y la vida que había hecho desde entonces. Le gustaba mucho verme apegado a la tierra y a la casa de mis abuelos. Chisco era buen compañero para andar por donde yo andaba con él; también Pito Salces, pero no tan «amañau» como el otro «pa el autu de rozasi con señores finus». Si Chisco fuera de Tablanca como era de Robacío, no habría nada que pedirle. Así y con todo, fiel, honrado y trabajador como era y sirviendo donde servía, ningún padre de aquel lugar debía, en «josticia de ley», cerrarle la puerta de su casa. Pues había quien, si no la cerraba propiamente,

tampoco se la abría de buena voluntad. Temas de los hombres. La moza era maja, y algunos bienes tenía que heredar en su día; pero no se encontraba «al regolver de cada calleju» un hombre de bien, que era un caudal «de por sí mismo». Bien lo conocía ella, y por eso miraba a Chisco con buenos ojos; pero era muy otro el mirar de su padre, y él se entendería. La madre iba por caminos diferentes que su marido, y se arrimaba más a los de la hija... En suma y finiquito, ya lo arreglaría don Celso, si la cosa era conveniente para todos. Pero ¡qué «amejao» a mi padre resultaba yo! Le había conocido él poco más que de «mozucu», porque el señor don Juan Antonio le llevaría, si viviera, al pie de diez años. Se había marchado del lugar sin tener pelo de barba todavía; después volvió, «jechu un mozallón arroganti»; pero «entrar por aquí y salir por ayá, como el otro que diz». «Le jalaban mucho jacia lo mundanu los dinerales que había apañau por esas tierras de Dios», y la mujer que le aguardaba para casarse con él. Había vuelto a quedarse solo «el mayoralgu» que nunca quiso raer de Tablanca. «Aunque no era mujeriegu de por suyu», la soledad y otras penas le habían obligado a casarse también. ¡Bien casado, eso sí, «por vida del Peñón de Bejo»! con lo mejor de Caórnic, de la casa de los Pinares: doña Cándida Sánchez del Pinar. Le parecía que estaba viéndola, tan arrogante y tan... y luego con su blandura de entraña... Pero Dios no había querido que las cosas

pasaran de allí; y hoy un hijo y mañana otro, le había llevado los tres que había ido teniendo, y por último a ella, que valía un Potosí de oro puro, y con ella, la luz y la alegría de la casona, que fenecería «mañana u el otro» con el pobre don Celso, que ya había estado a punto de morir. Y en feneciendo este último Ruiz de Bejos, y en cerrándose la casona o pasando a dueños desconocidos, ¿qué sería de Tablanca ni qué vivir el suyo, sin aquel arrimo, tan viejo en el valle como el mismo río que le atravesaba? Por eso se alegraba él tanto de mi venida. Bien podía ser permisión de Dios. Porque si yo tomara apego a aquella tierra, ¿qué mejor dueño para la casona, ni más pomposo señor para el valle entero, cuando don Celso faltara? ¡Ah, cuánto se alegraría él de que yo fuera animándome! Por lo pronto, allí le tenía para servirme en lo que quisiera mandarle... Nardo Cucón, el «Tarumbo», si lo quería más llano y conocido, porque así le llamaban de mote, no sabía por qué, pero era la pura verdad que no le ofendía... En fin, ya estaba cerrado el boquete...

Entonces fue cuando el Tarumbo se incorporó del todo, aunque algo encorvado de riñones todavía y bastante esparrancado, y se encaró conmigo. Su charla había durado tanto como su labor, y yo no había hecho más que mirarle y oírle. Se quitó la pipa de la boca después de restregarse ambas manos contra el pantalón; golpeó la boca abajo sobre la uña del pulgar de la izquierda, y me enseñó en una

sonrisa toda la caja
desportillada de sus dientes. Era un vejete de rost
ro plácido y greñas
muy canas, algo atiplado de voz y muy duro de «bisa
gras»; es decir,
torpe de todos sus movimientos. Para un hombre tan
cuidadoso como él de
la hacienda de los demás, no me pareció muy bien cu
idada la propia que
tenía a la vista. Dígolo por el desaliño y desaseo
de toda su persona,
que eran muy considerables... Así y todo, resultaba
interesante y muy
simpático el vejete.

Hablé con él un buen rato todavía, porque me entret
enía mucho su
conversación pintoresca, y acabé por preguntarle po
r la casa del médico.

--Vela ahí--me respondió dando media vuelta hacia l
a derecha, y
apuntando con la mano hacia un edificio algo más as
eñorado que los del
tipo corriente en el pueblo--. De dos zancajás está
en ella.

--¿Y la de don Pedro Nolasco?--preguntéle después.

--Vela a esta otra manu--respondióme apuntando con
la suya al lado
opuesto--. Por encima del tejau de esa primera que
tien frutales en el
güertu, asoma el aleru vencíu y el jastialón detras
eru de eya, con su
balconaje de fierru.

En esto venía hacia nosotros de la parte alta del l
ugar, cuyas casas,
como las de todos los lugares montañeses, no guarda
n orden ni concierto
entre sí, una moza de buena estampa, con un calderó

n de cobre muy
bruñido sobre la cabeza, y un cántaro de barro en cada mano. El Tarumbo,
después de conocerla, me guiñó un ojo, la volvió la
espalda y me dijo
mientras cargaba de tabaco su pipa:

--Esa es Tanasia.

--¿Y quién es Tanasia?--le pregunté yo.

--La hija mayor del Toperu--respondióme.

--¿Y quién es el Toperu?--volví a preguntarle.

--Pos es el padre de Tanasia... Vamos, de la mozona
que corteja Chisco.

--¡Ajá!--exclamé mirándola con mucha atención, porque precisamente
pasaba entonces por delante de nosotros.

La mozona, que debió presumir algo de lo que tratábamos el Tarumbo y yo,
se puso muy colorada y se sonrió, bajando los ojos al darnos los buenos
días. Alabé de corazón el buen gusto de Chisco, y no me expliqué bien el
del Topero.

--Pues ¿qué demonios quiere para su hija?--pregunté al Tarumbo.

--A un tal Pepazus--me respondió éste--. Un mozallón como un cajigu, que
remueve dos hazas de una cavá, come por cuatro cavones, y descurre menos
que este moriu que tenemos delante. Dícese que tiene el Toperu esta
manía: no es porque yo sea capaz de juralu, que como usted, señor don
Marcelu, pué cavilar, a mí ya ¿qué me va ni qué me

vien en estas
cantimploras?

Poniéndome en marcha hacia la casa del médico, a quien deseaba pagar su visita aquel día, despedíme del Tarumbo; pero éste, atajándome a la mitad de la despedida, díjome que «payá» iba él también, porque cabalmente estaban las dos casas, la suya y la del médico, frente por frente, y echó a andar a mi lado. Pasamos una calleja con muchos bardales, y al desembocar en una plazoleta de suelo verde y contorneada en su mayor parte de morios con yedras y saúcos, dijo mi acompañante, apuntando hacia la izquierda y al fondo de un saco que se formaba allí por dos cercados, uno de «busquizal» (zarzal espeso) y otro de pared medio derruida entre malezas:

--Esta es la mi casa.

Y volviéndose al lado opuesto, añadió, mientras apuntaba hacia otra que cerraba la plazoleta por allí:

--Y ésta es la del méicu.

La casa del Tarumbo arrimaba por un costado al muro ruinoso, y allá se andaba con él en achaques y quebrantos y con los atalajes de su dueño. Con estos pensamientos en la cabeza, miré al Tarumbo sin decirle nada; pero debió de leérmelos él en la cara que le puse, porque me dijo enseguida:

--No se espanti de eyu, porque es de nesecidá. Qued

amos yo y la mujer,
que no sal ya de la cama; los hijus, entre casaus y
ausentis, lo mesmu
que si no los tuviera; y a mí no me alcanza el tiem
pu pa ná con el
quehacer que me dan los cuidaos ajenus... Porque, c
réame usté, señor don
Marcelu, lo que pasó con el moriu que me ha vistu u
sté levantar, pasa
aquí con las mil y quinientas a ca hora del día y d
e la nochi; y si no
juera por el Tarumbu, créame usté don Marcelu, créa
me usté y no lo tomí
a emponderancia: si no juera por el Tarumbu, la met
á del vecindariu de
Tablanca andaría por estus callejonis devorá por la
jambre y en cuerus
vivos.

Guardéme bien de ponérselo en duda siquiera; me des
pedí de él muy
afable, y me dirigí a la casa del médico, que estab
a a dos pasos.

IX

Desde que le había conocido, poco más que de vista,
en casa de mi tío,
sentía yo gran deseo de echar un párrafo a mi gusto
con el médico de
Tablanca; porque se me antojaba que en aquel mozo h
abía más «cantera» de
la que se halla en el tipo usual y corriente de los
hombres de su edad y
circunstancias. Y resultó la cantera a los primeros
desbroces; a flor de
tierra, como quien dice.

Como me había visto acercarme a su casa, salió a recibirme hasta el portal con una ropilla casera, poco más que de verano, a pesar de la frescura invernal del ambiente que corría; pero con buenos abrigos de carne blanca y rolliza que le asomaba en ronchas por los puños recogidos de su camisa de dormir y por encima del leve cuello de la americana. Condújome escalera arriba por una de pocos tramos; después, por un pasadizo corto, y, por último, me introdujo en una salita con solana y gabinete, la cual, por los muebles y los libros que contenía, supuse desde luego que le serviría de despacho. Sentámonos frente a frente en cómodos, aunque no ricos ni elegantes sillones, con una mesita entre los dos, cargada de papelejos, una plegadera, cajas de fósforos llenas y desocupadas, cenicero con colillas, una petaca de suela y una bolsa abierta de cirugía; y hubo primeramente las vaguedades acostumbradas en toda visita; después fumamos, sin dejar de hablar del tiempo, por lo inusitado de su relativa templanza, ni del juicio que iba formando yo de aquella tierra, para mí desconocida hasta entonces; luego tocamos el punto de las condiciones higiénicas del valle; y por este resquicio salió a relucir la quebrantada salud de mi tío Celso, sobre la cual tenía yo muchos deseos de hablar con el mediquillo aquél.

Es más difícil de lo que parece mostrar ingenio, discreción, tino y, sobre todo, arte en las trivialidades y pequeñeces

que son el tema
obligado a los comienzos de esas visitas «de cumpli
do» que todos
hacemos, que hace todo el mundo. Es más fácil ganar
una batalla campal
que entrar a tiempo y bien entonado en esas insusta
nciales sinfonías de
la comedia que va a representarse después. Yo tengo
el valor de
declarar, por lo que a mí concierne, que casi siemp
re que me veo en esos
trances, entro a destiempo y desafinado, y que cuan
to más me empeño en
enmendar las pifias, peor lo pongo. Pero válgame el
consuelo de que
llevo vistas mayores torpezas que las mías y hasta
enormes
inconveniencias y sandeces donde menos eran de espe
rarse por la calidad
refinada de los actores. Pues bien: precisamente en
ese mismo peligroso
trance fue donde empecé yo a vislumbrar la «cantera
» de aquel mozo,
despechugado y casi en ropas menores, mediquillo si
mple de una aldehuela
sepultada entre montes, en presencia de un elegante
de Madrid, hartó de
correr el mundo de los ricos desocupados; y no segu
ramente por lo que me
dijo ni por lo que hizo, sino por todo lo contrario
: por lo que se calló
y por lo que no quiso hacer, o mejor todavía, por l
o bien que supo
callarse y estarse quieto, y escoger lo que me dijo
y el modo de
decirlo. Todo el mundo tiene afán de ser un poco ag
udo, un poco gracioso
y hasta un poco travieso delante de las gentes, y d
e ahí las necedades y
las inconveniencias; y casi a nadie se le ocurre se
r sincero, con lo
cual, buena educación y una pizca de sentido común,

hay la garantía de
no «quedar mal» allí ni en ninguna parte, que no es
garantía floja en
los tiempos esencialmente comunicativos que alcanza
mos. Pues cabalmente
la sinceridad, y en su más alto grado, acompañada d
e un buen
entendimiento, fue lo primero que yo eché de ver en
el mediquillo de
Tablanca.

Hablando de la enfermedad de mi tío, me dijo que er
a mortal de
necesidad. Consistía... (y aquí se detuvo risueño c
omo para pedirme
perdón por las palabrotas que iba a soltar) en una
dilatación
cardiaca... un estado asistólico...

--En castellano corriente--añadió con un gesto y un
ademán muy naturales
y expresivos--, es la máquina vieja cuyo organismo
empieza a
descomponerse. Se entorpeció la rueda del corazón c
omo pudo entorpecerse
otra de las principales. Por alguna de ellas había
de empezar la
inevitable ruina. Cuándo se consumará ésta, cuándo
se parará la máquina,
no es posible calcularlo a fecha fija ni por mí ni
por los que sepan de
esas cosas más que yo: lo mismo puede pararse dentr
o de seis meses que
en este instante. Lo indudable es que hay máquina p
ara muy poco tiempo.

Aunque de ello estaba yo bien persuadido, la confir
mación de mis
sospechas por labios tan autorizados me produjo un
efecto muy penoso.
Aparte de los vínculos de sangre que me unían a don
Celso, había en él

prendas personales que le hacían muy pegajoso al cariño de los que le trataban.

Hablando de su enfermedad, se trató de otras análogas y de otras muchas que, sin parecerse a ellas, tenían, sin embargo, el mismo funesto desenlace: la muerte del enfermo; y ya en este camino, fuimos a parar al consabido «desaliento» de los doctos en el «arte de curar» en cuanto cotejan y comparan los recursos de su ciencia con las míseras condiciones físicas del hombre; sólo que el mozo aquél, al convenir conmigo en la ineficacia de la medicina en la mayor parte de los casos de apuro, no se llevó las manos a la cabeza, ni renegó de la incapacidad humana, ni mostró esperanza alguna de que ya irían arreglando poco a poco esas dificultades «los héroes y los mártires de la ciencia»: al contrario, sin negar que estudiando mucho podía averiguarse algo más de lo que se sabía en la materia, dio los fracasos actuales, y aun los venideros, por cosa necesaria y con los cuales ya contaba él al empezar sus estudios; es decir, que no le noté la menor chispa de entusiasmo por su profesión, ni el menor síntoma de desencanto al tocar en la práctica de ella sus deficientes recursos. Declaróme honrada y lealmente que así era la verdad; y con esto y un poco de astucia mía, fuimos entrando paso a paso en el terreno a que yo deseaba conducirle, o mejor dicho, fui sabiendo de él todo lo que necesitaba para acabar de conocerle «por

dentro».

Era nativo de Robacío (igual que Chisco), y su padre, don Servando Celis, un señor por el arte de mi tío Celso, había deseado que se hiciera médico, porque ya tenía otro hijo, el mayor, estudiando Leyes en Valladolid. A él, que estudiaba tercero del bachillerato en Santander, lo mismo le daba. No sentía aversión ni apego a ninguna carrera literaria o científica: todos sus cinco sentidos los tenía puestos en el terruño natal. Esto no se lo decía a nadie; pero lo sentía, y muy hondo. Por este lado hasta se había alegrado de la elección de carrera hecha por su padre, porque la de médico era quizás la única compatible con sus aspiraciones y tendencias. Además, podían engañarle en esto las ilusiones de muchachos; y de todas suertes, su padre tenía mucha razón en sacarle de allí para darle una ocupación que, cuando menos, había de ilustrarle el entendimiento y ponerle en contacto con el mundo. En esta prueba, forzosamente había de manifestarse y triunfar su verdadera vocación. Y se sometió a ella hasta gustoso, no contando por tal la de su campaña de humanista en Santander, porque a aquella edad y encerrado en un colegio no se forma nadie cabal idea de esas cosas tan delicadas y complejas. Hecha la prueba durante siete años de estudios en Madrid, resultó lo que él esperaba: el triunfo definitivo de sus primeras inclinaciones.

--¿Está usted seguro--le dije siguiendo mi sistema de interrupciones y preguntas, para obtener más de lo que espontáneamente me ofrecía su agradable laconismo--, de haber puesto de su parte todo el esfuerzo que requería la empresa?

--¡Segurísimo!--me respondió sin vacilar; y añadió sonriéndose: Puedo jurarle a usted que en ese linaje de estudios aproveché bien el tiempo.

--Pues me parece muy extraño el resultado--repliqué --, juzgando de sus sentimientos por los míos.

--¿Por qué?--me interrogó muy serio.

--Porque no es eso lo usual y corriente entre mozos de las condiciones personales de usted; porque con ellas y en Madrid y en roce continuo con el mundo y sus golosinas, lo natural es que se las vaya tomando el gusto.

--No he dicho yo que me desagradaran--se apresuró a replicarme el médico--. Lo que hay es que esas golosinas, sin desagradarme, no me satisfacían, no me llenaban, y me dejaban siempre despierto el apetito de otra cosa más del gusto de mi paladar.

--Y ¿cuál era esa cosa, si puede saberse?

--Lo de acá, la tierra nativa.

--Pero ¿qué demonios puede usted hallar en ella de apetecible hasta ese punto!--exclamé entonces, verdaderamente asombrado.

--Lo que no hay en lo otro--me respondió al instante.

--Pues no lo entiendo--concluí.

--Ni es fácil--me dijo muy sosegadamente--, desde el punto de vista de usted, tan diferente del mío.

--Diferente--añadí--, según y conforme; pues, al cabo, se trata de un hombre que ha visto el mundo algo más que por un agujero, y de aquí mi asombro precisamente.

Me miró entonces el mediquillo con cierta insistencia recelosa, cambió dos veces de postura en el sillón, sonrióse un poco y me dijo al fin:

--¿Tacharía usted a un hombre, de los llamados cultos, porque hiciera coplas... de las buenas, se entiende, o pintara cuadros magistrales, copiados de la Naturaleza?

--No por cierto--respondí.

--Pues aquí, donde usted me ve--añadió acentuando la sonrisa, que ya picaba en maliciosa--, me atrevo a creerme algo poeta y un poco artista... a mi modo, por supuesto.

--Enhorabuena--repliqué--; y sin adularle, no hay en la noticia el menor motivo para que yo me maraville; pero ¿en qué se opone ella a lo que yo digo?

--Supóngame usted--prosiguió el médico, sin dejar de sonreír, pero más animoso y atrevido que antes--, supóngame usted con el delirio del más grande de los poetas y con la fiebre del más admirable de los pintores; pero suponga también (y en ello no supondrá más que lo cierto) que no sé hacer una mala copla ni coger los pinceles en la mano; suponga usted igualmente que, aunque me enamoran las buenas poesías y los hermosos cuadros, no satisfacen por completo las necesidades de esa especie que padezco yo, y suponga, por último, que en este valle mínimo, y en los montes que le circundan de cerca y de lejos, cuya visión continua le abrumba y le entristece a usted, y en el conjunto de todo ello, con la luz que lo envuelve, espléndida a ratos, mortecina a veces, tétrica muy a menudo, dulce y soledosa siempre, y con los ruidos de su lenguaje, desde el fiero de la tempestad hasta el rumoroso de las brisas de mayo, y su fragancia exquisita nunca igualada por los artificios orientales, encuentro yo cada día, cada hora, cada momento, el himno sublime, el poema, el cuadro, la armonía insuperables, que no se han escrito, ni pintado, ni compuesto, ni soñado todavía por los hombres, porque no alcanza ni alcanzará jamás a tanto la pequeñez del ingenio humano: el arte supremo, en una palabra... ¿No halla usted en esta razón, poco más que esbozada, algo que justifique estas inclinaciones más que tan inexplicables le parecen?

--Algo hay, en efecto--respondí--; pero no lo bastante, a mi entender--y añadí, dejándome llevar demasiado de mis instintos un tanto prosaicos--: porque todo ello es, al cabo, mera poesía.

--Ya le he dicho a usted--me replicó, como si se excusara en broma de una grave falta--, que tengo la debilidad de creerm e algo poeta, aunque meramente pasivo; pero es lo cierto que eso, tan mal expresado por mí, y sea ello lo que fuere, es, algo más razonado y en escala mucho mayor, lo mismo que yo sentía de muchachuelo en mi lugar; lo que echaba de menos en Madrid, y lo que parece necesitar mi espíritu al deano para vivir a su gusto. Concédame usted para mi pecado--añadió con ademanes de la más esmerada cortesía--, siquiera la tolerancia que no negará a los hombres cultos de las ciudades, apasionados de los buenos cuadros y de los buenos libros.

--Aun así, y usted perdone mi insistencia--observé con un tesón que no era todo sinceridad ni del mejor gusto--, no me sale la cuenta que usted se echa a sí propio. Esos hombres de la ciudad no viven constantemente entre sus libros y sus cuadros.

--Tampoco yo entre los míos--replicó el médico enseguida.

--Esos hombres--continué yo, aparentando no enterarme de su réplica por el gusto de enredarle en otras nuevas acabarían por hastiarse de sus cuadros y de sus libros y por tomarlos en aborrecim

iento si no llevaran
a menudo su atención a otras ocupaciones y a otros
lugares muy
distintos... ¡Pero esta monotonía de aquí!...

--¡Monotonía!--repitió el mozo enardeciéndose un po
quillo--. ¡Y yo que
la encuentro solamente en las tierras llanas y en s
us grandes
poblaciones! Madrid, Sevilla, Barcelona... París, l
a capital que usted
quiera, ¿pasa de ser una jaula más o menos grande,
mejor o peor
fabricada, en la cual viven los hombres amontonados
, sin espacio en qué
moverse ni aire puro que respirar?... ¡Ocupaciones!
... ¡La ocupación del
negocio, la ocupación del café, la ocupación del pa
seo, la ocupación de
la calle, la ocupación del Casino, o del teatro, o
de la Bolsa...! Yo no
digo que algunas de estas ocupaciones y otras mucha
s de los mundanos no
sean útiles y necesarias para los fines de la vida,
de lo que se llama
vida de los pueblos y de las naciones; pero niego q
ue, con excepciones
muy contadas, sea cómodo, vario y entretenido nada
de ello para la vida
espiritual en naturalezas como la mía y otras mucha
s... incluso la de
usted--añadió, volviendo a sonreírse, si tuviera yo
la fortuna de
hacerle percibir la infinita variedad de encantos y
de aspectos que se
encierra y se contiene en esto que, a las primeras
ojeadas de un
profano, sólo parece un hacinamiento enorme de peña
scos y bardales.

Siguió a este desahogo un himno entusiástico, hermo
sa y altamente

entonado, a la «madre Naturaleza», di por visto, y de muy buena gana, lo que él deseaba que yo viera; y más por hundir otro poco mi sonda en sus adentros que con intención de arrancarle sus ilusiones, díjele al cabo:

--Pase, pues, lo de la amenidad, lo de la hermosura y hasta la sublimidad y la elocuencia de este escenario que le encanta y maravilla; pero ¿y los actores que le acompañan a usted en la égloga perenne de su vivir? ¿Qué me dice usted de ellos... del hombre... vamos, de los hombres?

--¿Qué tienen esos hombres que tachar?--preguntóme a su vez el médico.

--Que son rústicos, que están ineducados.

--Como deben de ser y como deben de estar--me replicó inmediatamente--, para el destino que tienen en el cuadro. Lo absurdo y lo indisculpable fuera en mí, que no pido ni puedo pedir en estas soledades agrestes las óperas del Teatro Real, ni los salones del gran mundo, ni los trenes lujosos de la Castellana, exigir a estos pobres campesinos la elocuencia de nuestros grandes tribunos, las habilidades de nuestros políticos y el saber de nuestros doctores y académicos.

--Santo y bueno--dije yo entonces creyendo poner un a pica en Flandes--, para la vida contemplativa, para la de pura delectación estética; pero no se trata de eso, amigo mío, sino de la realidad prosaica de la vida

social y, digámoslo así, de todos los días. Estos hombres tienen las miserias y las roñas propias y peculiares de su baja condición y, además, por su ignorancia no pueden entenderse con usted.

Aquí fue donde el médico se enardecía casi de veras, como si hasta entonces no hubiera tomado el asunto verdaderamente por lo serio.

Comenzó por decirme que donde quiera que había hombres, cultos o incultos, había debilidades, roñas y grandes flaquezas; pero que, roña por roña, flaqueza por flaqueza y debilidad por debilidad, prefería la de los aldeanos, que muy a menudo le hacían reír, a la de los hombres ilustrados, cuyas causas y cuyos fines, por su abominable naturaleza y sus alcances, casi siempre le ponían a punto de llorar. En cuanto a no poder entenderse con los vecinos de Tablanca, era otro error mío y de otros muchos hombres cultos, empeñados en tomar ciertas cosas al revés. ¿Por qué ha de ser el hombre de los campos el que se eleve hasta el hombre de la ciudad, y no el hombre de la ciudad el que descienda con su entendimiento, más luminoso, hasta el hombre de los campos para entenderse los dos? Hágase este trueque, y se verá cómo resulta la inteligencia mutua que se da como imposible por los que no saben buscarla. Y no haya temor de que las dos naturalezas se compenetren y de las roñas de la una se contamine la otra; porque la comunicación no ha

de ser continua ni para todo, y al hombre culto, por lo mismo que es más inteligente, le sobran medios para no rebasar de los límites de la prudencia y hacer que cada uno de los dos guarde el puesto que le corresponde. Y en este equilibrio, que no deja de ofrecer dificultades, ¡cuánto se aprende a veces del hombre rudo de los montes, por el hombre culto de las ciudades, y cuánto halla éste que ver y que admirar allí donde los ojos avezados a los relumbrones llamativos del mundo civilizado, sólo distinguen sombras, monotonía, solitudes y tristezas!

Como, al llegar aquí, me pareciera el médico dispuesto a callarse, por su natural modesto y reservado, y a mí me fuera gustando mucho su palabra, tan fácil como sobria, preguntéle, antes que el hornillo de su entusiasmo comenzara a entibiarse, qué cosas eran aquellas que podían verse y admirarse por el hombre culto en sus relativas intimidades con el aldeano.

Y entonces se enfrascó el simpático mediquillo de Tablanca en otra teoría, que no me vendió por nueva en el fondo.

Según él, los tiempos de hoy no eran peores que otros tiempos de los cuales han dicho siempre los respectivos moralistas, que fueron los tiempos más malos de todos los habidos hasta ellos: antes al contrario, le parecían los actuales, en lo bueno, hasta mejores que los pasados. En lo malo, y no por la cantidad, sino por la calidad

de ello, estaba el punto litigioso. En su concepto, la maldad de ahora alcanzaba mayor hondura que las de antes en el cuerpo social: le había invadido el corazón y la cabeza; ésta se atrevía ya a todo y con todo, y aquél no se conmovía por nada, gastada su sensibilidad con el roce de tantos y tan continuos sucesos, porque en ninguna época del mundo han acontecido tantos y tan extraordinarios en tan breve tiempo como ahora. De aquellos atrevimientos y de esta insensibilidad, había de venir, estaba ya llegando, la parálisis absoluta en la vida espiritual de los hombres. La fe en lo divino y el sentimiento de lo reputado siempre por lo más noble en lo humano, iban relegándose al montón de las cosas inútiles, cuando no perjudiciales; apenas se concebían los grandes héroes de otras épocas, cuanto más los sentimientos que los habían exaltado desde la masa común de los anónimos, hasta las páginas más esplendentes de la Historia. No era posible ya, ni siquiera de «buen gusto», sentir entusiasmo por nada, ni de lo de tejas arriba ni de lo de tejas abajo. La verdadera agonía del espíritu social. De eso adolecían los tiempos actuales, y por ahí venía la muerte del cuerpo colectivo. Le corroía la gangrena por los grandes centros de su organismo atiborrado: por la ciudad, por el taller, por la Academia, por la política, por la Bolsa... por donde más caudal representa el torrente circulatorio de las insaciables ambiciones del hombre culto. Pero, por

misericordia de Dios,
le quedaban sanas todavía las extremidades, algunas
de ellas por lo
menos, y sólo con la sangre rica de estos miembros
podía, con mucho
tiempo y gran paciencia, purificarse y reconstituir
se la parte
corrompida de los centros.

--Pues estos miembros sanos--añadió el médico con v
iril entereza--, son
las aldehyelas montaraces como ésta. Y digo montara
ces, porque si vamos
a meter el escalpelo en las más despejadas de horiz
ontes y más abiertas
al comercio de las ideas y al tufillo de la industr
ia, sabe Dios lo que
hallaríamos en sus fibras... ¿Le parece a usted poc
o--preguntóme en
conclusión--, este verdadero tesoro entre otros sem
ejantes bien fáciles
de distinguir, para ser admirado por un hombre cult
o capaz de
entusiasmarse con algo todavía? ¿Y no es trabajo bi
en honroso y muy
entretenido el que procuran la conservación y hasta
el fomento de esto
que yo me he atrevido a llamar tesoro, a riesgo de
que usted se ría de
él y de mis candorosos idealismos?

Algo más dignas de respeto eran las teorías del nob
le mozo, aunque sólo
las estimara por el fervor y el honrado convencimie
nto con que me las
exponía, y así se lo declararé; pero añadiéndole que
apreciaría yo mejor
la fuerza de sus razones viéndole luchar contra mis
dudas en terreno más
trillado por la realidad de las cosas: al cabo era
yo, en más o en
menos, de los gangrenados por el virus de la ciudad

, y gustaba de ver
los asuntos por su lado práctico.

Comprendiendo rápidamente lo que intentaba decirle
con tantos
circunloquios y metáforas, quizás por otro resabio
de mi mundana
cortesía, comenzó por admirarse, a su modo, de que
le fuera con
semejante reparo un miembro de la familia de los Ru
iz de Bejos. ¿Cómo
podía ignorar yo, con determinados ejemplos a la vi
sta, lo mucho que
quedaba que hacer en los pueblos rurales a los homb
res de luces y de
buena voluntad?

--La gran obra--continuó--de la casona de Tablanca,
desde tiempo
inmemorial, ha sido la unificación de miras y de vo
luntades de todos
para el bien común. La casa y el pueblo han llegado
a formar un solo
cuerpo, sano, robusto y vigoroso, cuya cabeza es el
señor de aquélla.
Todos son para él, y él es para todos, como la cosa
más natural y
necesaria. Prescindir de la casona, equivale a deca
pitar el cuerpo; y
así resulta que no se toman por favores los muchos
y constantes
servicios que se prestan entre la una y los otros,
sino por actos
funcionales de todo el organismo. Yo creo que es mu
y de admirarse esta
singularidad que debiera haber saltado ya a los ojo
s de usted, y que
seguramente no habrá visto más que en algún libraco
pasado de moda, pero
como pintura infiel de imaginación, convencional y
ñoña. Con esta gran
obra de defensa contra las oleadas maleantes que ll

egan hasta aquí en
épocas determinadas desde los absorbentes centros p
olíticos y
administrativos del Estado, ¡si viera usted qué son
ido tienen en las
concavidades de este recóndito lugarejo los cántico
s de las sirenas de
allá; las pomposas vociferaciones de los charlatane
s y traficantes
políticos, esos Dulcamaras embaucadores, encomiando
específicos que han
fabricado ellos mismos, tomando la salud del pueblo
por disfraz de sus
codicias personales! ¡Si viera usted cómo disuenan
esos cánticos y
voceríos entre el acordado son de estas costumbres
casi patriarcales!
Por eso no se conocen aquí ciertas plagas, relativa
mente modernas, de
los pueblos campestres, ni han entrado jamás los me
rodeadores políticos
a explotar la ignorancia y la buena fe de estos pob
res hombres... Pero
¡desdichados de ellos el día en que les falte la fu
erza de cohesión,
hidalga y noble, que les da la casona de los Ruiz d
e Bejos!... Todo
esto, como puede presumirse, da bastante que hacer
a cada rueda
inteligente de cuantas componen la máquina cuyo eje
fundamental es hoy
en este lugar el bien ganado prestigio de don Celso
. Pues bien: trabajar
de este modo donde ya exista la máquina, y donde no
, trabajar para
construirla, es algo de lo mucho que tienen que hac
er en los pueblos
rurales los hombres cultos de buena voluntad. Y cre
a usted que no faltan
en la Montaña (porque no todos sus habitantes son
de tan sana madera
como los de Tablanca) hasta mártires de este heroic

o trabajo. Quizá
tenga usted ocasión de conocer de cerca a alguno de
ellos.

Lo cierto era que si el simpático mediquillo no est
aba en lo justo en
cuanto afirmaba, debía de estarlo; y que causándome
cierto rubor hasta
las tentaciones de contradecirle en asertos tan hon
rados y tan hermosos,
dime desde luego, si no por convencido, por puesto
en camino de
convencerme muy pronto.

Hablamos algo más todavía, aunque sin tomar los asu
ntos tan a pecho como
antes; y acabando por donde debía haber empezado, a
verigué que el médico
se llamaba Manuel; que le llamaban «Neluco» desde q
ue tenía uso de
razón, lo mismo allí que en su pueblo nativo; que n
o le quedaba en éste,
muerto su padre pocos años hacía, más familia que u
na hermana, casada
con un propietario de las inmediaciones; que si no
era médico de su
propio lugar, consistía en que al recibir el título
de Licenciado en
Madrid, estaba vacante la plaza del titular de Tabl
anca, la cual
pretendió y le dieron, no siendo fácil hallar otra
más de su gusto que
aquélla, a no ser la de Robacío, que estaba entonce
s y continuaba
estando ocupada, y, por último, que tenía veintinue
ve años y que había
empezado a los veinticuatro a ejercer la profesión
en Tablanca, donde se
hallaba como en su propio lugar, y tan apegado a «s
us enfermos» como el
pastor a su rebaño.

Vi que me quedaba una hora, antes de la acostumbrada de comer en casa de mi tío, y quise aprovecharla para pagar la visita a don Pedro Nolasco. Díjeselo al médico como razón de mi despedida, y se mostró muy dispuesto a acompañarme si aceptaba yo la molestia de esperarle unos instantes. Acepté, no la molestia, sino el favor que me hacía en ello; entró él de un salto en el gabinete, y antes de cinco minutos apareció en la sala bien calzado y no mal vestido, o, mejor dicho, acabando de vestirse con graciosa desenvoltura. Cogió un chambergo que estaba sobre una silla, un cachiporro del rincón inmediato, y me dijo, mientras yo me sacudía las perneras del pantalón después de enderezarme:

--Cuando usted guste.

Ofrecióme enseguida su casa, aunque era de alquiler, como la vieja que le servía de patrona por recomendación muy encarecida de su hermana a quien había zagaleado en Robacío; agradecíle la oferta como era mi deber en buena cortesía, y salimos juntos, sin los cumplidos corrientes entre españoles finos, y que tan molestos suelen ser en pasadizos de la angostura de aquéllos.

X

Al volver a ver la casa del Tarumbo, recordé las «cosas» de éste y hablé

de ellas al médico.

--Yo no sé--me dijo--, si es un hombre feliz o un desdichado, pasándose la vida, como se la pasa, desviviéndose por los negocios ajenos y abandonando los propios. Desde luego es su manía de lo más original que he conocido. No siempre la extrema hasta el punto que usted ha visto hoy; pero le falta muy poco. Llevar los calzones rotos y predicar al vecino para que le cosan las roturas de los suyos antes que vayan a más, es de todos los días. Tiene la mujer tullida, y la deja desamparada muy a menudo por asistir a un enfermo extraño... y por cierto que es un enfermero admirable. Últimamente anda muy apurado con el desplome que dice haber visto en el morio delantero de la casa del pedáneo, y tiene la suya seis meses hace un boquerón abierto en el jastial del Poniente. Por estas cosas del Tarumbo, cuando su mujer estaba sana le golpeaba casi a diario, y hoy que no puede hacer lo mismo, le dice a cada instante los mayores improperios, los cuales sufre él con igual resignación que los golpes de otras veces; porque, en medio de todo, es un bendito, y por eso no sabe uno si compadecerle o si reírse de sus manías.

Pasando junto a la casita del Cura, inmediata a la iglesia, le llamé desde abajo para saludarle, pues como nos habíamos visto y hablado ya varias veces, me sobraba franqueza con él para decirle que estaba más

obligado por las leyes de la cortesía a la visita de don Pedro Nolasco que a la suya, no quedándome tiempo aquella mañana para dejar pagadas las dos; pero en lugar del Cura respondió a mis voces su ama, una vieja muy acartonada y envuelta cuanto de ella asomó por una ventana correspondiente a la cocina, en tocas y pañolones. Díjome que don Sabas había salido de casa después de desayunarse en cuanto había dicho misa, y que probablemente estaría en la casona. Dejéla memorias para él, que fueron recibidas por la intermediaria con un «resguardo» a mi favor de lo más fervoroso y pintoresco que se puede imaginar, y continuamos el médico y yo andando hacia la casa de don Pedro Nolasco, pero hablando mucho de don Sabas Peña, «una de las ruedas más importantes de la consabida máquina», al decir de Neluco Celis.

También él notaba la diferencia que había entre el don Sabas de los altos montes y el don Sabas del valle y de la cocina de don Celso; pero así y todo, en el hombre de abajo había mucho más de lo que yo creía, por no haber tenido aún ocasión de conocerle mejor. No hallaría jamás en él al apóstol de gran elocuencia y mucho saber; pero sí al hombre de buen sentido y grandes virtudes, consistiendo la mayor de ellas en ignorar que las poseía. Teniendo en cuenta lo limitado que es el círculo de ideas entre las gentes rústicas, y que todo cuanto se siembre fuera de él es simiente perdida, un párroco como don Sabas era cuanto podía y

debía apetecerse para una parroquia como la de Tabl
anca.

Hablando de estas cosas, me faltó tiempo para pedir
a Neluco algunas
noticias sobre el octogenario Marmitón, antes de ll
egar a su portalada,
cuyas dovelas, removidas y desportilladas ya por la
acción de las
intemperies y de las yedras y jaramagos que las inv
adían por todas sus
junturas, me recordaban un poco la mandíbula superi
or de su dueño cuando
yo soñé que le había visto devorar troncos y peñasc
ales. Por el estilo
de la portalada me pareció lo que se veía de la cas
a desde el corral:
muy vieja y muy castigada por el rigor de los tempo
rales y la incuria de
sus amos. Tenía también su correspondiente solana q
ue corría de esquina
a esquina entre dos mensulones de sillería, y por d
ebajo de ella
entramos en el soportal, donde un perrazo pinto que
se despertaba sobre
una pila de hojarasca, me enseñó todos los dientes
y contuvo un ladrido,
y acaso algo más, por respeto a mi acompañante, que
debía serle más
conocido que yo.

Sacudió Neluco dos cachiporrazos sobre la clavetead
a puerta del
estragal; y sin esperar a que le contestaran arriba
, entramos en él y
comenzamos a subir la escalera. A la puerta en que
ésta terminaba,
nuevos cachiporrazos del médico. Enseguida levantó
éste el pestillo, y
nos colamos dentro: un crucero de pasadizos por el
arte del de la casona
de mi tío Celso. Allí dio el médico dos golpes en e

l suelo con el
regatón del cachiporro, y aparecieron simultáneamen
te y como evocados
por un conjuro, en una puerta de la derecha, la fig
ura descomunal de don
Pedro Nolasco, y en otra de la izquierda, la de una
jovencita, algo
desaliñada de ropa y de peinado, pero limpia como l
os oros, fresca y
rozagante como una rosita de abril...

--¡Ay, que es Neluco!--exclamó con un timbre de voz
que parecía nota de
un salterio, y con su carita de angelote de Rubens,
inundada de
alegría--. ¡Toma!--añadió enseguida viniendo hacia
nosotros y mirándome
un tantico ruborizada, como si tratara de enmendar
su descortesía
conmigo--. ¡Y viene con otro señor muy cabayeru! Va
ya, ¡seré yo
tochona!... ¡Pues si es el sobrino de don Celso!...
¡Vile yo en misa el
domingo! ¡Hija, qué torpe de mí!... Y ¿cómo está us
té? Mire, señor don
Marcelo, ha de perdonarme si me jaya de este arte,
porque he estado
amasando en la cocina con la mi madre y las mozas p
a la jorná de esta
noche, y ahora mismu iba a ponerme un poco más cris
tiana...

Tal era la vehemencia de su afabilidad, que no me o
freció el más ligero
intersticio para colarme con una respuesta a su sal
udo o una
satisfacción galante a sus excusas. Pero ¡qué donos
a estaba y qué linda,
con su revoltijo de cabellos castaños sombreándole
la cara juvenil,
tersa y sonrosada, hablando por sus ojos azules, de
largas pestañas,

tanto como por su boquita de labios rojos sobre los
dientes más blancos
y apretados que yo he visto en mi vida, mientras se
afanaba por cubrir
con las antes recogidas mangas de su vestido, y deb
ajo de los flecos y
sobrantes del espeso chal con que se envolvía el gr
acioso busto, sus
rollizos brazos, salpicados aún por leves costras,
lo mismo que las
manos pequeñuelas y rechonchas, de la masa de «pan
de trigo» que
acababan de «sobar»!

De pronto sonó hacia la puerta frontera, tapiada ca
si con la mole de don
Pedro Nolasco, algo como el estruendo de un cañonaz
o, que me decía:

--¡Adelante, cabayeritos!

Y por obedecer a don Pedro que nos llamaba, apartám
onos de la linda
panadera que nos empujaba con los ojos hacia él mie
ntras se despedía de
nosotros «hasta luego»; pero de tal modo, que con e
llo y con algo más
que yo había creído notar antes, y un poco de malic
ia que nunca falta en
los pensamientos de los hombres en determinados cas
os, como aquél, no
pude menos de exclamar en mis adentros:

--¿Si serán estos los anteojos con que mira Neluco
estos lugares que tan
hermosos le parecen?

Visto de cerca don Pedro Nolasco y a la luz del día
, me pareció mucho
más grande y más feo que en la cocina de mi tío, a
la luz de la fogata y
del candil: mejor que de un ser racional, la piel d

e su cara, por su aspereza y por su color agrisado, parecía de coloso paquidermo; sus ojos reventones, resultaban verdes con ramajos encarnados; la cabeza descomunal, apenas le cabía entre los hombros hercúleos, y todo su conjunto, con lo grasiento del vestido que le envolvía, se destacaba brutalmente sobre las blanquísimas paredes del salón en que fuimos recibidos; salón viejo, eso sí, con suelo y viguete ría de castaño casi negro, como los muebles que contenía; pero limpio todo y sobado hasta relucir, con algunas chucherías sobre la cómoda y en las paredes, que denunciaban la pulcritud y las delicadezas de una mujer como la que acababa de despedirse de nosotros en el crucero de los pasadizos. De la cual supe en el acto que era nieta de don Pedro Nolasco y que se llamaba Lita (Margarita). Su madre, la hija menor de las que había tenido el gigante, era viuda de un jándalo rico, que se murió a los dos años de casado. Esto me lo contó a cañonazos y muy poco a poco el ochentón de la Castañalera, que con ser tan grande y tan feo, no era desagradable: a mí ver, por el fondo noblote y honrado que se descubría a través de los poros de su corteza silvestre.

Al acabarse estas salvas del vozarrón de don Pedro Nolasco, entró en escena su hija, la viuda del jándalo, una mujer como de cuarenta años, sana y frescachona todavía, más corpulenta que Lita, pero muy parecida a ella en el color y en el corte de la cara, y, sobre

todo, en la
afabilidad expansiva. Me dio mil excusas por no haber venido antes a
conocerme y a saludarme, fundándolas en las mismas razones que su hija;
y sin hacer caso de los cumplidos con que yo la respondía, echó sobre mí
todo el cuestionario de rúbrica, a que tan acostumbrado estaba en aquel
pueblo: si me gustaba la tierra aquélla; que cómo había tardado tanto en
ir a conocerla y tomarla buena ley, porque era mucha la falta que yo
hacía allí en muriéndose mi tío; que mejor sería París de Francia desde
luego, pero que ella (la viuda) no cambiaría a Tablanca por nada de este
mundo, aunque jamás había pasado, hacia abajo, de San Vicente, y hacia
arriba, de Reinosá; si por los retratos que había visto en la casona,
era yo más parecido a mi padre que a mi madre; que por dónde andaba mi
hermana y qué sabía de ella... hasta que en éstas y otras tales, oí pisar
menudito y fuerte en el carrejo inmediato, y apareció en el salón,
llenándole de frescura y regocijo, Lita recién peinada, sin el pañolón
de antes y con una chaqueta en su lugar, que aunque no se ajustaba al
cuerpo, ponía bien a las claras la elegancia y la riqueza de sus curvas.
Con dos deditos más de altura, creía yo que no habría la menor tacha que
poner, como estampa hechicera, a la nieta de don Pedro Nolasco. Pero ¿de
dónde sacaba aquel diablejo, que no había conocido más mundo que el
contenido en las riberas de la mitad del Nansa, es decir, una rendijilla
de pocas leguas entre dos taludes montañosos, aquel

las delicadezas de
tocado y de vestido, y aquellas travesuras y zalame
rías que tanto la
separaban del tipo común de las mozonas del valle,
que, de seguro,
habían corrido tanto mundo como ella?

Sentóse entre su madre y Neluco y casi enfrente de
mí. Yo no la quitaba
ojo, y puedo jurar que me registró con los suyos, p
arleros y
escrutadores, desde los pies hasta la cabeza, mient
ras me acosaba a
preguntas por el estilo de las que aún no había ces
ado de hacerme la
jándala viuda. Me daba gusto oírla y mirarla. Pocas
veces había visto yo
en mujer alguna concierto más cabal y más donoso en
tre la palabra y el
gesto, entre la idea y el movimiento expresivo. Has
ta las puntas de los
pies, calzados en menudas zapatillas de abrigo y qu
e apenas alcanzaban
al suelo, cantaban, a su modo, en aquella música qu
e parecía un gorjeo.
En dos ocasiones habían intentado la madre y la hij
a ir a visitarme;
pero como yo nunca paraba en casa... Porque esa vis
ita la creían ellas
muy puesta en razón: sin contar con lo que pedía la
buena crianza,
éramos parientes; ¡vaya si lo érnos! Por los Ruiz
de Bejos un poco, y
por los Castañaleras, más de otro tanto. En demostr
ación de ello, fue
sacando entronques la viuda; y cuando ya comenzaba
yo a enterarme, por
su labor, del parentesco, metió en ella nuevos hilo
s don Pedro Nolasco,
y toda la madeja se me hizo una maraña; pero me gua
rdé muy bien de
declararlo así: antes al contrario, me di por conve

ncido y hasta me
felicité de ello.

--Como que resultamos primos--concluyó la viuda--,
aunque un poco
lejanos; pero no tanto, si bien se mira, que pudiér
amos casarnos los dos
sin dispensa...

Y se echó a reír con toda su alma.

--¡Hija de Dios!--exclamó entonces la rapazuela con
un estirón de faldas
hacia la rodilla, mientras se llevaba hasta la boqu
ita risueña la otra
mano a medio cerrar--. ¡Y yo que estuve a pique de
tuteáale, cuando
ahora, por la cuenta, me sale tío!

Podría no ser todo esto rigurosamente «correcto»; p
ero a mí me resultaba
muy entretenido. Enseguida, vuelta a repetirme la h
ija lo que ya me
había dicho, y también la madre, y también el Cura
y don Pedro Nolasco y
cuantas personas habían hecho en Tablanca conversac
ión conmigo: que
«aqueyu» no era Madrid; que se me vendrían los mont
es encima, y que
avezado a tratar con señorones mundanos, y puede qu
e con marqueses y con
príncipes, los aldeanos de Tablanca habían de parec
erme «jabatus», pero
que si miraba bien por las dos caras uno y otro...
¡ay, y cómo se
alegrarían ellas y todos los allí presentes y los v
ecinos del valle de
punta a cabo, y hasta las estrellitas del cielo, de
que viera yo las
cosas como podían y debían de verse! Porque el pobr
e don Celso estaba ya
para poco, y en acabándose él... En fin, lo de cost

umbre... Por aquí se
coló don Pedro Nolasco con un himno «cañoneado» a la
madre Naturaleza, y
un juicio comparativo sobre la paz de la aldea y los
laberintos de la
ciudad. Porque había de saber yo que también él había
corrido el mundo
en sus mocedades... Le llamó entonces a Madrid un pa-
riente que tenía por
allá, y como se veía robusto y fuerte, acudió a la
llamada. Cogiéronle
en la corte tiempos azarosos y de peligro por las a-
gonías de la
«francesada»; y habiéndole salido en Valencia una co-
locación que pareció
a su tío muy de aprovecharse, aceptóla de buena gan-
a. Estaba ella en las
afueras de la ciudad, y en un lavadero de lanas de
los señores Botifora
y Compañía, los mismos que rezaban en el bando que
me había relatado de
memoria el zumbón de su pariente Celso. Si en Madri-
d no se había
«jallau, por la segura y el anchor del territoriu»
en Valencia se
«jalló» menos, con un sol que le «ajogaba» en veran-
o y un hablar de
gentes que no parecía de cristianos. Soñaba día y no-
che con las praderas
y las montañas de su tierra; y antes de enfermarse
de un «cordial» que
le matara, volvióse a ella más que de paso, a los do-
s años no cumplidos
de haberla dejado por tentaciones del enemigo malo.
Hallóse en Tablanca
como rey en sus palacios, y se había guardado muy bi-
en, desde entonces
hasta la fecha, «de sacar una pata» medio jeme fuer-
a de su término
municipal... Ochenta y cuatro años contaba a la sazón,
sin saber lo que
era un mal dolor de tripas. Había tenido dos mujere

s, diez hijos y
veintidós nietos. Una gran parte de ellos andaba años
hacia por el otro
mundo; rodaba por éste, y no muy lejos, la mayor de
los vivos, y a la
vista tenía yo lo único que le quedaba en Tablanca:
poco, pero bueno,
eso sí, para recreo de su vejez. Había qué comer en
su casa, y salud y
buen apetito para comerlo. En recta justicia, ¿qué
más había de pedirle
a Dios, si no era la merced de una buena muerte?

Con esto y poco más se acabó la visita, durante la
cual no desplegó los
labios Neluco, ni miró a Lita con la intención que
yo esperaba, ni Lita
le miró a él más que cuando le dirigía la palabra con
una llaneza que
tenía más de fraternal que de otra cosa. Recomendáronme
mucho los tres
de casa que no me olvidara del camino de ella, y hasta
me convidaron a
comer, «un día de mi agrado», juntamente con Neluco
, para que no pesara
sobre mí solo «la penitencia».

Todo esto me pareció bien y muy en su lugar; pero ¿
por qué una aldeanuca
como la nieta del Marmitón tenía aquellos aires y a
quellas travesuras de
señorita de ciudad? ¿Por qué se tuteaba con Neluco
y había entre los dos
una intimidad tan sospechosa?

Me atreví a hablar de ambos particulares al mediquillo
apenas salimos
del caserón de don Pedro Nolasco. Por cierto que hubiera
jurado yo que
en el apretón de manos y en la mirada con que despidió
Lita a Neluco en
la penumbra del pasadizo, en el cual iba el médico

el último de todos,
había mucho del picante de mis sospechas.

Sobre el primer punto, me dijo Neluco que Lita, nacida y criada en Tablanca, no había tenido más escuelas que la del maestro del lugar y la de su propia madre, ni había corrido más tierras que las comprendidas en tres o cuatro leguas a la redonda. Ocho días en casa de unos parientes de acá por celebrarse durante ellos la romería del pueblo; una quincena con los de Robacío por una causa parecida, y muy poco más por este arte. El resto era obra del instinto y de la fuerza de visión que tienen las mujeres tan perspicaces y tan guapas como Lita, para taladrar montañas con los ojos, ver hasta lo invisible al otro lado, y saber guardar su puesto donde quiera que habitan, por aislado y oscuro que el lugar sea.

El otro punto aún era más fácil de explicar. Tablanca y Robacío eran dos pueblos que se «trataban» mucho; y las familias de Lita y de Neluco, muy amigas desde tiempo inmemorial: hasta había algo de parentesco entre ellas. Lita había pasado, de niña y de moza, buenas temporadas en casa de los Celis; y Neluco, mientras vivió en Robacío, a cada instante se llegaba a Tablanca y casi siempre comía y se hospedaba en casa de don Pedro Nolasco. Se explicaba, en efecto, de este modo y muy sencillamente, el tuteo y la familiaridad entre el médico y la nieta del Marmitón; pero lejos de oponerse, ¿no ayudaba esto a lo otro que yo

sospechaba? Apunté, como en chanza, unas indagaciones en este sentido.

Igual que si hubiera dado con los nudillos en una peña del monte. Hasta dudé si Neluco se había enterado de ellas. Lo cierto es que si no eran fundadas mis sospechas, debían de serlo.

XI

Cuando menos lo esperaba, me dijo el Cura al despedirse de mí en el estragal de la casona, cerca ya de la hora de comer :

--Mañana, si Dios quiere, y a caballo los dos. Yo iría mejor a pie, como suelo, y como irá Chisco para acompañarnos y cuidar de las bestias en ocasiones que se presentarán; pero usted es madera de otro robledal más flojo, y hay que tenerlo todo presente. Antes de romper el día, por supuesto.

Entendíle y respondí, haciendo de tripas corazón:

--A caballo, y antes de romper el día.

--Pues que se entere Chisco de ello, y _suficit_.

Con esto y una risotada se apartó de mí, y echó cambera abajo en demanda de su puchera.

Con los sueños que yo cogía tras de las fatigas que me daba por los montes del contorno, le costó a Chisco Dios y ayuda

despertarme al
día... ¡qué digo día! a lo más espeso y tenebroso d
e la noche siguiente.
Tona, después de vestirme yo tiritando de frío y si
n conciencia cabal de
lo que hacía, me sirvió un canjilón de café que aca
bó de espabilarme; y
cuando bajé al portal, vislumburé, a la opaca luz de
un farol que tenía
Chisco en la mano, la negra silueta de don Sabas, a
caballo en su
jaquita rucia, que no me era desconocida, así como
el espelurciado
jamelgo que casi me metió el espolique entre las pi
ernas para abreviarme
la operación de montar en él.

Rompimos los tres la marcha por el mismo camino que
había traído yo la
noche de mi llegada a Tablanca, tan a oscuras como
entonces, aunque
mejor acompañado y menos dolorido de riñones. Por r
espeto a mí, pues a
mis dos acompañantes igual les daba el día que las
tinieblas para
caminar a pie seguro por aquellas escabrosidades, c
onservaba Chisco, que
nos precedía, el farol encendido en la mano; pero h
ubiera jurado yo que
más que la luz del farol del espolique, me alumbrab
an las chispas que
sacaban de los pedernales del suelo las herraduras
del tordillo de don
Sabas; el cual don Sabas hacía los imposibles por e
ntretenerme y hasta
divertirme durante el paso de aquella negra, áspera
e interminable
senda; pero ¡ay! sin conseguir su noble y generoso
empeño. Porque en
aquellas «bajuras» y envuelto en tan espesa oscurid
ad, don Sabas era
todavía el Cura soso de la cocina de mi tío, y toda

s sus observaciones
en romance y todos sus salmos en latín, le resultaban a destiempo y fuera de toda oportunidad.

Anda que te anda, resbalando aquí, y allá pujando y suspirando mi cabalgadura, al cabo de una hora empezaron a dibujarse los perfiles de los montes sobre el cielo confusamente iluminado por la tenue claridad del crepúsculo. En la garganta por donde caminábamos era de noche todavía para nosotros; y, en rigor de verdad, no nos amaneció hasta que coronamos el repecho escabroso y llegamos al santuario de la Virgen que me era bien conocido. El Cura, que parecía tener esa condición de los pájaros del monte, a medida que se elevaba y veía surgir la luz por encima de las barreras tenebrosas del horizonte, se volvía más locuaz y empezaba a soltar poco a poco las ocultas armonías de sus cánticos; no muchos, pero agradables, y, sobre todo, al caso. A los primeros fulgores del crepúsculo, alabó a Dios en una salutación fervorosa, y aunque no de su caletre, bien sentida en su corazón. Un poco más arriba, en lo que pudiera, sin mucho agravio de la verdad, denominarse llano, y antes de llegar a la ermita, todavía en la penumbra que nos haría invisibles a no muy larga distancia, atracó su rocín al mío; y deteniéndole por las riendas que casi me arrancó de las manos, después de detener el suyo, me dijo apuntando con su diestra ociosa a un altísimo y lejano picacho, en cuya cúspide se estrellaba el primer rayo de sol que

e penetraba en
aquellas montaraces regiones.

--¡Mira, hombre!--acostumbraba a tutearme o a hablarme en impersonal en cuanto nos elevábamos un poco sobre el nivel de Tablanca--. ¡Mira, Marcelo! ¡No jurarías que aquello que resplandece y flamea allá arriba, allá arriba, en aquel picacho, es la última de las luminarias con que el mundo festeja a su Creador mientras el sol anda apagado por los abismos de la noche? ¡Cosa buena! ¡Cosa grande! _Laudate Dominum omnes gentes... Magnificentia opus ejus, manet in aeternum_.

Al llegar al santuario nos descubrimos y rezó don Sabas en alta voz, y en voz alta le contestarnos nosotros lo que nos correspondía. El rezo fue breve, y en latín la mitad de él. Después se acercó Chisco al enverjado, y por entre dos de sus barrotes metió el farol, que ya no necesitábamos, y le dejó en el suelo muy arrimado a la paredilla, para recogerle a la vuelta; mas no sin santiguarse antes de meter la mano y después de sacarla, ni sin contemplar la imagen con una veneración que tenía algo de recelosa, como si la pidiera, a la vez que seguridad para la prenda que dejaba allí depositada, perdón por lo que pudiera haber de irreverente en su atrevimiento.

Pasada la vadera, no tomarnos, como esperaba yo, el camino que conduce directamente al Puerto, sino otro por el estilo a la derecha; y montes y colladas van, tajos y barrancas vienen; aquí sigue

ndo la cuenca del
río, allá perdiéndola de vista, y siempre subiendo
o bajando de risco en
risco, de pueblo en pueblo, vi a lo lejos el princi
pal del valle de
Promisiones en que radicaba el solar de mi abuela p
aterna, y llegamos,
al cabo de dos horas de caminata, a un ancho desfil
adero entre dos
montañas que parecían, por su grandeza, no caber en
el mundo.

Por ser la más accesible para mí «por entonces», se
gún dictamen de don
Sabas, comenzamos a faldear la de la izquierda; y s
ube que te sube,
dimos al fin en un entrellano donde ya escaseaba la
vegetación y se me
iba haciendo insoportable la brisa matinal por su f
rescura. Allí se apeó
don Sabas, y me ordenó que hiciera yo lo mismo. Híc
elo y de muy buena
gana, porque me sentía entumecido sobre la dura sil
la de mi rocín, amén
de que me conceptuaba más seguro a pie que a caball
o en aquella cornisa,
sobre el rápido declive de la montaña.

--Lo que falta, hay que subirlo a pie--me dijo el C
ura--, porque no es
camino de caballos, sino de hombres y, todo lo más,
de cabras. Con que
¡ánimo y arriba!

Y sin esperar mi respuesta, comenzó a trepar con pi
es y manos entre
peñas y raigones. ¡Cómo envidié yo a Chisco que se
quedaba en la
explanadita de abajo con las cabalgaduras! Don Saba
s tenía la práctica
de aquellas ascensiones, y además la pasión de las
alturas; pero yo, que

carecía de ambas cosas, ¿para qué me aventuraba en la subida de tan tremebundos despeñaderos?

Al fin llegamos arriba, yo por milagro de Dios, siguiendo gateo a gateo los de don Sabas; pero muerto de cansancio y empapado en sudor.

--Reposa unos momentos--me dijo el Cura allí--; pero con los ojos cerrados, ¡y cuidado con abrirlos hasta que yo lo mande!

Más por necesidad que por obediencia, cumplí al pie de la letra el mandato de don Sabas. Estuve un largo rato tumbado en el suelo, boca arriba y con ambas manos sobre los ojos, porque sólo así encontraba el absoluto descanso que me era indispensable entonces. Sentía fuertes latidos en el corazón que repercutían en las sienes, y al vivo compás de este golpeteo funcionaban mis pulmones.

Cuando el uno y los otros volvieron a su ritmo sosegado y normal, llamé a don Sabas y me puse a sus órdenes. Estaba muy cerca de mí, encaramado en una peña en la actitud de costumbre y empezando a embriagarse por los ojos, y no sin motivo ciertamente.

--Arrímate un poco acá--me dijo desde su pedestal calizo con manchones de musgo y poco más alto que yo--. Arrímate, contempla... ¡y pásmate, Marcelo!

Habíamos subido por el Oeste de la montaña, que es el lado por donde las

hay mayores que ella, y el panorama con que me brindaba el Cura se veía por las otras vertientes; es decir, que era cosa nueva para mí y recién aparecida ante mis ojos. Particularmente hacia el Este y hacia el Norte, parecía no tener límites a mi vista, poco avezada a estimar espectáculos de la magnitud de aquél; y era de una originalidad tan sorprendente y extraña, que no acertaba a darme cuenta cabal ni de su naturaleza ni de su «argumento». Por el Sur se dominaba el hermoso valle de Campóo, ya en otra ocasión visto y admirado por mí; en la misma dirección y más lejos, los tonos pardos de la tierra castellana; más cerca, el Puerto de marras con sus monolitos descarnados y su soledad desconsoladora. Al Oeste y asombrándolo todo con sus moles, Peña Sagra y los Picos de Europa separados por el Deva, cuya profunda y maravillosa garganta se distinguía fácilmente en muchos de sus caprichosos escarceos entre los peñascos inaccesibles y fantásticos de una y otra ribera; y más allá del Deva, en sus valles bajos, según iba informándome de los Sabas, con el laconismo y el modo con que señala el maestro de escuela con una caña en un cartel las sílabas a sus educandos, una buena parte de la provincia de Asturias.

Pero lo verdaderamente admirable y maravilloso de aquel inmenso panorama era cuanto abarcaban los ojos por el Norte y por el Este. En lo más lejano de él, pero muy lejano, y como si fuera el comienzo de lo

infinito, una faja azul recortando el horizonte: aquella faja era el mar, el mar Cantábrico; hacia su último tercio, por la derecha y unida a él como una rama al tronco de que se nutre, otra mancha menos azul, algo blanquecina, que se internaba en la tierra y formaba en ella como un lago: la bahía de Santander. Pero es el caso (y aquí estaba la verdadera originalidad del cuadro, lo que más me desorientaba en él y me sorprendía) que la faja azul se presentaba a mis ojos mucho más elevada que el perfil de la costa, y que con ella se fundían otras mucho más blancas que iban extendiéndose y prolongándose hacia nosotros, quedando entre la mayor parte de ellas islotes de las más extrañas formas; picos y hasta cordilleras que parecían surgir de una repentina inundación.

A todo esto, el sol, hiriéndolo con sus rayos, sacaba de las superficies de aquellos golfos, rías y ensenadas, haces de chispas, como si vertiera su luz sobre llanuras empedradas de diamantes.

--Es la niebla baja de los valles, me advirtió el cura; y fue señalándolos y nombrándolos todos uno a uno.

Ya me lo había imaginado yo; pero aun así, no podía ni deseaba deshacer aquella ilusión de óptica que me presentaba el panorama como un fantástico archipiélago cuyas islas venían creciendo en rigurosa gradación desde las más bajas sierras, primer peldaño de la enorme escalera que comenzaba en la costa y terminaba, det

rás de nosotros, en
el mismo cielo cuya bóveda parecía descansar por aque-
l lado sobre los
picos de Bulnes y Peñavieja.

--Según vaya subiendo el sol--me decía don Sabas desde su plinto
calcáreo--, y arreciando el remusgo allá abajo, irá
la niebla
esparciéndose y dejándose ver lo que está tapado ahora... ¡Pues también
es cosa de verse desde aquí la salida del sol!... Y
algún día hemos de
verlo, si Dios quiere... y mejor desde más arriba...
. desde allá...

Y me apuntaba, vuelto un poco a la derecha, hacia una loma altísima en
que, según me advirtió también, convergían tres cordilleras.

Entre tanto, yo no podía apartar los ojos del archipiélago en el cual me
iba forjando la fantasía todo cuanto puede concebirse en materia de
líneas y de formas: el templo ojival, el castillo roquero, la pirámide
egipcia, el coloso tebano, el paquidermo gigante...
No había antojo que
no satisficiera la imaginación a todo su gusto en aquellas sorprendentes
lejanías.

La predicción de don Sabas no tardó en cumplirse. Poco a poco fueron las
nieblas encrespándose y difundiéndose, y con ello alterándose y
modificándose los contornos de los islotes, muchos de los cuales
llegaron a desaparecer bajo la ficticia inundación.
Después, para que la
ilusión fuera más completa, vi las negras manchas de

e sus moles
sumergidas, transparentadas en el fondo hasta que,
enrarecida más y más
la niebla, fue desgarrándose y elevándose en retazo
s que, después de
mecerse indecisos en el aire, iban acumulándose en
las faldas de los más
altos montes de la cordillera.

Roto, despedazado y recogido así el velo que me hab
ía ocultado la
realidad del panorama, se destacó limpia y bien det
erminada la línea de
la costa sobre la faja azul de la mar, y apareciero
n las notas difusas
de cada paisaje en el ambiente de las lejanías y en
los valles más
cercanos: las manchas verdosas de las praderas, los
puntos blancos de
sus barriadas, los toques negros de las arboledas,
el azul carminoso de
los montes, las líneas plateadas de los caminos rea
les, las tiras
relucientes de los ríos culebreando por el llano a
sus desembocaduras,
las sombrías cuencas de sus cauces entre los replie
gues de la montaña...
Todos estos detalles, y otros y otros mil, ordenado
s y compuestos con
arte sobrehumano en medio de un derroche de luz, te
nían por complemento
de su grandiosidad y hermosura el silencio imponent
e y la augusta
soledad de las salvajes alturas de mi observatorio.

Jamás había visto yo porción tan grande de mundo a
mis pies, ni me había
hallado tan cerca de su Creador, ni la contemplació
n de su obra me había
causado tan hondas y placenteras impresiones. Atrib
uíalas al nuevo punto

de vista, y no sin racional y juicioso fundamento.
Hasta entonces sólo
había observado yo la Naturaleza a la sombra de sus
moles, en las
angosturas de sus desfiladeros, entre el vaho de su
s cañadas y en la
penumbra de sus bosques; todo lo cual pesaba, hasta
el extremo de
anonadarle, sobre mi espíritu formado entre la refi
nada molicie de las
grandes capitales, en cuyas maravillas se ve más el
ingenio y la mano de
los hombres que la omnipotencia de Dios; pero en aq
uel caso podía yo
saborear el espectáculo en más vastas proporciones,
en plena luz y sin
estorbos; y sin dejar por eso de conceptuarme gusan
o por la fuerza del
contraste de mi pequeñez con aquella magnitudes, lo
era, al cabo, de las
alturas del espacio y no de los suelos cenagosos de
la tierra. Hasta
entonces había necesitado el contagio de los fervor
es de don Sabas para
leer algo en el gran libro de la Naturaleza, y en a
quella ocasión le
leía yo solo, de corrido y muy a gusto.

Y leyéndole embelesado, llegué a sumirme en un cúmu
lo de reflexiones
que, empalmándose por un extremo en la monótona ins
ulsez de toda mi vida
mundana y embebiéndose enseguida en el espectáculo
en que se recreaban
mis ojos, se remontaban después sobre las cumbres a
ltísimas que
limitaban el horizonte a mi espalda, y aún seguían
elevándose a través
del éter purísimo por donde suben las plegarias de
los desdichados y los
suspiros de las almas anhelosas del Sumo Bien.

Volviendo, al fin, los ojos hacia don Sabas, de qui
en me había olvidado
un buen rato, porque el mismo tiempo hacía que no s
e cuidaba él de mí,
le hallé, por las trazas, leyendo el gran libro en
la misma página que
yo. Estaba en pleno hartazgo de Naturaleza, según d
eclaraban sus ojos
resplandecientes, su boca entreabierta y como ávida
de aire serrano, y
aquella su especial inquietud de músculos y hasta d
e ropa.

--¿Se ha visto todo bien?--me preguntó volviendo en
sí de repente.

--A todo mi sabor--le respondí.

--Pues hacerse cuenta de que ya se ha visto algo de
las grandes obras de
Dios que tenemos por acá.

--¡Grande es, en efecto, y hermoso y admirable este
espectáculo!--repliqué.

--¿Grande?--repitió el Cura; y volvió a contemplarl
e en todas
direcciones con los brazos extendidos, como si quis
iera darme de aquel
modo la medida de su magnitud.

Después se descubrió la cabeza, cuyos cabellos gris
es flotaron en el
aire; elevó al cielo la mirada y la mano con sombre
ro y todo, y exclamó
con voz solemne y varonil que vibraba con extraño s
on en el silencio
imponente de aquellas alturas majestuosas:

--_Excelsus super omnes gentes, Dominus, et super c
oelos... gloria

ejus_.

Sería por el estado excepcional de mi espíritu o por obra de un agente externo cualquiera; pero es lo cierto que a mí me pareció que aquella nota final estampada en el cuadro por el Cura de Tablanca, rayaba en lo sublime.

XII

Faltábame conocer, entre lo que no debía de serme desconocido en aquella vasta y montaraz comarca, la salida del valle por la cuenca del río hasta su desembocadura, con lo cual habría completado yo la travesía del espinazo de la cordillera cantábrica por una de sus vértebras más considerables; y como cabalmente en aquellos días estaba yo en vena de exploraciones y correteos, aunque, bien lo sabe Dios, más que por ansias de la curiosidad, por miedo a la inacción enervadora enfrente del temible enemigo, cabalgué una mañana muy temprano en el peludo jamelgo que tan sesudamente me habían traído y llevado por las escabrosidades más peligrosas de la montaña, y, de propio y deliberado intento, solo y sin otro guía que el instinto y la larga experiencia del honrado cuadrúpedo, más unos informes que me habían suministrado de palabra la noche antes en la tertulia de mi tío; atravesé el ruinoso puente que une

las dos orillas del Nansa a corto trecho de la casa, y emprendí la marcha siguiendo la bien trillada senda que culebreaba por la ladera del cerro, acompañándome el continuo rumor de las invisibles aguas corriendo en el fondo del sombrío cauce a muchas varas bajo mis pies.

Dudaba yo que, después de lo que llevaba visto en la alta montaña, hubiera en la cuenca del río, desde Tablanca hacia abajo, cosa que pudiera cautivar mi atención; y así sucedió, en efecto: sin dejar de ser áspera, angosta y montaraz en su parte más elevada, carecía de la grandeza imponente de los desfiladeros de «arriba».

Los pueblos, amontonados, en sendas rinconadas de la garganta, iban sucediéndose a mi paso con la regularidad de las estaciones de un ferrocarril. Uno de ellos, más soleado que cuantos había dejado atrás, apareció de repente a mi vista en un vallecito, al pie de una ladera rapidísima, por la cual descendía mi jamelgo paso a paso entre un laberinto admirable de viejos y copudos robles que parecían puestos allí para mantener las tierras del monte adheridas a su esqueleto: tan agria era la cuesta.

Llegado al valle felizmente, aunque un poco dolorido de cintura yo, por el continuo esfuerzo hecho con ella para conservar el cuerpo en la vertical, sobre la línea del caballo, paralela al suelo, supe que el pueblo columbrado por mí durante la bajada por los claros de la espesa

columnata de troncos, era Robacío. Acordéme entonces de Neluco y de Chisco, y supuse que la casa del primero sería una grande, de «cuatro aguas», que no distaba mucho del camino; y supuse bien, según respuesta que dio a una pregunta que le hice, un muchachuco más guapo que limpio de cara y de vestido, que jugaba, con otros de pelaje aún más humilde, en una brañuca próxima a la portalada. Responder a mi pregunta, dejar el juego y lanzarse a abrir el postigo, mientras los otros chicuelos, suspensos y algo cortados, me contemplaban con los ojos muy abiertos, fue todo uno; y no bien hubo asomado la cabecita al corral, cuando ya comenzó a gritar allí:

--¡Madre!... ¡madreee! ¡Aquí está un señor que viene a casa!

Y por si esto era poco, describió desde adentro la falleba de los portones, y los abrió de par en par a fin de que pasara yo sin apear-me. Con este estruendo y aquel vocerío, antes que acabara de sorprenderme de la ocurrencia, ya estaba en el encachado soportal y enfrente de mí, una mujer de mediana edad, buenas carnes y sano color, y con el modesto atavío casero que ordinariamente usan a diario las matronas pudientes de aquella comarca. Con esto, y con hallar bastante parecido en su cara con la de Neluco, no dudé que aquella mujer era su hermana. Me apeé de un brinco; y sin cuidarme del caballo, comencé, mientras andaba hacia ella con el sombrero en la mano, a deshacerme en excusas

, a explicarla el
suceso... Yo tenía muchísimo gusto en ponerme a sus
pies, en conocerla
personalmente, en ofrecerla mis respetos; pero esto
lo hubiera hecho...
pensaba hacerlo, a otra hora menos intempestiva...
a mi vuelta por la
tarde... la culpa era de aquel diablillo que, sin d
arme tiempo para
explicarme, se había apresurado a llamarla...

A todo esto, ella me miraba de hito en hito; hasta
que, sin llegar yo a
decirla cuanto pensaba decir, bañó toda su faz nobl
ota y rozagante en
una sonrisa que pudiera llamarse inmensa, si se mid
ieran las sonrisas
como las superficies; arrancó hacia mí con ambas ma
nos tendidas, y
exclamó cortándome el descosido discurso de repente
:

--¡Virgen la mi Madre! Usted es el sobrino de don Ce
lso.

Declaré que sí lo era, y continuó ella, sin soltar
mi mano de entre las
suyas:

--Sabía yo por Neluco que andaba usted por ayá; y po
r eso, y por el aire,
y por algo que ha dicho... y por estas corazonás qu
e a lo mejor tiene
uno... ¡Hija, lo que me alegro!... ¡Vaya, vaya!...
Y ¿cómo está el pobre
don Celso?... Mal, creo yo, lo que nos ha dicho Nel
uco... Porque Neluco
es tan cariñoso y tan... vamos, tan apegao a los su
yos, que hora que
tenga sobrante en su obligación, cátales en Robacío.
.. Pero ¿qué hacemos
aquí plantificados en el portal? Suba, suba, señor

don Marcelo, y
descansará como debe, y le pondré de almorzar... ¡C
ómo que no! Aquí
todos somos unos. ¿Usted no lo sabe? ¿No se lo ha di
cho Neluco? La casona
de don Celso y la nuestra casa... ¡vaya!... de padr
es a hijos viene la
estimación y la buena ley y hasta el parentesco, si
un poco se escarba
en la sangre...

No me valieron excusas, por más que ponderé lo larg
o de la jornada que
tenía que hacer antes de la noche, y lo apurado que
andaba de tiempo
para ella.

--Tendrále de sobra--me decía la jovial matrona gui
ándome ya hacia la
escalera--, para ese trabajo y otro tanto más, si s
abe aprovecharse de
él; y no creo yo que es perder hora la que se gasta
en confortar el
cuerpo a la mitá del camino... ¡Vaya con ella! Y lo
peor del cuento es
que está «él» ausente y no vendrá hasta la hora de
comer, más que
menos... Anda en el invernal amañando un morio que
se quebrantó el otro
mes; y como en teniendo obra entre manos no acierta
a perderla de
vista... ¡Pues no lo sentirá poco cuando lo sepa!..
. ¡Hija, qué
casualidá! Bien que ya le verá cuando pase usted de
vuelta esta tarde...
Aunque mejor fuera que se quedara a comer con nosot
ros y dejara la
caminata para otra ocasión... ¡Vaya que es antojo e
l de llegar hasta el
camino real!... Dos veces en toda mi vida he puesto
yo los pies en él...
Mire si soy correntona... ¡Vaya, vaya!...

Hablando por este arte mientras subía la escalera y la seguía yo paso a paso, más que en lo imposible de atajarla en su pintoresca charla, pensaba en el parecido que hallaba entre ella y la madre de Lita, no solamente por el carácter, sino por el estilo, sin saber yo entonces, como lo supe andando el tiempo y conociendo nuevas gentes, que en aquella forma y con aquellos aires campechanos y llanotes, se desborda siempre el espíritu generoso y hospitalario de las damas de aquella agreste región montañesa.

Ya en lo alto de la escalera, que no era larga, entramos en el crucero de siempre, porque todas las casas pudientes de aquellas alturas, y aun las equivalentes de los valles bajos que he conocido después, parecen hechas por un mismo plano; sólo que en la de Robacío o hallé una novedad que llamó muy agradablemente mi atención, y fue la de tener las paredes de todos los pasadizos literalmente cubiertas, de techo a suelo, con ristras de panojas, que, por estar abiertas puertas y balcones e inundada de sol toda la casa, resplandecían como tapices orientales bordados de oro y perlas.

Ni aun admirarlo me dejó la buena hermana de Neluco, porque teniendo en cuenta lo apresurado que yo andaba, entre conducirme a la sala y llamar a gritos a una sirvienta y sacar, en tanto, cosas de una alacena y otras cosas de un armario, y poner las primeras en manos

de la mozona (que no
llegó tan pronto como ella quería) con una buena sa-
rta de advertencias y
de encargos a media voz, y las segundas sobre una m-
esa que había en la
sala, arrimada a una pared, y andar de acá para all-
á sin dejarme nunca
enteramente solo ni falto de su conversación, más d-
e cerca o más de
lejos, no hallaba yo momento de pensar con sosiego
en punto alguno en
que fijara la atención. Al fin se detuvo y se calmó
la ventolera
aquélla; y recogiendo lo que antes había puesto sob-
re la mesa y
colocándolo interinamente en las sillas inmediatas,
levantó el ala que
aquélla tenía libre y plegada, y no las dos, por no
necesitarse para mí
solo tanto espacio, según tuvo la bondad de adverti-
rme; tendió sobre el
tablero resultante un blanquísimo mantel; puso sobr-
e éste una botella de
vino, un cubierto de plata maciza y de anticuada fo-
rma, dos vasos de
cristal, tres platos amontonados, una torta de pan,
tibio todavía, según
me dijo la complaciente señora, porque no hacía aún
dos horas que había
salido del horno del corral; un queso duro, de ovej-
as, y cosa de medio
maquillero de nueces y avellanas.

Entre tanto, no cesaba de hablarme, y me hacía much-
as preguntas sin
esperar en cada una de ellas a recibir mi respuesta
, por entero, a la
anterior. Me preguntó, ante todo, por su pariente d-
on Pedro Nolasco y
por su hija Mari Pepa, de la misma edad que ella, a
miga íntima desde la
niñez, casi su hermana, porque como hermanas se que

rían... Pues ¿y Lita,
Lituca? Era un serafín aquello, más que mujer. ¡Qué
guapa, qué aguda,
qué hacendosa! Si ella fuera hombre y mozo soltero,
ya sabía con quién
casarse, como Lita le quisiera. ¡Y no su hermano Ne
luco!... ¡Cuántas
veces se lo había dicho! ¿Para qué quieres la enjun
dia, hombre? ¿Qué más
puedes apetecer?... Si apareáis como de molde... ¡A
h, pan frío de
satanincas!... ¡Tochu, más que tochu! Cuando Lita i
ba a Robacío, era la
alegría de la casa: ni canario en jaula de oro podí
a compararse con
ella.

En éstas y otras comenzó a darme en la nariz un olo
r muy agradable de
fritangas, y con él entró en la sala un rapaz como
de seis años, con la
jeta muy pringosa y la ropilla estropeada; después
otro de igual pelaje,
pero de menos edad; enseguida otro menor que los do
s; luego una
muchachuela rubia, de ojos saltones, muy enjuta de
canillas y larga de
brazos; tras ella, otra rapaza morena, carrilluda,
de ojos negros y
gruesas pantorrillas, la cual traía de la mano a un
chiquitín muy
risueño que se tambaleaba al andar con sus patucas
estevadas; y, por
último, llegó el muchacho que con su descomedida di
ligencia había sido
la causa de cuanto estaba sucediendo allí. Toda aqu
ella prole, aparecida
uno a uno, a paso lento y con mirar receloso, se fu
e colocando en
semicírculo, muy apretado, enfrente de mí; y como n
o sabían qué decirme,
por más que yo les preguntaba muchas tonterías, y s

u madre me los iba
nombrando por orden de edades, a la vez que los reñ
ía, y no con gran
coraje, por un descortés atrevimiento, cada cual en
tretienía el tiempo y
conllevaba el mal rato como mejor podía: quién pell
izcándose las
narices, quién rascándose la cabeza y quién alguna
parte de su cuerpo
más baja y más trasera. «Pero ¿no parece--me decía
su madre en tanto--,
que gobierna Satanás a estos arrastrados? Póngalos
usté de pies a cabeza
como un sol de mayo en cuanto se tiran de la cama t
odos los días, para
verlos como usté los ve a la media hora... y si no
hay escuela como hoy,
por ser jueves, cosa es de no poder mirarlos ni agu
antarlos. ¡Señor y
Padre celeste, qué criaturas!... Pero estén ellas e
n buena salud, que es
lo que importa, y lo demás ya se irá arreglando con
el tiempo. ¿No es
verdad?... Vaya, ahora venga acá y arrímese a la me
sa... y perdone la
miseriuka por la buena voluntad conque se la ofrezc
o a falta de cosa
mejor.»

Esto lo dijo al ver entrar a la criada con una gran
fuente entre manos,
conteniendo dos pares de huevos estrellados y una e
normidad de lomo y de
jamón frito, con su correspondiente cerco de patata
s.

Hubo las porfías que eran de esperarse sobre lo poc
o con que me
satisfacía yo, y lo mucho que ella me ofrecía con g
enerosa obstinación,
pensando que «lo dejaba por cortedad». Al fin trans
igimos tomando yo

algo más de lo que necesitaba, y repartiendo el resto hasta lo que ella me ofrecía, entre los siete rapaces que devoraban con los ojos el
suculento agasajo humeando sobre la mesa.

También vino a colación allí lo que ya empezaba yo a echar de menos en boca de la hermana de Neluco; la tesis a que tan acostumbrado me tenían las buenas gentes de aquellos valles: si me iba gustando la tierra de mis mayores; la diferencia que hallaría entre aquellas soledades y las grandezas y diversiones a que estaría avezado en Madrid... y, por último, la lástima que sería que no tomara al valle la buena ley que él se merecía; porque, muerto don Celso, que por muerto o había que darle ya, Tablanca se quedaba sin padre y sin sombra de amparo. ¡Y si supiera yo bien lo que valía esa sombra en aquel pueblo, y lo que venían valiendo otras como ella desde tiempos muy remotos! Para saberlo así, era preciso ver lo que pasaba en otros lugares que no la tenían, como pasaba ya también en Robacío, desgraciadamente. Allí no había unión ni paz entre unos y otros, por culpa de cuatro mangoneadores amparados por otros tantos «cabayerus de ayá fuera», que no se acordaban del pueblo más que en las ocasiones de necesitar las espaldas de aquellos pobres melenos para encaramarse en el puesto que les convenía, y pipiar a gusto las uvas del racimo. Esto no pasaba en Tablanca, donde no se sentía una mosca, ni tenían entrada aquellos personajes más que con su cuenta y

razón. Daba gusto aquella hermandad de unos con otros, y aquel ayuntamiento sin deudas, y aquel vecindario sin hambre y bien vestido. Pues toda esta ventura acabaría con don Celso, si y o no me animaba a recoger los frenos que él soltaría de sus manos al pasar a vida mejor.

Lo singular de esta tesis, tan manoseada por unos y otros, era para mí la solemnidad y la hondura del sentimiento con que me la exponían en todas partes. La misma hermana de Neluco, tan jocosa y tan chancera en sus descosidos discursos, se formalizó hasta conmoverse al exponérmela. Y éste era el lado por donde más me llamaba la atención aquel tema, que iba, por lo demás, degenerando en manía.

Con el asentimiento y las diplomáticas promesas que la costumbre me había obligado a adoptar en casos tales, di por rematado el punto; y con el pretexto de la prisa que tenía, terminados el almuerzo y la visita, no sin saber antes, por la inagotable bondad de aquella incomparable mujer, que su hermano mayor, abogado de bastante nota, estaba casado en Valladolid, y que por eso y por ser Neluco demasiado mozo y andar todavía de la Ceca a la Meca, se había quedado ella en las particiones con la casa paterna; pero como si fuera de todos los hermanos, porque el abogado bajaba a Robacío casi todos los veranos, y Neluco cada día que le era posible.

Gozaba ella que era una bendición de Dios cuando es

taban todos reunidos,
chicos y grandes; y cuanto más apretados, mejor. Y
apretados lo estaban
en aquellas ocasiones a menudo, porque aunque la ca
sa era grande, como
tenían mucho laberinto de labranzas y ganados... ¡V
irgen Madre, cómo le
gustaban esos trajines a su marido! Pues con gustar
le tanto, de seguro
no le gustaban más que a ella...

Y bien se revelaban estos gustos en toda la casa, p
articularmente de
escalera abajo. En el portal, desde donde se veían
las puertas abiertas
de los establos, un horno con su tejadillo protecto
r, un pozo con el
correspondiente lavadero, grandes pilas de leña y u
n carro de bueyes
bajo un cobertizo, olía a heno, se oían los golpes
y los cencerrillos y
esquilas del ganado preso en las pesebreras, y bruj
uleaba de soslayo y
como a la descuidada, un copioso averío alrededor d
e un «garrote», en
cuyo fondo roía mi caballo, desembridado y amarrado
al poste con una
soga por el pescuezo, los últimos granos del pienso
de maíz con que le
había agasajado el sobrino mayor de Neluco, mientra
s su madre me
agasajaba a mí en la sala de arriba con huevos y co
n jamón. Esto se supo
por declaración del chicuelo mismo, al preguntarle
yo, muy complacido,
por el autor de la ocurrencia. Alentado por el buen
éxito de ella,
salióse del montón de sus hermanos, que en tropel h
abían bajado con su
madre detrás de mí, y en un dos por tres embridó el
rocín después de
arrojar al averío las mezquinas sobras del pienso;

sacó la mansa bestia
al corral, y la plantó allí, en debida forma, para
que montara yo.
Abrevié la despedida cuanto pude, condensando mis e
xpresiones de cordial
agradecimiento hasta la avaricia, por temor a los l
ujos verbosos de la
hermana de Neluco, que en lo más nimio hallaban cau
sa para desbordarse;
cabalgué de prisa deslizando en la mano del chicuel
o que me tenía el
estribo una moneda de plata sin que lo viera su mad
re, dádiva que le
llenó de asombro y de zozobra hasta enrojecerle la
cara y dejarle
tambaleándose, por lo que le costó mucho trabajo ab
rirme la portalada; y
en cuanto la vi de par en par, pagué con una sonris
a y una sombrerada
los últimos ofrecimientos de la inagotable matrona;
salí a la brañuca de
afuera oyendo las despedidas de adentro «hasta la t
arde»; piqué sin
compasión al jamelgo, y tomé el camino río abajo co
mo si me persiguieran
lobos de rabia.

Creo, sin estar muy seguro de ello por no haber fij
ado la atención con
gran empeño en el cuadro, que por allí comienza el
verdadero ensanche de
la cuenca, y el río a descansar un poco de las fati
gas de su rápido
descenso, tendiéndose a la larga en buenos trechos
casi llanos y bien
iluminados por el sol. Lo que sí recuerdo bien es q
ue con la libertad
que les dan estas relativas anchuras, el río y el c
amino (a la izquierda
ya éste de aquél) se separan uno de otro con alguna
frecuencia, aunque
sin llegar a perderse de vista por completo. Al fin

y al cabo, ninguna
obligación tienen de andar juntos por todas partes;
y sin duda por eso,
el camino, sin trabas ni impedimentos, como el río,
que le obliguen a
descender continuamente y por determinado canal, a
lo mejor se echaba
por un atajo cuesta arriba, gozándose después en sa-
ludar desde la loma
del cerro pedregoso a su arrastrado compañero, que
sudaba la gota gorda
para abrirse paso en los profundos de un vallecito
angosto, entre
alisales, guijarros y mimbreras.

Donde se juntan otra vez los dos camaradas es hacia
el final de su
viaje, por estrecharse la cuenca nuevamente, pero s-
in crecer gran cosa
los taludes; y ya no vuelve el río a gozar de otra
llanada que la de su
sepultura, festoneada a lo largo en su margen terre-
stre por un camino
real que ni el Nansa ni yo vimos hasta que nos hall-
amos yo encima de él,
y el río estrellándose contra los estribos del puen-
te que une las dos
orillas.

Allí le di mi afectuosa despedida, mientras ahogaba-
n con un abrazo sus
murmullos (que durante nuestra jornada de seis hora-
s no habían cesado un
momento) las traidoras aguas salobres que le espera-
ban inmóviles y
cristalinas, como un espejo en que se miran las nub-
es del firmamento,
tendidas al sol en una vasta llanura salpicada de i-
slots tapizados de
verdes y olorosas junqueras. Esta pintoresca ría es
tá separada del mar
por una barrera muy alta: un monte negro y pedregos

o, rajado de alto
abajo, quedando así un boquete muy angosto donde se
cuelan las aguas y
los barcos, y se ve el Cantábrico, mirando desde ad
entro, como un pedazo
de cielo a través de las rejas de una cárcel.

Todo aquel panorama me pareció muy bello por sus lí
neas, por su luz y
por su color, mas a pesar de ello, ocupó mi atenció
n breves instantes,
porque se habían largado mis ideas por muy distinto
s derroteros. Fue el
caso que no bien me vi sobre el camino real, se des
pertaron súbitamente
mis mal dormidas inclinaciones mundanas; y escapánd
oseme la mirada y los
pensamientos a lo largo del blanquísimo arrecife qu
e corría paralelo a
la costa y desaparecía en la curva de un altozano,
empecé a considerar.

--Por ahí se va a la vida y a la libertad de las pl
anicies soleadas, al
bullicio de las ciudades, a las damas elegantes y a
los hombres bien
vestidos, a la conversación culta y amena, a los sa
lones alfombrados, al
libro, al teatro, al periódico, al Casino, al Atene
o... ¡mientras que
por aquí!...

Y volví los ojos al sendero de la montaña, y le vi
trepar entre los
pedruscos y los escajos bravíos de una sierra calva
; y distinguí detrás
de ella, la loma de otra sierra más alta, y por enc
ima de ésta, otra y
sobre su cumbre la de un monte que las asombraba a
todas; y así
sucesivamente, hasta perderse las últimas desvaneci
das en un ambiente

brumoso y tétrico que no me dejaba percibir con claridad los dos peldaños de aquella escalera disforme, entre los cuales se escondía la sepultura en que, por un mal entendido sentimiento filantrópico, había resuelto yo enterrarme vivo.

Sentí de pronto alzarse dentro de mí una protesta de mi libérrimo albedrío, y con ella la nostalgia de la ciudad; pero con una fuerza tan nueva y tan irresistible, que, sin saber, cómo, me vi encarado otra vez al camino real y poseído de un vehementísimo deseo, de la tentación pueril y desatentada... de «escaparme por allí».

Pasó todo esto, como vértigo que era de mi exaltada imaginación, en pocos momentos; pero no sin dejarme huellas mortificantes en el espíritu.

Al otro lado del puente había unas casas de muy alegre aspecto: parecióme de parador el de una de ellas, y allá me fui. Parador era, en efecto, y taberna bastante bien surtida. Mandé dar un pienso a mi cabalgadura y pedí unas frioleras para mí, más que por satisfacer una necesidad que no sentía, por comprar el derecho de descansar un poco a la sombra y en un banco, bajo techado, ya que no era posible hacerlo al aire libre recreando los ojos en la contemplación del mar, que con estar tan cerca de allí, no se veía más que por el negro boquerón de la ría.

Era ya bien corrida la una de la tarde cuando volví

a cabalgar. Repasé
el puente, y sin dirigir la vista al camino real qu
e dejaba a mi
izquierda, comencé a desandar aguas arriba lo que h
abía andado por la
mañana aguas abajo. Al llegar a Robacío, vi que me
esperaba en la
brañuca contigua a la portalada de marras, toda la
familia de la casona
aquélla, con el padre en primer término. Bien sabe
Dios que hice voto
solemne en mis adentros de no echar allí pie a tier
ra, como no me
desmontaran a tiros. Era el cuñado de Neluco un hom
bre bastante gordo y
no muy alto, moreno y atezado de rostro, con anchas
patillas grises,
pelo recio y poca frente. No hablaba tanto como su
mujer, pero no era
menos afectuoso y hospitalario que ella. Con la dis
culpa (y era la pura
verdad) de que llevaba las horas muy medidas, hablé
poco y me ingenié
mucho para que no hubiera modo de enredar la conver
sación que me
amenazaba a cada instante por el lado de la mujer d
e aquel buen hombre.
Estrechéle, al fin, por segunda vez la velluda mano
, con los
ofrecimientos y las cortesías de costumbre, y con u
n «adiós» a todos los
presentes, corté los cumplidos con que me despedían
, y me largué.

Resuelto a que no me cogiera la noche cerrada en el
camino, saqué al
pobre animal que me conducía, los ijares y hasta la
s asaduras a
espolazos. Por un milagro de Dios llegó vivo a casa
. Pero llegó al fin,
y no tan tarde como iba yo temiéndome a medida que
le veía perdiendo

fuerzas y tambaleándose por el áspero camino.

Por lo que a mí toca, llegué en la misma situación de ánimo que un estudiantillo novel a la cárcel de su colegio, después de haber pasado largas vacaciones con su familia: jurándome a mí propio no volver a salir de Tablanca solo y por aquel camino, para no caer nuevamente en la mala tentación de escaparme.

XIII

Hablando unos días después con Neluco de esta excursión, me dijo cuando vino al caso:

--Pues ahora necesita usted hacer otra, aguas arriba.

Respondíle que ya la había hecho con el Cura en una ocasión bastante reciente y de muy placentero recuerdo para mí. Repliquéme que con don Sabas sólo había visto yo lo que le convenía a él que viera para los fines que llevaba, y yo necesitaba ver algo más, y aun estaba obligado a ello: por ejemplo, Promisiones.

--Atravesé todo el valle--respondí--, y conservo perfectamente su aspecto general en la memoria.

--No es bastante--me replicó el médico--. En ese valle hay un pueblo, que es el principal...

--Le vi también...

--De lejos.

--De lejos y de cerca tiene muy poco que ver.

--Exacto--dijo Neluco--; pero en ese lugarejo hay una casa solariega...
la de los Gómez de Pomar, sangre de rancio abolengo
que corre también
por las venas de usted.

--Hombre--interrumpió aquí mi tío que estaba presente, mientras Neluco
se sonreía como si se burlara de las mismas ponderaciones que iba
haciéndome, que veas a Promisiones, bien está; que conozcas de vista la
casona de los Gómez de Pomar, pase también; pero que lo que queda allí
de esa sangre vieja valga la pena de meter su jocio en aquel estragal
un cabayeru como tú... ¡pispaju! eso sí que lo niego a pies juntos.

--¡Pero si allí no queda gota de esa sangre, don Celso!--replicó Neluco.

--¡Mira a quién se lo cuenta!--respondió mi tío--.
Pero de allí es la
que queda... Dios sabe si en presidio.

--Yo me refería a la casa solamente...

--Que ni siquiera es de «ellos» ya... porque los sinvergüenzas
desaforaos, la dieron por un pellejo de vino en cuanto faltó el
baldragazas que los engendró en una osa montuna. ¡Cascasajo! mala centella
los parta en dos por los riñones.

--Y al fin y al postre, ¿qué viene a importarle ya esa caída a don Marcelo? ¡Le toca tan poco del parentesco!...

--Di que nada, ¡cuartajo! si te paez. ¡Los hijos de un sobrino carnal de mi madre!...

--¡Pues digo!... ni un galgo le alcanza ya... De todas maneras, si usted no quiere...

--¿Yo?... ¡A buena parte vas con el reparo!... ¡Vay a que me gusta!... No, no, lo que es por mí...

--Además, no se trata de eso sólo, que debe verse de e pasada...

--¿Jacia ónde?

--Hacia otra parte... a otro sitio a que yo quiero llevarle... porque esa expedición ha de hacerla don Marcelo conmigo. Necesitaremos dos días.

--¡Larga va a ser, trastajo!

--No mucho; pero como debemos hacer noche allá...

--Pues si pensabas guardar el secreto del parador, no me des más señas de él, porque ya le he conocido...

--Es posible... Y como ahora hay en Tablanca peste de salud para muchos días, si don Marcelo está conforme y usted nos da su permiso...

--¿Yo?... ¡pispajo! Lo que yo quiero es que mi sobr

ino se explaye y
entretenga a su gusto, para que no coja duda a la t
ierra de su padre...
Eso bien lo sabe él... y también lo sabes tú... Con
que, si en ello vos
va diversión, bien hecho será, y antes con antes, p
or si el tiempo se
cansa de ser bueno. ¡Ojalá pudiera yo ir con vosotr
os, aunque no fuera
más que por dar un abrazo a ese buen amigo! Pero ¡n
i salir a misa,
cuartajo!...

--Ya saldrá usted, don Celso...

--Sí, con los pies pa-lante el mejor día...

Al subsiguiente de esta conversación emprendí la ca
minata con Neluco,
los dos solos y a caballo: yo en el de siempre, bie
n repuesto ya de sus
últimas fatigas, y él en otro rocinejo por el estil
o, que era de su
propiedad y tenía la costumbre, como caballo de méd
ico, de pararse
delante de todas las viviendas que hallaba al paso.

También madrugamos aquel día, y no poco, y también
nos amaneció cerca
del santuario próximo a la vadera, y también saludé
a la Virgen,
siguiendo el ejemplo que me dio Neluco, rezándola u
na Salve en latín.
Es mucha la devoción que la tienen los tablanqueses
y todos los
habitantes de los pueblos comarcanos; y su fiesta,
en el mes de agosto,
de las más concurridas y celebradas de todas las de
aquella región. La
imagen tiene una leyenda que no me habían referido
ni Chisco ni don

Sabas, y conocí por Neluco mientras volvíamos a ponemos en marcha, descendiendo hacia la vadera. En tiempos muy remotos quisieron los tablanqueses sustituir con otra nueva y «de mejor ver» aquella misma Virgen que les parecía muy antigua, tanto que no se conocía su origen «en memoria de hombre». Acordada la sustitución, adquirieron la imagen que deseaban y la colocaron en el altarcillo después de retirar de él la antigua, a la cual enterraron con gran solemnidad, no sabiendo qué hacer de ella ni cómo honrarla mejor. Pero cuál no sería la admiración de aquellos piadosos montañeses al ver al día siguiente en el altar la imagen enterrada la víspera, y vacía su sepultura, sin hallar rastro ni huella por ninguna parte del mundo de la imagen nueva. Con este milagro patente se hizo más extensa y fervorosa la devoción a la Virgen resucitada, y en este grado, o muy poco menos, se ha conservado hasta la fecha.

Repitiendo el camino andado por mí en compañía de don Sabas, me pareció haber tardado menos que con él en llegar a Promisiones; ventaja que fue debida indudablemente a lo que me entretenía Neluco con noticias muy curiosas sobre cada palmo de terreno que pisábamos y le eran tan conocidos como los rincones de su casa. No los conocía menos el Cura, seguramente; pero aunque allá se andaban los dos en el modo de sentir y de saborear la tierra madre, eran más numerosos los «registros» del

médico, y más varia, por consiguiente, la música de su conversación.

Ya en el valle, tomamos derechamente hacia el pueblo que había dado origen a la porfía entre mi tío y Neluco. El tal pueblo, de disperso y pobre caserío, ostentaba sobre el montículo más elevado de los varios que forman su escabroso término, un edificio cercano a la iglesia, que no abultaba más que él, como si hubiera querido lucir sin estorbos y para que fueran bien vistas de todos, propios y extraños, las únicas grandezas que posee. El edificio era del buen estilo «rico» montañés; de sillería de grano la fachada del Sur y una parte de la del Este, lo preciso para encuadrar en ella un balcón de púlpito con balaustrada de hierro; el resto, mampostería sólida con muy pocos claros de ventana. En la fachada principal, gran solana corrida de esquin al a esquin al, y encima de ella y del balcón del Este, sendos y ostentosos escudos de piedra de mucho relieve y rica talla; sobre todo ello, la pátina musgosa, la herrumbre y la polilla de los años y de la incuria, y grandes aleros de artesonado podrido con los canecillos derrengados. Aquella casa era la solariega de los Gómez de Pomar; y bien sabe Dios la tristeza con que la vi en estado tan deplorable, más que por simpatía de parentesco, por impulso natural de hombre honrado y de buen gusto. Habitábala un labrador, y de ello eran evidentes señales los montones de estiércol, la carreta y los aperos que se veían en

la corralada y en el
soportal, y el heno que asomaba por los agujeros de
una de las
desvencijadas puertas de la solana, entre los elega
ntes cercos de
sillería. Salió de ella un buen hombre que nos vio
mirarla por todas
partes; y como resultó que conocía a Neluco, nos br
indó muy cortés a que
pasáramos a descansar, «si teníamos gusto en ello».

El médico me pidió
mi parecer con la mirada, y con un ademán le di yo
la negativa. Me
acordaba de algunos dichos de mi tío, particularmen
te el de haber sido
vendida «por un pellejo de vino», y la lástima de a
ntes se fue trocando
en ira.

Continuando nuestro viaje, me dio Neluco algunos in
formes que yo le
pedí, vivamente interesado en conocerlos después de
lo que había visto
en el pueblo, en el cual no nos detuvimos más de me
dia hora.

La familia de los Gómez de Pomar nunca había sido t
an rica de
propiedades y de dinero como pagada de su alcurnia,
achaque muy común en
la Montaña. La bambolla de un hidalguete de aquella
casta, que volvió de
México a principios del siglo pasado, labró sobre l
os cimientos del
solar antiguo la casa que acabamos de ver, con la m
ayor parte del dinero
que traía. Con el resto y las haciendas que le pert
enecían en el valle y
en las inmediaciones, se empeñó en sostener el lust
re de su familia,
elevándola de golpe a una altura en que jamás había
n vivido sus fidalgos

antecesores. Logró su intento vanidoso, pero no sin muy considerables mermas y quebrantos en su caudal. Al heredarle su sucesor, heredó también una buena carga de censos y de hipotecas; y como en su no larga vida no pudo verse aliviado del peso de esta cruz, recibióla también sobre sus espaldas el que vino detrás de él; pero como le pesaba mucho, antes que morir agobiado por ella, prefirió quitársela de encima a todo trance. Y se la quitó, a expensas de lo más jugoso de su caudal. Así salvó lo restante, que empezaba a ser enredado poco a poco en las mallas inextricables del préstamo usurario. Era cuerdo el hombre, y ajustó las necesidades de su casa a la medida de lo que poseía libremente para sostenerlas. No trabajó las tierras con sus manos, pero pagó el trabajo de otros para vivir él de sus productos; y en su casa y en las accesorias de ella, donde siempre había reinado el silencio enervante de la holganza y de los grandes fastidios de la vanidad infanzona, comenzaron a oírse y a respirarse los ruidos de la actividad campesina, el cencerro del ganado y la fragancia vivificante y regeneradora de los frutos sazonados de la tierra. Mi abuela paterna alcanzó aquellos tiempos, los más venturosos de la familia de los Gómez de Pomar. Su padre era un señor a la manera de mi tío Celso: campechano y sin retóricas, sencillito hasta la rudeza, y noble y sano de corazón. No tuvo más que dos hijos: mi abuela y el mayorazgo. Éste resultó menos enérgico

y laborioso que su padre; se casó con una medio señ
ora campurriana, y
tuvieron un hijo solo, y ése de pocas creces, enfer
mo y sin alientos
para nada. Aquí empezó a flaquear la firmeza de la
hasta entonces
enhiesta medianía de la casa, mucho por la natural
dejadez del padre,
algo por no pecar de hacendosa la madre, y el resto
por falta de
estímulo en los dos para enmendarse en presencia de
la ingénita apatía y
mortal endeblez del hijo. El cual dio en la gracia
de espigar un poco,
precisamente cuando debía de haberse muerto, según
los cálculos de sus
padres, fundados principalmente en los reiterados d
ictámenes de todos
los médicos y curanderos de cuatro leguas a la redo
nda. Con esto y con
morirse aquéllos mucho antes de lo que creían, el h
uérfano recibió el
caudal hereditario cuando menos lo pensaba, y con b
astantes goteras,
casi tantas como las que tenía la casa solariega, e
n la que no gastaron
un maravedí en toda su vida los últimos señores de
ella. En ese
particular, lo propio hizo el hijo, atento solo, en
los primeros años de
su orfandad, al trabajo de reconstituirse, dándose
todo el regalo que
era compatible con su hacienda, aunque comiendo ya
de la «olla grande».
Como no salía de casa y se había propuesto arreglar
se un completo plan
de vida dentro de ella, se casó con la criada, una
lebaniega cerril,
siempre vestida de sayal y con «bocio». Tuvo de ell
a dos hijos como dos
oseznos de Andara, de cuya educación no se cuidó co
sa maldita: lejos de

ello, les dio continuamente el mal ejemplo de su de
sgobierno, y muy a
menudo el de las escandalosas reyertas matrimoniales
s provocadas por la
lebaniega incivil, que era la estampa de la sucieda
d y el colmo del
despilfarro. Al fin se murieron los dos, ella de un
a pulmonía doble y él
de un derrame seroso, aunque fue voz corrida en el
lugar que había
acabado de una borrachera de aguardiente. Todo podí
a ser, porque es cosa
demostrada que muy a menudo hacía méritos para ello
. Los hijos, que eran
unos perdidos a los diez y seis años, cuando entrar
on por la ley en
libre posesión de lo heredado, ya debían más de las
tres cuartas partes
de ello. Eran borrachos, corretones y pendencieros,
y daban más que
hacer a la justicia en seis meses que todo el parti
do judicial en un
año. Lo último que les quedó fueron la casa solar y
unos cercados
contiguos a ella; y como se lo tenían hipotecado a
un tabernero del
valle, a cuyas expensas comían y bebían últimamente
, y al vencer el
plazo de la deuda no tuvieron con qué redimirla, el
tabernero se quedó
con lo hipotecado, echólos de casa tan pronto como
pudo, y metió en ella
a un inquilino cargado de familia, pero que pagaba
bien y cultivaba
mejor las tierras que le dio también en renta. Al h
ombre aquél acababa
de conocerle yo en la casa misma.

--¿Y los otros?--pregunté a Neluco en cuanto dio fi
n a su relato--. ¿Qué
ha sido de ellos?

--¿De quiénes?--preguntóme él a su vez.

--De los dueños de la casa--respondí--; mejor dicho de los ex-dueños, de los dos perdularios que se la vendieron al taberner o por un pellejo de vino.

--Pues de esos ilustres vástagos de los Gómez de Po mar no sé nada cierto a la hora presente. Cuando se vieron en la calle, sin hogar, oficio ni beneficio, desaparecieron de aquí, y se supo que andaban por Andalucía buscándose el modo de vivir como el diablo les daba a entender. Al cabo de los años, volvió uno solo, no a su pueblo, sino a ese otro que está encalabrinado en aquella cúspide de enfrente, y al cual pienso que llegaremos en poco más de una hora. Allí, con el prestigio que le daba su apellido y la fanfarria que desenvolvió delante de la hija de un hombre de bien que tenía algunas haciendas, consiguió que éste se la cediera en matrimonio. Estableciéronse en casa aparte, y al poco tiempo de ello apareció su hermano en el lugar, pobre y mal vestido. Acogióle el matrimonio, como era natural. Por entonces los conocí yo siendo estudiante todavía, durante las vacaciones de verano, en la romería de la Virgen de las Nieves. Me parecieron de muy mala catadura, particularmente el mayor, en cuyo semblante de torva y recelosa mirada, lo mismo que en el resto de su persona, se veían las huellas y el estrago de todas sus malandanzas. El otro, el menor, que era el casado,

tenía una palidez amarillenta, y unos ojillos de ra-
poso, y una mueca de
sonrisa, y un andar de sierpe venenosa, que estaban
pidiendo el banco de
crujía de una galera, y el corbacho de un cómitre d
esalmado. Decían los
que reparaban en ellos por conocerlos bien, que los
vigilaba mucho la
Guardia civil; sería o no verdad; pero era indudabl
e que ellos huían de
la pareja que andaba en la romería, como el diablo
de la cruz. Por
aquellas calendas hicieron una visita a su tío de u
sted, don Celso; pero
tenía éste entonces más bríos y más agallas que hoy
, y respondió a su
taimada exposición de necesidades en tales términos
y en tal actitud,
que no insistieron en su petición, ni han vuelto a
parecer por Tablanca.
Poco después se largaron otra vez por esos mundos a
buscarse la vida,
con gran contentamiento de todo el lugar, y hasta d
e la pobre mujer de
uno de ellos. A principios de este otoño oí en Tabl
anca que había vuelto
el casado y que por aquí andaba tan sinvergüenza y
haragán como siempre;
pero yo no le he visto, ni a nadie he oído hablar d
e él.

Con estas interesantes biografías y los comentarios
subsiguientes,
entretuvimos el camino, sinuoso y endemoniado, deja
ndo por nuestra
derecha la cuenca del río que distaba ya muy poco d
e sus fuentes.

Al fin, llegamos al pueblo, encaramado allá arriba
como un nido de
águilas, y me guió Neluco a la única hospedería que
había en él: un

casucho de mala muerte con un cuarto en el soportal
, y en el cuarto un
tosco mostrador y su correspondiente estantería con
media docena de
botellones y frascos de varios colores, algunos paq
uetes de cigarros y
de cajas de cerillas, y media docena de vasos de ot
ros tantos calibres;
arrimado a la pared y sostenido por tres estacas si
n labrar un tablón en
bruto, de castaño abarquillado; delante y como a la
mitad de este banco,
una mesa de igual materia y del mismo estilo que él
; sobre la mesa, un
jarro y dos vasos medio desocupados de vino tinto,
y, por último,
sentados en el banco y con la mesa delante, dos hom
bres en los cuales ni
el médico ni yo nos fijamos gran cosa por de pronto
. Después, y mientras
hablábamos con el tabernero, Neluco, que los tenía
enfrente, me dio con
el codo y me advirtió con la mirada que reparara en
ellos. Hícelo con
atención y vi que los dos tenían muy distinto pelaj
e del acostumbrado y
corriente entre los aldeanos de aquellas comarcas:
ofrecían todo el
aspecto de los vagabundos famélicos de las ciudades
; ambos llevaban la
barba gris a medio crecer, y el ropaje obscuro y mu
griento, con muy
pocas señales de camisa. En el uno creí ver, o más
bien recordar, rasgos
de la pintura que me había hecho Neluco del Gómez d
e Pomar casado en
aquel mismo pueblo. Las señas del otro no coincidía
n en nada con las que
yo conocía del hermano soltero. Era todavía más inn
oble su cara que la
de éste y más repulsivo el conjunto de su persona:
tenía un chirlo en la

nariz, que se la dividía casi por mitad, y un ojo medio borrado.

Se les conoció muy pronto que no les agradaba la insistencia con que los mirábamos Neluco y yo; y fuera por esto o porque ya nada tenían que hacer allí, apuraron el contenido de los correspondientes vasos, y se largaron haciéndonos un ligero ademán de saludo, pero sin decir palabra.

Entonces dejó bruscamente Neluco la materia que trataba con el ventero, reducida a saber qué podría servirnos para tomar un tente en pie, y comenzó a preguntarle por la casta de los dos parroquianos que acababan de salir. Resultó, en cuanto al uno, lo que yo me presumía y Neluco daba por indiscutible: que era el Gómez de Pomar casado allí; el otro había venido con él en los principios de octubre, y juntos vivían y de la misma olla comían desde entonces, como grandes y antiguos amigos que eran, a expensas y a despecho de la pobre mujer que a duras penas tenía lo más indispensable para que no se murieran de hambre los frutos de su desventurado matrimonio. Su marido faltaba pocas veces del lugar, y no pasaba ninguna noche fuera de él; las ausencias del amigo, sin ser muchas, eran más largas: solían durar dos o tres días. Preguntado el primero por su mujer..., y también por el alcalde, acerca de la procedencia, oficio, ocupaciones y planes del segundo, respondía que era un caballero perteneciente a una de las principales familias de Madrid,

arruinado con los negocios de la Bolsa; había estudiado de joven para ingeniero de minas, y pasaba por muy entendido en ellas. Sabía, por informes adquiridos allá con otros inteligentes, que había una riquísima, de oro puro, en cierto sitio entre Tablanca y Promisiones; y en busca de ella andaba cada vez que salía del lugar, mejor dicho, la había encontrado al primer tanteo, porque eran infalibles las señas que traía: los otros viajes que iba haciendo eran para estudiar bien los filones y la manera de explotarlos. En cuanto acabara ese estudio que le robaba hasta el sueño, se volvería a Madrid para dar cuenta de todo a los capitalistas que habían de emprender las labores bajo su dirección, asignándosele a él, para remunerar su trabajo, la mitad de las ganancias.

A pesar de estos rumbosos informes, la Guardia civil le había pedido los papeles, igual que al último perdulario; pero como los llevaba en regla y no se metía con nadie, ni nadie se quejaba de él y le fiaba el vecino del lugar con quien vivía, no pasaban las cosas a más que a vigilarle de lejos, lo mismo que a su fiador, mientras en el pueblo se cerraban las casas al anochecer y no se dejaban, de puertas afuera, ni las gallinas en sus «albergaderos» provisionales. En cuanto al Pomar ausente, sólo se sabía de él, por referencias de su hermano, que andaba bien de salud y que no tardaría en llegar, porque habría en la mina de oro empleos de

mucho lucro para los dos.

¡Morrocotudos consanguíneos me había encontrado yo
en aquellas alturas
de Cantabria! Tenía razón Neluco: merecían ser cono-
cidos de cerca por mí
el solar y los solariegos. Por este lado, no me iba
dando el viaje
motivos para renegar de él.

Tomando el tente en pie que nos sirvió el tabernero
con excelente
voluntad y poquísima limpieza, y reanimados los brí-
os de las
cabalgaduras con no sé qué brozas nutritivas que se
hallaron en el pajar
de la taberna y en el granero de un vecino, volvimo-
s a montar Neluco y
yo para seguir nuestro camino, del que nos faltaba
todavía lo más largo
y lo peor, según el médico me dijo al cabalgar.

Dejado el pueblo atrás y comenzando ya a descender
la cambera por la
otra vertiente del monte, nos hallamos tope a tope
con los dos
comensales de marras, que estaban tomando el sol ar-
rimados de espaldas a
un vallado y apurando unas colillas. Entonces se tr-
ocaron los papeles en
lo tocante a miradas: con ser mucha la curiosidad c-
on que los miramos
nosotros, fueron mucho mayores la fijeza y la inten-
sidad de las miradas
de ellos, sobre todo las dirigidas a mí, y especial-
mente la de mi
consanguíneo. Ni siquiera nos honraron con el ademá-
n cortés con el cual
se despidieron en la taberna. Verdad es también que
la cara que les
pusimos nosotros no era para engendrar respuestas d-
e cortesía. Al

cruzarme con ellos llevé instintivamente la diestra a la cintura, donde tenía, debajo de la espesa cazadora, un revólver de seis tiros, y bien sabe Dios que no por recelo de los hombres. Neluco, que también le llevaba, pero en una de las pistoleras de su silla, se sonrió al observar el movimiento y conocer mis intenciones, y me dijo:

--No irán tan allá las cosas, esté usted seguro de ello. Necesitan vivir bien con la justicia hasta llegar a sus fines, si es que tienen alguno malo entre cejas; y si le tienen, no es de asaltar en despoblado al primer transeúnte que se les ponga a tiro. Sin embargo, no están de más las precauciones como las nuestras, aunque hayan sido tomadas contra las alimañas del monte, sin acordarnos de las vilezas de cierta casta de hombres desconocida en estos honrados valles. De todas maneras, prometo resarcirle a usted esta tarde y esta noche, pero muy cumplidamente, con impresiones más gratas, de los amargores que le va causando a usted en su paladar de hombre honrado nuestra jornada hasta aquí.

Pedíle a Dios que así fuera, y continuamos bajando y departiendo al acompasado gatear de nuestras firmes cabalgaduras.

Por dónde me iba conduciendo el empecatado mediquillo de Tablanca, me sería imposible decirlo ni aun con el plano del terreno a la vista. Alguna vez creí hallarme en un pedazo de senda recorrida días atrás en compañía de don Sabas; pero sin darme tiempo para salir de dudas, dejaba mi conductor aquel camino trillado y echaba por donde menos era de esperarse. Su caballo era una cabra, y él una ventolera que le arrastraba por lo más inverosímil de lo penoso y atrevido. Para aquel diabólico centauro, todo atajo era andadero, lo mismo por los jarales de las faldas que por los riscos de las cumbres. El caso era rodear poco y llegar cuanto antes, según él decía, mientras dejaba yo en cuarentena la sinceridad de su afirmación, que bien pudiera ser encubridora de antojos irresistibles de un montañés tan castizo como Nelucio. Porque es lo cierto que no subíamos a una altura ni bajábamos a una hondonada sin que el médico hiciera ardorosos panegíricos de lo que se veía desde arriba o desde abajo. Para mí, quebrantado e insensible de alma y cuerpo, todo era ya igual y de un mismo color; y hasta del vértigo de los grandes asomos estaba curado con la frecuencia de verlos aquel día; y cuidado que los hubo tan tremendos y de senda tan angosta, retorcida y ladeada, que el mismo Neluco se apeó para pasarlos... tapándose la cara con el sombrero por el lado del abismo. De bajadas «pendias», no se diga: aquello fue despeñarse más que bajar.

Cuando menos lo esperaba, me encontré en el Puerto,
que me pareció menos
interesante que la primera vez, porque le veía a la
inversa de entonces,
con la línea insulsa de la sierra baja por gran par
te de su fondo, en
lugar de las grandiosas montañas que en esta segund
a visita iban
quedando a mi espalda. También flotaban sobre él la
s nieblas, como en el
monte por donde habíamos subido, y también lo deplo
ró Neluco, porque me
impedían gozar del espectáculo admirable, que tanto
me había ponderado
Chisco a su modo. Pero ¿qué podía faltarme de ver e
n punto a panoramas,
después de los que había visto con el Cura desde mu
y cerca de allí?
Referíle, mientras nos internábamos en aquel escabr
oso desierto, lo del
oso «hecho un reguñu» encontrado allí la otra vez,
según afirmación de
mi espolique. No le sorprendió el caso, porque tení
a noticia de otros
semejantes. Sin embargo de lo cual, me añadió, en a
quel mismo puerto
pastaban en los primeros meses del verano, y sin ri
esgo alguno por lo
común, muchas cabañas de ganado, hasta de los valle
s de la marina, y aun
me enseñó algunas chozas de vaqueros, recientemente
abandonadas y que
muy pronto desaparecerían bajo la nieve. Tampoco me
pareció tan larga
como la primera vez la travesía, ni tan fatigosa la
contemplación
continua de su aridez, lo cual pudo consistir en qu
e hice la entrada por
distinta «puerta» que la salida de entonces, o en e
l hábito adquirido ya
por mí de andar entre montañas, y muy principalment
e en lo agradable de

la compañía de Neluco.

Al fin traspusimos la cumbre de la sierra que limitaba el Puerto hacia el Sur, y volví a contemplar la verde y extensa planicie del valle de los tres Campôes. Con aquel espectáculo revivió mi espíritu adormilado, y comencé a respirar con avidez el aire de la hermosa vega, como si me hubiera faltado hasta entonces el necesario para la vida; caso que no admiró a Neluco por lo raro cuando se le declaró, porque, por una ley fisiológica, del peso «ideal» de las grandes moles que agobia a los espíritus avezados a las llanuras abiertas y despejadas, participa el organismo físico también. Bajando sin cesar nuestras cabalgaduras, que ya no podían con el rabo, por los senderos que yo había conocido al subir, a media bajada se salió de ellos Neluco y tomó por otro hacia la derecha. A poco rato de andar en él, descubrimos en el extremo del valle más arrimado a aquella estribación de la sierra y debajo de nosotros, una gran torre señorial con un grupo de edificios agregados a ella, a corta distancia de un pueblecillo agrupado en una frondosa rinconada del monte.

Señalando al pueblo y luego a la torre y sus accesorias, y deteniendo al mismo tiempo su caballo, me dijo Neluco:

--Aquel lugarejo es Provedaño, y aquí está el fin de nuestra jornada de hoy.

Después tendió la vista por el esplendente panorama del valle, y fue dándome sobre él todas las noticias que me había dado Chisco, y otras muchas más. Convino conmigo en que sin dejar de ser montañés todo el conjunto del paisaje, tenía impreso ya en sus líneas y en sus tonos el influjo de sus vecindades castellanas, y continuamos bajando.

Cuando acabamos de bajar al valle, yo no me satisfacía con esparcir la vista sobre él, ni con aspirar la fragancia de sus praderas aterciopeladas: me hubiera revolcado en ellas de buena gana como una bestia; y como una bestia envidiaba a las que andaban libres y paciando por allí. Consulté con Neluco esta bestial ocurrencia, y la celebramos los dos con grandes risotadas; pero así y todo, no faltaron un par de razones, fisiológicas también, apuntadas por el médico y discutidas por ambos, para explicar el antojo muy «racionalmente».

Resistiéndose todavía Neluco a ampliar los escasos informes que me había dado por el camino sobre la persona a quien íbamos a visitar, anduvimos por lo llano un corto trecho, y llegamos, no a la torre, sino a la trasera de un cuerpo del edificio que se unía a ella por el muro de una portalada. Entre esta fachada del edificio y nosotros se interponía otro muro más bajo que la amparaba en toda su longitud, y por encima de este muro se veía un carro de bueyes arrimado al edificio y paralelo a él; en

el carro había una carga de heno «verde», según mi modo de ver, y según el más autorizado de Neluco, de retoño «seco»; y sobre la carga, un hombre de alta estatura que lanzaba con impetuoso b río grandes «horconadas» de ella a un boquerón de la pared, donde las recogía otra persona y las conducía más adentro. Nada de particular tenía todo esto; pero sí lo tuvo, y mucho para mí, lo que sucedió en seguida; y fue que, vuelto de repente hacia nosotros el hombre que descargaba el carro, y mientras nos miraba frunciendo mucho los ojos, apoyándose gallardamente en el horcón clavado por sus puntas en el heno, observé que Neluco se descubría delante de él y le saludaba con el nombre del caballero a quien íbamos a visitar. Descubríme entonces yo también, lleno de extrañeza, y nos apeamos los dos, casi al mismo tiempo que el descargador del heno saltaba del carro abajo, muy diligente y airoso, por la rabera.

Representaba cincuenta años, bien corridos; tenía buen color, la cabeza muy poblada de pelo alborotado y recio, la cara pequeña y enjuta, y aún parecía más chica de lo que era, por lo espeso de la barba que le ocupaba la mitad; la barba y el pelo, empezando a encanecer; la frente ancha, y destacado el entrecejo; la nariz curva, y la mirada de sus ojuelos verdes, firme y escrutadora; cara, en fin, cervantesca y un tanto «aquijotada». Daba grandes pasos con sus largas piernas al

dirigirse a nosotros que le salimos al encuentro, y balanceaba el cuerpo, nervudo y cenceño y algo inclinado hacia adelante, al compás de las zancadas; vestía un traje modesto de paño oscuro, fuerte y barato, y calzaba abarcas de tarugos.

Conoció al mediquillo de Tablanca y le abrazó muy regocijado y cariñoso; a mí me saludó con la cortesía y los ademanes de un gran señor, de los exquisitamente educados; porque los hay de ellos sin pizca de educación. Cuando supo quién era yo, por boca de Neluco, estrechó con efusión mi mano entre las suyas, que me parecieron, por lo fuertes y aun por la aspereza de sus palmas, mejor que de carne y hueso, del roble secular de aquellos erguidos montes.

Con voz de escaso timbre y algo desafinada, como la de todos los sordos, pues lo era él y más que en grado de «teniente», me dijo:

--No le pido a usted perdón por los hábitos y ocupaciones en que me encuentra, porque si tuviera a mengua emplearme tan a menudo como me empleo en estas rudas labores, no me empleara. No me dan ellas todo el pan que me nutre el cuerpo, pero me ayudan a conservarle; y como a la par que convenientes, me son muy agradables y las tengo por honrosas, ¿a qué acusarme de ellas como de un pecado contra los timbres de mi linaje?

Al saber después que íbamos con propósito de pasar allí la noche,

volvióse rápidamente hacia Neluco y le dijo con afable sonrisa:

--Pues de ese modo, y ya que conoces bien la casa, encárgate tú de hacer los honores de ella a este caballero, mientras yo doy aquí abajo algunas disposiciones que son necesarias para quedar enteramente a la de ustedes. Entren, pues; suban, pidan y tomen cuanto apetezcan de lo que haya.

Con esto me empujó suavemente hacia la torre; cogió enseguida los dos jamelgos por los bridones, y los arrastró materialmente hacia la portilla por donde había salido del cercado, mientras llamaba con toda su voz al sirviente que debía encargarse de ellos.

Guióme Neluco y seguíle yo: estaba abierta la portallada, embutida entre la torre y un extremo de los edificios que forman los lados de la espaciosa corralada en que entramos, cerrándola por el otro lado un muro que une otra esquina de la torre con la fachada frontal de la escuadra de edificios. Estos eran tres, aunque en una sola pieza y de una misma altura, y de distinta época cada uno de ellos; pero todos más modernos que la torre, particularmente el principal. No era esta casa tan ostentosa como la de los Pomares de Promisiones; pero sí tan «bien nacida», y desde luego más rancia de linaje. Buena huerta y grandes cercados en las inmediaciones de la corralada. Lo más notable de todo ello fue para mí la torre, de la que daban dos fach

adas al corral, en
una de las cuales, y no en su centro, estaba la pue
rta de ingreso a
ella, baja y angosta y reforzada con enormes clavos
y grandes barrotes
de hierro mohoso. Tenía cuatro pisos y terminaba en
un gracioso parapeto
con gárgolas de piedra para desagüe del tejadillo a
puntado. Parecióme
una construcción de venerable antigüedad, y no me e
quivoqué en el
supuesto.

Después de dar un vistazo general a todos aquellos
característicos
accesorios, cuadras y gallineros inclusive, de la m
ansión del caballero
a quien íbamos a visitar, y siempre bajo la direcci
ón de Neluco, seguíe
yo estragal adentro y escalera arriba, y así llegam
os a la pieza que
podía llamarse estrado o salón de recibir, amplia,
con luces a un gran
balcón de hierro, de viguetería descubierta y suelo
de recias tablas de
castaño. Colgaban de las paredes algunos retratos v
iejos, de familia,
por orden de antigüedad, desde la cota de malla has
ta la peluca y las
chorreras; dos grandes cornucopias de talla dorada,
semejantes a las que
había en mi habitación de la casona de Tablanca, y
un San Jerónimo
penitente, muy estropeado. Los muebles no guardaban
estilo ni orden ni
concierto, y en cada uno de ellos y en el conjunto
de lo que contenía
todo el salón, y en el salón mismo, se echaba muy d
e menos la huella de
la hábil mano de la «señora de su casa», que faltab
a en aquélla por no
haberla necesitado aún su dueño para arrojar la cru

z de su soledad, que
no debía pesarle mucho. De seguro que no hubiera co
nsentido esa señora
rimeros de libracos viejos y apolillados sobre el s
ofá de damasco rojo,
ni un banco de roble tallado entre dos sillas de _r
eps_ verde, ni dos
pedruscos célticos y una escombrera de cascotes rom
anos encima del banco
de roble y de la consola de nogal, no obstante ser
los unos y los otros
buena presa del solariego en sus incesantes explora
ciones arqueológicas
en aquellas comarcas y sus aledaños; ni una escopet
a detrás de la puerta
del balcón, ni una colodra colgada de un retrato. T
ambién hubiera
hallado la señora ausente mucho que ordenar, o siqu
iera que despolvorear
y aun que barrer, en la pieza inmediata, que era el
despacho o cuarto de
estudio del señor. Porque ¡válgame el de los cielos
! ¡Cómo estaba
también de libros fuera de sus estantes, y de resma
s de periódicos, y de
fajos de papeles, y de montones de revistas, y de h
uesos fósiles, y de
candilejas y «escudillas» romanas, y de bronces her
rumbrosos, y de
ejemplares de panojas de muchas castas, en las sill
as, por los suelos,
en la mesa de escribir y creo que hasta en el aire!

Andando en estas investigaciones, se nos presentó u
na mujer más que
cincuentona, limpia y afable, a preguntarnos qué qu
eríamos tomar
mientras llegaba la hora de la cena, que en aquella
casa era la de las
ocho; porque barruntaba que debíamos de venir desfa
llecidos... Dímosle

las gracias, asegurándola que de ningún alimento necesitábamos hasta la hora de cenar, y volvió a dejarnos solos.

Todavía se negaba Neluco a suministrarme las noticias que yo le pedía sobre el modo de ser de aquel caballero de tan extrañas y llamativas prendas, porque prefería que fuera él mismo dándoseme a conocer... y «después hablaríamos». Por de pronto, leyendo los rótulos de algunos libros de los estantes, sacó el médico uno de ellos y le puso en mis manos.

--Esta es obra suya--me dijo al mismo tiempo--, recientemente impresa por la Real Academia Española después de haberla premiado en público certamen.

Titulábase: _Ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos desde el siglo X hasta nuestra edad_.

--Y esta otra--añadió Neluco, mientras yo leía el índice de la primera, mostrándome el rótulo de otro libro--: _Noticia histórica de las behetrías, primitivas libertades Castellanas..._ Este libro es un asombro de erudición y de ingenio, y es muy de admirar por el «montañesismo» que respira, y el tradicionalismo «científico» y patriarcalmente democrático en que está inspirado. Demuéstrase en él, entre otras cosas, por las leyes del Concejo, la antigua y suma importancia de la ganadería en la Montaña. Y ésta m

ás, _Los Eddas_,
traducción del poema de este nombre, algo como la _
Iliada_ de los
suecos: es empresa de los albores literarios de nue
stro amigo. Después,
en cada periódico y en cada revista de los que anda
n desparramados por
aquí, hay algún trabajo de erudición o de crítica,
y todos ellos
enderezados al bien y a la mayor gloria de la provi
ncia, que la tiene
muy señalada en contarle a él entre sus hijos, y pa
rticularmente de la
comarca en que nació, vive y desea morir... ¿Ve ust
ed?... _Los
Garcilasos_... admirable serie biográfica de esta d
inastía de guerreros
y de poetas de entronque montañés... Veamos qué rol
lo es éste... tire
usted hacia allá, porque no va a caber en la mesa..
. Un plano hecho y
firmado por él, y bien recientemente. Ya tenía yo a
lguna noticia de este
trabajo estupendo. _Proyecto de encauce y riegos de
l Híjar desde Riaño a
Reinosa..._ Parece la obra de un consumado ingenier
o... Pues de seguro
tiene este cartapacio lleno de apuntes de trabajos
en preparación. ¿No
lo dije?... _La parte de los navegantes montañeses
en el descubrimiento
de América... Biografía del célebre poeta dramático
D. Pedro Calderón de
la Barca... Juan de la Cosa..._

--Me consta que tiene dos novelas y una leyenda inédita porque he visto los manuscritos, históricas y montañesas también... De su estilo gallardo, brioso, castellano limpio, neto como la sangre que corre por sus venas; de su modo de ver y de sentir la tierra

madre y de cantar su
hermosura, ya se irá usted enterando cuando le admi
re en sus escritos...
Pero ¡canario! permítame usted que le diga con esta
franqueza que debe
de haber entre hombres formales como nosotros, que
no tiene usted perdón
de Dios al obligarme a mí a que le entere de estas
cosas que debieran
serle muy conocidas, siquiera por lo que tiene de m
ontañesa su sangre,
ya que no (aunque esto debiera bastar) por ser toda
ella española.

Tenía razón Neluco, y así se lo confesé con la mayo
r frescura. ¡Ah, pues
si él hubiera sabido hasta dónde llegaba mi ignoran
cia en esos
particulares!... ¡que toda mi erudición bibliográfi
ca española cabía
holgadamente en un papel de cigarro! Fuera de los e
scritores de Madrid,
no conocía uno solo, ni de nombre. Por fortuna, no
insistió Neluco en el
tema; que si insiste, canto de plano. Y ¿a qué nega
rlo, si era la pura
verdad y yo, hasta entonces, no me había avergonzad
o de ella?

En éstas y otras, como ya anochecía y andábamos cas
i a tientas entre los
papelotes del despacho, volvimos al salón, precisam
ente al mismo tiempo
que entraba en él el señor de la casa, con un quinq
ué encendido en la
mano. Nos pidió perdón por la tardanza después de d
arnos las buenas
noches, y continuó andando hacia su despacho en cuy
a mesa puso el
quinqué. Retrocedimos tras él nosotros... y ¡nueva
sorpresa para mí! El
rústico descargador de yerba había sustituido los b

urdos ropajes del
oficio con una levita cerrada y todos los accesorio
s correspondientes a
esa prenda de sempiterna distinción, incluso el ali
ño, muy esmerado, de
la barba y del cabello. Más que un señor de aldea c
on resabios de
labriego, me pareció entonces aquel singular campur
riano un personaje de
corte, un ministro, o cosa así, que se disponía a d
ar audiencia. Tan
bien le sentaba la levita, y tan aseñorados eran su
s modales.

Como al andar enfrascado en estas reflexiones le mi
rara yo de arriba
abajo con mal disimulada curiosidad, notóla él y me
dijo sonriéndose:

--No crea usted, amigo mío, que me he vestido estos
atalajes señoriles
para que se vea que los tengo. No llegan a tanto mi
s flaquezas de
infanzón sin privilegios. Neluco lo sabe bien. Pero
me gusta dar a cada
cual lo que merece, y no tengo todavía bastante fra
nqueza con usted, que
es caballero y hombre de mundo, para recibirle en m
i casa, por primera
vez, vestido de carretero. Va, pues, con usted, com
o ha ido antes con
otros, este ceremonial; y no me lo agradezca, porqu
e es deuda de
homenaje que le rindo muy gustoso.

La verdad es que no hallé en mi repertorio de frase
s hechas y aceptadas
en la «buena sociedad» para «cumplir» en lances tale
s, un par de ellas
que entonaran debidamente con aquel modelo de hidal
ga cortesía, y que me
despaché de mala manera con cuatro vulgaridades ram

plonas, mal
hilvanadas y entre dientes. Enseguida empezó lo que
pudiera llamarse, en
estilo parlamentario, la sesión.

Recién llegado por primera vez a la Montaña, oriundo de ella y vástago de una familia conocidísima del señor aquél, evidente era que había de ser yo la materia prima de la conversación que se entablara allí. Y eso sucedió. Respondiendo a sus discretas preguntas, fui entregándole, con el pasaporte, toda mi hoja de servicios y merecimientos, que, en Dios y en mi ánimo lo juro, nunca me parecieron menos ni más dignos de ser desconocidos; y eso que sólo declararé los más indispensables. Algo saqué en limpio, sin embargo, y de mi gusto, de la ingrata tarea, y fue el conocer, a mi vez, algunos antecedentes de la vida y milagros de mi respetable huésped; entre otros, que después de terminada su carrera de abogado, había sido, durante algunos años, periodista en Madrid a la manera de entonces, tan diferente de la de ahora, discutiendo y exponiendo mucho y batallando poco; gallardías de torneo más que guerra implacable de pasiones; y que había vivido largo tiempo en varias provincias de España, unas veces por gusto y otras desempeñando, cargos públicos importantes.

Tras éstas y otras análogas materias, vinimos al caso concreto de mi llegada a la Montaña y sus motivos.

¡Ah, qué atinado, qué elocuente y qué «hondo» estuvo

o en este particular
aquel caballero! ¡Qué bien conocía a mi tío, qué magistralmente me le
pintaba, y cuán sinceramente deploraba su estado de
salud después de
haber oído de boca de Neluco su irrevocable sentencia de muerte!

--No sabe Tablanca lo que pierde en él--nos dijo--,
ni lo sabrán los
valles circunvecinos, que tan poco se pagan hoy de
su raro ejemplo y de
su obra admirable.

Pues sobre esta obra, ¡qué cosas me dijo también! En su concepto, sólo
podían estimarla los hombres esforzados que se pasaban la vida
consagrados al mismo generoso empeño sin lograr fruto alguno. ¿No tenían
todos los terrenos los mismos elementos de fertilidad? ¿Había
diferencias de consideración entre semillas que parecían idénticas?
¿Dependían los frutos de la manera de sembrar?

Él no sabía a qué atenerse en vista de lo que le iba enseñando la propia
observación en muchos ejemplos que había estudiado muy de cerca. A veces
veía un mal común y relativamente nuevo, que le parecía la causa mediata
de que se estrellaran en el fracaso los más heroicos y desinteresados
intentos; pero ¿por qué no se habían estrellado los de don Celso en el
mismo escollo? Es verdad que don Celso había recibido de algunos
antepasados suyos bien dispuesto y preparado el campo para su labor
benéfica; pero también se había dado este caso en otras partes, y, sin

embargo, el mal nuevo había logrado triunfar en ellas. Pertenecía don Celso a una casta de hombres, muy contados, que poseen, como un don de Dios, el instinto de ver el lado práctico de todas las cosas, y la virtud de imponerse, sin aparatos retóricos ni artificios teatrales, a las muchedumbres más indóciles, y de arrastrarlas hasta los últimos extremos de lo heroico. De esta madera habían sido los grandes guerreros y los ciudadanos más insignes. ¿Estaría el mérito de su cosecha en éste su modo de sembrar? De todas maneras, la obra de mi tío debía de vivir eternamente, como la de otros muchos bienhechores de su índole generosa.

Y por aquí vino, por sus pasos contados, lo que estaba yo viendo venir rato hacía.

--Es usted joven--llegó a decirme--, hecho y amoldado a la vida muelle y regalona de las grandes ciudades, y extraño enteramente, menos por su sangre, a este mundo en pequeño que rebulle y se agita entre los repliegues sombríos de estas comarcas grandiosas. ¡Qué lástima--añadió--, que todo esto junto sea un obstáculo, aunque no invencible, para que la labor de don Celso en Tablanca tenga en usted un apasionado continuador! Porque si usted no lo es, ¿quién va a serlo ya?

Eludiendo una respuesta categórica a esta insinuación tan terminante, despachéme con un «¿quién sabe?» medio en broma, y esta pregunta que

debía de alejar más de su tema al caballero:

--Y en estas comarcas, ¿cómo andan esas cosas?

--¡Oh!--me respondió en el acto, con un ademán que valía tanto como decir «no hablemos de eso»--. Por acá quisiera yo ver a don Celso... aunque ¡vaya usted a saber!... Lo que puedo afirmar le es que yo, con la pluma, con la palabra, con el ejemplo, de día, de noche, no he cesado de cumplir con mi deber: a eso he vuelto aquí, a eso consagro todo mi tiempo, en eso gasto mi salud y mi corto caudal... todo menos mi perseverancia, que es indestructible... pero como si sembrara en una peña; porque el mal nuevo arraigó muy hondamente aquí, o yo no me doy buen arte para extirparle.

Seguidamente, y como para orientarme a su gusto en el terreno de que se trataba, comenzó a hablarme, como si lo fuera leyendo en un libro (tales eran la abundancia, la claridad y el método de lo que me exponía), de la organización patriarcal de aquellos pueblos desde las primeras «Hermandades» que se formaron en el siglo XI simultáneamente con las Cruzadas, desenvolviendo a mis ojos el cuadro vastísimo de la historia desde entonces acá, en rasgos tan breves como vigorosos y expresivos, y enlazando con los hechos más culminantes de ella y más gloriosos, los de aquella humilde raza de oscuros montañeses. ¡Oh! y o, que sólo los conocía vagamente por los ditirambos pomposos de mi padre en sus

exaltaciones solariegas, ¡cuánto aprendí aquella noche, y con qué gusto, acerca de las interesantes vicisitudes por que ha pasado aquel esquivo rincón del mundo, aquella región cantábrica tan ignorada de extraños y aun de propios! Entonces comprendí lo que valían los libros y las investigaciones arqueológicas de aquel hombre, destinados a reivindicar para su «patria chica» las glorias que se le negaban en la grande, sacándolas del polvo de los archivos y debajo de las costras de la tierra.

Llegados por caminos tan placenteros al prosaico terreno del día presente y a tratar de nuestro punto de partida, del llamado por él «mal nuevo» en aquéllas y otras comarcas rurales, díjones, interrumpiendo lo que yo había comenzado a exponer y como salvedad que e conceptuaba necesaria:

--Debo advertir a ustedes que, aunque lo parezco en ocasiones, no soy, ni a cien leguas, un apasionado ciego de todo lo pasado. Creo, porque a la vista está, que las cosas se van modificando a medida que corre el tiempo, y lo del refrán castellano que «a otros tiempos, otras costumbres y otras leyes»; pero quiero, sin dejar por eso de ser hombre del día, antes al contrario, por lo mismo que lo soy, que esas modificaciones de las costumbres y de las leyes se deriven por su propio peso, digámoslo así, de la naturaleza de las cosas mismas; que las leyes

se acomoden al modo de ser de los pueblos, no los pueblos a las leyes de otra parte porque en ella den buenos frutos. No todos los terrenos son iguales para recibir una buena semilla, como ya decíamos antes circunscribiéndonos a la pequeñez de estas comarcas agrestes; quiero, en fin, que lo que se ha promulgado por bueno y en la aplicación ha resultado malo, se modifique siquiera, para evitar nuevos desastres. Y con esta salvedad, continúo diciendo que en la imposibilidad de que males de tan hondas raíces se extirpen con el trabajo aislado de los hombres de buena voluntad, yo le diría al Estado desde aquí: «Tómame, en el concepto que más te plazca, lo que en buena y estricta justicia te debemos de nuestra pobreza para levantar las cargas comunes de la patria; pero déjanos lo demás para hacer de ello lo que mejor nos parezca; déjanos nuestros bienes comunales, nuestras sabias ordenanzas, nuestros tradicionales y libres concejos; en fin (y diciéndolo a la moda del día), nuestra autonomía municipal, y Cristo con todos.» Si de esta manera no se logra el fin que yo busco y ha logrado don Celso en su valle, le andaríamos muy cerca. Pero ¿cómo ha de dárse nos eso si ha de vivir el desastrado sistema que nos rige y del cual reniegan ya sus más fervorosos admiradores? O mejor dicho, ¿cómo han de vivir sin el amparo de él, tal como está, los hombres que hoy se usan y nos gobiernan? ¿Cómo han de ser amos y señores de vidas y caudales si no tienen en sus manos

todos los hilos por los cuales se conduce hasta los
más escondidos
rincones de la nación la voluntad, la amenaza y el
zarpazo de la
verdadera tiranía, mil veces peor que la muerte?...
Y punto y aparte,
porque si continuó por donde voy, pierdo los estribos.

Neluco y yo, que le habíamos oído embelesados, le aplaudimos de muy buena gana, sobre todo Neluco, que era un cantabrazo como una loma; y como la sesión había sido larga y entró la mujer de antes a prevenirnos que estaba la cena dispuesta y a preguntar a su amo si la servía porque habían dado ya las ocho en el reló de «allá atrás», decidimos al punto afirmativamente Neluco y yo, por cortés delegación de aquél; apoderóse de la luz la sirvienta; salió del despacho delante de nosotros, y la seguimos los tres al comedor, que era otro salón bastante destartado y muy frío, situado al Norte de la casa.

XV

La cena no fue muy variada, pero abundante y sabrosa. Allí todo participaba del carácter sano y austero del señor de la torre. Carne y leche en dos o tres formas, y algún fruto de la tierra. Poco más o menos, como en casa de mi tío. Pero la amenidad que le faltaba a la cena por su propia sencillez, la hallábamos Neluco y yo

bien cumplida en la
palabra de nuestro noble anfitrión. Aquel hombre era
a un pozo lleno,
rebotando de saber, y en cuanto desplegaba los labios
saltaban los
chorros de ello. Tenía el suelo patrio embebido en
la masa de la sangre,
y por donde quiera que andaba con sus imaginaciones
y sus discursos, iba
a parar a él, y de él hablaba hasta con la lengua extraña
de los poetas
o de los historiadores o de los geógrafos de la antigüedad
que le habían
traído a cuento en sus estrofas o en sus libros inmortales.
Y en esta
tarea empeñado, tenía a veces inesperadas y súbitas
salidas de su
carril, aunque no del campo de sus disertaciones, verdaderamente
geniales. Había demostrado, verbigracia, en un hermoso
periodo, cómo la
región montañesa del Norte de España fue poblada por
los griegos antes
que por los fenicios, con textos de Mela y de Strabón,
según los cuales
estos historiadores hallaron costumbres griegas en
la Cantabria
independiente hasta el tiempo de Augusto, añadiendo
una larga lista de
otras que aún se conservan hoy en aquellos valles,
como el cantar de
bodas, traducción, y quizás música, de los epitalamios
griegos, y las
lamentaciones por los difuntos, y saltó de pronto con
la declaración
terminante de que la famosa «Jota» que no solamente
se canta en Aragón y
Valencia, sino en Navarra y más arriba, hasta el nacimiento
del Ebro en
aquel valle de Campóo, era más española que africana
(¡nunca había
soñado yo que pudiera existir esa duda!). Y ensegui

da vinieron las
probanzas originalísimas.

--Además--recuerdo que añadió--, conservamos en la
Montaña el baile
guerrero de hombres solos, semejante al zorcico vas
congado y a la «danza
prima» de Asturias, hijos todos de los bailes celta
s y celtibéricos con
que en las noches de luna llena se celebraba a un s
olo Dios vagamente
conocido.

Yo no sé si todo esto era creíble al pie de la letr
a y fundamento sólido
para su tesis; pero desde luego era simpático como
chispazo escapado del
martilleo sobre la principal, harto más seria y dem
ostrable.

Salieron a plaza también mis excursiones y entreten
imientos desde que
había llegado de Madrid. Díjele por dónde había and
ado y la cumbre más
alta a que había subido en compañía de don Sabas.

--Bien elegido estuvo el observatorio--me respondió
--, aunque los
conozco mejores todavía, como los conocerá don Saba
s, si bien no tan a
la mano como ése, que es lo suficiente para admirar
la Naturaleza en uno
de sus aspectos más esplendentes un novicio en esas
cosas. Desde ese
observatorio--prosiguió entusiasmándose--, tendría
usted a la espalda
las rocas siempre nevadas en que vive a sus anchas
la gamuza; más abajo
el verde oscuro de los robledales junto al claro d
e las hayas... en
fin, el oasis lebaniese donde la vid y el olivo ve
getan como en

Andalucía, como en Rioja y Aragón, cuyas cumbres pudo divisar por el otro lado siguiendo la ondulante marcha del Ebro. Mirando al Norte, columbraría nuestro mar, nuestro Cantábrico tremebundo; y al Mediodía, la inmensa planicie de Castilla la Vieja. ¡Hermosa cátedra para una lección de Historia Montañesa!... Aunque lejos, se distingue también la roca tajada que permite cerrar con una portilla el puerto de Aliba y el despeñadero en que vino a concluir la oleada mahometana rechazada en Covadonga; al Este, después de Reinosa y de la pantanosa llanura de la Vilga, una montaña bruscamente cortada como por la mano de un titán, dejando aislada una puntiaguda cumbre: aquél es el «Cuerno de Bezana», y a su mismo pie hay otras dos maravillas naturales: la cueva de Sotos-Cueva, cuyo fin nadie ha tocado, porque probablemente acaba en maravilla mayor: un lago subterráneo donde se sumen las aguas de todo aquel valle. Allí hubo otra batalla como la de Covadonga y en aquel mismo siglo, aunque no fue tan celebrada porque fueron vencedores los moros cordobeses. Al pie de otra sierra que se desprende hacia el Sur y vuelve al Este encadenando al Ebro, está Brañosera, y poco más abajo Aguilar de Campóo, la manida de osos y el nido de águilas, principio de otro raudal de hombres no menos fieros, que después de asolar, al mando de Alfonso I, los campos góticos fueron repoblándolos lentamente de castellanos. En fin, para acabar pronto este bosquejo del gran cuadro

que sólo puede apreciarse desde aquel punto de vista, si quiso usted recrear la suya en la contemplación de otra belleza más que las naturales, también la hallaría debida a las manos del hombre: vería cruzar su espíritu de fuego tajando el cerro donde estuvo Juliobriga, horadando montañas como el rayo; y siguiendo con la vista su penacho de humo que ondula y desaparece entre los valles, divisaría en la playa el fin de su viaje, Santander. Todavía mis ojos cuentan uno por uno sus palacios y casas principales, y descollando sobre todas, la de Dios, la Catedral. Pues con ser muchas y grandes estas maravillas que usted vio, aun pueden verse más y mayores. Buena ocasión de ello tiene usted ahora, porque el observatorio está menos lejos de aquí que de Tablanca, y yo me brindo con mucho gusto a servirle a usted de guía.

Agradecí en el alma la invitación; pero me excusé de aceptarla, fundándome en la promesa hecha a mi tío de volver a su casa al día siguiente, y en los deberes profesionales de mi acompañante, que le obligaban a no alejarse por mucho tiempo de su partido. En rigor de verdad, me sentía yo muy poco tentado de lo que se me ofrecía, porque no estaba mi cuerpo, hecho alheña, para macerado de nuevo sin otro estimulante más enérgico que el de ver un panorama algo más extenso que el que ya había visto.

--Como, usted guste--me respondió el obsequioso caballero--, y lo que

más grato y cómodo le sea.

Hablando del camino que habíamos llevado hasta allí desde Tablanca, no podía omitirse lo de la casa de los Gómez de Pomar, ni lo del encuentro con uno de ellos en el pueblo de más arriba. A todo este relato prestó grandísima atención nuestro huésped, pero sin decir una palabra durante ni después de él.

Todas sus impresiones estallaron en un gesto y un ademán en que se transparentaban, centelleando, la repugnancia y la conmiseración.

La sobremesa había durado cerca de dos horas, como nos lo hizo notar el caballero juzgando que deseábamos descansar; y como ésta era la verdad, aunque estábamos muy bien entretenidos a su lado, diose por terminada la conversación, condújonos a nuestros respectivos dormitorios y encerréme yo en el mío, contemplando la cama, de anticuada forma, pero limpia y bien mullida, como la tentación más seductora de cuantas había sentido desde mi salida de Tablanca al amanecer de aquel día.

Caí en el lecho como un tronco derribado, dudoso, en el crepúsculo de mi somnolencia, entre si me derribaban los quebrantos de mi fatigosa jornada de todo el día, o el peso de la balumba de «cosas» que me había ingerido en el cerebro adormilado la inagotable erudición del solariego. Celtíberos, Agripa, legionarios, Augusto, cántabros, godos, mahometanos,

Guadalete, Covadonga, Don Pelayo, las Cruzadas, Sotos-Cueva, panoramas
esplendentes, campos sangrientos de batallas, rocas
escarpadas, negros y
rugientes abismos, el Cantábrico, las danzas guerreras
a la luz de la
luna, los lamentos por los difuntos... todo esto se
movía a la vez y
rechispeaba en las oscuridades de mi cabeza; y al d
esacordado son de sus
estrépitos y al peso de sus feroces sacudidas, me d
ormí. Pero siguió la
danza de las visiones dándome tema para los delirios
de mi sueño.
Aquello parecía el fin del mundo: legiones enteras
de romanos
despeñándose por las laderas de los montes; masas d
e huestes africanas
hinchando los desfiladeros de Covadonga y ahogándose
en la propia
sangre que corría por el fondo tenebroso de todas l
as barrancas;
después, huyendo despavorida de la persecución de l
os fieros montañeses,
otra masa, la de los sobrevivientes mahometanos, tr
epando Picos arriba
entre los aullidos de la tempestad, para ir a despe
ñarse a la vertiente
opuesta y bajar convertida en rimeros de cadáveres
con las enrojecidas
aguas del Deva, hasta desaparecer entre el fiero ol
eaje del embravecido
mar Cantábrico, que también ayudaba a los cristiano
s contra los moros.
Águilas y buitres cerniéndose sobre aquellas carnic
erías espantosas;
picachos desgajándose por sí propios para consumir
la obra exterminadora
de los valientes mesnaderos de los señores godos de
Cantabria; cuevas
sin fin, oscuras, de enormes antros, fríos y viscos
os, repletos de moros

y romanos descuartizados y hediondos; bosques inextricables en que se perdían la senda y la respiración; rocas tajadas sobre abismos insondables; gemidos de agonía entre gritos desaforados de libertad; valles risueños inundados de luz; danzas, cánticos y juegos en sus praderas rozagantes, y paz y abundancia en sus hogares rústicos; después, la nube negra cargada de rayos y pedriscos, pasando sobre ello empujada por el soplo de los hombres malos, arrasándolo todo, haciendo estériles los campos fecundos y trocando en odios y en guerras implacables y continuas, el amor y la paz que antes reinaban entre sus habitantes. Y a todo esto, en los campos de batalla, en los desfiladeros, en las escarpadas laderas, en todas partes donde había moros, o romanos, o gentes enemigas de la fe cristiana o de las patrias libertades, o del común sosiego o de los fueros de la justicia, se veía, veloz como la centella, fiero como el león, un hombre largo y enjuto, cabalgando en un rocín de escasa talla, sin casco ni armadura, con la cabeza descubierta y bañada en luz, el pelo revuelto y las barbas erizadas, entrando por lo más espeso de la refriega, enristrada la lanza.. ¡qué digo lanza! un horcón de dos puntas, y con ellas desbaratando enemigos y lanzándolos al aire, como paja con el biello; volando después, mejor que saltando, sobre los abismos, entre los bosques, y peleando incansable e invencible hasta con las nubes cargadas

de rayos y pedriscos y con los hombres malos que la
s empujaban contra la
santa libertad de los pueblos y los fueros sagrados
de la justicia. Y
aquel hombre incansable e invencible, ¡cosa extraña
!... era el solariego
en cuya casa estaba yo pasando la noche.

Toda ella me duró la pesadilla, sin un instante de
reposo; y puedo
afirmarlo, porque al despertarme con la fuerza de l
a emoción que me
produjo la última «horconada» del caballero, dirigi
da contra uno de los
hombres malos que empujaban la nube negra, y result
ó ser una persona de
Madrid a quien yo conocía mucho de vista y de fama,
observé que entraba
la luz por el cuarterón de la ventana de mi dormito
rio que había quedado
a medio cerrar al acostarme. Salté entonces de la c
ama para acabar de
despabilarme y de sosegar con ello el agitado espír
itu, y me asomé al
cuarterón entreabierto. ¡Otra sorpresa! En el cerca
do inmediato estaba
el solariego con el traje basto y las abarcas de ta
rugos, segando a más
y mejor un retoño que parecía terciopelo salpicado
de brillantes; y
detrás de él iba otro segador que por más que menud
eaba las «cambadas»
en»«la faja de prado que le correspondía, no lograb
a picarle las
almadreñas. Con tal empuje y tal soltura «tiraba» e
l dalle el solariego.
Por los «lombíos» que había tumbados ya y la hora q
ue marcaba mi reló,
poco más de las siete de la mañana, supuse que habí
a comenzado la faena
a punto de amanecer.

En esto llamó a la puerta de mi cuarto Neluco que iba a despertarme, porque era largo el camino que nos aguardaba y debíamos de aprovechar de la mañana todo lo posible para andarle. Entró, y mi entras yo me aviaba, le referí minuciosamente lo del sueño, después de haberle enseñado desde el cuarterón al solariego en la pradera. Le interesó el relato de mi pesadilla; pero no le sorprendió lo más mínimo ver al caballero segando y tan de mañana, porque le tenía bien conocido y sabía que madrugaba más que el sol.

Una hora después nos desayunábamos en el comedor en compañía del solariego, no tan elegante como por la noche pero pulcro y aseado y mucho mejor vestido que cuando segaba. Acordóse allí que fuera nuestra salida a media mañana, a más tardar; y para aprovechar bien el escaso tiempo que teníamos disponible hasta entonces, se abrevió la sobremesa y nos llevó al obsequioso huésped, acompañado de Neluco, a una solana que dominaba bien el valle, sobre el que me dio nuevos y curiosos informes, concluyendo por aconsejarme que no hiciera caso de los hidrólogos que sostienen que los manantiales del Ebro son filtraciones del Híjar, porque él mismo había estimado los niveles de ambos ríos, y resultaba mucho más alto el del primero que el del segundo, sin contar con que las aguas de uno y otro son de diferente color.

Después me habló de la torre que se veía muy bien desde allí, y lo que

sobre ella me dijo, por convenir en todo o en gran parte a otras muchas semejantes de la Montaña, merece los honores de no ser olvidado. El edificio está deshabitado desde el siglo XV, y ruinoso, por consiguiente, en particular por dentro, razón por la que me «le explicó» el solariego desde afuera y del siguiente modo, palabra más o menos:

--La disposición que tienen sus pisos (el bajo, bodega y saladero de carnes; el principal, que parece fue salón de recibimiento y banquetes, y los dos últimos que se comunican por medio de trampas al fin de cada escalera) demuestra que ni de los domésticos se fiaban los amos. En el último piso se hallan ventanas más altas y adornadas, con asientos de piedra a los lados, que servirían a las castellanas y sus hijas o criadas para ocuparse en labores de su sexo. Repare usted que no tiene almenas, sino un parapeto o prolongación de la pared, a mayor altura que el tejado, cuyas aguas salen al exterior por gárgolas de piedra. Y si este parapeto servía para ofender a los que intentaran socavar los cimientos de la torre, la disposición de su ferrada puerta, como usted ve, no al medio, sino a un costado de esta fachada de Occidente, hace creer que se flanqueaba la entrada por medio de un balcón saliente, de piedra con matacanes o saeteras, situado en el centro y a la altura del primer piso, donde ahora se ve esa ventana cuadrada, mal acomodada al arco de salida que interiormente se conserva, y no

hay en los otros dos
frentes, provistos de ventanas ojivas o treboladas,
mientras el del
Norte sólo tiene las saeteras o aspilleras de todos
... Vea usted sobre
la puerta un pequeño escudo: acaso es el único que
se conserva de los
primitivos que se usaron, porque no tiene cimera o
celada; y en la orla
de dos ríos, toscamente diseñados, se ven armas y t
rofeos militares, aún
más confusos, que algunos han tomado por letras des
conocidas, y a otros
se les antojaron cabezas de serpientes, cuando eran
ellos los que no
conocían las catapultas, escorpiones y bodoques usa
dos como máquinas
ofensivas antes de la invención de la pólvora, ni l
a caldera y pendón,
insignia de los ricos-hombres o caudillos de mesnad
a. Estas señales y la
certidumbre de que en España no se figuraron armas
de linaje hasta fines
del siglo XII, y muy poco después se introdujo la a
rquitectura ojival
que se nota en la puerta y ventanaje de la torre, m
e hace fijar su
construcción a principios del siglo XIII, tal vez p
or el mismo señor
cuyo castillo roquero de poco más abajo de aquí, fu
e derribado en pena
de alguna rebelión de las que solía promover por aq
uel tiempo la casa de
Lara, extendida en muchas ramas por este valle y lo
s inmediatos, y
reprimida con mano fuerte por el Rey D. Fernando, c
omo su nieta Isabel
la Católica extinguió los bandos de Castilla en que
esta torre y otras
se hicieron notar. También es de advertir, como res
to de la
independencia y tenacidad cántabras, que en estos e

difícios a ella
agregados, donde se notan detalles del siglo XV jun
to a obras del XVI y
siguientes hasta del actual, no hay ningún otro esc
udo que el de la
torre, ya descrito, si bien dos puertas interiores
de esta casa que hizo
el Alcaide de Argüeso, cuyo castillo le chocó a ust
ed tanto ayer, según
me han dicho, entonces condenado a muerte y salvado
por la influencia de
su pariente el Duque del Infantado, tienen escudos
lisos, no sé si para
ser labrados allí, aunque esto se haría mejor antes
de ponerlos en su
sitio, o por haber sido picados en pena de las «Com
unidades», que
siguieron y acaudillaron en este país el señor de e
sta casa y el de la
de Hoyos, hermano de Juan Bravo, el descabezado en
Villalar... Y se
acabó la historia, porque desde entonces, amigo mío
, las casas de
mayorazgo y parientes mayores de la Montaña, no tuv
ieron poder más que
para pleitos, o para poner una pica en Flandes, un
aventurero en
América, o un voluntario como el manco insigne de L
epanto, mientras los
Grandes se disputaban, por las antecámaras o retret
es de Palacio, los
virreinos y encomiendas, o las «llaves» de su ser
vidumbre. Pero más
comúnmente vivieron los señores montañeses retirado
s en sus casonas y
mayorazgos, prefiriendo ser los primeros de su alde
a, a cualquier puesto
de la corte, aunque sus segundones se hicieran por
su cabeza o por sus
puños, obispos y generales, o trajeran de América c
on qué adquirir
títulos y mujeres, de quienes, a la vuelta de pocas

generaciones, se
pudiera decir lo que de los dineros del sacristán.

Dicho todo esto, como quien no dice nada ni se paga
mucho ni poco del
valor de lo que dice, y que a Neluco y a mí nos hab
ía cautivado bastante
más que los pedruscos mohosos de la torre, cuya imp
ortancia histórica y
arqueológica no desconocíamos, se encogió de hombro
s el solariego
volviendo la espalda al edificio, y enlazándonos a
los dos por la
cintura con sus brazos, nos arrastró hacia el inter
ior de la casa,
diciéndonos al propio tiempo:

--Ahora, enseguidita, a prepararse para la marcha,
puesto que se empeñan
ustedes en volverse hoy, porque los días son ya muy
cortos y no hay
tiempo que perder.

Andando así, hablé al solariego de sus obras, decla
rándole honradamente
que no las había leído.

--No me extraña ni me duele--me contestó--, porque
otros hay con más
obligación que usted de conocerlas, y ni siquiera s
aben que están
escritas, ni que sea yo capaz de escribir libros. A
ndan así las cosas, y
ya se irán arreglando de otro modo, si Dios quiere.
Entre tanto, yo
tendré muy regalado gusto en ofrecérselas ahora mis
mo, sin comprometerle
por ello a que las lea. No pago yo con impuestos ta
n gravosos el favor y
la honra que me dispensan personas tan bien nacidas
como usted,
hospedándose en mi casa.

Mostréme, como pude y supe, agradecido a la fineza;
llegamos al
despacho; diome él los libros, con la honrosa «auté
ntica» de su
dedicatoria autógrafa; previno el mozo las cabalgad
uras en el corral;
bajamos a él los que estábamos arriba; hubo abajo l
as despedidas, las
congratulaciones, las protestas y los apretones de
manos que fácilmente
se imaginan; montarnos, al fin, Neluco y yo; volvim
os a despedirnos
desde las alturas de nuestros respectivos jamelgos;
respondiéronos el
caballero con reverencias y con palabras que ya no
oíamos bien;
descubrímonos, por último, mientras revolvíamos los
caballejos hacia la
portalada, que estaba abierta de par en par; picamo
s recio; salimos, y a
buen andar, me puse al costado de Neluco, que, como
es de presumir,
dirigía la caminata.

Pero yo no me fijé siquiera en la dirección que tom
ábamos, porque me
sentía repleto del señor de aquella torre, por su s
aber, por su bondad,
por su talento y por sus «cosas» tan singulares y t
an nuevas para mí, y
no tenía otro deseo que el de verme a solas con Nel
uco para acosarle a
preguntas y saber más y más de todo aquello. Como s
i adivinara mis
deseos el mediquillo de Tablanca, en cuanto me tuvo
a su lado sacó a
plaza el asunto de este modo:

--Ayer le prometí a usted, por la mañana, indemniza
rle con creces por la
noche de los penosos ratos que le proporcioné con e

l conocimiento de su
pariente Gómez de Pomar. ¿He cumplido mi promesa?

--¡Oh!--le respondí--, y con mayores creces de las
que usted pudo
esperar... Pero dígame usted, Neluco--añadí arrimán
dome más a él--, este
hombre, por sus prendas excepcionales de carácter y
de saber, gozará de
un gran prestigio y merecerá el respeto de todos, n
o solamente en su
valle, sino en la provincia entera.

Sonrióse Neluco amargamente, y me replicó:

--¿Prestigio... respeto, dice usted? Pues sírvale d
e gobierno que ese
hombre no está en un correccional, por un milagro d
e Dios.

Quedéme estupefacto. Observólo el médico y me dijo
echándose a reír:

--No vaya usted a creer que se trata de otro pájaro
por el estilo del
hidalguete de Promisiones.

--Me parece que con las señas que empezaba usted a
darme...

--Efectivamente; pero con ellas y todo (porque no l
as tacho ni corrijo),
ya verá usted cómo no hay motivo para que se le des
vanezan las
ilusiones que se ha forjado. Ese hombre es todo lo
que usted ha visto y
mucho más que vería si continuara tratándole y obse
rvándole de cerca.
Vería usted entonces que su corazón es tan grande c
omo su inteligencia;
que es todo él espíritu de caridad sin límites e in
agotable, como el

Océano; que en actos de ella arriesga cien veces la vida, porque abundan, desgraciadamente, las ocasiones de hacerlo durante las inclemencias invernales en estos desamparados desfíladeros; que, habiendo corrido el mundo y teniendo en él deudos e ncumbrados y valedores poderosos, ha preferido a lo más solicitado por las vulgares ambiciones, las estrecheces y oscuridades de su valle nativo, cuya prosperidad es su manía; que, además de la religión divina de su fe cristiana, inquebrantable, tiene la terrena del honor y de la Ley justiciera e incorruptible; que es tal la integridad de su conciencia, que si un día llegara a reconocerse delincuente y no hubiera juez que persiguiera su delito, él se declararía juez y hasta carcelero de sí propio; que tiene la pasión de los débiles y de los menesterosos y de los perseguidos, el ansia inextinguible del saber y el delirio por las glorias de su patria; que los desafueros contra el bien común le exaltan y embravecen... y, por último, que es el hombre que usted adivinó en su pesadilla de anoche, gastándose la vida y el patrimonio en lidiar valerosamente, sin punto de sosiego, contra todo linaje de infieles. Con tales condiciones de carácter, este hombre hubiera sido en los siglos medios caballero andante o cruzado; pero le tocó nacer en estos tiempos descoloridos y prosaicos, y sus arremetidas andantescas le resultan muy a menudo «quijotadas», hasta por los descabros... Porque este sol

tiene manchas también (y no lo sería si no las tuviera); y aunque estas manchas, bien observadas, no vienen a ser otra cosa que extremadas exaltaciones de sus grandes virtudes, al cabo son manchas, y por el lado de las manchas solamente, le estima y justiprecia el vulgo, rey y soberano que no entiende pizca de claro-oscuros. Y como hoy todo es vulgo, leyes inclusive, deduzca usted por consecuencia hasta el correccional de que le hablé antes.

--No puedo deducir esto tan fácilmente como usted cree--respondí a Neluco, porque no estaba yo conforme en que las cosas anduvieran tan mal como él las pintaba.

--Pues lo explicaré mejor con un ejemplo--replicó Neluco-- . Figúrese usted que, según declaran las leyes fundamentales del Estado, todo ciudadano tiene la facultad de evitar la comisión de un delito, siempre que pueda, y presuponga enseguida que nuestro hombre toma el precepto legal al pie de la letra, y trata de cumplirle en la primera ocasión que se le va a las manos. Ya está evitado el delito, con todas las consecuencias naturales de una resistencia obstinada, y muy natural también, de parte del delincuente. Pero álzase éste en queja del «atropello», y comienzan los trámites reglamentarios, y viene la ley con sus distingos y sutilezas casuísticas, y hete a nuestro hombre pagando los vidrios rotos y quizás a las puertas de la cárcel, como un salteador

de caminos. Y hay casos de ello.

--¿Por qué?

--Pues unas veces, porque «esa es la Ley», que parece hecha de intento para amparar delincuentes; y otras muchas, porque hacia ese lado la empujan... aquellas nubes negras que también vio usted anoche en su pesadilla.

--No lo creo, y usted perdone.

--¡Dichoso usted!

--Pero ¿qué razón hay, puestos a creer en esas nubes, para que no favorezcan a nuestro amigo y sea condenado el otro?

--La razón del «mal nuevo», que también nos mencionó él anoche.

--Será así; pero no lo entiendo.

--Pues sigamos con el ejemplo imaginado, y supongamos que el delincuente victorioso es un arbitrista de nota, hombre de veta soez y peor entraña, logrero y trapisondista, pero bien redondeado de caudales. Suponiendo esto, bien puede suponerse que este hombre es caudillo de un apretado escuadrón de sumisos mesnaderos, que entran en las batallas que hoy se usan como un rebaño de borregos; o que tiene arte diabólico para manejar los cubiletes y trampantojos de esa farsa, a su completo gusto; o que si no tiene nada de ello, sabe buscarlo por cualquier camino, y que sabe,

además, el valor que esas habilidades representan en el derecho flamante, y la manera de negociarlas. Pues lo menos con que se pagan hoy esos merecimientos, es una patente de corso con la que entran a saco en cuanto abarca su extensa jurisdicción, el corsario o sus protegidos, hasta en los alcázares de la Ley. Este es el «mal nuevo» a que aludía nuestro amigo, que por pasarse de honrado, ya no tiene mesnadas con que servir bajo el pendón de los modernos señores, esos que mandan en las nubes negras que son sus delegados omnipotentes y hacen mangas y capirotes, en propio beneficio, de las leyes sin vigor y del esquilmado suelo de la patria. Le dije a usted en una ocasión, hablando de lo que hoy tenían que hacer los hombres cultos y de buena voluntad en los pueblos rurales para conseguir en ellos lo que don Celso y sus antecesores en el suyo, que no en todas partes se lograba el mismo fruto; que hasta había mártires de ese heroico trabajo, y que quizás tuviera usted ocasión de conocer a alguno de ellos. Pues ya le ha conocido usted en el señor de la torre de Provedaño. Ese hombre insigne, con todo su saber, con todas sus virtudes, con todos sus timbres de ilustre linaje, con todos sus sacrificios enderezados al bien y a la gloria del suelo en que ha nacido y de la patria entera, es un mártir de su trabajo de Sísifo incansable.

No tenía yo, descuidado madrileño, juicio formado sobre esos males

nuevos y esas nubes negras, a pesar de haber soñado con la mitad de ello la noche antes como en profecía de lo que había de pintarme Neluco al día siguiente; pero recordando vaguedades y lugares comunes que a propósito de tan delicada materia había leído muchas veces maquinalmente en los periódicos u oído sin atención en conversaciones de café, y uniéndolo todo a lo dicho por Neluco y a lo que, durante un buen rato, continuó diciéndome todavía, y, sobre todo, por la complacencia que yo sentía en engrandecer más y más la idea que me había formado del caballero de la torre, acepté de buena gana todos los pareceres del médico, y así fuimos entreteniendo la subida de la sierra, primera parte de nuestra larga jornada. Para hacérmela aún más placentera, refirió Neluco algunos rasgos de aquel hombre singular, y entre ellos el siguiente, que le pintaba de pies a cabeza.

En cierta ocasión se le ocurrió a un convecino suyo, que ya no era mozo, ir a mirar un poco por el ganado que tenía en el invernadero, distante de Provedaño una jornada de medio día, a un buen andar por los altos montes, cara al Este. El día era de diciembre. Estaba el cielo gris; afeitaba el cierzo de puro frío, y aquella misma noche cayó una nevada de dos palmos. Nevando desde el amanecer y helando desde que anochece, pasó más de media semana, y no volvía a Provedaño el hombre que había ido al invernadero, ni se conocía su paradero. Entérase del suceso el señor

de la torre, que no había salido de casa en ese mismo tiempo por no hacer falta fuera de ella; lánzase de un brinco al corral; toma el camino del pueblo, volando, más que pisando, sobre la espesa capa de nieve que le tapiza y emblanquece, como al lugar como al valle entero y como a todos los montes circunvecinos; llega, golpea con su garrote las puertas, cerradas por miedo a la glacial intemperie; ábrense al fin una a una; pregunta, indaga, averigua, estremécese, indignase, amonesta, increpa, amenaza donde no halla las voluntades a su gusto; y, por último, endereza a garrotazos las más torcidas, hasta conseguir lo que va buscando: media docena de hombres que le acompañen al invernadero en que debe hallarse, bloqueado por la nieve, si no muerto de hambre o devorado por los lobos, su infeliz convecino, que, contando volver a la mañana siguiente, no había llevado otras provisiones de boca que un pan de cuatro libras; hace buen acopio de ellas; exhorta a los seis que le rodean poco resueltos; anímanse y se enardecen al cabo, porque son buenos y caritativos en el fondo; emprenden la marcha los siete monte arriba, monte arriba; y anda, anda, anda, cuando llegan a trasponer las cumbres de Palombera, sienten dolorido el pecho, como si el aire que aspiran llevara consigo millones de puntas aceradas, y una torpeza y un quebranto en las rodillas, cual si fueran losas de plomo los «barajones» que arrastran sus pies; confórtanse un poco con un trago de aguardiente

que beben «a la riola»; y anda, anda sin cesar, a veces se ven envueltos en remolinos de nieve cernida, desmenuzada y sutil, que les impide hasta la respiración y que, por fortuna, pasan como una nubecilla más de las que se ciernen y vagan errabundas sobre la montaña; el mismo señor de la torre, de complexión de hierro y que camina siempre delante, nota que le va faltando su indomable fortaleza; que los miembros se le entumecen, que no puede modular una sílaba con sus labios contraídos por la frialdad, que están yertas, insensibles sus manos amaratadas; empieza a temer algo serio, y no por él, seguramente, y salta, brinca, se frota, se golpea, grita y aúlla como un salvaje... todo me nos vacilar y detenerse, ni dejar un instante en reposo un músculo ni una fibra de su cuerpo; y luego canta y se chancea mientras anda, para alentar y dar ejemplo a los que van a sus órdenes y le siguen en el silencio absoluto, aterrador, de aquellas alturas solitarias e inclementes. Al fin quiere Dios que columbren el invernal, que les queden fuerzas bastantes para llegar a él, que lleguen vivos y que encuentren adentro lo que van buscando. El hombre está allí, pero a punto de morir de hambre y de frío y de desconsuelo. Mientras unos le confortan un poco con bebidas y con palabras, otros encienden una fogata que le vuelve el calor, que también les faltaba a todos. Tras de la bebida espirituosa, el señor de la torre va alimentando con prudencia al hambriento y aterido, que devora, más

que come, cuanto le ponen delante de la boca. Ya ha
y hombre; pero
alelado, taciturno y entristecido. Es preciso curar
también aquella
tristeza; y manda que le cuenten algo entretenido l
os que sepan cuentos
o romances. Nadie de los seis sabe una palabra de e
sas cosas; pero el
señor de Provedaño sabe de memoria libracos enteros
, y enjareta en voz
alta y resonante medio poema del _Mio Cid_. Como si
callara. El hombre
no chista, ni siquiera presta atención. Hay que hac
er más, y manda que
se cante al uso de la tierra; pero nadie está en vo
z para ello, y canta
él a grito pelado tonadas del valle nativo, y hasta
el «prefacio» de la
misa del día del «Corpus», la más solemne y regorje
ada del año. En esta
prueba, ya mira el hombre al cantor y muestra algún
deleite en oírle.
Pues hay que echar el resto: ¡a bailar todo el mund
o!... Y como nadie se
mueve, baila él como un desesperado a lo alto y a l
o bajo, y después la
jota aragonesa, y, por último, un zapateado que arr
anca al entontecido
una exclamación de asombro y una risotada de alegrí
a, y al caballero, ya
descuajaringado y jadeante, estas palabras que pare
cen, por el tono, una
maldición: «¡acabaras, hijo de una cabra!»

Todos ya «en buen amor y compañía» descansan, se cal
ientan, hablan,
comen; se acaba el día, duermen, amanece el siguien
te, claro, sereno y
radiante de sol, y se vuelven los ocho a Provedaño
por encima de la
nieve congelada, como si nada hubiera sucedido. Tod
o esto, narrado por

Neluco minuciosamente, tenía que oír.

Pasados el puerto y los desfiladeros inmediatos, y rezada en la ermita del otro lado de la vadera la Salve de costumbre, logré ver a la luz del sol de media tarde, el resto del camino hasta Tablanca, por el que siempre había pasado de noche; el cual no me pareció tan profundo ni tan peligroso como yo le había imaginado entre tinieblas. Llegamos al fin, y después de saber a la puerta de mi casa, por Chisco, que no había novedad arriba, despedímonos el médico y yo «hasta luego», y continuó él andando hacia la suya.

XVI

No había que pensar ya en nuevas excursiones por la montaña: con la última se habían agotado mis fuerzas y colmado la medida de mi poco exigente curiosidad. El cuerpo y el alma me pedían reposo durante algunos días; y después... Pero ¿habría después cosa nueva en que distraer mis ocios interminables? ¿Volvería a encontrar interés en lo visto y gozado ya? Y en caso afirmativo, ¿me permitirían esos lujos los invernizos temporales que, por milagro de Dios, no se habían desencadenado aún sobre Tablanca y sus contornos? Por de pronto, la vida que había hecho durante aquellas dos semanas, muy corridas, de plácida y

bien soleada temperatura, no había dejado de darme frutos muy dignos de estimación. Con mis correrías incesantes, si no logré hacerme a la tierra tan pronto y tan completamente como esperaba mi tío y lo deseaba yo, cuando menos mataba el tiempo de día y hallaba por la noche temas abundantes para amenizar un poco la tertulia de la cocinona y las conversaciones de la mesa de mi tío; comía con excelente apetito, y los condumios de la mujer gris y de su repolluda hija me sabían a gloria; sentíame animoso y fuerte, y me dormía como una momota en cuanto tendía el cuerpo sobre la cama; descuidaba mucho la lectura de los periódicos que recibía de Madrid, y al escribir a mis amigos, ya no iban mis cartas empapadas en el tinte melancólico de los primeros días; íbame pareciendo más llevadera la visión incesante de los peñascos en mi derredor, y la miserable cortedad de los horizontes no me asfixiaba; en fin, que si no me había «hecho a todo», concebía ya la posibilidad de ello.

Dígalos, si no, el ejemplo de la tertulia: al principio me era insoportable; y cada tertuliano, nuevo para mí, que se presentaba en ella, me parecía más zafio y más insulso que los anteriores; no hallaba chiste en sus «humorismos» expresados en un lenguaje mutilado y convencional, ni motivo, por lo tanto, para algunas risotadas vergonzantes que hasta llegaban a incomodarme, como si me ofendieran; hastiábame la simplicidad de los asuntos que más le

s interesaban a
ellos, y sin poderlo remediar acordábame del resoba
do lamento del poeta
latino desterrado en el Ponto: el bárbaro parecía y
o, que a nadie
entendía ni de nadie era entendido allí. Intentaba
buscar en mis libros
y periódicos, en la soledad de mi habitación, el re
medio contra estos
aburrimientos de la cocina; pero el temor de que lo
tradujera mi tío en
señal de menosprecio de sus rudos tertulianos, me c
ontenía. Viéndome
forzado a alimentar el espíritu de todo ello, llegu
é poco a poco a
paladearlo sin repugnancia, y muy pronto acabé por
encontrarlo agradable
a falta de cosa mejor. Lo mismo me había pasado con
los condumios de
Facia. Aprendí el valor castellano de los modismos
locales con que se
alimentaban y entretejían las conversaciones de la
tertulia, y el roce
obligado y continuo con ellas me dio el conocimient
o que me faltaba de
las materias «conversables». Y ya estaba hecho el m
ilagro; porque sabido
y de sentido común es que no hay cosa que nos inter
ese mientras la
desconozcamos; y como corolario de este axioma, que
, por mínima que ella
sea, nos resulta interesante en cuanto la conocemos
. Valga el ejemplo de
un amigo mío tocado de la pasión de hacer palillos
de dientes, sólo
porque domina el _arte_ con rara habilidad.

Ello fue que en la primera semana ya metía yo mi cu
chara en las
conversaciones y porfiaba en serio con aquellos rús
ticos sobre temas de
su alcance que empezaba yo a penetrar; que iba dist

inguiendo los
caracteres, las triquiñuelas y zunas de cada uno, y
que me sentía muy
halagado por los elogios de todos ellos a mis proez
as de excursionista y
de cazador. Mi tío se bañaba en agua rosada con est
as cosas, porque las
tomaba por señales de mi rápida aclimatación; y yo
me complacía en ver
con qué escaso esfuerzo de mi parte le proporcionab
a uno de los pocos
goces a que podía aspirar ya el pobre viejo. Despué
s, mis visitas al
pueblo, el caso de Facia relatado por Chisco, la ad
quisición de la
amistad del médico y lo que con todo ello se fue en
lazando naturalmente,
dieron nuevo empuje a esta buena tendencia mía y me
infundieron mayor
apego a las cosas y vicisitudes de aquellas sencill
as gentes. Veía con
gusto aumentarse de día en día la tertulia y estudi
aba la catadura y el
carácter de cada tertuliano nuevo para mí, con el m
ismo interés que si
se tratara de un recién llegado a los salones de «l
a» Medinaceli; y si,
por ejemplo, me decía mi tío a la oreja cuando se p
resentaba uno en la
cocina por primera vez en la temporada: «ése tiene
la gracia de Dios
para contar cuentos», sentíame tocado de igual curi
osidad que si en una
fiesta aristocrática me dijeran: «ése que acaba de
llegar es el orador
que ha derribado esta tarde en las Cortes al Gobier
no» o «el autor del
libro H del drama Z». Tenía razón Neluco cuando me
afirmaba que el
hombre de inteligencia cultivada lleva en sí propio
los recursos
necesarios para vivir a gusto en todas partes, con

tal de que no trueque
los cabos de la polea ni se empeñe en subir lo que
está abajo, en lugar
de bajar lo que está arriba, hasta conseguir el niv
el de ideas apetecido
para un fin determinado.

Lejos de corregir el juicio que había formado yo de
l temperamento de los
tablanqueses al «verlos pasar», como quien dice, en
el porche de la
iglesia o en las callejas del pueblo, me afirmé más
y más en él cuando
los traté de cerca en la cocina de mi tío y logré e
studiarlos en pleno
ejercicio de todos sus componentes físicos e intele
ctuales; porque allí
y sólo allí era donde exponían y ventilaban los asu
ntos más importantes
de su vida, al calorcillo de las fogatas de la coci
nona y bajo la
presidencia de don Celso, que siempre daba en el cl
avo de lo mejor y más
conveniente, lo mismo con una cuchufleta que con un
dictamen formal.
Eran, sin excepción de uno solo, parsimoniosos en e
xtremo y de blanda
condición; y en sus tiroteos de broma, a los que so
n muy aficionados,
despilfarraban las metáforas, llenas de colorido lo
cal, griegas para mí
al principio, y muy donosas después que supe traduc
irlas a mi lengua.
Íbame pareciendo la de ellos, entre tanto, más dulc
e y cadenciosa de
ritmo cuanto más la oía «sonar».

El cura don Sabas concurría muy a menudo y tan soso
como la primera vez;
pero a mí ya no me lo parecía después que le había
visto tan «elocuente»
sobre los riscos de la montaña: consagrábale por es

o cierta veneración,
independiente de la que le debía por su investidura
y por sus virtudes,
y se me antoja que no lo desconocía él ni le desagradaba. Como que se
había jactado más de una vez delante de mí, de que
con esas ataduras
había de amarrarme él a la tierra de mis mayores, y
para siempre jamás,
«_per saecula saeculorum_»: así, hasta en latín, había recalcado la
jactancia. Don Pedro Nolasco sólo dos o tres veces
había vuelto a la
tertulia; y eso «por ser yo quien era», porque se arreglaba ya muy mal,
a los años que tenía, con las asperezas de los callejos en la oscuridad
de la noche, aunque llevaba linterna. Neluco frecuentó más la cocina al
principio que al fin de aquella temporada, y yo creo que lo hizo con el
fin caritativo de abreviarme el periodo de «aclimatación», porque le
notaba yo muy diligente en echar hacia mí los temas de las
conversaciones, en traducirme las metáforas y en ayudar a mi tío en su
incesante tarea de avivar fuegos de la tertulia aguijoneando a los
concurrentes más activos.

Allí conocí al Topero, el padre de Tanasia, y a Pepazos, el novio
preferido a Chisco por el Topero para su hija, al decir del Tarumbo, que
también se descolgaba a menudo por la cocinona. El Topero era un hombre
de mediana edad, cuadradote de espaldas y algo rojo de greñas, poco
hablador y muy hábil en la labor que llevaba a la tertulia (era raro el
tertuliano que iba sin ella): «pintar» abarcas con

la punta de su
navaja. Despachaba tres o cuatro pares cada noche,
por lo que tenía buen
repuesto de ellas en preparación en casa de mi tío,
como le tenían otros
de «cebillas», de «colodras» y hasta de «banillas»
(tiras finas de
avellano) para hacer «maconas» (cestos grandes), po
rque aquélla parecía,
por esa y otras señales, la casa de todos..., hasta
para establecer en
ella su oficina, cuatro veces cada año, el cobrador
ambulante de
contribuciones.

Pepazos era un Alcides capaz de echarse sobre sus h
ombros fornidos el
mismo peñón de Bejos a poco que se le hurgara el am
or propio;
coloradote, mofletudo, con las cejas unidas y muy p
eludas sobre unos
ojazos de buey. Ese pulía y remataba «zapitas», que
con ser la que menos
capaz de dos azumbres de leche, no se veía sobre su
s muslos bombeados y
entre sus manos grandonas. Trabajaba muy de prisa,
pujaba mucho en sus
arremetidas a contraveta y en los cambios de postur
a; y fuera de su
labor, nunca estaba atento a nada más que lo poco q
ue se le ocurría al
Topero, y eso para celebrárselo con una risotada qu
e jamás venía al
caso. Yo solía mirar entonces a Chisco que siempre
andaba en el último
rincón de la tertulia; pero el condenado de él, o n
o había caído en la
malicia, o se hacía el desentendido. No pudiendo ac
omodarme a las
injustas preferencias del Topero, complacíame algun
as veces en
ponderarle, trayendo el asunto por los cabellos, la

s valentías de Chisco
y sus prendas de mozo casadero, de las que, a mi mo
do de ver, debían de
estar codiciosas las mejores mozas de Tablanca. ¡Vá
lgame Dios, qué pujar
entonces el de Pepazos, qué sudar el de sus carrill
os, qué revolcones
los suyos sobre el banco, qué bailar entre sus mano
s aceleradas el de la
«zapita», mientras el Topero metía por la almadreña
la cara envuelta en
humaredas de la pipa de rabo corto que nunca retira
ba de su boca! En
estos casos ya se clareaba Chisco un poco más, y le
notaba yo el gozo
con que saboreaba los «atragantos» de su rival, y h
asta me pagaba el
favor en una mirada dulzona, con su poco de guiñada
. Y eso que estaba yo
convencido de que llevaba la carga de sus amores co
n la misma acompañada
parsimonia que las llevaba todas y me acompañaba a
mí por los vericuetos
y hondonadas de los montes. Pero hay siempre en el
corazón del hombre
más honrado una fibra de perversidad mal dominada q
ue le procura un goce
en la mortificación de su vecino, con un pretexto d
e caridad mal
entendida; y yo creo que una fibra de esa mala cast
a era la que me
impelía tan a menudo a mortificar al pobre Pepazos
y al Topero, más bien
que el propósito de favorecer a Chisco, que quizás
no lo necesitaba o no
lo echaba de menos.

El Tarumbo no llevaba nunca labor propia; pero, en
cambio, estaba
siempre pendiente de la que hacían los demás. Cuand
o el Topero terminaba
un par de abarcas, le traía otro del montón de las

que tenía preparadas,
y lo mismo hacía con las zapitas de Pepazos y con las
banillas o las
colodras o las cebillas de los que las necesitaban.

Hablaba hasta por
los codos, y siempre eran las desdichas ajenas las
que le arrancaban los
mayores lamentos.

A Pito Salces se le hallaba indefectiblemente a los
alcances del roce
con Tona en sus manipuleos de cocinera diligente: hacia el rabo de la
sartén, por ejemplo, y en los linderos del camino más trillado entre el
fogón y la alacena del aceite y las especias. Se le
sentían los ímpetus
de su amor corriéndole hasta por los brazos incommensurables, como el
agua de lluvia por las mangas de un tejado; reviraba a los ojos hacia
Tona, y se devanaba a sí propio, como en un ovillo,
cuando la jampuda
moza se acurrucaba delante de él o le tocaba al pasar hacia la alacena.
No hubiera sido bien visto de don Celso que la requiriera allí de
amores, suponiendo que la hubiera tolerado ella, y se consolaba con
aquellas internas expansiones, tan poco disimuladas
.

La pobre Facia, desde lo de aquella noche, apenas se dejaba ver en la
cocina durante la tertulia, y ni allí ni fuera de allí sabía hacer cosa
con arte; ¡ella que era antes un brazo de mar para el gobierno de la
casa! Con excepción de Chisco que era de ella; de Chicos que iba por
Tona, y de Pepazos que quería dar en el corazón de Tanasia por la tabla

de su padre, bastante más codicioso que la hija, todos los tertulianos de la cocinona eran hombres muy maduros: los mozos preferían las tertulias de mujeres, o «jilas» (hilas), de las que había dos o tres en el pueblo. A una de ellas concurría a menudo la hija del Topero, con su correspondiente rueca bien cargada de lino, bajo el roquero pinto con lazos y lentejuelas, y si Pepazos no se dejaba ver en aquella tertulia con igual frecuencia que Tanasia, bien sabía Dios que consistía en lo vergonzoso que él era delante de la mozona y con testigos que ya estaban en el ajo de sus deseos; pero iba alguna que otra vez para dar aquel regalo a sus ojazos mortecinos, y esas noches eran las únicas que faltaba de la cocina de la casona.

Reflexionando yo muchas veces sobre lo que más me llamaba la atención en ella, que no eran seguramente éstas y otras pintorescas trivialidades de determinados concurrentes, sino aquella familiaridad cariñosa, aquella rara, profunda, íntima trabazón afectiva entre todos ellos y mi tío, recordaba la comparación que de este caso original me había hecho Neluco en la primera conversación que con él tuve, y no me parecía rigurosamente exacta: más que un organismo de miembros subordinados al imperio de la cabeza, me parecía una familia con todas las comunes variedades de aptitudes y temperamentos, unida por el amor desinteresado, tan propio y natural entre todos sus miembros, y

gobernada por la experiencia, la abnegación y la sabiduría del padre.

Persuadido de esto, tenía por imposible la sustitución de un hombre como

don Celso con otro como yo para llenar el vacío que él dejara con su

muerte en el vecindario de Tablanca. Entre él y mi tío había una

completa y absoluta compenetración de ideas, de sentimientos y de

propósitos, que no podía haber tratándose de mí, enteramente extraño a

la tierra y sus costumbres, por nacimiento, por educación y por hábitos

adquiridos en otro mundo tan distinto de aquél. ¿Cómo no se le ocurría

esto a Neluco, ya que tan disculpable era en la inexperience de otras

muchas personas el que no se les alcanzara? Y sin embargo, días andando,

me salió con la misma copla nada menos que el docto y experimentado

señor de la torre de Provedaño. ¿Se equivocarían todos ellos, rústicos y

civilizados, al coincidir tan exactamente como coincidían en una misma

idea? ¿Trataría yo de curarme en sana salud, sin darme cuenta de ello,

cuando me consideraba en lo cierto creyendo todo lo contrario de lo que

ellos creían? Por fortuna no me preocupaba el punto dudoso, porque no

había racionales motivos de que llegara a quitarme el sueño. Ni las

pretensiones de los que bien me querían allí, ni la abnegación

caritativa de mi parte, debían pasar de ciertos límites.

De todas maneras, tampoco el hallazgo de aquella patriarcal y mínima

república en lo más escondido de una comarca salvaj

e, considerada por mí
en los primeros instantes como un destierro inclemente, era para
despreciado. En fin, que no hubiera sido justo en quejarme de mi suerte
al siguiente día de mi larga expedición acompañado de Neluco, hecho el
recuento minucioso de los frutos que me habían dado aquellas dos largas
semanas de correrías y exploraciones.

De este recuento traté de separar algunas partidas principales, a título
de «reservas», para las eventualidades del invierno, que no podía tardar
mucho en dejarse caer sobre Tablanca, y empecé a contar por los dedos:

Chisco, su camarada Pito Salces, Tanasia y su padre el Topero, el

Tarumbo, Neluco Celis, don Pedro Nolasco, su hija Mari Pepa y su nieta

Lituca, el párroco don Sabas Peñas, Facia, la mujer gris; Tona, su hija;

mi tío Celso y el escenario de Tablanca. Todo esto allí, al alcance de

la mano; y fuera de allí, la familia de Neluco en Robacío; en

Promisiones, el hidalguete mi consanguíneo, y más allá, dominándolo todo

y alzándose sobre todo como un faro de poderosa luz, la figura

escultural del caballero de la torre de Provedaño.

Después de hecha esta segregación, procedí al análisis de las partes de
ella que más interés podían ofrecerme desde el punto de vista en que yo

me colocaba: Chisco, un tanto flemático, con puntas de socarrón y

marrullero, aspirando a casarse con Tanasia, guapa moza de verdad, en

competencia con Pepazos, preferido del Topero, porq

ue tenía algunos
bienes que le faltaban a Chisco, y no me constaba d
e toda certidumbre si
de Tanasia también, a pesar de lo arlote y simplón
que era Pepazos. Todo
el interés de este juego dependía del calor con que
le tomara Chisco.
Pito Salces era un brasero que se consumía por Tona
: eso saltaba a la
vista; y como también era medio pieza doméstica en
la casona de mi tío,
amén de noblote de alma y muy arrimado al trabajo,
a poco que Tona
hiciera por sí, el resultado no era dudoso. Facia.
¡Esta sí que me daba
que pensar cuanto más reparaba en ella! Al espanto
de aquella noche,
recién llegado yo a Tablanca, habían sucedido otros
dos por el estilo;
pero como huía de mí en cuanto me acercaba a ella c
on propósitos de
interrogarla sobre tan extraño particular, después
de pedirme con las
manos juntas y por el amor de Dios que no le dijera
a mi tío una palabra
de lo que estaba notando, limitábame, por complacer
la, a observarla
desde lejos y a no perderla de vista mientras me fu
era posible. ¿Qué
diablos podía haber allí? ¿Eran fantasmas, alucinac
iones histéricas de
la pobre mujer tan castigada por la desgracia a lo
mejor de su vida, o
estaba bajo el peso insoportable de alguna nueva de
sdicha? Neluco Celis:
continuaba pareciéndome lo mismo que me pareció cua
ndo le hablé por vez
primera: discreto, simpático, de clarísima intelige
ncia y noble corazón,
y un arca cerrada para guardar lo que a mí se me an
tojava que debía
estar al alcance de mi vista: verbigracia, su incli

nación amorosa a la
nieta de don Pedro Nolasco. Porque yo no podía conc
ebir que Lita y
Neluco no se amaran, como no lo concebía tampoco la
matrona locuaz de
Robacío, ni lo concebiría nadie que tuviera entraña
s de humanidad y
vislumbres de buen gusto, y reparara un poco en aqu
ella parejita,
«única», que parecía puesta por Dios en aquel rinco
ncito de la tierra
para eso sólo, para amarse y para unirse. Lita y su
madre habían estado
dos veces en mi casa después que yo estuve en la su
ya. Una de ellas,
según me declararon, para pagarme la visita y salud
ar, de paso, a mi
tío; y la otra, por mi tío solamente, cuya salud le
s interesaba mucho;
además de que, como no podía salir de casa, iban a
hacerle un rato de
compañía, como siempre que lo permitían el tiempo y
sus ocupaciones.
Todo esto me lo afirmaba Lituca descubriendo las es
maltadas filas de sus
blanquísimos dientes, en su lenguaje vehemente, ret
ozón y admirativo, a
la puerta del estragal y mientras sacaba sus pies,
calzados con menudas
zapatillas de abrigo sobre medias de color, de un p
ar de almadreñas que
parecían dos cáscaras de nuez. En aquella visita, l
o mismo que en la
anterior, yo, terco y emperrado en mi tema, le eché
cincuenta veces al
campo de la conversación disfrazado de mil modos, c
on el piadoso fin de
observar qué cara le ponía Lita... y nada: ni un ge
sto, ni un punto
arrebolado en las mejillas, ni la más insignificant
e señal en la nieta
de don Pedro Nolasco de que había oído su corazón l

as llamadas que yo le
hacía con el nombre de Neluco y los elogios de sus
méritos: hablaba de
él con el descuido y la serenidad con que podía hab
lar de su madre o de
su abuelo. Lo cual me impacientaba a mí, como si fu
era asunto de mi
propia pertenencia, y en más de una ocasión me acom
etieron serias
tentaciones de preguntarla derechamente y sin ambag
es ni rodeos: «¿se
quieren o no se quieren ustedes? ¿Ama usted o no am
a a Neluco?». Pero
señor, ¿por qué tenía yo tanto empeño en que se ama
ran? O mejor dicho,
¿por qué le tenía tan grande en que quedara ensegui
da aquel punto bien
esclarecido y deslindado?

Después, mi tío Celso, el alma y el centro de todo
cuanto le rodeaba,
con su energía indomable, sus cuchufletas singularí
simas, su atención
siempre fija en el modo de hacerme, ya que no diver
tida, llevadera la
vida en su casa, y los cuidados a que me obligaban
el parentesco y la
gratitud para velar por él con especial esmero dura
nte el tiempo de las
humedades y de los grandes fríos, en el cual, según
dictamen del médico,
corría su vida los mayores peligros, por la índole
de la enfermedad que
padecía.

Y por último, su tertulia y mis libros, mis periódicos y mi
correspondencia. Lo restante de ambos montones, algo de ello por su
insignificancia, y otro poco por lejano, sólo podía
considerarse como
personajes decorativos y accesorios escénicos.

Cierto que con todas estas reservas de tan escasa importancia en relación con las necesidades de mi espíritu, se podía llegar hasta lo épico, consideradas como elementos de creación en la fantasía de un novelista ingenioso; pero tomadas en lo que eran y valían, como casos y cosas de la vida real y prosaica en un medio tan remoto, tan oscuro y tan aislado como aquél, ¿qué había de prometerme yo de ellas para en adelante? ¿Qué auxiliares contra mi enemigo temible podía esperar de aquel lado? ¿Qué podía venir de allí de lo que más necesario me era?

--¡Quién sabe!--me dije en conclusión de mis cavilaciones--. Por puntos más oscuros ha amanecido otras veces; si está de Dios que ha de venir algo, ello vendrá. Todo es cuestión de paciencia y de saber conformarse. Conque un poco de filosofía, y a esperar lo que viniere.

XVII

Y comenzó a venir sin tardar mucho; pero ¡ay! lo que vino fue, primeramente, una niebla gris que bajó de los montes, envolvió todo el pueblo y se coló hasta en los hogares; tras de aquella niebla vino un «gallego» frío con otra niebla parda que fue mezclándose con la primera, tiznándola de su color y haciéndola más húmeda y pe

gajosa; llegó también
un ruido sordo y continuo, como lejano cañoneo, que
a mí me parecía de
la mar batiendo furibunda hacia el Norte los peñasc
os de la costa; pero
según dictamen de la gente de mi casa, era el «rebo
mbe» del «pozón de
Peña Sagra», un lago o pozo muy grande, que se da p
or existente, aunque
no sé de nadie que le haya visto, en las entrañas d
e aquel coloso de la
cordillera; y sin cesar este ruido bronco, dejárons
e oír en el espacio y
sobre el valle unos como quejidos siniestros y anti
páticos, que eran,
según informes de Chisco, el graznar de los «butres
» (buitres) y las
grullas, que pasaban «cararriba»; señal ésta, como
la del «rebombar» del
pozo y la de las nieblas bajas con el «gallego» det
rás, de que se nos
echaba encima una invernada de las gordas.

Y se cumplieron las profecías: las nieblas se convi
rtieron en negras
nubes henchidas de aguaceros, que el viento, embrav
ecido poco a poco,
estrellaba, con mugidos tremebundos, contra casas,
ribazos y bardales,
cerrándose boquetes y horizontes por donde quiera q
ue se miraba;
sintieron los más ardientes de sangre los primeros
estremecimientos de
frío, y nos declaramos todos en la casona seria y f
ormalmente bloqueados
por el invierno.

Las primeras consecuencias de este bloqueo fueron e
n ella, como era
fácil de presumirse, la reducción de la tertulia a
media docena escasa
de valientes, entre ellos Pito Salces, a quien no a

tajaban en los
impulsos de la querencia que le atraía, ni los más
fieros vendavales, y
(lo que fue para mí harto más desagradable y no esp
erado tan pronto) una
crisis de mal género en el estado de mi tío. Como p
or encargo del médico
se le vedaba hasta el asomar las narices al cuarter
ón abierto de una
ventana, se consumía de impaciencia en los páramos
entenebrecidos de su
cárcel; y cuando llegaba la noche y, después de rez
ar el Rosario en la
cocina, veía entrar en ella dispersos, acobardados,
ateridos de frío y
calados de agua a unos pocos tertulianos de los de
aquella apretada
falange de las primeras noches, y notaba la causa d
e la deserción de los
demás en el furioso batir de las celliscas contra p
uertas y ventanas y
en el cañón de la chimenea, quedábase pensativo y m
ustio, con la cerviz
humillada y la vista fija en el flamear de la lumbr
e, cuyo calor buscaba
por instinto. Y así un día y otro y otro, sin que l
a dureza de su fibra
alcanzara a disfrazar siquiera los desalientos de s
u espíritu, llegó a
un grado tal de abatimiento, que me alarmó, porque
en un estado moral
como el suyo, cualquier aletazo de su enfermedad er
a muy temible.

Hablando con él una mañana de aquellos días tan cru
dos, y solos los dos
en la cocina, que era su ordinario paradero entonce
s, yo animándole como
podía y él conociendo la endeble calidad de mis est
imulantes, acabó por
decirme:

--No te canses, Marcelo: este ujano que me roe es más fuerte que tú y yo
juntos, por grandes que sean tus cuidados y por dura que haya sido mi
correa. Mira, hombre: todavía no jaz un año que me tenía yo por tan duro
de caer como las hayas de esos montes. ¡Trastajo con la vanidad de la
guapeza humana! A lo mejor del pensar que solamente un rayo de la
voluntad de Dios podía acalderarme en el suelo, un soplo que no apagaría
una luz, me puso a las puertas de la muerte cuando menos lo esperaba y
más descuidado dormía. Desde entonces acá, ¡pispajo!, yo que nunca me
espanté de nada ni me encogí por cosa alguna, miro y remito con
desconfianza hasta el suelo en que pongo los pies, porque siempre y a
todas horas y en todas partes estoy temiendo el último golpe que falta
para que el roble acabe de caer. Esta es la verdad, ¡cascajo!, y hasta
creo que te apunté algo de ella en alguna de las cartas que te escribí.
Pero entonces eran los días más largos y las noches más cortas;
alumbraba el sol a la tierra y calentaba la sangre de los viejos, y,
sobre todo, volvía de su viaje muy temprano; madrugaba mucho para
espantar las ideas tristes de las cabezas en que apenas entra la caridad
del sueño por la noche. Por eso me jallaste tan campante a la venida y
me has visto ir tirando así hasta ayer, como quien dice... hasta que
vino lo que yo había visto venir otras veces sin apurarme por ello, y no
sé si te diga que con gusto... ¡con gusto, trastajo! porque cuando hay

buena salud, la tierra no tiene salsa si nos está c
antando siempre una
misma solfa... y sin cambiar de ropajes... Digo que
fui tirando tal cuál
hasta que llegó la primer cellerisca, ésta que toda
vía está pasando,
mientras llega, por las señales, otra más dura de p
elar que ella; y se
apagó el sol de día, y se cerraron puertas y ventan
as, y empezó a faltar
de noche la gente de la cocina, y a no haber fin pa
ra las horas de la
cama ni punto de sosiego para el mal pensar de la c
abeza. Yo nunca había
visto pasar por ella las negruras que ahora pasan.
Hasta estos días y
desde que tengo uso de razón, siempre el interés de
los demás jizo que
me olvidara de mí propio; pues ahora ¡ya te quiero
un cuento,
pispajo!... y esto es lo que me descuajaringa: no t
engo ojos más que
para ver cómo va la carcoma rejundiendo y ajondando
en este tronco
podrido que se cae por sí mismo de día en día, de h
ora en hora. Paez que
el viento, al rebombar en el cañón de la chimenea,
me dice algo que
nunca había oído yo antes; pero algo muy temeroso y
muy triste... vamos,
que ajuyera de ello de buena gana, si el temporal d
e afuera no me
cerrara todos los caminos de escape, y el frío no m
e encadenara los
remos y no me cortara la poca respiración que me qu
eda en el gznate...
Otra cosa nunca vista: te puedo jurar que no me asu
sta la muerte porque
soy viejo y cristiano y sé que ha de venir sin tard
ar mucho y que me
toca esperarla confiado en la misericordia de Dios,
como la espero; y

con ello y con todo, me espanta la enfermedad que me va quitando la vida. ¿Cómo se explica este potaje? ¿Qué te parece a ti que será esto, Marcelo?

Faltábanme a mí los sofismas científicos con que Ne luco, por ejemplo, hubiera podido aclarar aparentemente aquellas complejas oscuridades que me consultaba mi pobre tío, y despaché la consulta con cuatro vaguedades muy recalcadas y encarecidas sobre el influjo que ejercen en la máquina de los pensamientos los largos insomnios, la soledad de la noche, los fríos estacionales...

--Bien podrán tener algo de culpa esos ingredientes --me replicó mi tío con muy escasas señales de creerlo--; pero a veces se me figura a mí que hay también otros motivos de por medio... y hartos serán, ¡trastajo!, que no venga de esa banda toda la podredumbre. Mira, hombre... (porque puesto en tela de juicio el punto, debe ventilarse en regla; y yo le he visto por muchas caras en tantas y tantas noches de no pensar en otra cosa): si a mí me viviera no más que uno solo de los hijos que Dios me fue dando, la muerte de su padre no sería propiamente muerte; porque en casos como éste, y bien lo sabes tú, la vida de los que se van retoña en los que se quedan para algo más que llorarlos y rezar por ellos: es un eslabón trabado en otro eslabón... vamos, una cadena que nunca se rompe ni se acaba. Pero tal como han resultado aquí las cosas y puesto yo a

considerar que estoy a dos dedos de morirme... ¡ay, Marcelo, qué pinturas se me ponen delante de los ojos! Con las últimas boqueadas, la cadena rota para siempre, el hogar sin lumbre, los establos vacíos, la casa en silencio y (lo que es peor, si no metisteis la llave entre las cuatro tablas que fueron a pudrirse con mis huesos al campo santo) en manos de hombres que no verán en ella más que el ochavo roñoso con que pagarán el derecho de maltratarla. Pues échate a pensar después en todas estas gentes que viven de su calor, porque son todos ellos, lo mismo que fueron sus padres y debieran serlo sus hijos, como sangre de la nuestra sangre y carne del nuestro propio cuerpo, mirándola de reojo al principio para acabar por no acordarse de ella y por irse desparramando, como pollucos sin la madre, robados al fin, uno a uno por el milano que no duerme... ¡Ay, trastajo! Esto es muy doloroso, hasta para soñado en pesadilla... ¿Qué no será, hijo mío, visto y palpado en la misma realidad? Créeme, Marcelo: importa mucho más que la vida de tu tío, lo que ha de irse con ella al otro mundo, si Dios no lo remedia... ¿No te parece a ti que pudiera ser ésta la «consistidura» de las cosas raras que me quitan el sueño y tanto me acobardan últimamente?

Conociendo como conocía yo la entereza de carácter y los sentimientos de mi tío, evidente era que andaba en lo cierto en aquella suposición, y que por cierto lo tenía él aunque aparentaba lo con

trario; pero yo no
podía declarárselo así, porque declarándolo, o me m
anifestaba a sus ojos
descariñado e inclemente, o aceptaba un compromiso
que no podía aceptar,
porque era otro muy distinto del suyo mi modo de ve
r aquellas cosas. Me
hubiera sido fácil engañarle aventurando una promes
a que quizás andaba
él buscando desde la primera carta que me escribió;
pero me repugnaba
esa mentira dicha a un hombre tan honrado y tan sag
az como aquél,
exponiéndome, además, a que no me la creyera. Por e
so adopté un
temperamento anodino que ni alcanzó a levantar sus
abatidos ánimos, ni
siquiera a disfrazarle los aprietos en que me puso
con su pregunta.

--Todo ello--repuso el buen señor, tratando de hace
r un pinito de
cháchara que no le salía bien--, es decir por decir
. Marcelo, y ya que
echamos la conversación hacia ese lado... ¡Pues ten
dría que ver,
¡pispajo!, que diera yo ahora en la gracia de agobi
arte con pesadumbres
nuevas, cuando más falta te hace algo alegre con qu
e espantar las
negruras de este temporal que se nos ha echado enci
ma! Mira, hombre,
créasme o no me creas: las únicas agallas que me qu
edan... vamos, lo
único para que me siento animoso a la hora presente
, es para ayudar a
que no se te amurrien a ti también las alegraderas.
¿Oístelo? Pues
bueno. Algo más y de más importancia que tengo que
decirte, ya te lo
diré en su hora y lugar correspondientes, y sin tar
dar mucho. Dicho

debiera estar ya y por si acaso, días hace; pero...
basta de
conversación, y no te espante la amenaza, que aunqu
e el punto es
pariente cercano del tratado aquí, no tiene la cara
tan fea. Si las
tuvieran iguales los dos me libraría yo mucho de da
rte a conocer la que
no has visto todavía.

Entró en la cocina Tona, algo tocada también de la
murria inverniza, a
trajinar en el fogón donde hablábamos mi tío y yo a
l calorcillo de la
lumbre, y ya no pude preguntarle lo que tenía a la
punta de la lengua,
como exploración siquiera alrededor de la casta de
aquel nuevo «punto»
que me había puesto en gran curiosidad.

Pero más que curioso por aclararle, quedé preocupad
o y triste con la
pintura hecha por don Celso del estado de su espíri
tu. Para llegar a
tales extremos de franqueza un hombre de su temple,
¿cuál no sería el
peso de su tribulación? Y ¿cuál la magnitud de mi d
isgusto y de mi pena
al considerar que yo poseía el remedio de la más gr
ande de las suyas, y,
sin embargo, me resistía a ofrecérsele? ¿Era honrad
a esta conducta mía?
¿Estaba obligado yo a aceptar compromisos imposible
s de cumplir? ¿Estaba
bien demostrada esta imposibilidad? ¿Cabía, en la d
uda, el recurso de
prometer, a reserva de cumplir hasta donde se pudie
ra?...

Puesta la cuestión en estos últimos términos ya me
pareció más racional
y soportable; y si hubiéramos continuado los dos so

los en la cocina, es posible que allí mismo hubiera intentado yo introducir por este resquicio el primer sostén para sus desfallecimientos.

Pero Tona llevaba tarea para rato (como que se andaba en las proximidades del mediodía), y por si era poco este estorbo, entró Facia a dirigir la faena. ¡Cosa extraña! La mujer gris era el único ser de los que habitábamos la casona, en quien no había estampado alguna roncha el azote del temporal reinante. Hasta el mismo Chisco andaba un tanto espelurciado y encogido por establos y corraladas, y entraba en la cocina algunas veces con el humor avinagrado; al revés que Facia, la cual, desde que se habían desencadenado las primeras celleriscas, parecía otra. Cuanto más azotaban los granizos los paredones de la casa, y más «runflaban» los vendavales en el cañón de la chimenea, más alegre se le ponía la cara y más diligente se volvía para el trabajo.

Viéndola tan boyante y en tan ventajosas disposiciones, trabé conversación con ella aquel mismo día, al llevarme no sé qué cachivaches a mi cuarto.

--Parece--la dije para empezar--, que marchan bien los asuntos, ¿eh?

Entendióme la pregunta; y después de sobrecogerse un poco con ella, me respondió sin titubear:

--Así me los conserve Dios muchu tiempu.

--Me alegro en el alma--la dije entonces--; porque por no verla a usted con los espantos de estos días...

--¡Ni me los miente, señor, por obra de caridá!--me replicó volviendo a compungirse--. Paez que los males, como si oyeran, se ponen de pie en cuanto se les menta en boca...

--De todas suertes, resulta que los negocios de usted andan al revés del tiempo.

--¿Por qué lo diz, cristianu?

--Porque a la vez que él se embravece y se emperra, ellos van mejorando.

--Siempre lo que Dios jaz está bien jechu... ¡Ah, si esto durara muchu!...

--¿El temporal?

--Y lo otro.

--¿Cuál es lo otro?

--Lo que reza con lo que usted quiere saber.

--Y sin llegar a conseguirlo, por más señas... Vamos a ver, Facia: ahora que está usted un poco más tranquila, ¿por qué no me lo cuenta? ¿Por qué está llevando usted sola tan pesada carga?... porque yo creo que ni siquiera Tona tiene la menor noticia de ella...

--¡Hija de mi alma!... La lengua me partiera en dos

con los mesm
dientes mius si la viera en tentaciones de parlásel
u... ¡igual que al
probe señor y mi amu! ¡Santa Virgen de las Nieves!
.. Y, por caridá de
Dios, no me pregunte más de esu por ahora... ni nun
ca jamás, señor don
Marcelu; que yo, por la cuenta que me trae, buscaré
el amparu de usté
cuando la carga me rinda y las angustias me ajuegue
n... porque la peste
ha de golver, y sin mucha tardanza, señor don Marce
lu. ¡Ay, desdichada
de mí!... ¡Y el amu... y Tona!... ¡Santa Virgen la
mi Madre!

Púsose lívida de repente, se le pintaron en la cara
las angustias de
otros días, y llevó hasta ella sus manos cruzadas y
convulsas. Me movió
a compasión la pobre mujer, y sentí remordimientos
de haber sido yo el
causante de aquella crisis amarga. Tomé con empeño
el trabajo de
calmarla, y lo conseguí; pero con la ayuda de una «
zurriascada» feroz
que se estrelló de repente contra las puertas del b
alcón. Cuando esto
ocurría, se enjugaba Facia los ojos y respondía mal
amente a mis últimas
observaciones. Al oír el estrépito de afuera, suspe
ndió hasta las
lágrimas y se lanzó a uno de los cuarterones abiert
os, y allí se estuvo
mirando, con la avidez de un sediento, aquella mar
de lluvia cernida,
revuelta y zarandeada en el espacio por la furia de
l vendaval.

--¡Oh!--exclamó al fin, retirándose de su observato
rio con la cara
radiante de alegría y andando presurosa hacia la pu

erta de salida--, por
misericordia de Dios, hay pa ratu.

¿No era bien singular y extraño todo aquello?

Entre tanto, yo no cesaba de meditar sobre el grave
tema, y punto de
suma trascendencia para mí, surgido aquella misma m
añana de la
conversación que tuve con mi tío; y cuanto más vuel
tas le daba en mi
cabeza, más obligado me creía, hasta por obra de ca
ridad, a ofrecerle lo
único que honradamente le podía ofrecer yo. Si con
este ofrecimiento se
curaba de sus angustias mortales, ¿qué mayor satisf
acción para mí? Si
andando el tiempo resultaba que no llegaban mis fue
rzas tan allá como
mis buenos propósitos, ¿qué culpa tendría yo de ell
o?

No vacilé más: busqué a mi tío, le hallé en su cuar
to cerca de un
brasero, hojeando unos papeles, tosiendo mucho y mo
viéndose mal debajo
de la espesa ropa que le abrumaba, a la tétrica luz
de la media tarde y
al ruido ingrato de las celliscas y de los truenos
que no cesaban
afuera.

XVIII

Me anuncié preguntándole desde la puerta si podía h
ablar con él cuatro
palabras sin molestarle.

Volvió hacia mí la cara con la viveza ratonil que le era propia, y me contestó, enderezando cuanto pudo el cuerpecillo de scarnado:

--¡Mira, hombre, qué casualidad!... Apuradamente estaba yo pensando en ir enseguida a preguntarte lo mismo para cumplirte después la promesa que te hice esta mañana por remate de nuestra conversación.

--Pues a cumplir otra promesa--añadí--, que no pude hacerle a usted entonces por falta de oportunidad, pero que quedó hecha en mis adentros, vengo yo ahora.

--Ya estás sentándote y hablando--me dijo a esto, arrojando sobre la cómoda los papeles que hojeaba, sentándose después en una silla junto a la caja del brasero e indicándome que hiciera yo lo propio en otra que estaba enfrente de ella.

--En lo de sentarme--le dije, haciéndolo--, le obedezco a usted desde luego; pero en lo de hablar... no tanto.

--¡Esta es buena, trastajo! ¿Por qué, hombre?

--Porque quiero darle a usted la preferencia, como debo, en lo que mutuamente tenemos que decirnos, según parece.

--Vaya, vaya, déjate de cumplimientos, y empecemos por el caso tuyo, que para el mío siempre hay lugar. Conque ¿qué es lo que se te ocurre, hijo mío?

--Pues lo que se me ocurre--dije yo comenzando a tocar las dificultades de acometer de frente un asunto de tan delicada naturaleza como aquél, cuyo punto de partida era nada menos que la muerte de mi venerable interlocutor--, se me ocurre, mi querido tío, algo que se relaciona con otro algo que le oí a usted esta mañana y me produjo muy honda y muy amarga impresión...

--A ver, a ver--interrumpió el pobre hombre acercando más su silla a la mía, mientras se pintaba en sus ojuelos chispeantes la curiosidad que le devoraba.

--No crea usted que se trata de una cosa del otro jueves--añadí sonriéndome.

--Sea del otro jueves o del otro sábado, ¡venga esa cosa por derecho y sin envoltorios, hombre!--me respondió con un brío inconcebible en su extenuación cadavérica.

--Corriente--le dije yo, no sabiendo cómo armonizar mis escrúpulos con sus impaciencias--; pero después de declarar, para la debida inteligencia, que yo tomo el caso en el punto mismo en que usted le puso y le dejó esta mañana.

--Declarado y entendido... ¡Adelante ahora!

--Me dijo usted entonces, metido en la injustificada aprensión de que iba a morirse pronto... y Dios no lo confirme.

--Ésa es cuenta de Él y mía... ¡Adelante, Marcelo!

--Me dijo usted, repito, confesándome además que es a... aprensión...

--Aprensión, ¿eh?

--Que esa... cavilación, si lo prefiere así, era la que le estaba matando; que a usted no le espantaba la muerte, sino el morir, el cesar de vivir, el irse del mundo para siempre, por que hace mucha falta en él y no deja quien le reemplace en su labor de toda la vida. ¿No es ésta, tío, la sustancia de lo que usted me declaró?

--Justa y cabal, Marcelo; justa y cabal...

--Y por eso, por esa pena tan grande, por ese modo tan triste de ver las cosas, iba usted perdiendo la tranquilidad y el sueño... y hasta la vida...

--Ni más ni menos, ¡pingajo!... ¡hasta la vida!

--Una alucinación como otra cualquiera; pero, en fin, así lo ve usted, y esto basta para su martirio que, en definitiva, es real y verdadero. Pues bien: si usted tuviera un hijo que le sucediera en sus inclinaciones, en sus propósitos y en sus obras, no hubiera cabido en usted ese temor a la muerte, ni esa... aprensión de morir... Creo que es esto lo que también me dijo usted esta mañana, o me lo dio a entender, por lo menos.

--No, no: lo dije; y si no resultó bien claro, fue porque no supe decirlo.

--Corriente; pero sucede que no existe ese hijo, y que tampoco me dijo usted si la falta de él puede sustituirse con... algo.

--¿Con qué, Marcelo? ¿Con qué?

Y aquí el bendito de Dios erguía su cabeza, alargando el pescuezo descamado y rugoso y devorándome con los ojos anhelantes.

La emoción es contagiosa, y no logré darle, sin descubrir algo de la mía, esta breve respuesta:

--Verbigracia, con un deudo de su mismo apellido de usted...

Se revolvió convulso entonces en la silla, comenzó a resobarse una contra otra las manos trémulas, avivó las llamas de sus ojos que no apartaba de los míos, y me dijo ansiosamente después de haber acudido en vano dos veces a los registros de su voz:

--Venga el nombre de ese deudo... si es que le conoces tú. Por lo que a mí toca, no conozco más que uno.

--Pues si le conoce usted...--apunté yo, prefiriendo, por un sentimiento harto fácil de estimar, que la insinuación partiera de él.

--Y ¿qué adelanto yo con conocerle?--exclamó aquí mi tío, detenido

probablemente por el mismo reparo que yo.

Dándolo por cierto y con entera resolución de llegar cuanto antes al fin que me proponía, le añadí:

--Con franqueza, tío: aunque nada me ha dicho usted nunca de ello, muchos síntomas bien claros me han hecho creer que, en su opinión, no caería mal en esta casa, mañana u otro día, ese pariente a quien ambos nos referimos.

--¡Cascajo... pues yo lo creo!... ¡Como santo en su peana!

--Y ¿por qué no me lo ha dicho usted derechamente?

--Pues, hijo del alma, y franqueza por claridad, porque no me gustan santos a la fuerza; y para serlo de buena voluntad y de la clase que se necesitan aquí, no veía yo la mejor madera en ese pariente mío. ¿Lo quieres más neto?

Iba, entre tanto, difundiéndose por toda su faz, lívida y acartonada, una expresión de intensa alegría; pero con tal rapidez, que no parecía sino que le daban impulso los mismos vendavales que zumbaban entre los peñascos y jarales del contorno. Y cuando le dije terminantemente lo que pensaba decirle, se incorporó con la agilidad de un muchacho, me miró con unos ojos en que se pintaba la exaltación de su espíritu resucitado, y exclamó:

--¡Tú, Marcelo!... Nada menos que tú... ¡el hijo de

mi hermano Juan
Antonio!... ¡Un Ruiz de Bejos de pura casta, sano y
garrido como un
tringuete!... Pero ¿lo has pensado... lo has medido
bien, hijo mío? ¿No
hay en tu arranque algo... vamos, algo de caridá qu
e te ciegue? ¿Sabes
bien todo lo que pesa esa carga en un hombre de tu
ropaje? ¿Será posible
que Dios misericordioso lo haya sido conmigo tambié
n en esto que le he
pedido tan de veras?

--Vamos a cuentas sobre ello, querido tío--le dije
levantándome yo
también según iba creciendo su exaltación, y tomand
o sus manos entre las
mías--. Vamos a cuentas, y a cuentas claras: el sim
ple deseo de usted,
declarado con franqueza, me hubiera bastado, desde
que estoy en
Tablanca, para brindarme, sin esfuerzos ni violenci
as, a lo que me he
brindado hoy, en el supuesto aventurado de que yo l
e sobreviva a
usted...

--Déjate de supuestos, hijo, y dalo por cosa hecha.
.. y para muy pronto:
yo sé a qué atenerme sobre eso mejor que tú.

--Démoslo, por un momento, como usted quiere y para
entendernos mejor; y
digo que me comprometo, en ese triste y desgraciado
caso que Dios aleje
de nosotros tan allá como yo deseo, a poner de mi p
arte cuanto quepa en
las fuerzas de mi decidida voluntad, para proseguir
la obra benéfica de
usted aquí, y desde luego, le empeño mi palabra de
que la cadena, por de
pronto, no ha de romperse por el eslabón que yo rep

resento en ella...

Después, sólo Dios puede saber lo que sucederá; Porque...

--¡Punto ahí, Marcelo!... porque ya me concedes hasta más de lo que yo me hubiera atrevido a pedirte... ¡Y Dios te lo pague en la medida de lo que yo lo aprecio!

Enseguida me abrazó muy conmovido; abracéle yo a él también al mismo tiempo, y no muy sereno que digamos, y abrazados estuvimos lo bastante para que yo percibiera el acelerado compás de su respiración.

Al desprenderse de mí, clavó la vista durante un buen rato en el crucifijo que estaba colgado sobre el testero de su cama. Se había descubierto la cabeza para eso, y yo, por respeto a lo que debía de estar tratando en aquella escena sin palabras, me descubrí también.

En cuanto descendió con la atención a las cosas del bajo mundo, me dijo con voz entera y mucha tranquilidad:

--Vamos ahora a tratar del asunto mío.

Púseme gustoso a sus órdenes; rogóme que le ayudara un poco allí y salió del cuarto: llegóse al mío; metió la cabeza dentro de él; hizo lo propio en la alcoba del salón intermedio, y trancó luego la puerta de éste. Vuelto a su punto de partida, desde donde le observaba yo lleno de extrañeza, cerró también con llave la puerta, y me dijo placentero y

sonriente, pero ahogándose de cansancio:

--¿Te asombrarán un poco estos husmeos de lebreles, eh?

Respondíle que sí, y añadió:

--Pues todos son necesarios, con lo curiosas que son las gentes, cuando el caso lo requiere como ahora. Por lo pronto, repara bien lo que yo vaya jaciendo, y ten la caridad de ayudarme cuando te lo pida.

Dicho lo cual, se dirigió a la alacena que estaba cerca de la ventana y en la misma pared, y la abrió con una de las llaves encadenadas en un llavero que sacó, pujando mucho, de un bolsillo interior de su chaleco.

La alacena era de poco fondo, y no tenía más que una balda a la mitad de su altura. Sobre la balda y debajo de ella había como una docena de legajos, arranciados los más de ellos y atados con bramante deshilado y medio destorcido.

--Son copias de escrituras--me dijo mi tío--, cuentas viejas de particiones de bienes, y otros papelotes de familia ... Vete poniéndolo todo encima de esa cómoda, porque yo no tengo ya resuello ni para levantar los brazos solos... ¡Por vida de los demonios... del pispajo!...

Hice lo que me mandaba, y fue sacando de la alacena, además de los legajos, tres pares de candelabros de plata, varios

cubiertos y una
bandeja del mismo metal, y un rimeró de porquerías,
entre ellas más de
seis libras de polvos de salvadera envueltos en un
papel de estraza, y
una jarra blanca como de media azumbre, con un palu
co adentro. El
interior de la jarra y el paluco estaban cubiertos
de una costra
negruzca muy removida y cuarteada. Pregunté a mi tí
o con una mirada para
qué servía aquello, y me respondió:

--Eso es para hacer tinta... digo, era; porque ya c
on la última hecha el
año que pasó, ha de sobrarme. La hacía con agallas
y caparrosa, y la
revolvía dentro de la jarra con ese paluco, que es
de higar, porque de
otra madera no sirve: saca la tinta mal color.

Después de desocupada la alacena, me mandó mi tío q
ue sacara la balda
tirando hacia mí. Saqué la balda, que era pesada y
de castaño, como todo
el interior de la alacena. Quedaban sobre el fondo
de ella, en sentido
vertical y uno en cada ángulo, dos anchos listones,
que parecían estar
allí para sostener los extremos de los otros dos ho
rizontales y más
estrechos, sobre los cuales descansaba la balda; pe
ro era otro muy
diferente su destino: estaban sueltos y servían par
a ocultar unos
pasadores de hierro con que se sujetaba a los table
ros laterales el del
fondo. Sacado éste al fin, después de quitado el es
torbo de los cuatro
listones, y vencida la dificultad, no pequeña, de c
orrer los pasadores
oxidados, apareció un bulto negro en las entrañas d

e la pared.

--Jala de eso pa-cá, arrastrándolo--me dijo mi tío señalándome el bulto con la mano por encima de mis hombros medio embutidos en la alacena.

Embutílos todavía más para hacer lo que me ordenaba mi tío; llegué con las manos al bulto, que tenía cuatro caras, duras y frías, como que eran de hierro; doblé los dedos sobre las aristas del fondo, y tiré hacia mí--, pero no me bastó el primer tirón, porque era muy pesada la caja, y tuve necesidad de repetirle con mayor fuerza para arrastrarla hasta la boca de la alacena, donde la dejé por encargo de mi tío.

--Ahora--me ordenó--, dale media vuelta, de modo que quede hacia nosotros la cara de atrás.

Hícelo así, y apareció en ella la cerradura, que a la simple vista no tenía nada de particular. La caja mediría poco más de un pie de ancha, por cosa de pie y medio de alta.

--Corriente--dijo mi tío entonces--. Pues ahora déjame ponerme donde tú estás; pero repara bien lo que me veas hacer para enterarte mejor de lo que te vaya explicando.

Entonces eligió otra de las llaves de su llavero, y, con mano algo temblorosa, la dirigió a un punto determinado de la cerradura de la caja.

Todos estos procedimientos y detalles iban poniendo mi curiosidad y mi extrañeza en un grado de tensión extraordinario. El aspecto de la habitación, tan austero que rayaba en lo pobre; su puerta y las inmediatas, cerradas con llave; aquel hombre extenuado, envuelto en un ropaje burdo y desaliñado, sobre el que destacaban la cara lívida, de ojos hundidos y relucientes, y las manos cadavéricas; aquella alacena de fondos negros, y en otro fondo de ella, más negro aún, una caja de hierro oculta por una trampa más o menos ingeniosa; una luz tétrica iluminando la estancia, y fuera de ella los bramidos del huracán, me estaban pareciendo en conjunto un pasaje de melodrama, en el cual desempeñaba yo un papel de galán joven, protegido del desalmado usurero, por uno de esos incomprensibles antojos del corazón humano.

--Esta caja--me decía mi tío mientras me revelaba prácticamente el secreto de su cerradura, bien fácil de aprender, después de explicado--, la discurrió y la jizo un jerreru de aquí, muy amañante y de mucha idea, y se la regaló a mi padre; y para ella se abrió, tiempo andando, esta alacena en este morio, que no baja de cuatro pies de macizo. No hay memoria de intento de robo en esta casa; pero ya que había caja con secreto y algo que guardar en ella...

Tan pronto como quedó abierta, y a la vista una buena parte de lo que guardaba, se volvió mi tío hacia mí y me dijo, como

si estuviera leyendo
los pensamientos que bullían en mi cabeza:

--Lo que menos te has figurado tú, al ver lo que es
tá pasando aquí rato
hace, que tu tío es un avariento dejado de la mano
de Dios, y que trata
de deslumbrarte los ojos con los frutos de sus rapi
ñas. La verdad,
Marcelo: yo me lo figuraría, puesto en tu caso.

Me sonreí sin decir una palabra, y continuó mi tío:

--Pero así y con todo, por esta vez fallan las seña
les. Esto que aquí
ves, es, en suma y finiquito, el ahorro de tu tío C
elso... y la puchera
de los pobres de Tablanca. Estas alhajas sueltas so
n las que han ido
llegando a mis manos, como llegaron otras semejan
tes a las de tu padre,
por herencia de nuestros mayores, menos unas Pocas,
estas arracadas de
oro, y estas gargantillas de coral, y este relicari
o de plata con
piedras finas, que le regalé yo a mi pobre mujer cu
ando nos casamos, y
tuvo empeño en legármelos a su muerte. Estos cartuc
hos largos y cortos,
gordos y flacos, son de monedas de oro todos ellos.
No sé lo que
componen en conjunto, porque nunca he querido cansa
rme en averiguarlo.
Lo que sé es que las mermas de ello dependen de las
necesidades que haya
fuera de mi casa. A mí y a cuantos en ella vivimos,
nos sobra con lo que
nos da la tierra cada año, y eso que nos tratamos b
ien y a qué quieres,
boca. Las fuentes que lo han ido manando, no están,
como puedes

comprender, en las pobres tierrucas y en los ganados de Tablanca: otras hay muy lejos de aquí, y viejas en la familia, de mejores manantiales. De todas ellas tendrás noticias, cuando las necesites, en papeles que están en esos legajos y hasta encima de la cómoda... . velos ahí, porque un rato hace andaba yo con ellos entre manos. Lo que importa que sepas sin tardanza, por lo que pueda tronar, es que había en este joriaco lo que ya tienes a la vista y no está inventariado en ninguna parte; y que todo ello, alhajas y monedas, es de tu sola pertenencia desde este mismo momento.

Sorprendido con la ocurrencia, intenté hacer muy formales reparos a mi tío. No me consintió decir una sola palabra.

--Es asunto mío--me dijo, tapándome la boca con una mano, fría como piedra sepulcral--, y resuelvo sobre él lo que me da la gana. Además, estoy entrando en vena de hablar, y necesito hablar yo solo y sin que nadie me corte la palabra... ¡trastajo!, hasta para sacar los atrasos de estos días de murrias negras. Lo peor es ¡por vida del pispajo! que me va faltando el resuello... Deja que descanse un poco.

Sentóse en una silla apurado de respiración, más lívido que antes de cara, y trasudando. Aconsejéle que no volviera a hablar de aquel asunto ni de ningún otro, porque necesitaba reposo y tranquilidad; pero no me tomó en cuenta el consejo. A poco rato, aunque sin

moverse de la silla,
continuó así:

--Conviene que te advierta, para que lo tengas entendido, que no trato de corresponder con esta miseria al gran favor que me ofreciste poco hace. La prueba de ello, si no te basta mi palabra, la hallarás en mi testamento, hecho a las puertas de la muerte, cuando el primer ataque de esta perra enfermedad... Te repito que me dejes hablar a mí solo hasta que se acabe todo lo que quiero decirte. Otro día hablarás tú, y pata... Volviendo al caso, digo que de todo esto que ya es tuyo desde ahora, han salido muchos de los que estas gentes creen milagros míos; porque otras tantas veces he tenido que hacerme de rogar un poco, con la excusa del no poder; pues de blandearme a las primeras dejándoles descubrir el manantial, ¡pobre de él y pobre de mí, hijo del alma! porque, en finiquito, estos hombres, aunque buenos en lo principal, son rudos y de los que se rigen más por la boca que por el entendimiento... Tampoco te digo esto de la fuente para obligarte con ello a cosa alguna, sino porque es la verdad, y no sobra el que la conozcas. .. como conozco yo que cada uno tiene su modo de matar pulgas, y que tú tendrás el tuyo particular, por consiguiente, y sabrás hacer de tu capa un sayo, o dos, o los que se te antojen... o ninguno, si mejor te parece. Pero (y vaya el ejemplo para ver el asunto por las dos caras) por si te allanaras aquí algún día a seguir los mismos gustos que he te

nido yo en lo tocante
a este vecindario, no te he de ocultar que ha de co
starte bastante
trabajo al principio, y algunos disgustos después.
Para ayudarte a
orillar las primeras dificultades, te recomiendo al
Cura, que sabe tan
bien como yo, y hasta mucho mejor que yo, de qué pi
e cojea cada uno de
sus feligreses. También te puede servir de ayuda, y
buena, Neluco Celis,
el médico; que aunque mozo, tiene una voluntad de p
erlas para estas
cosas, gran ojo y mayor entendimiento. Te advierto
también que el Cura
es el único hombre, fuera de nosotros dos, que sabe
lo que se guarda en
esta pared. Creí conveniente declarárselo cuando no
contaba contigo,
porque no se lo comieran algún día los ratones, o f
uera a parar, andando
el tiempo, a manos que no lo merecen; porque no ten
go herederos forzosos
ni otros parientes pobres que esos dos bandoleros d
e que me hablaste el
otro día, y no son merecedores más que de un grille
te, que no les
faltará, si viven... Déjame que se me pase este gol
pe de tos, y que tome
otro respiro. ¡Ay, trastajo, qué miseriuca somos a
lo mejor!

Esta vez fue más largo el paréntesis de mi tío, por
que fue mayor la
fatiga provocada por la tos. En cuanto se repuso un
poco, continuó
diciendo:

--Pues bueno, y a lo que te iba: ya estás al tanto
de las cosas y tienes
en marcha tu plan: aquí empiezan las alegrías de la
buena entraña, pero

también las desazones gordas, si no te armas mucho de paciencia, ¡pero mucho, pispajo! Porque vuelvo a decirte que estos hombres, como caerás tú prontamente en ello, no todos son santos. Pero cinco dedos tenemos en cada mano, y no hay dos que resulten iguales: lo mismo pasa entre los hijos de familia; y pasando así en una familia de pocos y de una sangre sola, ¿qué no pasará en una familia de muchos, como ésta en que hay hijos de tantas y tan diferentes madres? Toparás, de vez en cuando, hasta con desagradecidos, y verás que éste es el tropiezo que más duele y el que más obliga a cerrar los ojos para seguir adelante con el deber que uno tiene con Dios y con sus buenas intenciones; y obrando así, hasta llegarás a mirar a esos desdichados como a hijos que más necesitan por sus flaquezas, de amor y de la vigilancia del padre. De todas suertes, la prosperidad y el agradecimiento de los buenos te consolarán de la ingratitud de los que no lo son tanto; porque malos, propiamente, yo no los conozco aquí: la verdad sea dicha. Llevada de este modo la tarea, acabarás por tomarla mucha ley; pero guárdate bien de darla nunca por asegurada, por firme que la creas por todas partes, porque torres más altas y de esa misma hechura se han venido al suelo de la noche a la mañana. Tan seguros como yo a estos hombres, tenía a los de Coteruco mi gran amigo don Román de la Llosía, y ya te he contado cómo y por qué, dos años hace, en cuanto vinieron estas políticas nuevas que hoy nos

gobiernan, en un abrir y cerrar de ojos se le fueron de las manos, y de hombres agradecidos y cariñosos, se convirtieron en fieras enemigas suyas, hasta el punto de verse obligado el caballero, más por dolor de lo que veía que por miedo que lo tuviera, a mudar su residencia a Santander con toda su familia. Y por allá se anda a las fechas, sin apartar los ojos de su pueblo, aunque con el consuelo, últimamente, de ver cómo van echándole de menos allí y suspirando por él los mismos que le vilipendiaron, según van volviendo las heces al fondo de la cuba, revuelta por manos viles.

Lo que te probará, por otra parte, hijo mío, que la semilla buena no puede dar nunca malos frutos, y que a la corta o a la larga, y después de haber sembrado así, lo bueno siempre triunfa y sale a flote por encima de todo. Con esto no te canso más por ahora, y vamos a dejar, si te paez, todos estos cachivaches como estaban.

Procedimos a ello, es decir, procedí yo, porque mi pobre tío no estaba para moverse de la silla, y a duras penas logró sacar de la argolla la llave de la arqueta después de cerrada y abierta por mí varias veces bajo su dirección, para que no se me olvidara el secreto de la cerradura, y mientras iba yo colocando cada cosa en su sitio y trancaba la alacena, cuya llave quiso separar también del llavero, y separé yo al fin, a sus instancias, por no tener él fuerzas ni paciencia para

hacerlo.

Enseguida me entregó las dos llaves, sin consentirme la menor palabra en contra de su decisión irrevocable.

--Pero, alma de Dios--me dijo por último razonamiento--, ¿no te has enterado de que son inútiles ya en mi llavero? ¿No has visto que ni para mover las tablucas desclavadas de la alacena me quedan fuerzas ya? ¿Cómo, sin dar cuarto al pregonero, he de componerme para llegar con las manos a lo que hay dentro de la caja? ¿No lo consideras? Pues sí (lo que no es de esperar) necesitara yo algo de ello en lo que me queda de vida, por no alcanzar lo corriente que anda más a la mano en los cajones de esa cómoda, con pedírtelo a ti estaba el punto resuelto. Conque basta de esta conversación, y a otra cosa... Quiero también que te lleves a tu cuarto estos papeles que estaba yo hojeando cuando entrastes aquí, para que te vayas enterando de ellos si no tienes cosa más divertida en qué entretenerte.

Hizo apresurada y torpemente con todos los que estaban desparramados sobre la cómoda, un revoltijo lastimoso, y me los entregó así. Mientras yo los plegaba y ordenaba un poco mejor, le exponía excusas y reparos que resultaban inútiles: no quería oírme. Cuando acabé mi fácil y breve tarea, me dijo:

--Ahora vuélvete, hijo mío, a tus quehaceres y a ordeñar un poco la cabeza

por la casa; y vete en la confianza de que si con lo
tratado aquí entre
los dos no me has quitado la enfermedad de encima,
me has dado fuerzas y
ánimo que ya no tenía para llevarla sin pena ni mie
do hasta la misma
sepultura; y esto, en mi modo de ver, vale más que
una buena salud.

Después me abrazó, y todavía me dijo antes de mover
me yo hacia la puerta
de salida, volviéndose él hacia la solana:

--Mira, hombre; hasta la ira de Dios parece que se
ha calmado también:
ya no llueve tanto ni truena ni rebomba el viento c
omo antes.

Y era la pura verdad: la misma luz de la estancia,
a pesar de irse
acabando la tarde, era menos triste que cuando yo h
abía entrado en ella.

XIX

Al cerrar la noche de aquel día sólo quedaban del t
emporal unos rumores
lejanos e intermitentes, a manera de jadeo de su ca
nsancio después de
una brega feroz y continua durante semana y media.
Con este motivo fue
la tertulia algo más animada que las anteriores últ
imas, y hasta el
patriarca presidente de ella parecía otro por lo pa
rlanchín que estuvo y
lo espabilado de humor. Bien conocía yo la causa de
l milagro. Como
conocía la de que Facia, al revés de todos los demás

s, anduviera tan
alicaída y tétrica las pocas veces que se dejó ver
en la cocina. Le
faltaban a la pobre aquellos estampidos de la borra
sca en la boca de la
chimenea, que arrojaban sobre los recogidos llares
costras de hollín tan
grandes como la palma de la mano; aquel redoblar de
los granizos en las
puertas y en las ventanas de la casona; aquel chorr
eo incesante de los
goteriales del tejado, y aquel fluir de los aguacer
os por patios y
corraladas, en regatos espumosos que se despeñaban
después por los
declives de afuera buscando el río que ya no cabía
en su cauce. Mirábala
yo compasivo algunas veces, y respondíame ella con
una mirada
melancólica, que parecía significar: «Ya está la bo
nanza ahí; ¿ve usted
qué desgraciada soy?» Y esto era lo que más me preo
cupaba aquella noche,
cuando tanto y de cuenta propia tenía en qué emplea
r la imaginación
después de lo ocurrido dos horas antes en el aposen
to de mi tío. ¿No
tiene cosas bien inexplicables la pícara condición
humana? Pero luego se
cambiaron las tornas y las pagué todas juntas, como
decirse suele,
porque apenas pegué los ojos en toda la noche, y es
o que me había metido
en la cama bastante descuidado por haber visto a mi
tío en la suya
durmiendo con la tranquilidad de un mozo. ¡Entonces
sí que vi con los
pormenores más nimios, y con toda su luz y su corte
jo de premisas,
deducciones y comentarios la escena de aquella tard
e! No pude averiguar
si en definitiva, el pensar tanto y tanto en ella m

e resultaba grato o
me mortificaba: matices había para todo en el cuadr
o y en los
pensamientos. Lo cierto fue que, desazonado y nervi
oso con la batalla de
mis preocupaciones a oscuras, encendí la luz, y que
no bien la hube
encendido, me acordé de los papeles que mi tío me h
abía dado en su
cuarto al despedirnos, y había guardado yo después
en un cajón de la
cómoda.

--Buen recurso--me dije--, para sobrellevar estas l
argas horas de
insomnio.

Levantéme enseguida, cogí los papeles y me volví a
la cama, dispuesto a
enterarme de ellos. Los principales eran tres: el t
estamento de mi tío,
un inventario de sus propiedades valoradas en venta
y renta, y una
memoria dedicada a mí, de letra suya, con los rengl
ones muy torcidos y
bastante emborronada: estaba firmada con fecha post
erior a la del
testamento, y muy poco anterior a la de la primera
carta que me había
escrito después de enfermar.

Empecé por el testamento, que era largo y minucioso
. Después de las
mandas piadosas y benéficas, que eran muchas, entre
ellas una muy
importante relativa a la escuela municipal, hacía m
uy buenos legados a
sus sirvientes, en particular a Facia, a la cual de
jaba en propiedad,
amén de su correspondiente legado en dinero, la cas
ería, con tierras y
ganados, en que había vivido recién casada con el b

ribón que la engañó;
perdonaba todas las deudas a sus convecinos de Tablanca, y las rentas del año en que falleciera a los llevadores de sus haciendas, cabañas y rebaños. Dejaba a mi hermana una finca de dos que poseía en la provincia de León; y del remanente de su caudal, después de hechas éstas y otras menos importantes deducciones, me nombraba a mí heredero, por ser el único varón de la línea directa de los Ruiz de Bejos.

Puestas las cosas aquí, y sin gran sorpresa mía después de lo tratado por la tarde mano a mano con el testador, entré en muy vivos deseos de conocer el valor aproximado del caudal hereditario.

Al fin y al cabo, ¡qué demonio!, era yo también de carne flaca como los demás hombres. Según yo lo esperaba, por antecedentes que tenía adquiridos de mi padre, todo el caudal de mi tío, para un hombre de su modo de vivir, era muy considerable; pero para un Ruiz de Bejos de mis usos y costumbres, ya era cosa muy diferente: mejor dicho, aquel caudal, disfrutado en Tablanca como le disfrutaba mi tío, era una verdadera riqueza; viviendo como yo vivía en Madrid, sin ser manirroto ni mucho menos, me le hubiera comido en pocos años. Así y todo (¿a qué negar lo que no desagrada porque es inherente a la humana contextura?), me sentí muy satisfecho con la herencia, la cual llegaría a hacerme el primer hacendado de Tablanca. ¿A quién le desagrada ser el primero en cualquier parte del

mundo habitado y habitable, por oscura y mínima que ella sea? Valga por compensación de esta flaqueza, la mortificación que sentía con los temores de que no fuera tan desinteresada como yo creía la gratitud cariñosa con que respondía mi corazón a las larguezas y distinciones de mi tío.

Su memoria, redactada con el espontáneo y agradable desaliño que le era propio, se reducía a exponerme, a grandes rasgos, el armazón de su obra benéfica, llamada por él «su deber»; los frutos principales de ella; lo que le costaba aproximadamente cada año en dinero, porque en paciencia, no tenía calo ni medida, y una relación de las familias de Tablanca más merecedoras, por sus especiales condiciones y virtudes, del amparo y la estimación de «la casona». Todo aquello me lo declaraba para mi gobierno solamente. El único encargo que me hacía, y muy encarecido, era el de procurar que no se desmembrara durante mi vida el patrimonio de los Ruiz de Bejos que pasaba a mis manos íntegro y tal como él le había recibido de las de su padre y éste de las del suyo, ni al heredarle mis hijos, si llegaba a tenerlos; y si no, que pasara a los de mi hermana con igual recomendación para los mismos fines, siempre que fueran compatibles con las leyes. Por de pronto y para «lo de puertas adentro» que me dejara guiar por las indicaciones del párroco don Sabas Peña; y si no vivía éste ya, de la persona que me buscaría por su mandato. Él no podía

explicarse con mayor claridad allí, porque los papeles son cosas livianas que se lleva el aire fácilmente, «y vaya usted a saber en qué manos van a dar a lo mejor». Después me nombraba las personas encargadas de administrarle las fincas «que radicaban» fuera del valle y de la provincia, y concluía advirtiéndome que, como ya se declaraba en el testamento, a la hora en que escribía aquellos renglones no debía nada a nadie, como no fuera su alma a Dios, en cuya misericordia confiaba y a quien pedía que hiciera el milagro de que yo sintiera alguna vez el deseo de dejar los huesos en el campo santo de Tablanca, después de haber vivido muchos años en la casona de los Ruiz de Bejos.

Como los demás papeles, aunque relacionados con el caudal de mi tío, no me ofrecían gran interés, renuncié a su detenida lectura por entonces, y consagré el tiempo que tenía bien de sobra a espaciar la imaginación, a ojos cerrados, por el campo variadísimo de los sucesos de aquel día. Así me cogió el sueño muy cerca del amanecer. Cuando desperté, entraba la luz en mi gabinete por el cuarterón que siempre dejaba entreabierto en la puerta de la solana. Me pareció que la luz era más alegre que la que me había saludado en idénticos casos durante la última quincena, o que estaría el sol ya muy arriba, lo cual no sería extraño por lo tarde que me había dormido por la noche. Miré el reló que tenía a la cabecera de la cama, y vi que eran poco más de las ocho. A pesa

r de la falta que me
hacía dormir un buen rato más, levantéme y abrí tod
o el cuarterón. El
poco cielo que veía desde allí, estaba raso y azul
como un paño de seda,
y el sol bañaba ya todos los picachos del Oeste. Re
lucían las peñas y
los troncos y los bardales y los suelos por todas p
artes, eso sí, y se
sentía un frío húmedo y pegajoso que llegaba hasta
los huesos; pero
estaba risueña y en calma la Naturaleza, y esto lev
antaba mucho los
ánimos.

Pensando más que en estas cosas en mi tío, a quien
anhelaba saludar como
todos los días al levantarme (especialmente desde q
ue andaba tan
alicaído, y me había recomendado mucho el médico la
mayor vigilancia
sobre él), y barajando con este sentimiento los rec
uerdos que se iban
despertando en mi memoria, despaché en el aire mis
operaciones de
tocador.

«Y vamos a ver--decíame a mi propio en cuanto me ha
llé dispuesto a salir
del cuarto--, ¿qué cara pongo a mi tío después de l
o que ha pasado esta
noche? ¿En qué temple de ánimo, en qué estilo he de
expresarle «lo que
procede»? Y ¿cuál es «lo que procede»? Porque él de
be dar por hecho que
a estas horas estoy enterado de todo; y en casos ta
les, un grado menos
de lo justo en la expresión de lo que se siente, de
snaturaliza la
seriedad de un papel y hasta pone en ridículo al ac
tor».

Afortunadamente se anticipó él mismo a sacarme del
atolladero. Sin
responder a la salutación que le hice en la cocina,
adonde había ido el
infeliz desde la cama, me dijo, porque estábamos so-
los en aquel momento:

--Como ya habrás leído los papeles que te entregué
ayer tarde, por lo
menos el principal de todos, quiero, y así te lo ma-
ndo, que no me hables
una palabra ahora ni después ni nunca, de esos part-
iculares ni de ningún
otro que sea pariente de ellos. Hazte la cuenta de
que no ha pasado nada
entre nosotros de dos semanas acá, y atente a ello
si deseas darme
gusto. ¿Entendístelo? Pues en la creencia de que sí
, te digo ahora,
respondiendo a tu pregunta de antes, que he pasado
una noche de las
buenas, ¡de las buenas, trastajo! He dormido más de
cuatro horas, y no
he tosido veinte veces.

Por este camino tan cómodo salí del compromiso que
tanto me apuraba, y
bien sabe Dios cuánto me alegré de ello. ¡Sobre que
las resoluciones de
mi tío habían de ser irrevocables!... Pero ¡qué mal
o estaba el pobre, no
obstante la extraordinaria mejoría de su espíritu!
¡Cómo se iban
conociendo de día en día, en su cuerpo aniquilado,
las zarpadas de la
muerte!

Hacia las once de la mañana aparecieron en la cason-
a don Pedro Nolasco y
toda su familia, es decir, su hija y su nieta, y fu-
eron recibidos en mi
habitación, donde también había brasero y nos hallá

bamos mi tío y yo con
Neluco que había ido a hacerle su visita diaria. Li
ta llevaba la cabeza
envuelta en una esponjada toquilla de color azul ce
leste, que realzaba
la frescura de su linda cara sonrosadita por la cru
deza del aire
serrano, y todo el cuerpo gentil arrebujaado en un c
hal de lana gris, de
mucho abrigo. Según entraba y hablaba en su estilo
regocijado y
pintoresco, iba destocándose la cabeza y desenvolvi
endo el airoso cuerpo
con sus ágiles manos medio cubiertas por mitones ro
jos de estambre.
Mirándola a ella y mirando al sol que inundaba el v
alle, tras unos días
tan negros y tan tempestuosos como los recién pasad
os, yo no sé por qué
llegué a ver en la nieta de don Pedro Nolasco, algo
así como la paloma
que volvía al arca anunciando que había cesado ya l
a ira de Dios y que
toda la Naturaleza surgía de los abismos de tiniebl
as purificada de las
culpas e iniquidades de los hombres. Don Pedro Nola
sco hacía temblar las
paredes con el estruendo de sus ponderaciones de lo
recio y de lo crudo
del temporal. No recordaba otro como él de muchos a
ños atrás. Había
estado como sin sangre en aquellos días, y no hubo
durante ellos lumbre
que alcanzara a meterle en calor. Y bien se conocía
n, sin que él los
ponderara, los chamuscones que se había dado, porqu
e apestaba desde
lejos a humo de cocina, y tenía la piel como los ch
orizos curados y
hasta con hollín. Mari Pepa no veía motivos para ta
ntas ponderaciones:
aquel temporal había sido como otros muchos que hab

ían pasado y que pasarían. Lo único de él que la mortificó verdaderamente, fue el privarla, y privar a todos los de su casa, de ir a hacer un rato de compañía a don Celso y ver cómo andaba de salud. Y a eso iban entonces, aprovechando el primer sol que se veía después de una quincena de aguaceros y «celleriscas», y sobre todo ello se habló mucho en muy poco tiempo, quitándose unos a otros la palabra, mientras Lita, corriendo su silla hacia la mía que estaba alejada del brasero, me contaba, casi al oído, lo alarmados que estuvieron todos en su casa con las noticias que Neluco les iba dando de mi tío, al pasar por allí de vuelta de sus visitas, y el trabajo que le había costado a ella disimular la pena que acababa de sentir al encararse de pronto con don Celso. ¡Qué «mortalón» le veía, Virgen y Madre de Dios! Y tras esto, me acosó a preguntas: si comía, si descansaba, si conocía su estado, si me daba mucho que hacer, si podían ellos hacer algo en alivio nuestro; porque ya se sabía que casa sin mujeres, andaba como Dios quería en los apuros graves. Buena era Facia, buena era Tona; pero... al cabo, al cabo. Vaya, que no era lo mismo. Su madre era una gran enfermera, y ella tenía a buena voluntad; y cuando llegara el caso, si desgraciadamente llegaba, que no anduviéramos con miramientos que no pegaban bien entre vecinos a migos y hasta parientes.

Como a lo más de esto tuve que responder, y la conv

ersación continuaba
enredándose en el otro grupo con la inagotable verb
osidad de Mari Pepa,
y hasta se marchó Neluco de la visita, porque tenía
que hacer otras dos
antes de comer, y, sobre todo, porque estaba yo muy
a gusto al lado de
aquella criatura tan atractiva, lo tratado entre lo
s dos se fue
enredando también poco a poco, hasta extraviarse al
fin por derroteros
que ninguna comunicación directa tenía ya con el pu
nto de partida.

Todas las mujeres que yo llevaba tratadas en el mun
do, con más o menos
intimidad, como formadas en un mismo plantel y educ
adas con unos mismos
fines, salvo muy importantes diferencias plásticas
, de esas que tocan
más al cuerpo que al espíritu del observador, me ha
bían dado en
definitiva una suma de semejanzas morales que llegó
a parecerse a la
monotonía, según mi manera particular de ver esas c
osas; y de aquí, es
decir, de esa condición mía, de la desgracia o de l
a fortuna de no haber
sido formada mi naturaleza del mismo barro que la d
e otros hombres
llamados «impresionables» la falta de verdadera cur
iosidad y, por
consiguiente, de hondo interés hacia aquellas mujer
es, a pesar de haber
vivido con ellas en continuo trato. Pero el caso de
Lita ¡era tan
diferente de los otros casos! Por de pronto, yo enc
ontraba a su lado una
complacencia, una delectación muy extraña y enteram
ente nueva para mí.
Buscando una comparación para este sentimiento, ven
íanseme a las mientes

ejemplos muy raros: verbigracia, los lienzos recién lavados y secos, el heno de las praderas con su fragancia «a salud y el agua de las fuentes rústicas con su pureza transparente. Aspirando la una, podían pasarse «las horas muertas» contando las pedrezuelas relucientes del fondo de la otra. ¡Placer bien primitivo y candoroso ciertamente! Pero era un placer, al cabo, para quien no había hallado otro equivalente entre los refinados artificios del mundo; y por eso sin duda, le daba ya tan alto precio en aquellas bravías soledades.

Ello fue que la tentación de contar las pedrezuelas de la fuente me entró aquel día con doblada fuerza que en otras ocasiones, y que no pudiendo resistirla, me lancé a la empresa, tomando por pretexto el temporal pasado, nuestras forzadas encerronas por su culpa, y los que nos esperaban a las puertas del lugar. Porque yo me preguntaba, viendo, admirado, aquella criatura de tan equilibrado organismo: pero, señor, ¿de qué se alimentan esta alma tan regocijada y satisfecha, y esa cabezita luminosa que irradia los pensamientos sin el estorbo de una sola nube, en el mismo campo en que yo, hombre atiborrado de lecturas y de recuerdos, no hallo con qué levantar un poco el espíritu en cuanto se nubla la luz del sol? ¿Qué cantidad de ideas puede haber en ese cerebro, de qué calidad serán y cómo las ha adquirido? No llegaba yo con mis preocupaciones de hombre mundano hasta el extremo de creer que no

pudiera llevarse con resignación la vida desconociendo totalmente la magia del gran escenario de mis preferencias, porque tenía en contra de este absurdo el ejemplo de Mari Pepa y el de su amiga de Robacío, que eran el colmo de la felicidad dentro de ese mismo desconocimiento absoluto, sin contar las rudas y sedentarias labradoras que no sabían lo que era una pesadumbre. Pero Lita era mucho más que esto, y mucho más que su madre y que la hermana de Neluco, con no haber visto mayor cantidad del mundo, ni bebido las ideas en mejores fuentes que ellas. Tenía unas afinaciones, unas delicadezas de sentido y un alcance de vista en las honduras de las cosas, aunque tratadas medio en chanza y a la ligera, que solamente las concebía yo en las inteligencias muy cultivadas.

El caso fue, repito, que di principio a la investigación, movido de una curiosidad muy grande; pero teniendo buen cuidado por acomodarme en lo posible a las naturales condiciones del terreno, de allanarme yo mismo al nivel de lo más sencillo y rudimentario: casi, casi, me introduje en su conciencia por las puertas aprendidas en la infancia en el catecismo del Padre Astete. «Sitios por donde había andado, ocupaciones que había tenido». En sustancia, de eso vinimos a tratar en los comienzos de mi labor. De lo primero no supe más que lo que ya sabía a por Neluco Celis: un mundo de cuatro leguas, escasas, a la redonda de Tablanca; dos o tres

familias del pelaje de la suya, esparcidas por él;
dos ferias cada
primavera, si el invierno no había sido muy largo,
y tres o cuatro
romerías en el transcurso de cada verano. ¿Deseaba
ver algo más que eso?
¡Psh!... por desear propiamente, no. Ahora, alegrar
se de tener ocasión
de conocerlo un poco, puede que sí, porque a nadie
le amarga un dulce;
pero de todas suertes, a ella se le figuraba que no
había de encontrarse
a gusto entre tanto y «tan pomposo» revoltijo. Una
amiga suya, de más
allá del Puerto, la mandaba algunas veces un periód
ico de modas que ella
recibía cada semana: por los dibujos y las explicac
iones de ese papel,
estaba al tanto de cómo se vestían las señoras para
ir a las grandes
fiestas y al paseo. «¡Virgen la mi madre», cuánto d
inero debían de
gastar en esas galas y diversiones, y qué mal la se
ntarían a ella tantos
lujos, avezada a las pobreza de una aldeúca montés
y qué avergonzada se
vería en aquellos festivales tan resplandecientes,
debajo de unos
perifollos que no sabría manejar!... ¡Quita, quita!
Bien se está San
Pedro en Roma. Algo más que las estampas de aquella
s señoras, la
entretenían en el papel unos dibujos de labores que
se hacían fácilmente
y sin costar mucho dinero. De éstas había ido llenan
do la casa. También
había aprendido en el mismo papel a cortarse los ve
stidos y chaquetas.
¿Qué mejores entretenimientos para pasar horas sobr
antes? Porque cuando
no tenía labor para sí propia o para los de su casa
, se la daban bien

abundante la mitad de las mozas de Tablanca. ¡Como ella no sabía negarse, y las otras pobres no conocían otro refugio o cuando se trataba de las galas domingueras!... «¡Pero qué curiosón era yo, Virgen de las Nieves! ¿Si querría burlarme de ella?» ¿Por qué la preguntaba esas cosas, ni qué podían importarme a mí, que tanto había visto por el mundo y conocería a tantas damas de las lujosas del papel? Ya contaba yo con esta salida de los carriles del asunto, lugar común de toda clase de interlocutoras en diálogos por el estilo: pura modestia. ¿Cómo no había de interesarme a mí, más que todo lo que llevaba visto de lo que hay y se ve en todas partes, aquel hallazgo tan lindo y tan nuevo, donde menos se podía esperar? No eran adulaciones ni «cortesánías de madrileño» estas palabras: podía jurárselo, y esperaba ser creído sin que ella me pusiera en un extremo tan desfavorable para mi formalidad. En esa confianza, lejos de enmendarme, reincidía en el supuesto pecado, y a la prueba si no. Lecturas. ¿Cuáles eran las que más la gustaban? ¿Qué libros había leído?... ¡Libros ella!... Si yo me refería a los que se usaban ahora. No pasaban de tres: dos que le había prestado la amiga del papel de modas, y otro que había traído su padre de Andalucía. Los de la amiga trataban de amoríos muy tiernos que la pusieron algo triste, porque le daba lástima de los pobres enamorados: en los dos libros se veían y se deseaban las parejas de novios para salirse con la suya. El

libro de su padre tenía estampas, y era una historia de bandoleros que robaban y mataban y eran al mismo tiempo muy blandos y muy nobles de corazón. Eso no lo podía entender ella bien... Pues estos libros y «los de casa» eran los únicos que había leído en toda su vida. Y ¿cuáles eran «los de casa»? Pues uno muy grande y muy antiguo de _Cartas_ de Santa Teresa, que ya se le sabía de memoria; el _Año Cristiano_, que leía en alta voz su madre todas las noches por el capítulo del santo correspondiente al día; la _Guía de pecadores_, que su abuelo leía del mismo modo de vez en cuando, y de tal arte, que la llenaba de espanto y no la dejaba dormir con sosiego después, en media semana; y, por último, _Don Quijote de la Mancha_. Éste le leía ella sola para sí, aunque salteando algo la lectura, porque muchas cosas que había allí no eran para gustadas de pronto por una mujer tan ruda como ella. Sobre la calidad de las personas de su trato, ya me había dicho lo principal; el resto, «a la vista lo tenía...». «Pero, Señor de los cielos--volvía a decirme--, ¡ni aunque estuviera obligada a confesar me con usted!»

Y de este género eran todas las pedrezuelas que fui contando y estudiando en el fondo de aquella fuente cristalina y tentadora. Yo comprendía que con ello solo pudiera Lita conformarse y vivir alegre sin desear otra cosa mejor («mejor» según mi criterio), y que con una travesura natural y una inteligencia tan clara como

las tuyas, se
pudiera llegar hasta el disimulo de muy apremiantes
deseos; pero aquel
arte delicado con que manejaba la escasez de sus re-
cursos «exteriores»,
¿dónde le había aprendido? ¿Cómo podían concebirse
tantos y tan variados
registros en una máquina tan simple? Este era el ca-
so extraño para mí.

«¡Pero qué majadero soy!--me dije de pronto, al sen-
tir el paso de un
recuerdo por mi memoria--, ¿qué más escuela ni qué
más libros necesita
que Neluco?»

Sentí también remordimientos de conciencia, como si
estuviera poniendo
mis manos en el tesoro de un amigo, y me apresuré a
dar un tajo a la
conversación, llevando enseguida los restos de ella
hacia la otra que ya
estaba en la agonía por falta de materia o por sobr-
a de cansancio entre
los interlocutores.

Marcháronse poco después los visitantes, dejando a
mi tío muy fatigado
con la conversación en que había tomado, por rebeld-
ías de su
temperamento, más parte de la que debiera, y yo lle-
vé mi cortesía en
aquella ocasión al extremo de acompañar a la famili-
a de don Pedro
Nolasco hasta el pedregal en que empieza a descende-
r la cambera hacia el
pueblo. ¡Qué graciosamente pisaba Lita con sus prim-
eros almadreñas, y
con qué donaire se recogía los pliegues airoso de
su vestido, que
apenas dejaban ver dos dedos de media blanca sobre
el ancho y peludo

ribete de las zapatillas!

Por la noche me dijo Chisco asaltándome en el pasado que seguía yo para ir a la cocina, de la cual salía él:

--¿No tenía usted ganas de probarse un poco en algo de caza mayor?

Respondíle que sí, temblando sin saber por qué, y añadió:

--Pos a la mano tiene la proporción de eso.

--Explícate--le dije algo nervioso, sin duda por el exceso de mi curiosidad.

--Se ha visto el oso.

--¿En dónde?

--Encima del mismo rejoyón del Salguero: a hora y media de aquí.

--Bien; pero... de paso.

--¡Qué! no, señor: encuevándose.

--Conque... encuevándose... Y ¿quién le ha visto?

--Chorcus, esta mañana, viniendo del invernadero de Pichachus.

--¿Está bien seguro de haberle visto?

--Como yo de que estoy viéndole a usted ahora mismo; y el ojo suyo no falla para esas visualizaciones, ni el golfatu tampoco, porque usted tiene de sagüeso finu.

--Corriente... y ¿qué pensáis hacer?

--Pos salir los dos de madrugá a dale los güenos días.

--¿Solos?

--Y ¿pa qué más? No será la primer vez... Pero como
usté me tenía
alvertiu de tiempos atrás que si se presentara una
proporción de esas,
la aprovecharía con gustu...

--Tienes razón, y has hecho muy bien en avisarme...
¡Vaya si te lo
agradezco!... hasta por la reserva con que lo haces
, sin duda para que
no se entere mi tío. ¿No es verdad?

--Muchu que lo es... ¡como que por eso iba a buscal
i a usté a su mesma
sala, cuando le healcontrau en el caminu... pa que
no se enteri el amu
que está en la cocina!... Porque el recau no me lo
dio Pitu hasta jaz un
cuartu de hora.

--Perfectamente... Pues la palabra es palabra; y si
la salud de mi tío
lo permite, iré con vosotros con muchísimo gusto, ¡
ya lo creo! Pero
entendámonos: ¿cuánto durará esa expedición?... por
que yo no puedo
dejarle mucho tiempo solo.

--Ni yo tampoco faltar de casa más de lo regular. A
unque pa la amañanza
del ganau, ya deju quien jaga mis vecis... Usté cue
nti por seguru que,
enterus o en peazus, estamos de güelta pa la hora d
e comer.

--¡Qué cosas tienes, hombre!... Conque enteros o en pedazos, ¡como si fuera tan arriesgado el lance!

--No es de bodas propiamenti; pero claru está que el dichu fue sólu por decir. Tocanti a lo demás, si tien usté el menor... vamos... el menor recelu por la bestia, que no deja de imponer un poco la primera vez... y también las siguientes, no venga, que compromisu de eyu no hay firmau.

Me tocó en lo vivo la salvedad del mozón, que no estaba fuera de lo prudente ni dejaba de venir al caso, y me la eché de terne, preguntándole con brío bastante forzado:

--¿Qué armas hay que llevar?

--Pos la escopeta con cartuchu de bala, y güen acopiu de eyus; el cochillón de monti por si es casu...

--¿Crees que podrá hacer falta, eh?

--A mí me ha prestau güen serviciu más de una vez... y llévisi también esi cachorriyu de muchus tirus, que no sé cómo le y aman ustéis.

--¿El revólver?

--Esi mesmu.

--¿Y nada más?

--Y güen oju y mejor pulsu.

--Pero, hombre... me parece a mí que para una bestia sola, siendo tres

los cazadores, no se necesita tanto arsenal...

--Si estuviera sola propiamente, con el primer tiru le bastaba, si era mío; pero como está encuevâ, ¡vaya usted a saber!... Hay que mirar las cosas.

--En resumen, ¡canario! ¿vosotros vais con alguna confianza?

--Y si no la yeváramus, no juéramus.

--Pues mañana, cuando sea hora de emprender la marcha, entras en mi cuarto; y si estoy dormido, me despiertas. Te prometo que si no tiene novedad mi tío, iré con vosotros; pero si desgraciadamente la tuviera... ya ves tú... Conque hasta mañana.

Yo no sé qué cara pondría Chisco oyéndome hablar así, porque en el pasadizo donde estábamos conversando a media voz, no se veía la mano delante. No sé más, sino que carraspeó un poquito y que, sin añadir una sola palabra a las mías, echó a andar hacia la escalera, mientras yo me dirigía a la cocina donde se oían ya los parleteos de los primeros tertulianos.

XX

¡Virgen santa, qué noche pasé! Antes de acostarme le había dicho a mi tío que si él se encontraba bien y no me necesitaba

para alguna cosa,
pensaba madrugar y subir a la montaña con Chisco para estirar un poco las piernas y quemar algunos cartuchos, si había ocasión de ello.

El pobre hombre, que se recreaba en hacerme agradables o, por lo menos, llevadera la carga de mi destierro, aplaudió con toda su alma mi propósito, ¡cuándo hubiera dado yo algo bueno porque me le quitara de la cabeza con un par de razones transmisibles «decentemente» a Chisco por mí! No lo podía remediar: el compromiso adquirido con él para el día siguiente, me inquietaba mucho; y al verme solo en mi aposento después de dejar en el suyo a mi tío, cuya condescendencia a mis declarados propósitos me había parecido algo como firma de juez al pie de una sentencia de muerte, me inquietó mucho más; y cuando metido ya en la cama, después de preparado el arsenal que me había recomendado Chisco para la batalla, me quedé a oscuras, la inquietud anduvo rayando con la fiebre. Y yo creo que el caso no era para menos. Dígamele a un hombre de las ciudades, hecho a todas las molicias de una vida regalona: «vas a vértelas mano a mano con una bestia de las más feroces y temibles, en el fondo de una caverna del monte, expuesto a que la fiera no esté sola y necesites defenderte de otra o de otras del mismo linaje»; y a ver qué carnes se le ponen a ese sujeto, por templado que sea. Cierto que Chisco y su camarada habían de llevar la mayor parte en el empeño brutal, y que

ya no eran nuevos para ellos esos lances terribles;
pero al cabo eran
dos rudos montañeses con más corazón que entendimie
nto, sobre todo Pito
Salces, que no tenía sentido común; y vistas las co
sas por este lado,
había mucho y muy grave que temer, racionalmente pe
nsando.

Pues en cuanto me quedé dormido, ¡qué sueños! Manad
as de osos por todas
partes, y osos de todos tamaños y colores; y por re
mate de estas
visiones, una caverna tremebunda llena de ellos: tr
es de los más lanudos
y graves, sentados en una peña del fondo; los demás
, en apretada masa,
ocupando todo el ámbito hasta la boca de entrada, m
enos un espacio muy
reducido entre la primera fila de la masa y los tre
s animalotes de la
peña. En este espacio estaba yo, que era el reo en
aquella especie de
juicio oral, y aún quedaba junto a la peña y casi e
nfrente de mí el
hueco suficiente para otro oso descomunal que se en
tretenía en afilar
las uñas en un canto gordo del suelo, mientras se p
asaba la lengua por
los hocicos y me miraba con ojos sanguinolentos bal
anceando la cabeza.
Aquel oso era el verdugo de allí, que esperaba a qu
e los jueces dieran
el berrido que me condenaba a muerte, para zamparse
una buena ración de
mis pedazos y arrojar los restantes a la muchedumbr
e que ya se había
comido a Chisco y a Pito Salces, con escopetas y to
do. Bien empleado les
estaba, por andarse en guapezas temerarias con aque
llos animales que no
se habían metido con nosotros.

Intentando estaba el último esfuerzo sobrehumano para hacerme entender de aquel fiero tribunal, cuando me arrancaron de las garras del sueño unas cuantas sacudidas de Chisco que acababa de entrar en mi cuarto. Pues con verme así libre de tan angustiosa pesadilla, aún hallé cierta semejanza entre mi despertar y el del reo en capilla por la llegada del verdugo para vestirle la hopa.

Amanecía ya, y, por las trazas, un día de los más esplendorosos y templados que podían concebirse en aquella estación y en aquel pueblo. Por esta puerta no había escape, y me vestí con la resolución de un héroe; pero no me eché encima el armamento sin saber antes cómo había pasado la noche mi tío, que de seguro estaba ya despierto, si no levantado, según su costumbre de madrugar tanto como el sol mientras le quedaran fuerzas bastantes para arrojar sus huesos de la cama. Me dirigí en el acto a su habitación, por las rendijas de cuya puerta se veía luz. Llamé, y en seguida oí su voz que me mandaba entrar. ¡Que Dios me perdone si en algún rinconcillo de los más oscuros y remotos de mi corazón, se ocultaba un germen siquiera de inconsciente deseo de hallar en la salud del pobre hombre algún ligero trastorno que justificara en mí una resolución terminante de no salir de casa «por entonces»!

Tan ricamente había pasado la noche y tan animado le hallé acabando de

rezar sus oraciones acostumbradas, que me costó mucho trabajo reducirle a que no me acompañara hasta el portal. En vista de ello, despedíme hasta el mediodía, y me volví a mi cuarto donde me aguardaba Chisco... y el café caliente, con tostadas, que por encargo del mozo me había preparado Tona... En fin, que media hora después estábamos Chisco y yo, armados hasta los dientes, en el portal, donde Pito Salces, con su espingarda al hombro y una perruca faldera al lado, entretenía sus impaciencias oliscando a Tona en sus trajines de arriba.

Soltó Chisco el _Canelo_ que ya latía en su perrera, oliéndose lo que se estaba fraguando entre nosotros, y me mostró su regocijo, al verse libre, poniéndome las manos sobre el pecho... y a riesgo de perder el equilibrio con la fuerza de sus cariñosas demostraciones.

Andando ya monte arriba, me declaró Chisco, en respuesta a una insinuación mía, que no habían querido, él y Chorcos, enterar a nadie más que a mí del hallazgo del oso, porque tal como se presentaba el lance, era «cosa corriente» y a «cañón posau...» y cuantos menos bultos, más claridad. No era yo de su parecer, y creía que, cuando menos, la compañía, por ejemplo, de don Sabas, nos hubiera venido de perlas. Que no y que no, y que ellos sabían muy bien lo que se pensaban. No dije una palabra más sobre el caso.

Tampoco tenía duda para mis acompañantes que el animalote aquél debía haberse dado, durante el temporal, la gran vida en su refugio, porque hartos lo parlaban el esqueleto fresco y casi mondo de una yegua, visto por Pepazos en una «rejoyá» de las cercanías de la cueva, y una becerruca extraviada de la cabaña, al ir al abrevadero desde el invernadero de Escajales, que no había vuelto a aparecer. Era, por más señas, de Maquileros, un vecino del Tarumbo. De manera que se trataba de un oso cebado en carne fresca y a qué quieres, boca. ¡Excelente ocasión la de nuestra visita para afinar el apetito de su merced!

Enlazado naturalmente con esta conversación, vino el plan de ataque a la fiera en su misma guarida después de cerciorados nosotros de que estaba en ella. La cosa no podía ser más fácil, tal como la ponían los dos cazadores que conocían a palmos la cueva y sus inmediaciones. También se discurrió sobre la eventualidad de que su merced hubiera salido de paseo o en busca de provisiones al llegar nosotros a su casa, en la cual habría señales infalibles de su modo de vivir y de la mayor o menor frecuencia con que la abandonaba. Pero si había familia en el domicilio, como era también de creerse, serían muy contados los ratos que faltara de él la madre... «u el padre». De modo que resultaban posibles contra nosotros tres, en aquel desatinado empeño, dos osos, sin contar la prole, que podía ser abundante y talludita. Por sup

uesto que me guardaba
muy bien de apuntar estas observaciones que se me iban ocurriendo a
medida que hablaban los dos mozallones: tenía empeñado mi amor propio en
aquella empresa, y no quería que se interpretaran mis razones de sentido
común, por señales de encogimiento.

Después vinieron los consejos y las instrucciones para mí, que jamás me
había visto en otra. Me parecían muy bien, sólo que todos ellos se
fundaban en una misma base: la serenidad y el buen pulso. ¡Como si estas
pequeñeces se llevaran, en lances tan peliagudos, en el morral de las
provisiones o en el cinto de la cartuchera! Acordábase yo entonces, de
algo semejante que había visto en una piececita francesa muy graciosa.
Cierta mercadería de pieles se presenta en una aldea del Pirineo con
un buen acopio de ellas, adquirido en Argel: por esto, y por llevar los
fardos y las maletas determinadas iniciales, y por algo que él dice
sobre el clima africano y las cacerías en aquellas selvas, tómanle los
sencillos aldeanos, que eran muy aficionados a la caza, por un famoso
matador de leones. Déjase correr él que lo ha notado, porque le tiene
cuenta la equivocación para sus fines mercantiles, y comienza el asedio
de preguntas de aquellos admiradores entusiastas del perínclito francés.
«Pero, vamos a ver--llegan a preguntarle--, ¿cómo puede un hombre
ponerse cara a cara con un león y atreverse a soltarle un tiro?» A lo
que responde muy sosegadamente el peletero: «De la

manera más sencilla.

¿No se han visto ustedes alguna vez cara a cara con una liebre? Pues imagínense, en cuanto estén delante del león, que el león es una liebre... y no hay más.» «Efectivamente--replica el menos optimista de los preguntantes, rascándose la cabeza--; sólo que me parece un poco difícil hacer esas suposiciones delante del león.»

La montaña, desde que yo no andaba por ella, había cambiado mucho de aspecto: los robledales que dejé bastante bien vestidos todavía, aunque con el ropaje mustio y amarillento, se hallaban completamente desnudos, y lo mismo les pasaba a las hayas y a los arbustos de «hoja mudable». El suelo estaba «deslavado»; la yerba de las brañas, tendida y atusada como el pelo de una cabeza recién sacada del agua, y era cada hondonada un torrente. Según íbamos ganando altura, encontrábamos más a menudo grandes placas o «tresechones» de granizo congelado en las laderas sombrías, y desde los picos de Europa hasta los de Sejos, todas las cumbres que se alcanzaban a ver estaban cubiertas de nieve, en la que centelleaba el sol al herirla de frente con sus rayos.

Así era el aire ambiente, frío y cortante como una navaja de afeitar. Pues con todo ello y con lo penoso que era de andar el camino que llevábamos, por lo resbaladizo del suelo y la multitud de obstáculos que nos oponían los desbordados arroyos, no me iba pareciendo largo. Puede

que consistiera esto en las pocas ganas que yo tenía de llegar al fin de nuestro viaje; porque desde luego no consistía en lo divertido de mi conversación con los dos mozones ni en los extremos de regocijo a que se entregaba Chorcocos a cada instante, como si fuera a sus propias bodas. Tal era su irracional inquietud, que andaba dos o tres veces el camino, igual que los perros que iban con nosotros. Intentando pararle los pies un poco, pero muy principalmente lanzar la conversación a otro terreno más agradable, solté entre ambos el tema de sus amores con las respectivas mozonas. Pito acudió a mi llamada como un mastín a la mano que le ofrece medio pernil. Chisco, que caminaba a mi lado sin perder el compás de sus aplomados movimientos, apenas dejó de escrutar en una mirada sosona y descolorida, que se había enterado de la alusión. Chorcocos me declaró sin ambages que estaba «amerluzaón del too» por la criada de mi tío; la tenía en las «telucas de los ojos» y «metía de patas en el corazón. Vamos, ¡puches!, que si no se salía con la suya, no sabía lo que sería de él». Ella, hasta la presente, no le había dicho que no... ni tampoco que sí; verdad que él, por su parte, no había sido todo lo claro que debía de ser... «¡Puches, lo que le encogía el respeto en cuanto se veía a la vera de ella! Pero la madre... y don Celso... y la cara que la misma Tona le ponía a lo mejor... ¡y pué que por verle tan acobardao!... De toas suertes, ¡puches!, Tona era Tona, y él acabaría

por salirse con la suya, o por ajuegarse de hipu am orosu, pero no con el ñudo del pasapán...»

Era lo mismo, _plus minusve_, que ya me había dicho otras dos veces andando conmigo por los montes. De manera que en aquellas fechas no había adelantado su negocio un solo paso.

Tampoco el de Chisco, según éste me confesó muy sereno, y eso que le tenía algo más adelantado que Pito Salces el suyo. Tanasia había llegado a decirle claramente que «por su parte, sí, y de aquí no intentaba pasar el de Robacío, porque sabía que el Topero le rechazaba por no ser de Tablanca y por ser pobre, dos cosas que él no podía remediar. Acordéme yo entonces de que la segunda tenía remedio en el testamento de mi tío, y le dije:

--Es verdad que la primera es irremediable; pero la segunda ¿por qué ha de serlo, Chisco? A lo mejor amanece por lo más obscuro... o si no suben los muladares, bájanse los adarves, y allá salen los unos con los otros en altura.

--Psh--me contestó encogiéndose de hombros--, y, por último, que se queden las cosas como están. A mí no me ajondan tanto como a Pitu esos malis en la entraña. No val Tanasia menos que Tona; pero tan rogá, tan rogá, se van quitando pocu a pocu las ganas de eya. .. y tamién, esu de que le pongan a unu en puja y en remati con un jastial como Pepazus...

vamus, que jaz mal estómagu... Y, en finiquitu, el güey sueltu bien se lambe, y pué que sean permisión de Dios esos trompi ezus, pa librarme en el día de mañana de otrus que me descalabrarán pa t oos los días de mi vida... Dende que tuvi dientis pa royeli, estoy gan andu el pan en casa ajena, y no me ha idu mal así. ¿A qué apurase un hombre por cambiar de suerti cuando no sabi lo que han de dali por lo que deja?

Con estas filosofías de Chisco y las intemperancias de Pito Salces, acabamos de subir una ladera de suelo escurridizo, y nos vimos al comienzo de una ancha sierra que descendía en suaves ondulaciones hacia nuestra izquierda. Atajábala por allí el frontispicio pedregoso de un alto monte que la dominaba en toda su longitud, y estaba separado de ella por una barranca. Sobre ésta se alzaba, y como al medio de aquel perfil de la sierra, un peñón blanquecino que parecía la capucha, vista por detrás, de un manto de titanes, pardo oscuro, extendido allí para secarse a los rayos del sol que iluminaba toda la vasta superficie.

A la derecha del peñón comenzaba una mancha verdinegra, como de monte bajo, que desaparecía pronto en las sombras de la barranca; y a la izquierda, un pedregal de poco relieve entretejido de malezas.

Apuntando al peñón me dijo Pito Salces en cuanto nos vimos en la sierra, porque Chisco ya lo sabía por serle bien conocido e

l escenario:

--Ayí está la cueva aonde vamos.

Me temblaron las carnes. Y luego añadió apuntando a l perfil más elevado de la sierra, hacia nuestra derecha y refiriéndose al oso:

--Bajandu de ayí y como dende la metá del caminu ha sta onde nos jayamus nusotrus, lu vi ayer. Salía de aqueyus carrascalis y se jue por delanti del peñascu onde está la boca de la cueva; y no pas ó al lau de acá, ni se golvió por el otru, porque yo no aparté el oju d e ayí mientras anduve a güen pasu el caminu, ni en la media hora larga qu e aquí mesmu estuvi parau.

Chisco, sin decir una palabra, ató el _Canelo_ con un cordel que llevaba liado a la cintura, y mandó a Chorcos que hiciera o tro tanto con la perruca, antojándoseme a mí que había leído en la a ctitud sobresaltada de aquellos nobles animales, la confirmación de los supuestos de Pito, al cual advirtió, con la amenaza de amarrarle a él también si no tomaba en serio la advertencia, que no hiciera cosa alguna sin que se la mandaran hacer.

Con todos aquellos preparativos y mandatos, y muy s ingularmente con lo raso y desamparado de la extensión que había entre el peñasco y nosotros, acabé de amilanarme. ¿No era una barbarid ad asaltar a pecho descubierto la guarida de una fiera? Se lo dije a C

hisco y me respondió,
muy secamente, que no, añadiéndome que lo important
e era que no le
faltara a nadie la serenidad: en teniéndola, todo l
o demás corría de
cuenta de él.

La alusión no podía ser más directa a mí, porque Pi
to, de tan bruto como
era, pecaba precisamente por el extremo contrario.
Entendíla, dolióme,
hice de tripas corazón, y dije al de Robacío:

--Por donde vaya otro hombre, iré yo: tenlo entendi
do así.

--Pos con eyu basta--replicóme--, y pechu al agua c
uantu antis.

Se hizo una breve inspección de armas y municiones.
De las primeras no
llevaban los dos montañeses más que las escopetonas
y unos cuchillos
enormes, cuyas empuñaduras, de asta de ciervo, asom
aban por encima de
los ceñidores de sus cinturas. Los cartuchos con ba
la, toscamente
preparados la noche antes por ellos mismos, los lle
vaban sueltos en los
bolsillos del lástico, y los pistones a granel en l
as faltriqueras del
pantalón: todo seguro y a la mano, como ellos decía
n. Yo les sacaba de
ventaja el revólver y un cañón en la escopeta.

--Nunca dispari los dos a un tiempu--me recomendó C
hisco--, y guardi el
segundu pa si convien repetir en mejor sitiú, sin q
uitar el arma de la
cara.

Fuera por haberme echado la cuenta del perdido, o p

orque hubiera
realmente causa racional para ello, es lo cierto qu
e llegué a tener gran
confianza en la imperturbable serenidad de Chisco,
y que no fui el
último en romper a andar hacia la peña cuando éste
dio la orden en estas
palabras solemnes, después de santiguarse:

--¡A la mano de Dios!

Bajábamos los tres en ala y a buen andar, con los p
erros atados muy en
corto, porque a medida que nos acercábamos al peñas
co, costaba mucho
trabajo contenerlos, y mucho mayor acallar sus lati
dos. Era plan
acordado ya atacar a la fiera en su guarida, entran
do por el lado
izquierdo de la boca, y no convenía que los perros
se nos anticiparan,
por razones, que se habían discutido también.

Cerca, muy cerca ya del peñasco, el _Canelo_ arrast
raba materialmente a
Chisco, que tiraba de él con todas sus fuerzas en s
entido contrario, y
ni amordazándole con una mano podía hacerle callar.

La perruca faldera
latía y vociferaba también, a su modo, y zarandeaba
el cordel que la
sujetaba a la manaza de Pito; pero temblaba mucho..
. aunque no tanto
como yo. Era indudable que la fiera estaba en su gu
arida ¿Nos habría
oído ya? ¿Saldría a recibimos a la puerta? Pero, a
todo esto, ¿dónde
estaba la puerta?

Al hacerme yo esta pregunta mentalmente, fue cuando
Chisco se adelantó a
Pito y a mí; y con encargo de que me colocara el úl

timo de los tres,
comenzó a andar con mucha cautela y muy arrimado al
peñasco, lo poco que
nos faltaba de camino hasta la orilla de la quebrada.
Canelo iba
delante de él, loco de inquietud, olfateando en el
suelo y en el aire,
batiéndose los ijares con el rabo y con medio palmo
de lengua fuera de
la boca cuando no latía. Chorcos no estaba menos so
breexcitado que el
sabueso, y seguía a Chisco pisándole casi los tarug
os traseros de sus
abarcas. Canelo desapareció pronto al otro lado de
la peña, y Chisco,
después de detenerse unos instantes a observar desde
la esquina, hizonos
señas de que podíamos seguirle, y desapareció tambié
n. Entonces al
avanzar nosotros, fue cuando pude yo darme la respu
esta a la pregunta
que me había hecho poco antes: ¿dónde estaba la boc
a de la caverna?

¡Dios eterno, qué cúmulo de barbaridades las de aqu
el día! Pues la boca
estaba en un tajo de la peña, casi a pico, sobre el
barranco. De modo
que venía a ser la cueva como la buhardilla de una
casa muy alta, ¡muy
alta!, a la cual buhardilla hubiera que entrar por
la ventana, andando
por la cornisa de la fachada correspondiente. Salvo
que la cornisa de la
peña tendría como cinco pies de anchura y un festón
de jaramagos por
afuera que velaba un poco la visión aterradora del
abismo, la
comparación es exactísima.

Por aquella cornisa, que corría hasta perderse en e
l carrascal del otro

lado de la cueva, vi pasar a Chisco y a su perro, a Pito Salces detrás de su perruca faldera, y cómo iban desapareciendo, uno a uno, en el antro tenebroso los hombres y los animales, después de muy leves precauciones del mozón de Robacío.

No ofrecía grandes dificultades a mi paso aquel camino cuya longitud no excedería de quince o veinte varas; pero la consideración racionalísima de lo que íbamos a hacer después de recorrerle, sin otra retirada que el abismo en el caso muy posible de salir escapados de la cueva, si no quedábamos hechos jigote allá dentro, clavó mis pies en el suelo a los primeros pasos que di sobre él. Vi todo lo brutalmente temerario que había en nuestra empresa desatinada, y formé serio propósito de volverme atrás. Pero Chisco y Pito Salces se habían sumido y a en la caverna; y aunque temerarios y muy brutos los dos, no era honrado ni decente dejarlos sin su ayuda un hombre que acababa de prometerles ir tan allá como fuera otro.

Duraron muy pocos instantes estas vacilaciones mías; y cerrando los ojos de la inteligencia a todo razonamiento de sentido común, es decir, bajándome al nivel de aquellos dos bárbaros, avancé resuelto por la cornisa y llegué a la boca de la cueva, dentro de la cual latían desesperadamente los dos perros, y me hallé a Chisco y a su camarada disponiendo el plan de ataque. La cueva, como ya sabía yo por

referencias de los dos mozos que la conocían muy bien, tenía dos senos: el primero, a la entrada, era espacioso y no muy alto de bóveda, con el suelo bastante más bajo que el umbral de la puerta, muy escabroso y en declive muy pronunciado hacia el muro del fondo, en el cual se veía la boca del otro seno o gabinete de aquel salón de recibir. Olía allí a sótano y a musgo y a perrera... y a hombres escabecados. No tenía ya duda para Chisco que era «la señora», es decir, la osa, lo que rezongaba en el fondo del antro invisible, respondiendo al latir desesperado de los perros; y la señora con su prole, porque sin este cuidado amoroso, ya hubiera salido al estrado para hacernos los honores de la casa. En este convencimiento, se trató en breves palabras, casi por señas, porque no había instante que perder, de si sería más conveniente soltar la perruca que el sabueso; y acordado lo primero, el bárbaro de Pito, sin oír otras razones, se fue hasta la boca del antro en el cual metió la cabeza al mismo tiempo que a la perruca. Ésta había desaparecido, algo vacilante e indecisa, hacia la derecha; y no sé cuál fue primero, si el desaparecer la perruca allá dentro, o el oírse dos chillidos angustiosos y un bramido tremebundo, o el retroceder Pito cuatro pasos del boquerón, exclamando hacia nosotros (yo creo que con regocijo), pero con el arma preparada:

--¡Cristo Dios!... ¡Vos digo que aqueyus no son ojos: son dos brasales!

Comprendió Chisco al punto de qué se trataba; soltó el sabueso y me mandó a mí que me quedara donde estaba (es decir, como al primer tercio de la cueva, muy cerca del muro de la derecha), pero con el arma lista, aunque sin disparar antes que ellos dos, y avanzó él hasta colocarse en la misma línea de Chorcos, de manera que sus tiros se cruzaran en ángulo bastante abierto en el centro del boquerón del fondo.

Como toda la prudencia y la reflexión que podía esperarse de aquellos dos rudos montañeses había que buscarla en Chisco, yo no apartaba mis ojos de él, y no podía menos de admirarme al observar que ni en aquel trance de prueba se alteraba la perfecta regularidad de su continente: su mirada era firme, serena y fría, como de ordinario; su color el mismo de siempre, y no había un músculo ni una señal en todo su cuerpo que delatara en su corazón un latido más de los normales; al revés de Pito Salces, que no cabía en su ropa, no por miedo seguramente, sino por el deleite brutal que para él tenían aquellos lances.

Tomando yo por guía de mi anhelante curiosidad la mirada de Chisco, y sin dejar de oír los ladridos de _Canelo_ apenas metido éste en la covacha, pronto le vi retroceder, pero dando cara al enemigo con las cuatro patas muy abiertas, la cabeza levantada y casi tocando el suelo con el vientre. Lo que le obligaba a caminar así no era difícil de

adivinar: tras él venía la fiera gruñendo y rezongando; y al asomar al boquerón, no me impidió el frío nervioso que corrió por todo mi cuerpo, estimar la exactitud con que Pito había calificado el lucir de los ojos de aquel animalazo: realmente centelleaban entre los mechones lanudos de sus cuencas, como las ascuas en la oscuridad. La presencia nuestra le contuvo unos instantes en el umbral de la caverna; pero rehaciéndose enseguida, avanzó dos pasos, menospreciando las protestas de _Canelo_, y se incorporó sobre sus patas traseras, dando al mismo tiempo un berrido y alzando las manos hasta cerca del hocico, como si exclamara:

--¡Pero estos hombres que se atreven a tanto, son mucho más brutos que yo!

Al ver que se incorporaba la fiera, dijo a Pito Salces Chisco:

--Tú al oju; yo al corazón... ¿Estás? Pues... ¡a un a!

Sonaron dos estampidos; batió la bestia el aire con los brazos que aún no había tenido tiempo de bajar; abrió la boca descomunal, lanzando otro bramido más tremendo que el primero; dio un par de vueltas sobre las patas, como cuando bailan en las plazas los esclavos de su especie, y cayó redonda en mitad de la cueva con la cabeza hacia mí. Corrí yo entonces a rematarla con otro tiro de mi escopeta; pero me detuvo Chisco, diciéndome mientras cargaba apresurado la s

uya igual que hacía
Pito por su parte:

--Guarde esas balas por lo que puede suceder de pronto. Pa lo que usted desea jacer, con el cachorriyu sobra.

No me halagaba mucho aquel papel de cachetero que se me concedía y casi por caridad; pero con el deseo de poner algo de mi parte en aquella empresa feroz tan pronta y felizmente rematada, aceptéle de buen grado, y hasta sentí muy grande complacencia en ver que con un balín de mi revólver encajado en el oído de la osa, la había producido yo las últimas convulsiones de la muerte. Y algo era algo, y otra vez sería más.

Pito silbaba y pataleaba de gusto en derredor de la fiera mientras cargaban su espingarda. Chisco no se daba todavía por satisfecho, a juzgar por lo receloso de sus aires.

¿Qué quedaba allí por hacer? Lo que hizo Chorcós en seguida con su irreflexión de siempre; llamar a _Canelo_ y meterse con él en la cueva desalojada por la osa. ¡Puches! había que acabar igualmente con las crías... y saber lo que había sido de la perruca, que ni salía ni «agullaba...» Bueno estaba de entender el caso; pero había que verlo, ¡puches!

Por mucha prisa que se dio Chisco en seguir a su camarada para acompañarle, no habiendo podido contenerle con razo

namientos, cuando
llegó al boquerón ya volvía Pito con la perruca fal
dera abierta en canal
en una mano, en la otra un oseznó como un botijo, y
la escopeta debajo
del brazo. Dijo que quedaban otros dos como él, y s
e volvió a buscarlos,
después de arrojar el que traía contra un lastrón d
el suelo, y de
entregar a Chisco lo que quedaba de la perruca para
que viéramos, él y
yo, si aquello tenía compostura por algún lado. ¡Pu
ches, cómo le afligía
aquella desgracia!

La caverna tenía muy poco fondo: se veía bastante e
n ella con la luz que
recibía por la boca, y por eso se hacían muy fácilm
ente todas aquellas
maniobras de Pito. El cual reapareció al instante c
on las otras dos
crías de la osa, asegurando que no quedaban más que
huesos mondos en la
cama.

Por el aire andaban aún los dos oseznos arrojados p
or Pito desde la
embocadura de la covacha, cuando Canelo salió dispa
rado como una flecha
y latiendo hacia la entrada de la cueva grande. Yo,
que estaba muy cerca
de ella, miré a Chisco y leí en sus ojos algo como
la confirmación de un
recelo que él hubiera tenido. Observar esto y ameng
uarse la luz de la
cueva como si hubieran corrido una cortina delante
de su boca, por el
lado del carrascal, fue todo uno.

--¡El machu!--exclamó Chisco entonces.

Pero yo, que estaba más cerca que él de la fiera y

mereciendo los
honores de su mirada rencorosa como si a mí solo qu
isiera pedir cuentas
de los horrores cometidos allí con su familia, sin
hacer caso de
consejos ni de mandatos, apunté por encima de _Cane
lo_, que defendía
valerosamente la entrada y a riesgo de matarle, dis
paré un cañón de mi
escopeta. La herida, que fue en el pecho, lejos de
contenerle, le
enfureció más; y dando un espantoso rugido, arrancó
hacia mí
atropellando a _Canelo_, que en vano había hecho pr
esa en una de sus
orejas. Faltándome terreno en que desenvolver el re
curso de la escopeta,
di dos saltos atrás empuñando el cuchillo; pero cie
go ya de pavor y
perdida completamente la serenidad. Desde el fondo
de la cueva salió
otro tiro entonces: el de la espingarda de Pito. Hi
rió también al oso,
pero sólo le detuvo un momento: lo bastante para qu
e el mozón de Robacío
le hundiera la hoja de su cuchillo por debajo del b
razo izquierdo, hasta
la empuñadura. Fue el golpe de gracia, porque con é
l se desplomó la
fiera patas arriba, yendo a caer su cabeza sobre el
pescuezo de la osa,
donde le arranqué, con otro tiro de mi revólver, el
último aliento de
vida que le quedaba.

A pesar de ello, los dos mozones volvían a cargar s
us escopetas. ¿Para
qué, Señor? ¿Era posible que quedaran en toda la co
rdillera ni en todo
el mundo sublunar, más osos que los que allí yacían
a nuestros pies,
entre chicos y grandes, vivos y muertos? Después no

s miramos los tres
cazadores, como si tácitamente hubiéramos convenido
en que era imposible
cometer mayores barbaridades que las que acabábamos
de cometer, y que
solamente por un milagro de Dios habíamos quedado vi-
vos para contarlas.
Esta escena muda, que fue brevísima, acabó por echa-
r Pito el sombrero al
aire, es decir, por estrellarle contra la bóveda eri-
zada de puntas
calcáreas; Chisco hizo lo propio, y yo no quise ser
menos que los dos.
Luego nos dimos las manos, y juro a Dios que al est-
rechar la de Chisco
entre las mías, latió mi corazón a impulsos del más
vivo agradecimiento.
¿Qué hubiera sido de mí sin su empuje sereno y vale-
roso?

Canelo, a todo esto, cuando no se lamía los araña-
zos, poco profundos,
que le rayaban la piel en muchas partes, jadeaba y
gruñía, con el hocico
descansando sobre sus brazos juntos y tendidos haci-
a adelante, pero con
los ojos clavados en los oseznos que rebullían entr-
e las asperezas del
suelo y charcos de sangre, como gusanos muy gordos.
No contaban, por las
trazas, más de una semana de nacidos. Cogiólos uno
a uno Chisco por el
pellejo del cerviguillo, y los fue arrojando a la b-
arranca por encima de
la cornisa desde el fondo de la cueva. Iba a hacer
lo mismo con la
perruca, después de asegurar a Pito que «aqueyu» no
tenía costura ni
remedio posible, porque había quedado «vacía por ae-
ntru», como a la
vista estaba; pero Pito quiso dar mejor destino que
el de los oseznos al

cadáver del pobre animalejo, tan inicualemente sacrificado, y propuso que le enterráramos en la sierra; y a ello asentimos de buena gana Chisco y yo. ¡Puches, cómo amargaba a Pito aquella pesadumbre el placer de la victoria!

Y como nada quedaba que hacer allí por entonces para nosotros, salimos de la caverna y aspiré, con ansias de cautivo de mazmorra, el aire libre de las tierras soleadas. Sepultamos la perruca en un hoyo abierto a punta de cuchillo a la sombra de un matojo de la sierra; y, sin movernos de allí, apuramos más de la mitad del contenido de mi frasquete. Después se sacaron algunas provisiones de boca que llevaba Chisco por encargo mío en un morral; dimos a _Canelo_ una buena parte de ellas, y el resto nos le fuimos comiendo, andando a buen andar, a fin de llegar a Tablanca al mediodía, conforme se lo tenía yo ofrecido a mi tío Celso.

Y llegamos, antes aún de lo esperado; y todas las gentes que nos encontraban al acercarnos al pueblo, presumían, por el aire que llevábamos, que habíamos hecho alguna muy gorda; pero cuando les contábamos la verdad, no la creían. ¡Tan bestialmente gorda la consideraban, con muchísima razón!

Se la referí a mi tío, aunque ocultándole detalles que pudieran impresionarle demasiado; pero como al fin era montuno el buen señor, perdonóme la temeridad por lo grande del suceso, y

tuve al último que
contársela con todos sus pormenores. Se entusiasmó
de verdad. Puestas ya
las cosas tan arriba, invité, con su permiso, a Pito
o Salces a que
comiera aquel día con su camarada. Vio el mozo, como
yo lo esperaba, el
cielo abierto, porque comer con Chisco era comer con
Tona. ¡Puches, qué
doble panzada se dio! Yo, que asistí al final de la
comida, añadí con
gustosa aquiescencia de mi tío, al surplús con que
ya se había
obsequiado a los comensales, en honor del nuevo, una
botella del más
rancio «tostadillo» lebaniego que se guardaba en la
bodega de la casona.
Brindé con los dos mozones, y canté alabanzas hiper
bólicas a la bravura
de Pito, para que Tona las oyera bien; con lo cual
y el tostadillo, se
puso el alabado que ardía; y allí mismo pidió por
mujer a la hija de
Facia, que no hacía más que llorar; así fue que Tona,
colorada como un
pimiento por lo uno y angustiada por lo otro, llamó
a Pito «jastialón
desvergonzau»; y no alcanzó mejor respuesta la fogosa
demanda del
rendido pretendiente. Pero como él decía después: «
lo importantí pa el
casu no era lo que eya pudiera contestame, sino lo
que había de cantala,
y al cabo la canté yo; y esu, ¡puches!, ayá lo tienen
.»

Como en la tertulia no se habló aquella noche de otra
cosa que del lance
de la cueva, al salir al día siguiente, antes que el
sol, Pito Salces y
Chisco con dos carros en busca de los dos osos muertos,
sin necesidad de

invitaciones los acompañaba medio escuadrón de gente moza; con cuyo auxilio pronto se vencieron las muchas dificultades que hubo para sacarlos de la cueva. Andando de vuelta, fueron los acompañantes adornando las carretas y los bueyes con ramajos de la montaña, y así desfiló la alegre comparsa por delante de la casona y para que viera mi tío los gloriosos trofeos de nuestra bestial hazaña; y así bajó al pueblo, donde hubo cánticos y bailoteo por largo, con la «salsa» a mis expensas por especial encargo mío. Obsequiáronme al otro día con las pieles, y regalé yo a Chisco y a Pito Salces sendos centenes isabelinos, con lo que pensaron enloquecer de alegría.

Así acabó aquella memorable y descomunal aventura, que debió de haber acabado conmigo tan pronto como la acometí.

XXI

Si nos descuidamos un poco, en el monte se queda el sangriento botín de nuestra batalla, porque apenas despellejadas las fieras en el lugar, el sol, como si nada tuviera que hacer ya después de haber alumbrado tantas barbaridades, se envolvió la cara en crespones cenicientos que fueron dilatándose por la bóveda celeste, al impulso de un remusquillo que dio en soplar a media tarde. Arreció mucho el frío y comenzaron a pasar por

delante de los cristalejos de mi gabinete unos copitos blancos que danzaban en el aire, como si se resistieran a mancharse con las inmundicias de la tierra. Por si me quedaba alguna duda sobre la naturaleza de aquellos síntomas que me supieron a rejalgarse entró Facia muy diligente y hasta risueña, con la disculpa de llevarse mi brasero, que ya estaría muriéndose, para «rescoldarle» un poco, y me dijo, mientras se acurrucaba para cogerle por las dos asas:

--Está nevandu, y va a haber temporal de eyu.

--Y usted--la respondí con ganas de meterle la cabeza en el rescoldo--, tan alegre como unas pascuas por eso mismo. Pero ¿qué casta de criatura es usted?

--¡Señor--replicó ahogándose de repente con un sollozo--, lo único que sé es que soy una mujer muy desdichá!

Salió llorando, y yo me quedé con remordimientos de haber despertado en ella aquel dolor con la sequedad de mi pregunta. Después acabé de amurriarme, viendo desde un cuarterón de la solana cómo iban espesando los copos y desapareciendo todos los montes entre las espesas veladuras que bajaban del cielo. ¡Otro temporal en perspectiva y otra encerrona como la pasada!

Cuando volvió Facia con el brasero chisporroteando, entró mi tío detrás de ella. Iba a hablar conmigo de la nevada que esta

ba encima. Le
apenaba, primeramente, por mí, que volvería a hallar
eternas las horas,
Dios sabía por cuánto tiempo, entre los paredones de
la casa; porque las
nevadas que venían de repente como aquélla, y a tra-
ición, lo mismo
podían ser pasajeras que durables; y en segundo lugar,
¿para qué había
de ocultármelo? el mucho frío le calaba más «jondo»
de lo que él pensaba
con los buenos ánimos que tenía para resistirle...
Pero «el hueso, el
pícaro hueso envejecido como el suyo, era tierra pu-
ra, ¡tierra pura y
mala que se reblandecía y desborregaba en cuanto le
faltaban las
lumbraducas de sol!». Otra cosa: todos los años se
sacaba la nieve en
los puertos su correspondiente ración de carne viva
; y siempre que vio
nevar por primera vez en cada invierno, se preguntó
a sí mismo: ¿a qué
infeliz le tocará este año la suerte? Porque nunca
faltó, de una banda o
de la otra quien, por descuido, por desgracia o por
necesidad, se viera
cogido y sepultado en la montaña por una cellerisca
de nieve; y eso que
no se le regateaban los socorros, sin miedo a los e-
jemplos de muchos que
allá se habían quedado con los socorridos, envuelto
s en una misma
mortaja. Siempre le apenaron a él estas reflexiones
, hechas sobre
recuerdos de desgracias que le dolieron en lo más vi-
vo; «¡pero ahora,
¡cuartajo!, desde que soy lo que soy y he visto caer
el primer trapo de
nieve!... Ná, hombre, ná, chocheces de viejo apolil-
lao hasta los
tuétanos... ¡Pues mira que te vengo con buenas copl

as para una ocasión
como ésta!... ¿Has visto hombre más simple que tu tío Celso? ¡Pispajo con la rociná de los demonios!».

La triste verdad era que, a pesar de los alientos que había cobrado mi tío, los temporales crudos le mataban, y que los quebrantos de su cuerpo se le reflejaban en el espíritu por más que se empeñaba en disimularlo. Mientras me hablaba así y yo le respondía dando vueltas por el gabinete, se pegaba al brasero como la zarza vieja a la grieta del peñasco, y no dejaba en paz a la badila pareciéndole poco el calor que le daban las ascuas en reposo. Cada vez que llegaba yo a la puerta de la solana, miraba maquinalmente por uno de sus cuarterones, y veía cómo iban espesando los copos y se amontonaban los que el aire depositaba sobre la baranda del balcón, hasta que en una de mis vueltas noté que se formaban grandes remolinos sobre el huerto; que los copos crecían de volumen, y, por último, que empezaba a «trapear» con tal pujanza, que en un instante emblanqueció la poca tierra que se veía desde allí, y se apagaron los mortecinos destellos de la luz del sol que llevaban dos horas de luchar inútilmente con la espesura del nublado.

--Pura tiniebla--oí decir a mi tío desde el brasero --, y a poco más de media tarde. Lo siento por ti, Marcelo... y mira, llama a esas condenadas mujeres para que te traigan una luz y te sea menos triste la soledad...

Y en esto golpeaba el suelo desesperadamente con su cachava, haciéndome creer que las tinieblas le entristecían a él más que a mí. Había sobre la cómoda una bujía en su palmatoria, y me apresuré a encenderla con una cerilla de mi fosforera.

--Hombre--continuó diciéndome, mientras miraba de hito en hito cómo prendía la llama del fósforo en el pálido enteco y congelado de la vela--, yo que tú, aprovecharía estas carceladas para leer tantos libracos como trajiste contigo, y responder a tantas cartas como recibes... Porque de mí no tienes que cuidarte para nada; para nada, ¡trastajo! En arrimándome a la lumbrona de la cocina, ya tengo todo lo que necesito... Y si no, con verlo basta.

Con lo que se levantó de la silla y rompió a andar el bendito de Dios, sin darme apenas tiempo para alumbrarle con la vela en lo más oscuro de los pasadizos.

¡Leer! ¡escribir! No sabía el pobre señor que cuando un hombre da en hallar tedioso el curso de las horas, no puede dedicarse a nada que le distraiga, porque necesita todo el tiempo para aburrirse, por mandato de una ley de la pícara condición humana.

Aquella noche no vino un alma a la tertulia, y la cara menos triste que hubo en la cocina fue la de Facia, la incomprensible y misteriosa mujer gris. Mi tío y yo, como lo solíamos hacer a menudo,

cenamos en la
perezosa: él su correspondiente ración de leche, al
imento único que te
había prescrito Neluco últimamente, por convenir ta
nto a su invencible
inapetencia como a la índole de su enfermedad, y yo
los ordinarios
condumios de Tona y de su madre, a los que se había
ido haciendo mi
estómago agradecido.

Como la noche era tan larga y yo sabía bien lo inte
rminable que le
parecía a mi pobre tío la parte de ella que se dest
ina por las gentes
que tienen buena salud al reposo en la cama, procur
é que nos acostáramos
lo más tarde posible, después de haber cenado los t
res sirvientes y
recogídose la vasiija, y vuelto todos a arrimarse a
la lumbre, y probado
yo, con poca fortuna, sacar a Tona de la esclavitud
de una modorra que
la tenía en continuo cabeceo, y a Chisco de su impa
sibilidad sospechosa.
Pero mi tío, que todo lo observaba, dio pronto la v
oz de «vámonos», y se
levantó de su sillón, más agradecido que satisfecho
de aquel tan notorio
como inútil sacrificio que todos estábamos haciendo
por él.

Antes de acostarme salí un momento a la solana para
ver cómo quedaba la
noche. Continuaba nevando, y todo lo vi negro por e
l cielo y blanco por
la tierra, sin que turbaran la serenidad de aquel c
uadro melancólico
otros rumores que los del río, muy encrespado con l
os tributos de las
pasadas celliscas y el que estaba recogiendo de la
nieve que se deshacía

a su contacto con él.

Me desperté muy temprano al otro día, y por satisfacer una curiosidad en que había mucho de pueril, me asomé al balcón, bien arropado. Había cesado de nevar, pero estaba el cielo encapotado, «de color de panza de burra». Yo había visto nevadas en Madrid y en París y en San Petersburgo, ... muchas nevadas, pero siempre en terreno llano y entre calles: es decir, una alfombra de lienzo algo sucio sobre la vía pública, y mantas de vellones blancos tendidas en los tejados de enfrente; nevadas, en fin, de teatro, sin la más remota semejanza con lo que estaba viendo desde la solana de mi tío. Parecía a que las montañas del contorno habían triplicado su altura, y la unidad de color de todas ellas con la redondez de formas que les daba la acumulación de la nieve sobre sus naturales y bruscas asperezas, cambiaba a mis ojos todos los términos y todas las líneas del panorama que tan conocido me era. No hallaba en el nuevo un solo detalle con que orientarme para reconstruir el que se había borrado en pocas horas. Arboledas, senderos, cañadas, todo había desaparecido, o debajo de la nieve, o por los engaños de la luz sin claro-oscuro; cielo, montes, valles... todo era lo mismo, a modo de descomunal cantera de sal refinada o de cal viva, en cuyo fondo estuviera yo. Ni un ave en el espacio, ni un ser vivo en el suelo en cuanto abarcaba la vista, y el rumor continuo, igual, monótono, del

invisible río, como si fuera el estertor de la naturaleza, que se moría tiritando, anémica y abotargada por la frialdad.

Me volví pronto al gabinete, muy mal impresionado, y hallé en el relativo calor de la alcoba un momentáneo remedio al frío glacial que en la solana había penetrado como una saeta en mi cuerpo y en mi espíritu.

Lavoteándome estaba aún para buscar por este medio una reacción consoladora, cuando entró Facia de puntillas por crearme todavía durmiendo, con el brasero que había sacado del gabinete por la noche, según costumbre, antes de acostarme yo. Viéndome levantado, me dijo que se alegraba, porque tenía que darme una noticia, y no buena. Pensé que se trataba de mi tío, y me alarmé.

--No es del amu, gracias a Dios--me dijo respondiendo a una pregunta que la hice, que ha pasau bastante bien la noche, y ya está calentándose en la cocina.. Es del probe Pepazos.

Preguntéla qué le había ocurrido a Pepazos, y me contestó que no había vuelto a casa desde que había salido de ella la tarde anterior.

--Pero ¿por qué camino tomó al salir?--volví a preguntar.

--Por el de los puertus--me respondió la tétrica mujer muy apenada.

Me estremecí recordando lo que me había dicho mi tío sobre los tributos

que cobran cada año las nieves en las montañas. Entrando en más explicaciones, supe que Pepazos, en cuanto vio caer los primeros copos de nieve, salió en busca de unas yeguas de su casa, que antes del mediodía andaban pastando en una hoyada a menos de una hora del pueblo, monte arriba. Las había visto él mismo. Tienen las yeguas libres la extraña condición de huir de las nevadas hacia las cumbres, al revés que todos los animales domésticos. Dícese que lo hacen por aversión instintiva al cautiverio. Será o no será así; pero es un hecho constante aquella singular costumbre. Por tenerlo Pepazos bien sabido, salió en busca de sus yeguas cuyo paradero conocía. Suponías e que los cerriles animales, presumiendo la que su amo trataba de jugarles, huirían hacia las alturas. Otro que Pepazos, al ver esto y pensando en la nevada que se venía encima, porque bien claras estaban las señales de ella, habría dejado que el diablo se llevara las yeguas y vuélto se al pueblo por de pronto; pero era, tras de poco avisado, muy terco, nada aprensivo y confiado con exceso en su robustez de encina, y se las apostaría a los veloces animales como si todos fueran unos; y así, corriendo tras ellos de cañada en cañada y de loma en loma, a lo mejor, se vería entre la oscuridad de la noche y con los caminos borrados por la nieve. De modo que si no había tenido la fortuna, como también se creía, de caer en algún invernal, covachona o cosa así, era hombre muerto a aquellas

horas, porque debía de haber en los montes más cercanos cosa de una vara de nieve. ¡Era mucho lo que había trapeado desde la caída de la noche!

No me pareció mal razonado este triste pronóstico, y pregunté si se pensaba hacer algo en vista de él; a lo que me respondió Facia que ya estaba hecho cuanto podía hacerse. Al romper el alba habían salido del lugar, no todos los hombres que se brindaron a ello, porque hubieran sido demasiados, sino los que se escogieron por más a propósito por su robustez y por su experiencia: cosa de una docena de ellos en junto. Pidiéndola nombres de aquellos valientes y caritativos convecinos, citóme el primero a don Sabas, que no faltaba nunca a esas llamadas, por considerarse necesario como cualquier otro para atender al negocio de la vida del socorrido, y único en su parroquia para el negocio del alma, si llegaba a tiempo y desgraciadamente no alcanzaba ya para otra cosa; después me nombró al médico, que no cabía en su casa en cuanto sabía que estaba algún convecino en la apurada situación de Pepazos; luego a Chisco, uno de los hombres más arrojados, más fuertes y más entendidos para aquella casta de faenas; y después de nombrarme a otras personas que no me eran tan estimadas, por haberlas tratado menos, cerró la cuenta con Pito Salces, mozo capaz de los imposibles, siempre que hubiera a su lado quien le impidiera hacer una barbaridad; y tres perros de buena nariz, uno de ellos _Canelo_.

Me pareció aquella empresa hartó más alta que la mía de la antevíspera, no sólo por la calidad del enemigo, sino por la grandeza de los fines, y pedí a la mujer gris algunos informes sobre la manera de llevarlo a cabo. Iban los expedicionarios provistos, ante todo, de «barajones», unas tablas con tres agujeros cada una, en los cuales se meten los tarugos de las abarcas. No había nada como ello para andar sobre la nieve sin que se hundieran los pies ni se formaran pellas entre los tarugos. Llevaban también palas, azadas, cuerdas y otros útiles para abrirse paso donde no le hubiera descubierto, o mandar algún auxilio desde arriba adonde no pudiera bajar un hombre por sus pies; no se les olvidaría el aguardiente ni algo de alimento sólido, ni de ropa seca si la había a mano... ni un poco de botiquín, puesto que iba el médico; porque había que pensar en todo. De esta manera emprenderían la marcha hasta la «joyá» adonde había ido Pepazos a recoger las yeguas, y después tomarían el rumbo que más acercado creyeran al que pudo tomar él, corriendo detrás de los fugitivos animales. Por de pronto, ya había la casi seguridad de que el camino le habían llevado uno y otros cuesta arriba. Con estas precauciones y la buena voluntad de todos, se podía esperar algo... aunque no mucho, si Dios no tomaba el caso de su cuenta. De todas suertes, no cabía hacer cosa mayor que la que se había hecho, en la pequeñez de las fuerzas humanas.

Me advirtió también Facia que mi tío no sabía una palabra del suceso, y yo la recomendé mucho la necesidad de que no llegara a conocerle, inventando una disculpa cualquiera para explicarle la ausencia de Chisco si la notara. Y en eso quedamos.

Cuando la mujer gris me dejó solo en mi cuarto, me empeñé obcecadamente en considerar por su lado más negro la generosa empresa acometida por aquellos abnegados tablanqueses, y volví a asomarme al balcón. No nevaba entonces, pero se me oprimió el espíritu al ver el aspecto ceñudo y amenazador que presentaba el cielo; y, sin embargo, sentí cierta mortificación del amor propio por no haberse contado conmigo para formar parte de aquella denodada legión, ¡como si no hubiera sido yo un verdadero y continuo estorbo en ella! Pero si no la acompañé materialmente, no la aparté un instante de mi memoria; y por eso, al asomarme a los cristales de mis observatorios (y lo eran todos los claros de la casa), cada copo solitario e indeciso que pasaba al alcance de mis ojos, me inquietaba mucho por creerle mensajero de otros mil y mil millones de ellos. Afortunadamente estaba el aire en calma, lo cual hubiera hecho menos temible en el monte un recrudecimiento del temporal.

Así continuaron las cosas hasta muy cerca del medio día. A esa hora aparecieron por el Noroeste unos celajes negros, sucios, tormentosos;

vi, casi al mismo tiempo, que las arboledas y puntas salientes de los montes que cercaban el valle por el lado opuesto, como por la fuerza de un estremecimiento instantáneo se desnudaban de sus envolturas de nieve, las cuales caían en cataratas, levantando al caer blanquísimas polvaredas que arrastraba el aire embravecido ya; y a muy poco rato, que de la nube más baja y más lejana y más negra, se desprendía una masa en forma de cono invertido, y que su cúspide se unía con la de otro que ascendía de la tierra. Fundidos así los dos conos, formaron una gigantesca columna, la cual, girando al mismo tiempo vertiginosamente sobre su eje, vino avanzando hacia el valle y llegó a él y le atravesó a lo ancho, tocando casi el suelo con su base y elevando el capitel enorme por encima de los más altos picachos del Este. Acompañábala un siniestro rebramar, y una luz tétrica que apenas me dejó ver el estrago de su choque contra el obstáculo inconmovible de los montes, sobre los cuales se deshizo en negros y deshilados jirones. ¿Qué sería de los infelices errantes por sus cumbres y laderas?...

Bajo el peso terrorífico de esta idea, pasó una hora, durante la cual volvió a reinar la calma en la Naturaleza; pero no llegó al valle ninguna noticia de los infelices expedicionarios.

Me llamaron a comer, sentéme a la mesa y no comí, ni siquiera supe disimular bien las inquietudes que eran la causa de ello delante de mi

tío que no me quitaba ojo; inventé para tranquilizarle una mentira sandia y mal zurcida, y al fin me levanté de la per ezosa, dejando al pobre señor persuadido de que mi resignación estaba a punto de agotarse en presencia de aquel negro temporal. Preferí que creyera esto a descubrirle la verdad; le dejé reposando lo que él llamaba su comida, y me volví a mi ronda, de claro en claro, por todos los ventanillos de la casa. Continuaba encalmado el viento y nevaba muy poco; pero Chisco no asomaba por ninguna parte, ni una noticia de las que yo esperaba con un ansia que tocaba en lo febril.

Llegó la media tarde, sombría, oscura, tétrica y como preñada de horrores para cuantos la contemplaran con ojos como los de mis recelos.

Ni nevaba ni ventaba ya, ni se oía una voz, ni una pisada ni un golpe, ni a la casona ni al pueblo se encaminaba alma nacida por ninguna senda de las visibles. Todo era silencio y lobreguez y amenazas de una noche tremenda para el infeliz que anduviera vivo y errante entre las inclemencias de la montaña. Mis inquietudes no cabían ya dentro de mí, ni yo dentro de la casona. Me calcé y me abrigué convenientemente; bajé al portal con muchas precauciones para que no lo notara mi tío, y emprendí resueltamente el camino del pueblo, borrado en absoluto por la nieve. Me costó el descenso del pedregal más de cuatro costaladas; pero llegué vivo y pronto. No aspiraba yo a otra cosa. ¿

A qué puerta llamar?

A la primera. Llamé. Iguales temores allí que los míos, y ni una noticia más; es decir, ninguna noticia. Internéme en el lugar y llamé a otra puerta, que resultó ser la del Topero. Buena fuente para los informes que yo iba buscando. Hallábase la familia vagando por la casa y por el portal, sin hablar una palabra y tropezando unos con otros, asomándose a los esquinales, mirando por aquí y escuchando hacia allá, y volviéndose adentro y tornando a salir. Tenía los ojos Tanasia como puños, de tanto llorar; y en cuanto me vio a mí se llevó el delante a ellos; y tal fue su desconsuelo, que parecía echar el alma en cada sollozo. Por lo demás, estaba muy guapa. Temiéndome lo peor, la pregunté por qué lloraba, y me respondió, entre jipidos y lagrimones, que si me parecían pocos los motivos.

--Ya pué ver--me dijo el Topero viniendo en su amparo--, con la cellerisca negra de jaz pocas horas, y lo que está en el monti sin sabese de eyu...

Me acordé de Pepazos; pero también de Chisco. ¿Por cuál de los dos lloraría Tanasia? No pudiendo preguntárselo (aunque hubiera sido ociosa la pregunta), traté de consolarla. No lo conseguí de pronto, porque era mucha tempestad para calmarla en un solo conjuro; pero a los dos o tres que la hice, no quedaron de ella más que la hinchazón de los ojos y algún que otro suspiro mal devorado en el pecho. Ut

ilizando el influjo
que indudablemente había alcanzado yo en esta prueba
sobre el ánimo de
Tanasia, sentí como esperanzas de arrancarla el secreto de su corazón a
poco que me empeñara en ello; pero estaba el mío vivamente interesado en
otro asunto muy diferente, y me pareció el empeño hasta una profanación.
¿Qué importaban ya las preferencias amorosas de la hija del Topero,
cuando Chisco y Pepazos, con todos los que habían subido a la montaña
con el primero en busca del segundo, podían no ser más, a aquellas
horas, que un montón de rígidos cadáveres mal envueltos en la mortaja de
la nieve? Arrastráronse hacia este lado todos mis anhelos, y acosé a
preguntas ociosas a todos y a cada uno de los de la casa. Lo único que
saqué en limpio y de nuevo fue la noticia de que tan pronto como pasó la
tromba de mediodía, había salido otra expedición de valientes; pero no
más que «contra eyus», «contra» los que faltaban; es decir, a su
encuentro, o ver si los columbraban desde cierta distancia. No se podía
hacer otra cosa, ignorándose, como se ignoraba, su rumbo y su paradero
en una tarde tan corta, tan amenazante y con el temor de una noche como
la que se barruntaba. Lo cierto es que había motivos sobrados para
estremecerse y temblar, como me estremecía y temblaba yo pensando en don
Sabas, en Neluco, en Chisco, en Pito Salces... Dios piadoso, ¿qué sería
de ellos y de cuantos los habían acompañado en su denonada empresa!

Y pensé también en la nieta de don Pedro Nolasco y en el mismo octogenario Marmitón, y en su hija, si eran sabedores de lo que ocurría. Pero ¿cómo ignorarse en aquella casa lo que era tan sabido y tan llorado en todas las del lugar? Y en esta situación, ¿quién se acercaba, sin un consuelo racional, a aquella familia, sobre todo a Lita, que debía de hallarse tocando el cielo con las manos, y no de ir a, sino de espanto, de consternación, al pedir a Dios por la vida de todos, y particularmente por la de Neluco? Por eso no me acerqué yo, al cabo de los tres cuartos de hora bien corridos que pasé en casa del Topero luchando con la duda.

Así llegó el crepúsculo, torvo, silencioso, amenazante, como ladrón asesino que aguarda las tinieblas de la noche para consumir el crimen forjado en su cerebro. Cuantos cálculos hacíamos para engañarnos unos a otros, resultaban increíbles en presencia de la realidad de tantas horas transcurridas sin saber nada de los ausentes, y, sobre todo, de aquella noche espantable que se venía encima de Tablanca y que, si llegaba antes que ellos, podía considerarse ya como su losa funeraria. Yo sostenía que no, contra todas mis convicciones, porque era muy duro rendirse sin protesta en tan apurada situación de espíritu, y no alentar un poco el de aquellas honradas gentes, harto más competentes que yo en el punto que ventilábamos.

--Pase--llegué a decirles--, que Pepazos, que está «allá» desde anoche, solo, desprevenido... ¡Pero los otros!... bien pertrechados de medios de defensa, con víveres abundantes... En fin, que de éstos casi respondo yo.

Observé que le gustaba el razonamiento a Tanasia, aun en la hipótesis de dar por difunto a Pepazos, y esto me animó a distinguir y encarecer las valentías de Chisco entre las de todos los valientes que le acompañaban, lo cual fue menos del agrado del Topero que del de su hija, señal bien evidente de que el Tarumbo no estaba mal informado acerca de este delicado particular. Pero no di al descubrimiento la importancia que le hubiera dado en otra ocasión, porque las impaciencias nos consumían, y notaba que, como si allí no hubiera más ánimos que los míos, a medida que se los infundía a Tanasia y a su familia, iba quedándome yo sin ellos. Pensaba al propio tiempo que cambiando de lugar cambiarían de cara los sucesos, con noticias que podían salirme al paso cuando menos lo creyera; pensaba también en mi pobre tío, a quien había dejado solo y entristecido por mis mal traducidas preocupaciones; y pensaba, por último, en la tenebrosa noche que estaba ya llegando, y en los peligros de que me cogiera en el camino, aunque no muy largo, de mi casa.

Salí, pues, de la del Topero, salpicándome el vestido los copos de nieve que empezaban a caer; y apretando bien el paso y ap

rovechando la
escasísima luz que quedaba del día para mirar en to
das direcciones
buscando con los ojos lo que no encontraba por ning
una parte, llegué
pronto a la casona, en la cual hallé a mi tío muy a
purado por mi
ausencia, que le expliqué como mejor pude, y a la m
ujer gris que me
devoraba con los ojos pidiéndome noticias que esper
aba yo obtener de
ella. Ni había vuelto Chisco, ni por allí había pas
ado alma viviente que
diera cuenta de él ni de los otros. Y a todo esto,
mi tío echándole ya
en falta y Facia y Tona y yo viéndonos negros para
ocultarle la verdad
de lo que ocurría, y la nieve espesando, y avanzand
o las tinieblas de la
noche... ¡Dios eterno, qué anhelación la mía! Cuand
o se cerraran los
portones de la casa, y Chisco no estuviera dentro d
e ella, y aquel
infeliz señor lo supiera, y tuviéramos que enterarl
e de la verdad...
¡qué puñalada para él!

Y acabó la noche, al fin, de envolver la casona y e
l valle y las
montañas en la más densa e impenetrable oscuridad;
se cerraron los
portones, se avivó la fogata de la cocina, se arrim
ó a ella mi tío en el
sitio de costumbre, pero inquieto y alarmado tambié
n, porque nos veía
alarmados e inquietos a todos los que vagábamos com
o sombras, más que
andábamos como personas, en su derredor... y ¡nada,
ni una voz afuera,
ni un golpe, ni un silbido!... El silencio, la sole
dad, el frío de los
sepulcros, ¡la muerte por todas partes! Jamás me ha

bía parecido la
majestad de Dios tan imponente, ni le había rezado
con más fervor que
entonces, mientras andaba yo de puerta en puerta mi
rando y escuchando,
sin ver ni oír más que la insondable negrura de la
noche, el incesante
bramar del Nansa, que, más que ruido, parecía la re
spiración del
silencio y los latidos descompensados de mi corazón
.

Así pasó una hora que me pareció un siglo; y ya iba
yo a preparar a mi
tío (que languidecía por momentos sin atreverse a p
reguntarnos una
palabra) para la terrible noticia con un discurso m
uy mal hilvanado,
cuando quiso Dios que se oyeran dos recios golpes e
n el portón que da a
la calleja. Aquello era, cuando menos, una tregua e
n la espantosa agonía
que estábamos sufriendo todos dentro de aquellos en
negrecidos muros.
Pero si el que llamaba no era Chisco o quien nos tr
ajera noticias suyas
y de los demás ausentes, ¿no había para matarle, fu
era quien fuera?

Yo mismo cogí el farol que estaba encendido desde m
ucho antes por un
lujo de precauciones tomadas a falta de cosa mejor
y más tranquilizadora
en que ocuparme, y bajé de tres en tres los peldaño
s de la escalera;
llegué al portón al mismo tiempo que se repetían en
él los garrotazos, y
con mano torpe y acelerada solté el barrote que le
aseguraba por dentro,
destranqué y abrí. Dos bultos aguardaban afuera. Le
vanté el farol para
reconocerlos antes de dejarlos entrar, y conocí ¡Di

os misericordioso! a
Neluco y a Chisco... También _Canelo_ estaba allí,
acurrucado. Entraron,
me abalancé a ellos y los abracé casi llorando de a
legría. ¡Pero en qué
estado se hallaban! Chisco, macilento, desalentado,
con la cabeza
vendada y un brazo en cabestrillo. Neluco, despeado
y lacio; y los dos
empapados en agua de pies a cabeza, yertos, amorata
dos de frío...
Invadiéronme de nuevo los sobresaltos y las inquiet
udes, y les pregunté
con un miedo horrible a las respuestas:

--¿Y don Sabas?

--Bueno--me respondió Neluco con voz empañada.

--¿Y Pito Salces?

--También.

--¿Y Pepazos?

--¡Por el amor de Dios!--interrumpió el médico empu
jándome hacia el
fondo del estragal--. Ropa seca y un poco de lumbre
para mí, y una cama
para éste, antes de todo; y calentándonos hablaremos
después.

--Es que está mi tío en la cocina--repliqué temiend
o que no pudiera
decirse delante de él todo lo que Neluco tuviera qu
e contar.

--No importa--respondió impaciente y andando, llevá
ndose por delante a
Chisco que parecía insensible a cuanto le rodeaba.

Cerró Facia el portón, y subimos todos.

XXII

El relato que hizo Neluco al amor de la lumbre y vestido ya con ropas mías, fue lacónico, expresivo y pintoresco en sumo grado; y bien puede asegurarse que aun sin estas excepcionales condiciones, no le hubiera faltado la hondísima atención con que le oímos mi tío, sus dos criadas y yo.

Según el médico, la quedada de Pepazos en el monte había corrido por el lugar hacia las diez de la noche, con la rapidez de un reguero de pólvora inflamada, y con la misma brevedad se examinó el suceso, fue estimada su importancia y se acordó y dispuso el único socorro que podía prestársele y se le prestaría tan pronto como Dios mandara a la tierra una chispa de luz con que guiarse para emprender el camino un poco menos que a tientas. Así se hizo al alborear el nuevo día. Los nombres de los expedicionarios eran los mismos que me había dado F. acia pocas horas después de haber salido de Tablanca la expedición. A Chisco, que no estuvo presente en «las juntas», se le dio por «conforme», y se le avisó con las debidas precauciones para no alarmar a su amo.

Se conocía el punto de partida de Pepazos detrás de sus yeguas, y cierta

querencia que éstas y otras del lugar tenían a determinados sitios de los altos; y una vez colocados los exploradores sobre aquel terreno, ni siquiera pusieron en duda la dirección que habían tomado las unas huyendo y el otro persiguiéndolas para «atajarlas».

Por un palmo de nieve más o menos, no dejaba Pepazos de volver a su casa, por alejado que estuviese de ella y por muy negra que fuera la noche; y el no haber vuelto era señal de que cuando cayó en la cuenta de que estaba nevando de firme y pensó en volverse, el espesor de la nieve no bajaba ya de media vara, lo cual no podía haber ocurrido, según dictamen de los que habían visto «el aire de nevar» aquella noche, antes de las ocho y media o las nueve. Sumando las horas transcurridas desde el comienzo de la empresa de Pepazos hasta entonces; midiendo el andar que llevaría monte arriba, y deduciendo de ello los ziszás que haría, probablemente, en sus varias intentonas de «ataje» por las laderas, salía la cuenta justa: si Pepazos no estaba en el invernadero de «Peñarroja», estaba en la «Cuevona» del «Pedregalón de Escajeras», o se le había zampado el lobo, lo cual no era verosímil habiendo cerca del mozallón bestias de tan sabrosa carne como las que él iba persiguiendo. Ni el hambre ni el frío eran capaces de acabar en una noche sola con una vida tan dura de roer como la de Pepazos. Nadie lo dudó, y la caravana emprendió la subida de los montes sin atender otra cosa que a pisar en firme y ganar tiempo. Por

misericordia de Dios, el día, aunque pardo, se presentaba relativamente sereno, y apenas chispeaba la nieve por entonces.

Tres horas duró la subida más agria, y otra el paso de la primera loma a lo largo de ella. De estas cuatro horas, la segunda y la tercera fueron de prueba, porque hubo en ellas de todo lo malo que abunda en el monte durante las nevadas del calibre de aquélla: aires que entumecen, torbellinos que ahogan, nieblas que desorientan y extravían, sendas borradas, suelos traidores, caminos franqueados con las palas o adivinados por los más expertos; caídas inesperadas, cómicas muchas y de riesgos mortales algunas de ellas; sustos frecuentes y fatigas incesantes... La hora que duró el paso de la hoyada entre la primera y la segunda loma, fue más llevadera. Al fin de esta hoyada, es decir, a los comienzos de la loma segunda, está el Pedregalón, con la boca abierta a muy poca altura del suelo y encarada a la ruta que llevaban los expedicionarios. Se columbró muy pronto la mancha gris del pedregal sobre el fondo blanquísimo y esponjado de la nieve; diez minutos después se dibujó perfectamente la boca de la cueva, y desde un poco más adelante, algo que no estaba enteramente quieto dentro de sus mandíbulas abiertas y desencajadas; cincuenta pasos más, y hasta los menos sutiles de vista conocieron en lo que parecía mendrugo de aquel gaznate descomunal y olfateaban ya los perros de la caravana, a Pepazos en

cuerpo y alma. Allí estaba el pedazo de bruto lo mismo que un ídolo japonés acurrucado en su hornacina, con los brazos en jarras, los mofletes muy colorados, la boca de oreja a oreja y los ojos muy risueños, viendo llegar a sus convecinos, tan tranquilo y descuidado como si los hubiera citado él para que acudieran a aquel sitio y a la hora en que llegaban. Correspondiente a esta actitud irracional, fue el saludo que le dirigieron los recién llegados, que no podían ya con los barajones ni con los propios cuerpos: una tempestad de injurias y de motes, y hasta de ladridos de los perros.

--¿Por qué no te golvistes a tiempo, animal, más que animal?--preguntó uno.

A lo que respondió Pepazos al instante:

--Porque me había empeñado en atajar las yeguas; y como la nievi me servía pa columbralas bien dimpués que cerró la noche... jala, jala, jala, parriba detrás de eyas; torna aquí y ataja acuyá...

--Y ¿dónde están esas bestias a la presente?--le preguntó el Cura.

--Sábelu Dios--contestó Pepazos entristecido con la pregunta--. Al ayegar yo a esa joyá, tresponierum eyas la otra cum bri como si las yevaran los demontris... y échilas un galgu... Apretaba la ventisca, espesaba la nievi, había muchu que andar hasta Tablanca, tenía cerca

esta cuevona, y aquí me acaldé tan guapamenti.

--¿Y habrás sido capaz de dormir?--le interpeló el médico.

--Como que no tenía otra cosa que jacer...--respondió el mozallón admirado de la pregunta.

--Sin acordarte maldita la cosa--insistió Neluco--, del susto que dabas a tu familia y a todo el pueblo...

Se encogió de hombros el interpelado, como si entonces cayera en ello por primera vez. Al notarlo, dijo don Sabas descomponiéndose un poco:

--Y si todos hubiéramos sido tan cernícalos como tú, ¿qué hubiera sido de ti, si no hoy, mañana, cuando el hambre y el frío te acometieran?

Otro encogimiento de hombros por respuesta, como si tampoco hubiera cruzado señal de semejante idea por el meollo de Pepazos.

En fin, que no había atadero en aquel hombre... ni mucho tiempo que perder; por lo que se metieron los de afuera en la cuevona, obra bien fácil, porque le llegaba ya la nieve a media vara de la boca; descansaron y comieron todos, poniendo a raya la voracidad de Pepazos, sin lo cual no hubieran alcanzado las provisiones para él solo; y como el cielo iba ennegreciéndose por mala parte, después de un ligero reposo salieron todos de la cueva apercebidos para la marcha, y la emprendieron

a buen andar montada abajo.

Al principio todo fue bien, y hasta abundaron las zumbas, las indirectas y las ironías enderezadas a Pepazos, que no se enteraba de la mayor parte de ellas por natural torpeza de su magín. Pit o Salces se desató en barbaridades contra él, y, sobre todo, contra el To pero, que le abría la puerta, mientras se la cerraba a un hombre tan avisado como uno que él (Chorcocos) conocía «igual que a sí mismo», y que, aunque otra cosa se dijera por ciertas lenguas, era el que plantaba el jito en el corazón de Tanasia. Esto, dicho entre cabriolas, manoteos y risotadas, delante de toda aquella gente, y sin respeto alguno a la autoridad del señor Cura, dejó desconcertado y mohíno a Pepazos, y a Chisco del color de la nieve, y no de frío, sino de santa indignación que puso a Chorcocos en grave riesgo de bajar rodando una ladera «pendía» que asomaba a diez varas de ellos.

Pero pasó la gresca, como pasaban a cada instante ciertas rachas de cierzo que flagelaban las caras con manojos (tales parecían) de la nieve seca que llevaba consigo.

Lo que no pasaba era aquella negrura que se veía sobre el horizonte frontero: lejos de pasar, iba avanzando y extendiéndose en todas direcciones; y cuanto más avanzaba y se extendía, «más de ella» quedaba a la otra parte; vamos, como la «jumera» de un caleño muy grande que

acabara de encenderse detrás de los montes lejanos.

Y esto era lo que no perdían de vista don Sabas y los que, aunque no tanto como él, eran muy entendidos en aquella casta de nublados; y por esto husmeaba el Cura el paisaje con avidez, y cortaba las apuntadas conversaciones con mandatos secos de avivar la marcha. Hasta los perros encogían el rabo y se ponían a la vera y al andar de la gente, sobre todo cuando se oyó bramar el cierzo entre los pelados robledales y en las gargantas de la cordillera, y se enturbió de repente la luz, como si fuera a anochecer enseguida, y se vio desprenderse de lo más negro y más lejano de las nubes aquel pingajo siniestro que había visto yo desde mi casa, y unirse luego con el otro pingajo que ascendía de la tierra, y comenzar, fundidos ya en una pieza los dos, a dar vueltas como un huso entre los dedos de una «jiladora» y andar, andar, andar hacia ellos, los peregrinos del monte, como si lo empujara el bramar que se oía detrás de ellos, si no era ello mismo lo que bramaba, repleto de iras y de ansias de exterminio, muertes y desolaciones.

Don Sabas miró entonces a Neluco con ojos de alarma; Neluco al Cura; Chisco y Pito Salces a los dos; y todos se miraron unos a otros, y todos se detuvieron de repente como si obedecieran al impulso de un mismo resorte. _Canelo_ y sus congéneres se detuvieron también y se arrimaron al grupo, mirando a todas las caras y exhalando entrecortados aullidos

quejumbrosos.

--Aquello--dijo Sabas apuntando a la tromba--, ha de pasar por aquí sin tardar mucho... ¡Y en qué sitio nos coge!

Estaban a la sazón en el centro de una altura, casi una meseta, desamparada por todas partes y dominada hacia la izquierda por un picacho, entre el cual y la sierra se abría la boca de una barranca profundísima. Cerca de la barranca y en el lado de la sierra, había un robledal bastante espeso y de recios troncos. Escaso refugio era aquél y peligroso en sumo grado para defenderse de un enemigo tan formidable como el que se les iba encima a paso de gigante; pero como no tenían otro mejor a sus alcances, a él acudieron sin tardanza. Eligió cada cual su tronco, en la seguridad de que lo mismo podía servirle de amparo que de verdugo; y allí se estuvieron, encomendándose a Dios y respondiendo a las preces que en voz resonante le dirigía don Sabas, pidiéndole por la vida de todos, aunque fuera al precio de la suya propia.

Lo tan temido y esperado no tardó en llegar, negro, espeso, rugiente, furibundo, como si toda la mar con sus olas embravecidas, y sus huracanes y sus bramidos, y su empuje irresistible, hubiera salido de su álveo incommensurable para pasar por allí. Temblaron hasta los más valientes (y lo eran mucho todos los de aquella denodada legión), y ninguno de ellos supo darse cuenta cabal del princi

pio ni del fin del
paso de aquel tan rápido como espantoso huracán. ¡Y
que solamente les
había alcanzado uno de los jirones de la tromba, de
sgarrada en su primer
choque contra las moles de la cordillera!

Hubo en el robledal ramas desgajadas y troncos remo
vidos, y apareció
desfigurado el suelo, barrido de nieve donde antes
hubo mucha, y enormes
cúmulos de ella donde había escaseado más. Esto fue
lo primero que se
metió por los ojos de los infelices, tan pronto com
o los abrieron para
buscarse con la vista unos a otros. Nadie estaba en
el sitio que había
ocupado antes de la tormenta, y Pepazos yacía sepul
tado de medio abajo
en una pila de nieve, fuera del robledal y a muy po
cos pasos de la
barranca... ¡Pero faltaba uno! ¡faltaba Chisco! y n
o respondía a las
voces con que se le llamaba, ni se le veía por ning
una parte... ¿Dónde
buscarle? ¿Qué sitio había ocupado en el robledal?
¿Quién estuvo cerca
de él? ¿Quién le había visto al reventar la celleri
sca negra?

En aquel mismo instante sacó Pepazos sus zancas de
la nieve y rompió a
hablar. Él se había salido del robledal por creerse
más seguro afuera al
sentir en la cara los primeros latigazos de «la nub
e». Observólo Chisco,
que estaba a su lado, y le llamó para que se volvie
ra al robledal antes
con antes, si no quería salir volando por encima de
la barranca o caer
en ella sepultado, que tanto daba: Pepazos que no,
y Chisco que sí,

échase sobre el otro para meterle adentro por buenas o por malas;
revienta en esto la cellerisca, y no volvió Pepazos a oír ni a ver ni a sentir cosa alguna de este mundo hasta lo que estaba viendo y oyendo a la presente.

Pito Salces, que no quitaba ojo a Pepazos ni perdía una sola palabra de las que iba diciendo el mozallón, en cuanto éste cesó de hablar se plantó de un saltó en la orilla de la barranca, y allí se puso a husmear, con la avidez de un perro de buena nariz, en todas direcciones y hasta en las negras profundidades del abismo. El dolor, la consternación de aquellas generosas y honradas gentes, no son para pintados. Se corría de acá para allá; olfateaba desesperadamente _Canelo_ (a los otros dos canes los había barrido el huracán); se llamaba a Chisco en todos los imaginables tonos de la angustia humana, y se removían los montones de nieve con la pala, con la azada, con los pies, con las uñas... ¡y nada!

En esto se oye un grito de Pito Salces, y estas palabras que volvieron la vida a todos:

--¡Aquí está, puches! o yo no tengo ojos en la cara.

Hallábase el bueno de Pito esparrancado en el borde mismo de la quebrada y mirando ansiosamente hacia abajo. Allí, en el estrecho lomo de la única peña que avanzaba sobre el abismo y se arraig

aba en la orilla, a
cosa de treinta pies más abajo de donde afirmaban l
os suyos para mirar
Pito y los que habían acudido a su llamada, se veía
un cuerpo humano
medio cubierto por la nieve. Indudablemente era el
de Chisco, por las
señales de su vestido y de su tamaño; pero ¿quedarí
a algo de vida en
aquel ser que parecía inanimado? Pito sostenía que
sí, porque se atrevía
a jurar que había pescado cierta «movición» de braz
o en él. De todas
maneras, había que sacarle de allí. ¿Cómo? ¿Por dón
de? Y aquí las ansias
y la desesperación, porque el socorro era dificulto
so y el tiempo
apremiaba inexorable. El corte de la montaña por aq
uel lado era casi
vertical, a pico sobre el barranco, y sólo había un
ligero tramo, de
talud muy enlomado, precisamente a plomo de la peña
con la cual se unía
por su base. Entre la peña y la base del talud habí
a un espacio de
algunas varas. En aquel espacio, muy arrimado a la
peña y con bien
marcada inclinación hacia el abismo, estaba lo que
se parecía a Chisco
boca abajo e inmóvil; parecer que confirmaba _Canel
o_ desde arriba
latiendo desafortadamente y buscando una senda por d
onde lanzarse en
ayuda de su dueño. Por razones de suma prudencia, m
andó Neluco que se
sujetara al perro en el acto y se le tuviera lejos
del sitio en que se
hallaban don Sabas, Pito Salces y él, discurrendo
sobre el problema de
la bajada. Ésta no era imposible, ni mucho menos, p
ara aquellos
arriesgados y duchos montañeses con los recursos au

xiliares que tenían a su disposición; pero en aquellos instantes ofrecía un peligro tremendo, no para el que bajara, sino para el que se hallaba abajo ya, indefenso e inerte. El talud estaba cubierto, hasta la arista de arriba, de una capa de nieve que no mediría menos de vara y media de espesor, y debía de medir mucho más tal vez el doble, la que había en la explanada de abajo, en uno de cuyos lados yacía Chisco sin dar señales de vida, por más que siguiera jurando Chorcós que sí las daba. Remover la nieve de arriba, siquiera fuese ligeramente (y de aquí la precaución de Neluco tomada con _Canelo_), equivalía a producir un corrimiento de ella, que, ganando peso y velocidad de palmo en palmo, llegaría a la peña como un alud de bastante empuje para arrastrar a Chisco a los profundos de la barranca. Esto, que estaba en la mente de todos, era lo que los tenía febriles y consternados. Todos estaban dispuestos a bajar, pero a nadie le era permitido. Pito Salces, que no cabía dentro de sí mismo y andaba leguas por segundo en los tres palmos de suelo que ocupaban sus pies, se dio de pronto un puñetazo en la frente. ¡Puches! ya tenía la idea.

--¿Están las cuerdas listas?--preguntó.

Respondiéronle que sí.

--¿Alcanzará ca una de eyas hasta abajo?

Se le respondió que con sobras de otro tanto. Pidió luego una pala.

Examinó la cuerda, midiéndola braza a braza; la dejó después enroscada en el suelo cerca del borde del barranco; puso la pala sobre la rosca, y volvió a asomarse al precipicio. Enseguida preguntó a los más cercanos de los que le miraban a él silenciosos y llenos de curiosidad:

--¿Habrá siquiera, siquiera, dos varas de nieve en la yanauca de ayá bajo?

--Y más que más--se le respondió.

Quitóse los barajones en un periquete; los arrojó a un lado, enderezóse y dijo:

--Los rayos, ¡puches!, son pa cuando truena, y las oraciones, señor don Sabas, pa cuando se nesecitan como ahora mesmu.

Besó la mano al Cura; arrimóse otra vez a la orilla de la barranca; dijo a los que le contemplaban atónitos, por ignorar los planes que le movían a hacer aquellas cosas tan raras, que tuvieran listas la pala y la cuerda para cuando las pidiera él; miró un instante hacia abajo, santiguóse rápidamente, invocó a «Jesús crucificado...» ¡y allá va eso! Se lanzó al abismo entre el asombro y el espanto de todos. Hay que advertir que desde que se notó la falta de Chisco hasta aquella sublime barbaridad, no pasaron diez minutos. ¡Tan de prisa se andaba, se discurría y se obraba allí!

Los que vieron caer a Pito Salces (que fueron todos

los que de la caravana quedaban arriba, _Canelo_ inclusive) derecho, rígido como un huso, y haciendo de los brazos alas y balancín para gobernarse en los aires, no lograron averiguar cuál fue primero, si el hundirse en la nieve hasta la cruz de los calzones, o el echar las dos manos sobre el cuerpo inmóvil de su amigo, haciendo presa en él. Enseguida tiró del cuerpo con todas sus fuerzas, logró arrastrarle a su terreno y le dejó sobre la nieve en lugar más seguro y boca arriba. Todos conocieron a Chisco en cuanto le vieron así; pero ¡horror de los horrores! en el sitio en que había estado apoyada su cabeza quedaba un manchón de sangre que se distinguía perfectamente sobre la blancura deslumbradora de la nieve. Casi al mismo tiempo que se hacía este triste descubrimiento, gritaba Pito desde abajo volviendo la mirada hacia los de arriba:

--¡Hay hombre, puches, y hasta con su resueyu correspondienti!

--¡Arriba con él sin tardanza!--gritó Neluco entonces desde lo alto.

--¡Hay que barrer primero el camino!--contestó Chocos desde abajo--.

Échenme una pala antes con antes, porque ya tengo la idea, ¡puches!, y vaigan jiciendu por arriba lo que a mí me vean jacer por acá abaju... en cuanto yo avise.

Cayó la pala enseguida, perfectamente a plomo y en el sitio mismo que

Chorcocos señalaba con la mano; apoderóse de ella, y comenzó a expalar nieve a diestro y a siniestro, arrojándola por encima de los bordes de aquella aérea y minúscula península unida al continente de la montaña por un istmo que no tenía tres varas de anchura. En dos minutos quedó el istmo despejado y abierta una senda en el campizo que tapizaba por allí los raigones del peñasco, hasta el montón de nieve sobre el cual yacía Chisco. Enseguida se arrimó el intrépido muchacho a la base del talud, y allí, como si se hallara en el huerto de su casa, sin inquietarse lo más mínimo por la visión de los abismos horrendos que se abrían a media vara de cada uno de sus pies, púsose a expalar la nieve del talud, a un lado y a otro, mandando al propio tiempo que se hiciera arriba lo mismo, en cuanto alcanzaran las palas. Sin base ya la nieve del talud y removida por lo alto, empezó a escurrirse hasta el istmo, donde se partía en dos cascadas que desaparecían en el barranco. Despejado y limpio el talud en breves momentos y desembarazado, por consiguiente, de los peligros que se temían antes, echóse abajo la cuerda que pidió Chorcocos; ató como debía y él sabía hacerlo, a su amigo por los sobacos, y tirando con tiento los de arriba y ayudando él con cariño desde abajo, quedó Chisco, que no podía hacer nada por sí, arrimado al talud.

--¡Arriba ahora con él!--voceó Pito Salces, y a pulso, porque si no yeva un brazu cascau, ha de faltali pocu.

Llegó Chisco felizmente a lo alto, volvió a descender la cuerda, atóse con ella Chorcos, subiéronle; y sin detenerse nadie a ponderarle la hazaña, ni ocurrírsele a él que lo que acababa de hacer mereciera tal nombre, corrieron todos a rodear a Chisco, de quien ya se había apoderado el médico en el robledal, asistido de don Sabas principalmente. La herida de la cabeza resultó insignificante, y lo del brazo ni siquiera llegaba a dislocación del hombro. Lo peor era la sangre perdida que le debilitaba mucho, y lo que pudiera haber de conmoción cerebral, aunque era buen síntoma lo dócil que iba mostrándose todo el organismo a los remedios que Neluco le aplicaba. A los tres cuartos de hora se sentaba el enfermo por su propio esfuerzo y por su libre voluntad; otro cuarto de hora después, pedía minuciosas noticias de todo lo que le había pasado; a la hora y media, comía con gran apetito y bebía cuando le daban; y sin cumplirse las dos horas, ensayaba sus bríos de caminante pataleando sobre la nieve y rogando al Cura y a Neluco que se rompiera la marcha cuanto antes.

Caminando ya, decía don Sabas al médico:

--¡Y se dirá que ya no se hacen milagros! Haber en el paredón liso de la barranca una sola peña saliente; ir a dar Chisco a esa peña arrastrado por la cellerisca; tener la peña un colchón de más de dos varas de nieve, y envolverle a él la cellerisca en cobertores de más de otro

tanto, para que la caída fuera blanda. ¿No son milagros éstos? Y, por último, ¿no es el mayor de todos la ocurrencia de Pito? Porque ¿de qué hubieran servido los otros sin esa barbaridad?

Como había que acomodarse al andar de Chisco, que no era su andar ordinario, la bajada a Tablanca duró bastante más de lo calculado a la salida de la «Cuevona» del «Pedregalón de Escajeras»; y como, así y todo, el mozn de Robacío no era de hierro, llegó a cansarse mucho y a no sentirse bien a medida que avanzaba la noche y el frío arreciaba.

Hubo temores de que no pudiera llegar a Tablanca por sus pies, y se buscaron atajos para llegar cuanto antes. Cómo llegaron, al fin, Neluco y el enfermo, ya lo habíamos visto nosotros. Se calentó la cama de Chisco, se le despojó de sus ropas húmedas, se le dieron unas fricciones de aguardiente; y en la cama seguía reposando al referir Neluco en la cocina estos sucesos que más de una vez empañaron los ojos de Facia, e hicieron estremecerse de pavor y de entusiasmo a su hija Tona, mientras a mi tío le temblaba la barbilla y le chispeaban los ojuelos clavados en los del narrador. En cuanto a mí, con admirar tanto como admiré la atrocidad heroica de Pito Salces, y con sentir tan hondamente como sentí el percance tremendo del pobre Chisco, aún me resultaba poco todo ello en comparación del cuadro de horrores que yo había estado forjándome en la cabeza durante el día y una buena parte de la no

che.

Terminado el relato, con minuciosos comentarios de los oyentes, y reanimado ya Neluco con el calor de la lumbrona, dióse una vuelta por la alcoba de Chisco; vio y vimos todos que dormía profundamente un sueño tranquilo y reparador sin señal de calentura; diónos instrucciones para lo que pudiera acontecer hasta que volviera él a la mañana siguiente; pidió el farol que ya le tenía Facia preparado; despidióse y se fue a su casa, donde estaría su ama de gobierno llorando por él y hasta encomendándole a Dios. Expliqué yo luego a mi tío, con la razón de estos sucesos, mi conducta de todo el día; pareció tranquilizarse con ello; nos arrimamos poco después a la perezosa; cené yo con un apetito como no había sentido otro en mi vida, y una hora después nos retirábamos a dormir.

¡A dormir!... ¡Buenas andaban para ello las horas de aquel día y de aquella noche memorables!

Habíame yo metido en la cama con la cabeza atiborrada de sucesos extraordinarios y el corazón henchido de impresiones; veía la tempestad rugiendo entre las montañas, desgajando peñascos y desarraigando troncos seculares, y a una docena de hombres, sencilla y naturalmente generosos, envueltos entre remolinos de nieve y de granizo, rodando por los suelos, como la hojarasca muerta de los árboles; veía a Chisco moribundo en el

lomo de una roca, sobre el fondo negro de un abismo
espantoso; veía las
ansias desesperadas de sus compañeros de fatigas, que
no hallaban la
manera de sacarle de allí, y veía, por último, al n
oblote Pito Salces
volando por los aires y jugándose la vida en aquel
arranque brutalmente
sublime, por el intento solo de salvar la de su ami
go, que de seguro
hubiera hecho una barbaridad idéntica por él; consi
deraba yo todo lo que
representaban y valían a la luz del buen sentido es
tas cosas, y la
simple acometida de la excursión a la montaña en un
día como aquél, por
puro y santo espíritu de caridad, como el hecho más
natural y sencillito,
sin la menor protesta, sin la más leve duda y sin i
dea siquiera de la
más remota esperanza de lucro ni de aplauso; y, sin
poderlo remediar, me
acordaba de lo que había leído y oído tantas veces
en mi mundo; del
clamoreo resonante que solía moverse en tertulias,
casinos y papeles, y
de los honores y cintajos que se pedían y se otorga
ban para premiar una
«hazaña» que no valía dos cominos en buena venta; p
ensaba también en mi
pobre tío, a quien las dudas primero, y después el
conocimiento de la
realidad con todos sus pormenores, habían afectado
muy profundamente, y
en que le había dejado yo a la puerta de su dormito
rio mucho más abatido
y macilento que de costumbre, más fatigoso y más pe
rseguido por la tos;
en fin, hasta pensé en lo que, en buena justicia, h
abrían ganado Chisco
en la estimación de Tanasia, de quien no era digno
un animalote como

Pepazos, y Pito Salces en la de Tona, que no habría echado en saco roto las heroicas atrocidades del mozallón que tan de veras la quería.

Hasta bien pasada la media noche no empezaron los a magos del sueño a confundirme y amontonarme estos pensamientos y aquellas imágenes en la cabeza; y entonces fue, precisamente, cuando oí unos golpes dados en el suelo del cuarto de mi tío. Solía él llamar así con un palo que le ponían arrimado a la cabecera de la cama. Pero en los golpes de aquella noche había algo que los distinguía de los golpes de otras veces, oídos por mí sin alarma. Podía ser esto verdad, o producto de una alucinación mía; pero yo, en la duda, me atuve a lo primero y me levanté de un salto, encendí la bujía, me vestí en el aire y acudí a la llamada. Y resultó lo que yo me temía. Hallé al pobre señor incorporado en la cama, de color de lirio, con la mirada de angustia, la boca entreabierta, la respiración anhelosa y difícil, y un estertor en el pecho que parecía el de la muerte. Recitaba, sílaba a sílaba, salmos del Miserere... y yo no supe qué hacer ni qué decirle en los primeros momentos: me imponía aquel cuadro que nunca había visto, y sentía al mismo tiempo mucha compasión. Contando con ataques de aquella especie, había en casa varios medicamentos y nos había dado Neluco algunas instrucciones para combatir el apuro en los primeros instantes mientras se le avisaba a él; pero yo no acertaba a hacer ni a disponer cosa con cosa. ¡T

an aturdido me veía!

Llegaron a esto las dos criadas, que también habían oído los golpes, y, por ver a su amo desde la puerta, me dijo Facia al oído:

--¡Lo mesmu que la otra vez!

Volvióse Tona volando hacia la cocina a cumplir un mandato de su madre, y se quedó ésta conmigo en el cuarto del enfermo.

Éter, maniluvios, sinapismos... ¡qué sé yo cuántos recursos se pusieron en juego allí! A todo se prestaba el angustiado señor, menos a que se avisara a Neluco ni a don Sabas, porque después de la brega que habían tenido desde el alba, necesitaban el descanso tanto como él. ¡Y cuidado con que se enterara el pobre Chisco de lo que estaba pasando! porque era capaz de levantarse con riesgo de ponerse peor; y Chisco y el Cura y Neluco y yo y Facia y todos y cada uno de los que dormían o descansaban a aquellas horas o andaban sanos y buenos por la casa, hacían falta en el mundo; todos menos él, que viéndose en aquel trance se veía en lo suyo propio y en lo que era natural.

Todo esto nos lo iba diciendo poco a poco, mientras clavaba en nosotros su vista cristalizada y anhelosa y hundía sus manos cadavéricas en una palangana llena de agua muy caliente, aprovechando el alivio que iban produciéndole éste y otros remedios heroicos que le aplicábamos sin cesar.

--Además--nos dijo--, esto no es la muerte todavía;
lo conozco yo bien;
y si creyera otra cosa, ya estaría aquí el Cura por
mi orden, por la
cuenta que me tiene.

¡Cascajo!... Pero es otro aviso de ella... vamos, e
l segundo toque; al
tercero, la misa... y no miento, la misa de cuerpo
presente; el cuerpo
de tu tío, Marcelo, de tu amo, Facia, que ya está d
e sobra en esta casa
y en el mundo... ¡Bendita sea la voluntad de Dios p
or siempre jamás,
amén!

Después se puso a rezar por lo bajo; y a medida que
se le calmaban las
angustias iba cerrando los ojos, hasta que acabó po
r quedarse dormido; y
así dormitando y despertando a cada instante, pasó
mucho tiempo. Hacia
la madrugada desapareció por completo el ataque, y
durmió el enfermo
tranquilamente y de un tirón, cerca de dos horas. ¡
Pero qué ganas había
tenido yo durante la noche de avisar a Neluco, y qu
é ansiedad la mía por
que amaneciera!

Cuando amaneció, al fin, tiritaba yo de frío... y d
e tristeza, sentado a
la cabecera de la cama de mi tío, después de haber
visto desde la solana
de mi cuarto que no se presentaba el nuevo día más
risueño que el
anterior, y de enviar recado a Neluco para que anti
cipara la visita
cuanto le fuera posible.

XXIII

En cuanto mi tío se halló libre del ataque al despertar del sueño,
relativamente tranquilo, que yo le había velado desde el amanecer, y vio
el cuarto alumbrado por la luz del día, aunque parda y melancólica,
olvidóse de las mortales angustias que había sufrido pocas horas antes,
y no tuvo ni declaró otro deseo que el de saltar de la cama para hacer
la vida de costumbre. Dios y ayuda nos costó reducirle a que siquiera
nos escuchara las razones que teníamos para oponernos a su irreflexivo y
peligroso empeño. Neluco, que ya se hallaba presente y bien enterado de
todo lo ocurrido durante la noche, tuvo que enfadarse de veras y hasta
faltarle un poquillo al respeto. Si no por las buenas, por las malas
tendría que quedarse aquel día en la cama, y el siguiente, y el otro, y
todo el tiempo que durase el temporal de nieve. Había que evitar a todo
trance los enfriamientos... Después, ya se vería. A lo cual respondió
don Celso, echando lumbre por los ojillos de raposo y apretando los
puños de coraje:

--¡Para ti estaba! ¡para ti y para todos los de tu arrastrado oficio,
mediquín trapacero del cascajo! ¿Por quién me tomas? ¿De qué madera te
has pensado que soy yo? Me levantaré... o no me levantaré, conforme y
según me vea de agallas; pero no porque se le antoj

e así o asao a ningún
enterrador de vivos... porque enterrar en vida es ¡
cuartajo! tener en la
cama días y días a un hombre como yo, sin calentura
ni dolores.

Al cabo se entregó, más que por convencimiento, por
falta de fuerzas
para salirse con la suya; pero volvió la cara hacia
la pared
refunfuñando protestas e improperios como un chiqui
llo contrariado.

Despachado este asunto y mientras íbamos a ver a Ch
isco, decía yo al
médico que acaso tuviera razón mi tío en su porfía
con nosotros. ¡Era
tan extraordinaria su naturaleza!

--No hay naturaleza que valga--me respondió Neluco--
-, a cierta edad de
la vida y con determinadas enfermedades.

--Pero ¿tan grave es ésta que padece mi tío?--le pr
egunté.

--Ya le he respondido a usted en otra ocasión a esa
pregunta.

--Efectivamente.

--Pues atégase usted a ello, y sírvale de gobierno
para su mejor
inteligencia, que de cada cien enfermos de esta cla
se, aun siendo mozos,
se mueren... ciento y uno; conque figúrese usted si
habrá que andar con
cuidado, siquiera para detener la muerte de don Cel
so unos cuantos días.
Lo que aquí se necesita ahora para disciplinarle un
poco, es organizar
la asistencia modificando al propio tiempo la vida

de este hogar. Usted
no puede acomodarse a ciertas faenas, impropias de
sus hábitos y hasta
de su naturaleza; Facia es la estampa de la melanco
lía, y su hija Tona
incapaz de suplir con la más cariñosa de las solici
tudes, la habilidad y
el pulimento que le faltan. Además, ni la madre ni
la hija pueden, por
su condición de sirvientes, imponerse a los caprich
os impetuosos de su
amo, que, por otra parte, se las sabe ya de memoria
, lo mismo que a
usted. Más que con caldos y con drogas, hay que ate
nder a este enfermo
con entretenimientos que le distraigan y alegren y
le obliguen a ser
dócil, hasta por la cortesía. En fin, que he pensad
o en Mari Pepa. Mari
Pepa vendrá aquí de enfermera con mil amores, y vin
iendo ella, vendrá
Lita también; y con el pretexto de acompañar a don
Celso, se pasarán a
su lado todo el día y harán de este caserón una paj
arera. A usted ¿qué
le parece?

De perlas me pareció, y así se lo declararé a Neluco.
Quedó él en
convertir el plan en cosa hecha, y llegamos en esto
a la alcoba de
Chisco.

El cual no estaba ya en ella ni en sus inmediacione
s. Preguntando por él
a Tona, supimos que andaba, buen rato hacía, arregl
ando el ganado.
Bajamos a las cuadras y allí dimos con él. Algo le
dolía el brazo
todavía «jancia el hombral»; pero como era el izqui
erdo, se manejaba
bien para sus quehaceres. Tenía buena «apetencia»,

se «jallaba» firme de los otros remos, y por eso se había levantado como todos los días. Ya sabía lo de su amo, y le llevaban «los diantris» al considerar que mientras el pobre señor pasaba las de Caín, él estuviera durmiendo a pierna suelta toda la noche, y por culpa de «blanduras y arreparus» que se habían tenido «malamenti» con un hombre de su correa. Pulsóle el médico y le reconoció el brazo y la herida de la cabeza; dióle por sano y bueno si se obligaba a observar ciertos cuidados que le prescribió; despidióse de mí hasta «más tarde», y se fue. Antes de salir me dijo muy quedo:

--Creo que hice muy mal anoche en referir ciertas cosas delante de su tío de usted, con lo impresionado que ya estaba el pobre señor.

Sospeché lo mismo, volvíme al lado del enfermo y me senté a la cabecera de su cama. Le hallé más «humano» que antes, sin duda porque también estaba más abatido. Como no le tentaba el deseo de hablar, ni era conveniente provocársele, según encargo muy encarecido de Neluco, dime a meditar yo por no tener otra cosa en qué ocuparme allí. Era indudable que yo había llegado a querer de veras a mi tío: a la vista estaba lo que me dolía la gravedad de su estado y el peligro en que se hallaba de quedársenos entre las manos a la hora menos pensada; y, sin embargo, la perspectiva de aquella serie de días de cama, impuesta por el médico al

enfermo, con la sujeción a que me obligaba esta medida, en el menguado y tétrico recinto de aquella alcoba, y la tenaz y espesa nevada que tenía el cielo en tinieblas, la tierra sin suelo en que pisar y encarcelados a sus habitantes, me preocupaba y me dolía ¡a qué negarlo! mucho más. El corazón humano adolece con frecuencia de estos achaques, no por maldad propiamente, sino por falta de educación de los sentimientos, por desuso de los más delicados de ellos, por resabios del egoísmo adquiridos en la libertad de una vida sin trabas ni linderos. Explicábame yo aquella debilidad, que me parecía hasta pecado grave, con estas reflexiones, y con ellas me consolaba, aunque no tanto como con la esperanza de que se realizaran los planes de Neluco y vinieran Lita y su madre, sobre todo Lita, a aliviarme del peso de la cruz, renovando el aire y los sonidos y las caras y hasta la luz de aquellos ámbitos entristecidos, mudos, negros y monótonos. Pero ¿se prestarían a venir Mari Pepa y su hija, no obstante sus buenos y caritativos deseos? ¿No les arredrarían los obstáculos de la nieve y del frío, de aquel frío como no le había sentido yo ni en Rusia quizás, por no haber en Tablanca otro recurso que el de la cocina y un mal brasero para combatirlo? ¡Mal conocía yo los alientos de las señoras tablanquesas! A media mañana entraban por la puerta del salón de la casona la hija y la nieta de don Pedro Nolasco, poco después de haberlas oído yo «gorjear» y llenar el pasadizo de voces

argentinas y armoniosas. También las había adivinado mi tío.

--¡Jesús!... ¡la cellerisca!--había exclamado, al oírlas, en un tono que revelaba más alegría que pesar.

Salí a su encuentro y las recibí sin disimular una pizca el alegrón que con su visita me daban. Los ojos y la nariz era lo único que se veía de sus personas: todo lo demás era un conglomerado de faldas, chaquetas, toquillas y mantones de lana espesa y dulce. Preguntando y exclamando, ora en voz baja (cuando no era conveniente que lo oyera mi tío), ora casi a gritos (por convenir que lo oyera), iban desliándose la cabeza y descubriendo la cara, hasta que apareció la de Lita (me fijé poco en la otra) como luna de enero entre nubes grises, o más propiamente, como una manzanita de agosto arrebujaada en las hojas de su ramo: así estaba de coloradita, de tersa y de apretada la redondez de sus carnes por allí.

Como venían bien informadas e instruidas por Neluco, poco o nada hablamos del papel que les correspondía en la comedia que íbamos a representar delante del enfermo. Don Pedro Nolasco no había podido acompañarlas; mejor dicho, no se lo habían permitido ellas, por temor a una caída que hubiera sido mortal en un hombrazo de sus años... porque estaban los caminos ¡Virgen María, la nuestra Madre! que daban miedo. Se «eslociaban» los pies en la nieve como anguilas en la mano. Solamente en

la subida del pedregal se había caído ella (Lituca) dos veces, y sobre una misma rodilla, que debía de estar hecha una compasión. No lo había visto todavía, pero podía jurarse por lo que la «resquemaba», aunque no la impedía los movimientos, gracias a Dios. Por lo demás, ya sabían ellas que al enfermo no le convenía la charla, aunque la pidiera: de vez en cuando, alguna chunga, como si el mal fuera de broma; a tiempo y con amor, las medicinas y el alimento; y que perdonáramos la franqueza si se daban por convidadas a comer, porque ellas, con el pretexto de la nevada, pensaban quedarse hasta la noche sin que don Celso maliciara la verdad del motivo. Venían provistas de labor para hacer más entretenidas las horas sobrantes alrededor del brasero.

Mi tío las recibió con cuatro cuchufletas y algunos lamentos. Aunque vivo todavía, se daba por muerto ya. Protestaron ellas contra el supuesto, asegurándole que lo que le había «encamado» entonces era la frialdad de la nevada, y puede que también algo del sentir que le diera el conocimiento de lo ocurrido en el monte el día antes.

--No lo niego--respondió a ello mi tío--, y por lo mismo no tiene vuelta de hoja lo que vos acabo de decir; porque ¿qué puede esperarse ya de un hombre de mi veta cuando se deja acaldar, como yo estoy acaldado, por chapucerías como esas?

Era la pura verdad; pero, así y todo, insistieron l

as bonísimas mujeres
en negarla, aunque no con los bríos necesarios para
lograr sus
caritativos fines, porque eran cariñosas en extremo
y se sentían
impuestas y conmovidas ante aquella extenuación y a
quella lividez
cadavéricas del pobre don Celso, que ni por afán de
mantener sus
derechos desconocidos por la tiranía profesional de
Neluco, se acordaba
ya de levantarse.

Dejáronle al fin en el sosiego que necesitaba; inst
alámonos en el salón
contiguo; llegó la mujer gris con el brasero encogo
llado de ascuas
resplandecientes; púsole en la caja que estaba allí
, y nos sentamos
alrededor de ella, sin perder de vista al enfermo,
Mari Pepa, su hija y
yo. Mari Pepa sacó de un bolsillo muy grande de su
delantal los avíos de
hacer media; Lita (no supe de qué repliegue de sus
complicadas
envolturas) los de hacer puntilla, y ambas comenzar
on a trabajar en sus
respectivas labores y a hablar al mismo tiempo, per
o más con los ojos y
por señas que con la boca, en lo que tuviera relaci
ón con el estado de
mi tío. De «lo de ayer», se habló mucho más, y tamb
ién con cierto
cuidado para que no fuera oído desde la alcoba lo q
ue podía
impresionarle nuevamente. Y fue un milagro de Dios
que no nos oyera lo
más de ello, porque con el obstinado empeño que yo
tenía en que había de
haber algo entre Lita y el médico, estuve verdadera
mente pesado y
machacón en ciertos pasajes del diálogo; particular

mente durante las escapadas de Mari Pepa a la alcoba, porque había to- sido mi tío o se creía que había llamado... o para ver si necesitaba alguna cosa, sin que tosiera ni llamara. En casa de don Pedro Nolasco se había sabido todo, poco antes de pasar «la nube» que los había aterrado. Habían vivido en la misma angustia que yo hasta muy entrada la noche. Yo referí a Lita las dudas que había tenido en casa del Topero; y aquí fue donde mi tenacidad rayó en impertinencia. Lo conocí en una mirada de extrañeza con que respondió mi linda interlocutora a una indirecta mía en que se clareaban demasiado mis intenciones. Me impuso aquella serenidad que me pareció protesta contra un mal entendido derecho de preguntar «ciertas cosas» por muy evidentes que fueran.

En esto llegó don Sabas, quejándose desde el pasadizo de los miramientos que se le habían guardado en nuestra casa aquella noche. ¿Quién nos había dicho que por un viaje más o menos a la montaña, no quedara él con agallas suficientes para cumplir con su deber a cualquier hora que se llamara a su puerta? Y si la cosa hubiera apretado un poco más de lo que apretó, ¿qué hubiera sido del cristiano en peligro de muerte? ¿De quién hubiera sido la responsabilidad? ¿Qué se hubiera dicho de él y qué de todos nosotros?... Y aunque la cosa no apretara, ¿para cuándo son los buenos amigos?

--Pues, mira--añadió arrimado ya a la cama de don C

elso--, lo que es
ésta no te la perdono.

--¡Bah, bah!--refunfuñó el aludido revolviéndose un
poco--, no me rompas
la cabeza. Tú puedes jacer lo que te acomode, que y
o bien sé lo que me
hice.

--¡Jinojo!--replicó don Sabas--, es que el miramien
to ése fue tal, que
si no topo ahora mismo con Neluco, se pasa el santo
día sin que yo me
entere de lo que a ti te pasó anoche.

Intervine yo, desenojé al Cura, quedóse con mi tío
a solas y continuamos
los demás alrededor del brasero, como antes, charla
que charla, sobre
«lo de anoche» sobre «lo de ayer» y hasta sobre cie
rta promesa hecha por
mí a mis interlocutoras el día en que las había con
ocido, de comer en su
casa alguna vez; promesa que todavía estaba sin cum
plir, por culpa bien
notoria de la agitada vida que llevaba monte arriba
y monte abajo,
cuando no de los fieros temporales que me tenían bl
oqueado en la casona.
Al mediodía volvió Neluco, que no halló en el enfer
mo nada de particular
ni de nuevo, ni quiso acceder al ruego que le hice
de quedarse a comer
con nosotros; ruego que, por su parte, me había des
airado ya el Cura.
Marcháronse los dos juntos, después de prescribirno
s el primero el plan
de asistencia para la tarde, y de conjurarnos el se
gundo a que por
ningún motivo ni miramiento humano dejáramos de avi
sarle a la menor
novedad; volvieron Lita y su madre a la alcoba del

enfermo para
ponderarle la mejoría que notaban en él (y bien sab
e Dios cuánto mentían
a sabiendas en sus ponderaciones), y a darle Mari P
epa unos sorbos de
leche mientras su hija le arreglaba las ropas de la
cama y entraba la
mujer gris en el salón a poner la mesa en las cerca
nías del brasero, y a
poco rato nos sentamos a comer.

Comiendo y hablando, tuve yo que decir, porque me l
o preguntaron mis
locuaces comensales, qué cosas se comían por los pu
dientes, y a qué
horas, en «esos mundos de Dios». De todo se admirab
an aquellas
sencillísimas mujeres; y yo, al notarlo, me complac
ía en apurar la nota,
y así llegué a ponderarles el exquisito sabor de la
s ancas de rana y de
los nidos de golondrina, entre otras distinguidas y
elegantes porquerías
alimenticias que cité. Y era de ver entonces la car
a que ponía Mari Pepa
y los gestos de asco que hacía Lituca mirando a su
madre y volviendo a
mirarme a mí, como si dudara de la verdad de lo que
yo refería.

--Puro vicio, hija, puro vicio--decía al cabo Mari-
Pepa--; puro vicio de
la jartura en que viven esas gentonas, de cuanto Di
os crió.

Como estaba tan enlazado lo uno con lo otro, tirand
o del modo de comer
salió el modo de vivir y el modo de viajar. Nuevas
admiraciones y nuevos
asombros. También extremé bastante la tesis aquí, y
hasta sospecho que
mentí un poco, aunque dentro de lo verosímil y perd

onable. Lo de
acostarse cerca del amanecer y levantarse después d
el mediodía para no
salir de casa hasta el anochecer, les maravilló tan
to como la sopa de
nidos de golondrina y las frituras de ancas de rana
.

--¡María la mi Madre!--exclamó Lita al enterarse de
ello--, pues si esas
gentes no ven nunca jamás el sol, ¿qué diantres pue
den ver que las
alegre y las engorde? Yo creo que eso es vivir cont
ra ley.

--Vicio, hija, vicio--insistía Mari Pepa--; vicio d
e no saber qué
jacerse en una vida tan regalona.

Preguntóme Lita si yo también tenía «por allá» esas
malas costumbres;
respondíla que sí, y me dijo, por todo comentario,
con una ingenuidad y
una llaneza verdaderamente infantiles:

--Pues buen picaronazo estará usted... ¿Verdá, madre
?

Celebré yo el dicho con una risotada no menos ingen
ua, dando enseguida
las gracias por el piropo, casi al mismo tiempo que
respondía Mari Pepa
a la pregunta:

--¿Quién sabe, hija del alma, quién sabe? Quien se
jaz a comer «niales»
de golondrina sin reventar de «duda», bien puede ja
cerse a vivir de ese
modo sin ofender a Dios ni quebrantar la salud.

Con esta salvedad de su madre se puso Lita muy colo
rada, y quiso

enmendar lo que pudo haberme parecido impertinencia
suya; y yo, sin
dejarla concluir, la allané el camino de sus deseos
ofreciéndola por
añadidura una declaración, no desprovista de sincer
idad, de mis grandes
desencantos.

--No le pasaría tal ahora--me objetó Mari Pepa--, s
i se hubiera casado a
tiempo, para vivir como Dios manda. ¿A qué diantres
quieren el saber y
los posibles cuando se ven solitarios de familia y
mozones de casa
abierta?... Pues mire, don Marcelo: dicen que para
estas casas, por muy
cerradas que estén, siempre tiene el diablo una lla
ve.

--Podrá tenerla--repliqué yo muy formal--; pero en
la mía no ha entrado
nunca.

--¡Jorria, trapacerón de satanincas!

Soltó después la carcajada, y la soltó Lita al mism
o tiempo. Ayudélas yo
con otra, por la gracia que me hacían las dos; y en
seguida comenzaron
los «picadillos» y tiroteos que no podían faltar al
lí, entre los tres.
Porque estas quisicosas son ingénitas en la mujer d
e todas castas y
latitudes; y puestas todas ellas en una misma situa
ción, todas, salvo
las diferencias de lugar y de estilo, vienen a esca
rbar en el mismo
terreno y con los propios fines. Siempre las inicia
tivas y la fuerza del
atrevimiento, las marrullerías y el tesón, en la ma
dre; la estudiada
reserva, la mal disimulada curiosidad, el elocuente

silencio, el mirar
de soslayo, la pinchada sutil, en la hija. Así llegaron las dos a dar
por hecho que no habría tenido yo menos de cincuenta novias, ni bajarían
de tres las que quedaban en Madrid llorando mis ausencias y tal vez mis
ingratinitudes. Pero si en el fondo no era nueva la escena para mí,
éranlo, hasta embelesarme, aquellos pintorescos matices de lengua;
aquella dialéctica a la buena de Dios, sin andamiajes retóricos ni
artificios convencionales; aquellas malicias sanotas que brotaban del
regocijado palabreo, espontáneas, frescas, airoosas y trascendiendo a
«la tierra» como las rosas del huerto entre la virginal y espléndida
hojarasca del cercado que las protege. Por eso sentí en el alma que se
acabara aquel originalísimo «discreteo». Y se acabó por acudir Mari Pepa
a mi tío que tosía y se quejaba, mientras Lituca, a la vez que escuchaba
los quejidos y las toses, me mandaba callar poniendo un dedín muy mono
sobre la boca, y llegaba Facia a recoger los mendrugos y levantar los
manteles de la mesa.

XXIV

Pasó pronto lo de mi tío, y pasaron dos horas más sin otro suceso digno
de notarse en la casona y fuera de ella, que unas rachas de vendaval
húmedo que «ennegrecieron» un poco la nevada, cosa

que nos llenó a todos
de complacencia, menos a la mujer gris, por ser el
fenómeno señal de
próximo desnive. Cerca del anochecer, cuando Mari
Pepa y su hija
recogían las respectivas labores y se sacudían las
hilachas agarradas a
los vestidos y apercibían las «nubes» y los mantone
s, diciéndole de paso
a mi tío muchas cuchufletas por animarle, y goteaba
n las canales del
tejado la nieve «derretida» por la lluvia que iba e
spesando, vino el
médico otra vez. Examinó al enfermo, y nada de part
icular ni de
alarmante halló en él que hiciera temer una noche c
omo la pasada; pero
tampoco se atrevió a prometérsela más tranquila, p
orque todo cabía en
una enfermedad de tan mala casta en un doliente tan
aniquilado e
indefenso como mi tío. Esto me lo dijo aparte despu
és de darme, delante
de Facia y de Mari Pepa, el plan de campaña hasta e
l día siguiente, sin
perjuicio de volver él a última hora, por lo que pu
diera ocurrir. La
madre de Lita insistió mucho en quedarse a velar; p
ero yo no lo
consentí, porque tampoco lo hubiera consentido el e
nfermo ni le hubiera
sentado bien la mera sospecha de tratarse de ello,
con lo receloso y
aprensivo que se ponía a medida que las tinieblas i
ban invadiéndole la
alcoba. Se acordó que velara Facia, que no se acost
ara Chisco y que
durmiera yo como las liebres; y con ello se marchar
on Lita y su madre
con Neluco, despidiéndose ellas «hasta mañana» y él
«hasta luego»; se
fueron quedando a oscuras aquellos destartalados y

fríos ámbitos de la
casona; creció con las tinieblas el silencio, y pas
ó un buen rato,
mientras la mujer gris aderezaba el velón, sin que
yo viera otra cosa en
derredor mío que las mortecinas ascuas agonizando e
ntre las cenizas del
braseo, ni oyera otros rumores que los de la traba
josa labor del
respirar de mi tío en el fondo de la alcoba, y los
del acompasado y
monótono fluir de las canales sobre el encharcado g
oterial.

Cuando hubo luz en la alcoba, me acerqué a la cama
del enfermo y le
hablé para desentristecerle un poco y animarle. Tra
bajo perdido. Me
agradecía mucho la intención; pero él solo sabía to
do lo mal que se
encontraba y lo imposible que era salir de aquel at
olladero sin un
milagro de Dios. Me suponía agobiado por la carga d
e mi sujeción a su
asistencia, y se empeñaba en tranquilizarme con la
promesa de que no
sería largo mi cautiverio; me pedía perdón por los
malos ratos que me
daba entre tanto, y me conjuraba nuevamente a que c
uando recobrara mi
libertad, no echara en olvido lo que tan rogado me
tenía; porque lo de
menos era él en aquel pueblo, si había quien ocupar
a en la casona el
puesto que quedara vacío con su muerte. Me parecerí
a ya pesado el tema;
pero eso mismo me demostraría la importancia que él
le daba... Todo
esto, dicho entre quejidos y pausas anhelantes, con
voz apagada y
sepulcral, a la luz extenuada del velón colocado so
bre la cómoda, que

sólo servía para extremar la palidez cadavérica del
enfermo, entre
olores de éter y romero, mientras seguían fluyendo
las canales y
rezongando el vendaval afuera, resultaba bien trist
e ciertamente. Por
obra de la casualidad se producen a menudo contrast
es muy curiosos que
parecen chanzas muy pesadas del destino. Sobre la c
ómoda y debajo del
mechero encendido del velón, había un rimeró de car
tas y periódicos que
había puesto yo allí la noche antes para ir entrete
niendo con su lectura
mis largas horas de vela después que, pasado el ata
que de asma, pudo
conciliar el sueño mi tío. Pues la mayor parte de a
quellas cartas y de
aquellos papeles impresos, estaban atestados de not
icias, reseñas y
juicios de bailes en proyecto, recepciones suntuosa
s y comedias nuevas
en los salones y teatros de Madrid, como si todo se
hubiera escrito para
que yo me enterara de ello en tan oportuna ocasión.

La recaída de mi tío; el descenso de la temperatura
, con el subsiguiente
despejo de sendas y caminos, y la salsilla de «lo d
e ayer» llevaron a la
cocinona aquella noche un gran golpe de tertulianos
. Asistió hasta el
Tarumbo, que rara vez iba por allí, harto más intra
nquilo y desazonado
con la enfermedad de don Celso y la burrada de Pepa
zos, que por
habérsele ensanchado en más de otro tanto, con el p
eso y la destilación
de la nieve, el boquerón que ya tenía su casa en el
jastial del
Poniente. También concurrió Pito Salces, que se que

dó como sin pulsos
cuando Tona, con la faz inundada de sonrisas y los
ojos de dulzuras, le
ponderó la hazaña de la víspera y le declaró sin re
milgos que «de ese
aquél y de esos prontos le gustaban a ella los ho
mbres». ¡Puches, cómo
se puso enseguida el mozallón con la alabanza! Si n
o le contengo con una
reflexión imperiosa y una sacudida recia de su lást
ico, hace otra
barbaridad allí menos laudable que la del monte. Ja
más había pensado él
(me lo juró así, entrelazando los dedos de sus mano
s, por aquéllas que
eran cruces) que una cosa «tan jacedera y currienti
» pudiera valer
tantos caudales. ¡Con lo dura de pelar que Tona hab
ía sido hasta
entonces! ¡Puches, qué suerte la suya! Pensando que
se la envidiaría
Chisco, acordéme del descubrimiento hecho por mí en
casa del Topero y en
el corazón de Tanasia, y fuile con el cuento al moz
ón de Robacío, en un
aparte que tuve con él. Respondióme que me había to
mado yo un trabajo
bien ocioso, aunque me le agradecía mucho.

--Las cosas--concluyó en el tono sentencioso que ta
n propio le era--, pa
rodar bien, han de rodar por sí mismas jancia unu.

Aquel hombre era la parsimonia y la imperturbabilid
ad en carne y hueso,
y las mismas pulsaciones tenía delante del oso en s
u caverna, que al
calorcillo de la novia.

Por encargo de mi tío andaba yo muy a menudo en la
cocina, más que por
hacer los honores a la tertulia, para evitar que lo

s tertulianos le
invadieran a él la alcoba. Los quería mucho; pero no
hubiera podido
soportarlos en la angustiosa situación de cuerpo y
de espíritu en que se
hallaba. Por eso, aun sin la prohibición terminante
del médico, no
habría querido recibir a ninguno de ellos durante el
día. Cuando se
tratara de despedirse de todos, ya sería diferente.

A última hora llegaron don Sabas y Neluco: el primero
resuelto a
quedarse allí, sin que lo notara el enfermo, favor
que le habría pedido
yo si no se hubiera anticipado él a ofrecérmele; el
segundo a informarse
del estado de las cosas antes de retirarse a descansar.
Como las tales
cosas no ofrecían aspecto nuevo ni muy alarmante, se
despidió de mi tío,
y de los que con él nos quedábamos en la casona, y
se fue con los
últimos tertulianos, uno de los cuales era Pito, que
tropezaba con
gentes, bancos, puertas y tabiques, de puro acelerado
y desatinado que
le habían puesto las alabanzas y los arrumacos de Tona.

Pasó la noche mejor de lo que todos esperábamos, y
amaneció el día
siguiente sin una nube en el cielo ni una ráfaga de
aire en la tierra; y
cuando el sol traspuso los picachos del Este y saludó
al valle con sus
rayos que chisporroteaban sobre la nieve que no había
deshecho la
lluvia, mi pobre tío mandó que se abrieran de par en
par los cuarterones
de su alcoba, ya que no le era permitido hacer otro

tanto con las
puertas y ventanas para que entraran la luz y el aire en la abundancia
que necesitaba él para salir a flote en aquella mar de angustias «que le
ajogaba», por culpa del arrastrado mediquillo que parecía empeñado en
matarle. Y lo cierto era que si en el cuerpo no se notaban cosa mayor
los milagros de la panacea que con tanto afán solicitaba el enfermo, los
hacía en su espíritu muy considerables. Era «otro hombre» desde que el
sol se había colado en su alcoba como por las rejas de una cárcel, y
veía flotar, danzando dentro de la faja luminosa que atravesaba la
habitación por delante de su lecho desde el cuarterón de la ventana, las
pelusillas y el polvo vagabundos. No apuntaba siquiera el propósito de
levantarse, porque no se lo permitía la extenuación de sus fuerzas; pero
creía en la posibilidad de volver a tomar el sol antes de morirse,
aunque fuera sacándole en un cesto a la solana si le duraba al tiempo
aquel buen semblante unos cuantos días.

Y le duró más de siete, y se templó en tales términos y se arregló la
envejecida y desconcertada máquina de mi tío de tal manera, que, no en
un cesto, sino bien sentado en el sillón de vaqueta de su dormitorio, y
bien forrado y envuelto en mantas y capotes, consiguió darse más de
cuatro «panzadas de sol» al aire libre en el abrigado rincón de la
solana, adonde le sacaba yo poco menos que en vilo, por la puerta de su
alcoba, entre las tempestades de votos y reniegos c

on que protestaba
contra «la perra acabación» que en tan miserables e
xtremos le ponía.

Tuvo muchas visitas en ese tiempo, y la familia de
don Pedro Nolasco se
las hacía por mañana y tarde. En las en que se hall
aba el vejancón de la
Castañalera, cada vez menos socorrido de palabra y
de asuntos de
conversación, solía interrumpir los largos paréntes
is de silencio con
descargas como ésta y dos cachiporrazos en el suelo
:

--¡Vaya, vaya con el bueno de don Celso que se nos
quiere morir sin más
ni más! No, no; pues como valga la mía, no te sales
tú con la tuya. Eso
te lo juro yo.

Lituca, si se hallaba presente, salía al quite de l
a impertinencia con
una broma algo forzada en que me aludía a mí con lo
s piadosos fines de
que rematará ya la suerte para tranquilidad de mi t
ío. Y éstos y otros
parecidos lances eran el único lado agradable que t
enía para mí aquel
cuadro de continuas e interminables tristezas, sobr
e las cuales iba
descollando de día en día y a medida que la tempera
tura se templaba y
surgían riscos y laderas por los anchos desgarrones
abiertos en el
espeso tapiz de nieve por los rayos del sol, la fig
ura, de suyo
melancólica, de la mujer gris, particularmente haci
a la caída de la
tarde, y, sobre todo, al descolgar el calderón y em
puñar los dos
cántaros de barro para ir a la fuente entre día y n

oche, según costumbre
inmemorial en ella. Como se había hecho tan visible
para mí esta
agravación de los espantos de la pobre mujer, la ob
servaba con cuidado
desde lejos, y por eso pude notar que eran de prueb
a terrible para la
infeliz aquellos momentos: parecía un reo de muerte
que caminaba hacia
el patíbulo cada vez que se alejaba del cantaral co
n el calderón sobre
la cabeza y una «escala» en cada mano.

De uno de aquellos viajes volvió que daba compasión
y susto mirarla, y
más tarde que lo de costumbre. Se la conocía en los
ojos que había
llorado mucho, y anduvo toda la noche por la casa d
e acá para allá sin
saber hacer cosa con arte. A ratos se quedaba como
alelada, y a ratos se
sentía acometida de una inquietud que no la dejaba
parar en ninguna
parte. La vi, sin que ella lo notara, más de dos ve
ces, en la penumbra
del carrejo, llevarse con desesperación ambas manos
a la cabeza, y la oí
invocar al mismo tiempo, en voz enronquecida y mal
dominada, al «devino
Dios de las misericordias grandes» y a «la Virgen S
antísima de las
Nieves, la su madre clemente y amorosa». Deseaba mo
rir de pronta muerte,
si en el deseo no pecaba, antes de ser testigo «de
eyu» y manchar la
vista de los sus ojos en una vergüenza tal. Temí po
r su razón; y movido
de un sentimiento de lástima, me hice el encontradi
zo con ella. No se
sobrecogió al verme, como solía en tales casos; al
contrario: parecía
calmarse un poco y reanimarse con mi presencia, y h

asta noté en ella
como deseos de decirme algo. Tomándolo por motivo,
la hablé, primero
para tranquilizarla, después para indagar, para des-
cubrir la casta
siquiera de aquellos misterios que en trance tan an-
gustioso la ponían.

--¡Ahora no! ¡ahora no!--me dijo después de vacilar
un poco--; cuando no
pueda más... cuando la carga me rinda de too, ¡esto
nces! ¡estonces!... y
a usted solo... Y, por caridá de Dios, don Marcelo:
que, hoy por hoy, no
sepa ná de estos espantos que me acaban, el señor s
u tío... ¡ni naide,
si ser pudiera!...

Apartóse de mí con esto y huyó a encerrarse en su c
uarto, mientras
volvía yo al de mi tío seriamente preocupado y sin
saber qué pensar de
aquellas cosas tan raras.

Nada ocurrió, por fortuna, que hiciera necesaria la
presencia de la
infeliz mujer en ninguna parte de la casa aquella n
oche. La cual debió
ser bien terrible para ella; porque apenas me hube
levantado yo de la
cama al día siguiente, y eso que madrugué tanto com
o el sol, apareció
como un fantasma en mi cuarto, después de haberme p
edido permiso para
ello entreabriendo la puerta con mucho cuidado. Ten
ía los ojos hundidos
y circundados de una aureola cenicienta; parecía qu
e le habían chupado
las brujas los pocos jugos de la cara, sobre la que
caían, por debajo
del pañuelo atado a la cabeza, encrespados mechones
de cabellos grises;

le temblaban los resecos labios, y salía de su garganta la voz enronquecida y como rechinando. Dejóse caer de rodillas delante de mí, y pidió por todos los santos del cielo que la oyera como en confesión.

--Porque--me dijo por último, entre sollozos mal comprimidos y espasmos de todo el cuerpo--, ya no puedo más con la carga, y llegó la hora de quitármela de encima o de morir debajo de ella.

Hice, ante todo, que se incorporase y que se sentara en una silla, cerré por dentro la puerta del gabinete, sentéme yo enseguida junto a la infeliz mujer, y me dispuse a oírla, conforme ella lo deseaba, después de dirigirla palabras de conmiseración y de aliento .

XXV

Dos partes tuvo la confesión de Facia. En la primera me declaró todo lo que yo sabía perfectamente por boca de Chisco: la historia de su desdichada unión con el pícaro baratijero contra la voluntad y las sabias advertencias de mi tío, que era como su padre y señor. Por desoírle, decía la infeliz, había faltado a la ley de Dios, y por esta falta había venido el castigo de sus desventuras; desventuras que ella había sufrido, aunque con muchas lágrimas, sin una sola queja. Era su

deber. Que arrastrara la vida como una carga ofrentosa; que las pesadumbres y los dolores fueran minándola y consumiéndola por donde nadie más que ella lo notara; que encanecieran sus cabellos fuera de sazón y que no hallara, para reponer las fuerzas gastadas en los trabajos y cavilaciones del día, el descanso de la noche, la tranquilidad del sueño que no le falta al pordiosero que mata el hambre llamando de puerta en puerta y errando de monte en monte, con un zurrón a la espalda y un paluco en la mano, ¿qué importaba? Desconociérase su hija, tuviérase por huérfana de un padre honrado, y esto solo la daba gran consuelo y las fuerzas necesarias para llevar su cruz como una carga redentora de sus delitos, imperdonables en la otra vida sin una dura penitencia en ésta. Cuando, con las miras puestas en estos fines, vacilaba un poco, porque, al cabo, era tierra frágil y miserable, y desconfiaba de sus bríos y se vela a punto de tropezar y de caer, acudía al amparo de don Sabas; y allá, a la reja del confesonario, en los profundos de la iglesia, al romper los primeros albores del día, ella, después de besar el polvo de los suelos y de regarlo con sus lágrimas, declarando sus pesadumbres y flaquezas, y él reprendiéndola y exhortándola con la sabiduría y la dulzura de un padre cariñoso a un hijo muy desdichado, hallaba siempre los perdidos alientos para continuar la subida de su Calvario con la carga de su cruz... Así

estaban las cosas cuando yo había llegado a Tablanca.

Preguntéla por qué en la gran cuita que de tal modo la atribulaba entonces no había buscado, como otras veces, los consejos y la ayuda de don Sabas. Respondióme que eran casos muy diferentes unos y otros; que no dependía de su resignación ni de sus ánimos el que en tales congojas la ponía, y que yo era el único ser viviente de los de ella conocidos, llamado a entender en él antes que nadie. Asombréme, lloró desconsolada, golpeóse la cabeza con las manos, se mordió los puños apretados convulsivamente, volvió a hincarse en el suelo para pedirme perdón abrazada a mis rodillas, creció mi asombro, conseguí con trabajo que se sentara de nuevo, y la conjuré, por todos los santos de la corte celestial, a que me declarara enseguida todo cuanto tenía que declararme.

Rehízose algo a fuerza de empeñarse en ello, y comenzó así entre suspiros muy hondos y sollozos mal reprimidos, la segunda parte de su extraña confesión:

--Estando las cosas de esta suerte, una tarde, al acabar ya de la noche... (a los tres días, por más señas, de venir usted a Tablanca), cogí yo los cántaros, como los cogía todas las tardes al caer el sol y los cojo a la presente y los he cogido desde que tuve fuerzas para ello, y fuime por el agua. La fuente, tal que usted lo sabe,

está cayēju arriba
de aquí, a medio cuarto de hora de un buen andar, s
ubiendo, y en una
rinconá muy jonda a la derecha, según se sube. Por
estar tan a trasmanu
del lugar y tan placentera de esta casa, solamente
nusotros bebemos de
eya; de suerte y modu, que es una soledá de las más
solas a toas las
santas horas del día y de la noche. Pos quién le di
z, señor don Marcelo
de mi alma, que andando, andando, y bien a la descu
idá por cierto, en
aqueya tardezuca que le pinto, malas penas aboco a
lo más obscuro de la
rinconá, cuando me doy con los jocicos... ¡Virgen M
aría la mi Madre de
las Nieves! con la estampa de hombre más desastrá q
ue en los jamases
había yo visto ni veré. Túvele por salteador facine
rosu. Dime por
fenecía ayí mesmu, y clamé al devino Dios, soltando
los botijos de las
manos y en un puro temblor de todo el cuerpo. Alzós
e en esto el hombre,
que estaba sentau en una peña debajo del binguizal
más tupío que hay
ayí, y habló pa chunguease con los mis ajuegos que
bien a la vista
estaban, y pa jurame que venía de paz, si no se le
ponía en extremos de
venir de guerra... porque él a too se amañaba... Y
entonces, entonces,
señor don Marcelo, entonces fue cuando yo entendí q
ue se me enturbiaba
la vista, y se me cuajaba la sangre en las venas, y
se jundía el suelo
en que pisaba... Aqueyu fue el espantu de los espan
tus, y las congojas
de las agonías de la muerte... Porque ¡Santa Virgen
la mi Madre
celestial! aquel enemigo de hombre tan jaraposu y t

an mal encarau, por
voz y moviciones y palabras, resultó ser él, ¡el me
smu en huesu y carne,
en alma y vida!

--¿Quién?--pregunté a Facia, más con la intención d
e distraerla del
paroxismo en que había vuelto a caer, que por la cu
riosidad de una
respuesta que casi adivinaba yo.

--Pos él, señor don Marcelo--me dijo la infeliz ret
orciéndose las manos
entrelazadas y con el espanto en los ojos, como si
tuviera al hombre
aquél delante de ellos--; el propiu causanti de mis
penas sin consuelo;
¡el mal padre de la hija infeliz de las mis entraña
s!

--Pero ¿está usted segura de que era él?--pregunté
a Facia fingiendo
unas dudas y un asombro que no sentía.

--¡Ay, señor!--me respondió sollozando--; aunque no
lo hubiera estau
entoncis, que bien lo estuve, ¡he tenío tantos moti
vos pa estarlu
dimpués acá!

--Corriente--añadí--. Pero ¿de dónde venía... y par
a qué... y por qué?

--Pos venía, según relate que me jizo con aquel pal
abrear zalameru que
siempre tuvo y a mí me entonteció en su día, de por
esus mundus ayá;
lejos, ¡muy lejos!... hasta más lejos, a veces, que
la otra banda. Ya ve
usté si será bien lejos. Siempre buscándose el bien
vivir, y nunca dando
con él. Llegó a verse hasta en cadenas, años y años

, aunque nunca por culpa suya, sino de otros, malos amigos y piores compañeros de trabajo. Al cabo de los tiempos, alcontróse libre de prisiones y señor de sí mismo; pero se vio solo y desamparado, envejeció de cuerpo y falto de salud; le jalaba esta tierra porque, al cabo y finiquito, aquí le quedaban pedazos de las sus entrañas; y en busca del amparo de eyus le puso el su corazón que no le mentía. Tomando lengua a tiempo, supo de mí... ¡ay, señor don Marcelo! creo que hasta más de lo que sé yo mesma. Por saber de too, sabía desde que me lo había oído a mí en horas mejores, aunque bien contás fueron, que el señor mi amo entrega a sus sirvientis las soldás de tiempo en tiempo, pa que hagamus de eyas lo que más nos venga en gusto. Con este saber y el del vivir de nusotras dos, traía el indino de él ajustá la cuenta, año por año y día por día, del montante del agorro que yo debía guardar, y guardaba en verdá de Dios, como oro en paño, pa el mejor acomodo de mi Tona el día de mañana. No quería darse a ver por entonces en el pueblo; pero vivía en otro no muy lejano y podíamos entendernos él y yo muy a menudo si el caso lo pedía.

Hasta aquí fue lo dulce de la entrevista, según el relato de Facia. Para la pintura de lo amargo de ella y mucho de lo sucedido después, ya no tuvo la infeliz relatora ni colores ni arte ni fuerzas. Perdía el hilo de los sucesos y me embrollaba el asunto. Deseando yo conocerle a fondo

y por derecho, acudí a confortarla y a dirigirla con reflexiones de cariño y con preguntas de indagación minuciosa. Me salió bien el procedimiento, y la sustancia de mi labor fue ésta:

Bien ajustada por el marido la cuenta de los haberes de su mujer, vino la exigencia del primer «donativo». Por entonces tenía bastante con ello; después, ya se vería. Facia no lo traería a mano, porque no contaba al ir a la fuente con aquella urgencia repentina; pero él se comprometía a volver a recogerlo allí mismo al día siguiente a la misma hora, y era igual. Si ella deseaba callarse como una muerta en lo tocante a aquel encuentro y a lo que fuera siguiéndose de él «por respetos equis o tales» el hombre no se opondría a ello, porque era «de un natural caballero y generoso, y sabía ponerse en todos los casos». Pero debía de tener Facia entendido (y le encarecía mucho la advertencia, por su bien) que él, con las carceladas y cadenas que había sufrido, tenía saldadas todas sus cuentas con la justicia. Era libre como el aire, y estaba en posesión de todos sus derechos, incluso el de vivir con su mujer o el de reclamar a su hija para llevársela consigo, si lo primero no le convenía. Si la decían otra cosa por lo de las requisitorias llegadas a Tablanca a raíz de faltar él de allí, no le dirían la verdad: primero, porque era inocente de todo lo que se le achacaba; y segundo, porque, aunque no lo fuera, pa

gado con sobras lo
tenía ya en montón con otros pecados... que tampoco
había cometido. Pero
él (volvía a repetirlo) no intentaría prevalerse de
su derecho: conocía
las cosas, y no se apartaría del gusto de su mujer,
si le tenía en que
lo tapado no se descubriese ni por las moscas. Así,
y con este
sacrificio de su parte, podía llegarse también a lo
s fines que él iba
buscando con su vuelta a Tablanca.

Para la desdichada mujer, que ya se había considera
do libre de aquel
padrón de afrenta, y sólo aspiraba a que en el pueb
lo se fuera
olvidando, como se olvidaba, que había existido, y
a que su hija no
tuviera jamás la menor sospecha de él, la aparición
repentina de aquel
hombre superaba con mucho a todo cuanto podía imagi
narse en la escala de
las humanas desventuras. Creyó a puño cerrado cuant
o el pícaro la
afirmó, y desde aquel instante quedó indefensa escl
ava suya, como el
pájaro de la sierpe que le fascina y aterra. La hac
ienda, la vida: todo
le parecía poco para comprar el silencio del infame
y poner entre él y
su hija un muro tal, que ni las águilas fueran capa
ces de volar tan
alto.

Y todo se fue haciendo como el bribón lo pedía. En
la fuente y al
anochecer, las entrevistas; y en cada entrevista, u
n «donativo» de Facia
y nuevas baladronadas del tunante sobre el sacrific
io que hacía por el
bien y el sosiego de su «familia», viviendo sin hog

ar y a salto de mata.
Como su «prestado domicilio» estaba lejos de Tablan
ca (aunque tenía para
las ocasiones de apuro «un apeadero» a la mitad del
camino, bien
abrigado de los temporales y a cubierto de la curio
sidad de las gentes),
las apariciones del hombre aquél sólo ocurrían en t
iempo bonancible; y
de aquí lo que angustiaban a Facia los días soleado
s y lo que la
deleitaban los borrascosos, pues aunque no eran dia
rias, ni mucho menos,
las entrevistas en los primeros, se hacían imposibl
es en los segundos.

Uva a uva, pronto se acabó el racimo de los ahorros
de la desventurada
mujer; y cuando ya nada la quedó que ofrecer a la i
nsaciable voracidad
del vampiro, comenzó éste a esbozar otras exigencia
s que tardó en
comprender el ofuscado y nunca muy sutil entendimie
nto de Facia.

Cuando llegó a comprenderlas por declararlas el otr
o sin ambages ni
repulgos, las angustias de la desventurada fueron t
ales, que le
parecieron de juego las sufridas hasta allí. Él no
podía, en conciencia,
conformarse con la miseria recibida de su mujer. Su
abnegación y sus
sacrificios en bien de la tranquilidad de su «adora
da familia» valían
mucho más, y había que buscarlo donde lo hubiera; y
como lo había
abundante en casa de su amo, de mi tío, de allí hab
ía de salir, y mucho,
y enseguida, y con el ingenio y por la mano de su m
isma sirviente, de la
propia Facia. Sentía muchísimo llevar las cosas por

ese lado y tan de prisa; pero la pícara necesidad le obligaba a ello. Era, ante todo, leal y agradecido, y debía grandes favores, que quería pagar, a otros dos caballeros que habían compartido con él sus trabajos de presidio y no le habían abandonado después hasta el momento en que así lo declaraba.

Aquí me asaltó de pronto un recuerdo, y pedí a Faci a las señas «particulares» de su marido. Comenzó por la de un chirlo en la cara que le partía un ojo y la nariz, y no necesité de las restantes para dar por conocido al personaje. Sin descubrirle mis sospechas, la reprendí duramente por haberme ocultado hasta entonces lo que me estaba declarando. A él, más que a ella, le importaba callar, porque tenía grandes cuentas pendientes con la justicia. Todo lo que la había dicho en contrario, era un embuste para explotar su cándida ignorancia. Se le podía haber cogido en una de sus emboscadas, como a un zorro en el cepo, como se le cogería de seguro si aún andaba por allí...

A esto se estremeció de espanto la angustiada mujer y volvió a caer de rodillas delante de mí, para pedirme por Dios crucificado que no se hiciera tal cosa. También a ella se la había ocurrido alguna vez que podía no ser verdad todo lo que él la decía «al auto de aquellos particulares»; pero ¿y qué?... Si lo que la acongojaba no era eso, sino el temor al ruido y al escándalo; a que el lugar se

enterara del caso, y
después don Celso y, sobre todo, su hija, ¡Oh, esto
nunca!... ¡Tapar,
tapar y no más que tapar!... Por ello, la vida suya
y cien vidas y mil
vidas; el suplicio en cruz, en la lumbre de un horn
o; descuartizada
viva... enterrada en salud, entre sapos y serpiente
s.

--¿Y el robo también?--la interrumpí con mal disimu
lada dureza.

--¡Señor!--me respondió como aterrada por el sonido
de la pregunta--.
Aunque capaz fuera de eyu, ¿qué sé yo ónde guarda l
as riquezas el mi
amo, ni si las tiene en casa tan siquiera?

Aquí me refirió, espiritada y convulsa, después de
sentarse otra vez,
por mis reiterados mandatos, cómo, no teniendo valo
r para hacer lo que
el infame la proponía, ni resolución bastante para
negarse a ello, había
ido entreteniéndole las impaciencias con aquel repa
ro y con el de la
continua presencia mía y de otras gentes en la casa
con motivo de la
recaída de su amo (porque esto ocurrió en los días
que siguieron a la
nevada); pero, aunque de todo estaba enterado él, a
nada de ello daba la
menor importancia: al contrario, sostenía que al am
paro de aquellos
quehaceres y preocupaciones, era como mejor podía e
lla lograr sus
intentos, si los ponía por obra. Esto, por las buen
as; porque si aún la
parecía mucho, acudiría a las malas, pues, por las
malas o por las
buenas, ello había de hacerse, y en el aire.

La infeliz no sabía qué partido tomar dentro de aquel estrecho círculo de hierro candente, abrasador; y como las impaciencias del pícaro no daban la menor tregua, un día, la víspera del en que Facia me lo contaba, la había dicho él: «Puesto que no te resuelves a cogerlo con tus manos, «hemos» resuelto «nosotros» robarlo con las nuestras. Hacia la media noche de mañana, cuando ya no quede señal de hombre en la cocina ni chispa de rescoldo en el hogar y duerman todos en la casa, llegaremos al portón de la calleja. Entonces oirás un silbido de este aire (y silbó por lo bajo de cierto modo). Sin más que oírle, te llegas callandito al estragal y me abres la puerta, con toda la finura y cuidado, que ni las mismas bisagras se enteren de ello. Lo demás corre de nuestra cuenta. Ya daremos con el gato, por escondido que esté. Si hay alguno demasiado ligero de sueño, boca abajo para _in saecula_ en cuanto se despierte, y el primero tu amo, si es que no ha habido que empezar por su sobrino... o no se dejan amarrar todos con la docilidad que pide el caso. Conque ya estás advertida, y bien te consta cómo las gasto. Sabiendo que me juego la vida en el trance, figúrate lo que se me importará de la tuya si hay que ponerla en pleito porque se te haya ido un poco la lengua en todo el día, y por razón de ello no encontramos la casa por la noche en el sosiego y la tranquilidad que siempre tuvo a tales horas.»

Dicho todo esto con un cinismo feroz, marchóse, dejando a Facia más muerta que viva. Y así estaban las cosas; y estando así, ¿cómo gozar hora de sueño ni minuto de tranquilidad, ni cómo de jar de confesarlo al fin y al postre, ni a quién, sino a mí?

Interesóme de veras el caso, porque vistos los antecedentes del «caballero» aquél y de sus fidalgos camaradas, no era para tomarlo a risa; y después de meditar un poco mientras Facia gemía y se retorció las manos cadavéricas, la dije:

--¿De manera que eso ha de suceder esta misma noche?

--Así fue la amenaza--respondióme, casi sin voz para ello.

Notaba yo que la pobre mujer estaba en aquellos instantes bajo la doble tortura de los sucesos mismos declarados, y del temor a lo que pudiera alcanzarla del mal juicio que yo hubiera formado de todo ello; inspirábame honda compasión, y con el fin de aliviarla un poco de ambos tormentos, la hablé así:

--En primer lugar, del dicho al hecho siempre hay gran trecho, y mucho más si los hechos son de la magnitud de éste que a usted la espanta; de manera que las amenazas de venir esta noche esos bandoleros a desvalijar a mi tío, se cumplirán... o no se cumplirán; y bien pesado y medido todo, quizás fuera preferible que vinieran, particu

larmente para usted,
por aquello de que «muerto el perro, se acabó la rabia». En segundo
lugar, con la confesión que usted me ha hecho, y ¡o
jalá se le hubiera
ocurrido hacérmela la primera vez que topó con su m
arido en la fuente!
si no viene por aquí esta noche a liquidar todas su
s deudas en una sola
partida, tengo todo lo que necesito saber para obli
garle, por la cuenta
que le trae, a que abandone esta comarca callandito
la boca y a buen
andar por donde nadie le vea, y la deje a usted en
santa paz por todos
los días de su vida. De manera que no hay para qué
gemir ni angustiarse,
como usted gime y se angustia. Déjelo, pues, todo a
mi cargo; obedézcame
en cuanto yo disponga; comience por arreglarse el t
ocado y el vestido,
después de alegrar un poco los sombríos celajes de
la cara; vuelva a
ocuparse desde ahora en sus ordinarios quehaceres c
on el remango que
solía; atienda a mi tío como siempre, y cuide mucho
de que Tona no
empiece a poner en duda las disculpas con que, en é
stos y otros días de
tormenta, ha estado usted engañando su candidez. Co
nque ya está usted
absuelta de todo pecado por lo que a mí toca; y áni
mo, y a cumplir la
penitencia que la acabo de imponer.

Con esto la di dos palmaditas en la espalda; logré
que las angustias
desesperadas de antes se trocaran en copioso y sose
gado llanto;
incorporóse al fin con cierto brío; intentó, y no s
e lo consentí,
besarme las manos; y después de prometerme que empl

earía todos los
alientos que la quedaban de los suyos y los que yo
la había prestado, en
obedecer mis mandatos, se dirigió a la puerta. Pero
yo no sé qué vio de
pronto en la luz del aposento, que se lanzó, con aque-
lla fuerza que
siempre la arrastraba, un tiempo hacía, a leer los
fenómenos
meteorológicos en la bóveda celeste, a uno de los c-
uarterones de la
puerta de la solana. Allí se estuvo unos instantes
devorando el espacio
con los ojos. Acerquéme yo al otro cuarterón, y exc-
lamó ella entonces:

--¡Ay, señor don Marcelo!... Si las señales no mint-
ieran, ¡qué suerte la
nuestra!... ¡Miri, miri esas nieblas que abajan por
ayí... y por ayí, y
por toas partes; miri esi cielu encenizau y escuru;
miri aqueyas motas
negras de ayá arriba, que son butres que pasan cara
acá!... Pos lo unu y
lo otru y too eyu en juntú, y ese frío que ahora no
to que se senti, too
es nieve, nieve pura que se cuez y está pa caer de
una hora a otra. ¡Si
el Señor y mi Padre de los cielos fuera tan miseric-
ordiosu que tampocu
esta vez fallaran los barruntus!...

Y con esto abandonó el observatorio sin esperar mi
respuesta, y salió
del gabinete casi batiendo las palmas y con una agi-
lidad desconocida en
ella mucho tiempo hacía.

Yo me quedé ¿a qué negarlo? haciendo votos porque l-
os barruntos no
fallaran; después medité un rato sobre los sucesos
que podrían ocurrir

aquella noche; y con el esbozo de un plan en la cabeza, dejé mi cuarto y pasé al de mi tío.

XXVI

En aquel momento entraba Neluco. Yo no había visto al enfermo más que un instante después de saltar de la cama; nada había respondido a mis preguntas porque dormitaba, y a la escasa luz que entonces aclaraba un poco las tinieblas del dormitorio, nada tampoco me había chocado en su aspecto; pero al observarle nuevamente y a mejor luz, ya me pareció cosa muy distinta. Estaba mucho más anheloso que por la noche, más azulado de color, más vidrioso de mirada, y, sobre todo, muy atormentado por la tos y muy inquieto en la cama. Miré a Neluco, que le estaba pulsando, y leí en su cara sombría la confirmación de mi diagnóstico. De pronto, nos dijo él con voz tenue y silabeando casi las palabras por no alcanzar a más sus alientos:

--Hoy no me gusto pizca, muchachos.

Nos miramos el médico y yo, y le preguntó éste:

--¿Por qué lo dice usted?

--Porque me encuentro peor que el día en que más malo me he visto.

--Aprensiones de usted,--dije yo, por decir algo qu

e le animase.

--Eso ha de verse pronto--respondió el enfermo.

Neluco, entre tanto, continuaba pulsándole, ora en una muñeca, ora en la otra; arrimó el oído a su pecho, encima del corazón, y le descubrió y palpó las piernas hasta la rodilla; hízole varias preguntas luego, y, por último, se quedó un buen rato arrimado a la cama y mirándole fijamente, con la cabeza algo caída, como si no supiera qué decirle o lo estuviera discurrendo en vista de los fenómenos que observaba. Yo estaba enfrente de Neluco, arrimado a la cama también; y a la puerta de la alcoba, con los brazos cruzados y en pie, como dos estatuas de la melancolía y de la curiosidad, Facia y su hija esperando órdenes. Las primeras fueron de mi tío para pedir «otra almohada», y eso que pasaban de tres las que le servían de apoyo para sus espaldas y cabeza.

Mientras las dos mujeres cumplían el mandato y mullían y arreglaban el montón resultante para menor incomodidad del enfermo, salió Neluco del dormitorio y yo tras él, por una seña que me hizo.

--Esto va por la posta--me dijo, de modo que no lo oyera el enfermo.

--¿Tan grave le halla usted?--preguntéle.

--Gravísimo--me respondió--. Cuestión de horas más o menos. Así es que si apunta el menor deseo de confesarse, no se le contraríen por ningún

miramiento; y si no le apunta... procuren ustedes a
puntársele. No le
dispongo nada nuevo, porque todo sería inútil, incl
uso la mortificación
de una cantárida. La hinchazón de las piernas, como
usted habrá visto,
ha tomado esta noche un gran incremento... el propi
o y natural del
avance repentino que ha dado la enfermedad, quizás
por el rápido
descenso que ha habido en la temperatura esta madru
gada... porque no sé
si habrá usted notado que hace un frío desde el ama
necer, que corta un
pelo.

Esto del frío produjo en mi imaginación un trastrue
que súbito de ideas;
y olvidando al enfermo, no me acordé más que de la
intentona dispuesta
por los tres forajidos para aquella noche; y así es
que pregunté a
Neluco con la misma avidez que pudo hacerlo Facia e
n sus «mejores días»
de espantos y congojas:

--¿Cree usted que nevará?

--Y de firme--me respondió Neluco--. Todos los sínt
omas son de una
nevada de las más copiosas y duraderas que se descu
elgan por acá.

--¿Y cree usted también--insistí--, que empezará ho
y mismo?

--Como que ya empezaba cuando yo he venido--me cont
estó--. ¡Vea usted!

Y me condujo a la puerta de la solana, desde cuyos
cuarterones vimos
pasar, llevados por el airecillo glacial que soplab

a afuera, algunos copos, idénticos a los que yo había visto al empezar la otra novela. Sin embargo, el cielo no estaba tan «encenizado» ni sombrío como entonces. Así se lo advertí al médico, y él me replicó:

--Pero todo se andará, y pronto, no lo dude usted. Por lo mismo--añadió--, hay que tener mucho cuidado con el abrigo de estas habitaciones. Que no falte de aquí el brasero bien quemado, de modo que se conserve inalterable la temperatura que ahora hay en el cuarto del enfermo. No ha de sanarle la precaución, ni de mejorarle siquiera, por supuesto; pero hay que poner de nuestra parte, en bien de él, todo cuanto sea posible... Otra cosa: en vista de lo que ocurre, y, particularmente, de lo que pueda ocurrir, hace aquí falta más gente que ustedes, por razones que en otra ocasión análoga le di, y pienso avisar a Mari Pepa para que venga enseguida con su hija... Es posible que le diga también algo a don Sabas, para que esté prevenido siquiera.

Con poco más que esto y unas advertencias que me hizo concernientes al enfermo después de pasar otra ratito a su lado, se fue Neluco y quedéme yo sumido en las más endiabladas cavilaciones. El mismo Satanás, puesto a discurrir un conflicto para la casona, no le hubiera hilado tan bien como lo estaba el que yo temía para aquella noche, si las amenazas del baratijero se realizaban, o no venía a impedirlo y arreglarlo todo el

deus ex machina de la nieve, en la dosis en que me la había pronosticado Neluco. Porque de otro modo, «¡Virgen la mi Madre celeste!», como habría dicho en igual caso la mujer gris. Don Celso, agonizante quizás a aquellas horas, o tal vez cadáver ya; Lita y su madre a su lado, asistiéndole o rezando por él; Facia en los paroxismos de su reproducida tribulación; tres bandoleros asaltando la casa, y yo, con Chisco y Pito Salces, a tiro limpio con ellos, acabando de matar con el susto a mi tío, si aún vivía, y poniendo a punto de morir de congoja a las mujeres, a dos de las cuales, por lo menos, estaba yo obligado a defender de todo riesgo mientras me quedaran un soplo de vida, un cartucho que quemar o un asador que esgrimir. Recién oída por mí la confesión de Facia, me había imaginado este cuadro mucho más sencillo. Chisco, Pito Salces y yo, armados hasta los dientes y bien apercebidos, en acecho y sin respirar, en las tinieblas del portalón; uno de nosotros abriendo la puerta con las precauciones convenidas en cuanto se dejara oír afuera el silbido del baratijero, y luego los tres, según iban entrando los bandidos... ¡fuego a quemarropa sobre ellos! Ni el primer peldaño de la escalera habrían de profanar con su pie los infames. Para que no se sobrecogiera mi tío con el estruendo, le habría engañado yo antes con un embuste cualquiera: le habría dicho, por ejemplo, que se había visto la noche antes el lobo rondando la casa por aquel lado, y

que pensábamos matarle en las altas horas de la inmediatez si volvía. Las agallas de Chisco y de Pito Salces me eran bien conocidas, y no había para qué avisar más gente ni dar cuarto al pregonero. Nos bastábamos los tres para aquella empresa por de pronto: lo demás, es decir, el recoger los despojos de la batalla, los cadáveres achicharrados y hechos jigote, ya lo haría la justicia oportunamente avisada. Y a esto se reduciría todo. Pero con el nuevo aspecto de las cosas, ignorado por los bandidos; con la casa llena de mujeres, y la muerte, con su cortejo de lágrimas y de ceremonias y accesorios patéticos, enseñoreada de ella, ¿qué perturbaciones y qué escándalos y qué profanaciones y sacrilegios no produciría una batalla en el estragal, a tiro seco, con sus correspondientes blasfemias y alaridos, y cadáveres ensangrentados y palpitantes! En fin, que si no arreglaba el conflicto la nevada, había para volverme tarumba y tener por cuerda y resignada a la mujer gris en sus recientes apuros. Por lo pronto, y esto me calmaba algo las inquietudes, había muchas horas por delante; se vería qué rumbos iba tomando y cómo se portaba el temporal insinuado, y qué marcha seguía durante la mañana la agravación de mi tío. Yo bien provisto estaba de armas y municiones; Chisco también, y a mi lado vivía en casa; y a Chorcos, ya cuidaría yo de avisarle a tiempo para que se quedara a velar con el pretexto del grave estado de don Celso. No dejó de ocurrírseme

que, en lugar de esperar a los salteadores en el portalón de la casa, se les podía armar una emboscada en los peñascos inmediatos a ella, y fusilarlos a mansalva en cuanto se arrimaran a la puerta los tres. Pero este plan era menos «concluyente» que el otro, y estaba expuesto a quiebras que podían salirnos caras a los acometedores, por más que nos asistiera la justicia, según todas las leyes divinas y humanas. Así y con todo, se pesarían y medirían ambos planes si llegaba el caso y en su hora, y se optaría por el mejor.

Esto y mucho más lo meditaba yo voltejeando maquinalmente por el interior de la casona después de haber despedido al médico. Dando, de repente, por bien examinado el punto por entonces, resolví volver a ver cómo andaba mi tío de sus angustias mortales. Pero no entré en su cuarto sin asomarme antes a uno de los vidrios de la puerta que daba a la solana por el comedor. El cielo continuaba obscureciéndose y el chispear de la nieve espesando. Me gustó el síntoma. Mi tío, aunque entre amagos continuos de la tos, parecía más sosegado, y dormitaba. Facia, sentada lejos de él y atenta a cuanto pudiera ocurrirle, después que yo hube contemplado al enfermo acercándome de puntillas a su cama, me dijo con la mirada:

--Bien va eso, ¿eh?

A lo que yo respondí con otra mirada y un gesto:

--De lo mejor.

Pero bien sabe Dios que ni la pregunta ni la respuesta se referían al estado del enfermo, sino al aspecto del temporal.

Pasaron dos horas sin que dentro ni fuera de la casa ocurriera novedad digna de ser notada, y llegaron, pero sin el estrépito de costumbre, Lita y su madre y hasta el propio don Pedro Nolasco. Esta peripecia, relativamente alegre, en el sombrío drama que se desenvolvía, y a todo andar, en aquellos envejecidos ámbitos, me levantó mucho el espíritu.

Venían los tres personajes hondamente impresionados por las noticias que les había dado Neluco. El gigante, por todo saludo, me estrechó la mano en silencio, con dos tremendas sacudidas que a poco me desarticulan el brazo por el hombro; su nieta y su hija, con los ojos empañados, me pidieron, mientras comenzaban a desliarse los abrigos, y en voz muy baja algo temblorosa, las noticias de cajón sobre el estado actual de mi tío.

Díselas, no tan malas como las que esperaban ellas, y esto las animó a acercarse muy quedito hasta la puerta de la alcoba.

Desde allí estuvieron contemplando el batallar que no cesaba dentro de las ruinas de don Celso, entre el sueño que le amodorraba y los que se lo prohibía, hasta que se revolvió en la cama por uno de aquellos choques, del que salió medio sofocado, con la boca y los ojos muy abiertos y acopiando el aire para respirar, hasta con las manos. Entonces se

ocultaron rápidamente, casi de un salto, en la salo
na, y se volvieron
ambas hacia mí, que no las perdía de vista, con la
pena y la
conmiseración pintadas en la cara. A todo esto, don
Pedro Nolasco, de
pie, rígido, inmóvil y silencioso, en el mismo siti
o en que se había
plantado al entrar. Pasó en breve el acceso, y volv
ió el enfermo a caer
en el marasmo de antes... Pero ¿qué diablos veía yo
en Lituca que me
cautivaba más la atención en aquellos momentos que
el pasmo de su abuelo
y la angustiosa situación de mi tío? ¿Qué había en
ella de nuevo y de
extraño para mí? Pues, lisa y llanamente, las lágri
mas de sus ojos y la
expresión dolorida de su cara infantil; y yo me pre
guntaba en cuanto
salí de mis dudas: «Pero ¿cuándo está más mona esta
chica? ¿cuando ríe y
gorjea como los pajaritos del monte, sin penas ni c
uidados, o cuando
siente, como ahora, a falta de dolores propios, la
compasión que le
inspiran los ajenos?» Y no sabiendo por cuál de est
os extremos optar,
quedéme con los dos, porque es lo cierto que, riend
o o llorando, estaba
monísima aquella criatura.

Temiendo que la impresionara con exceso la contempl
ación frecuente de
aquel cuadro aflictivo de la miseria humana, tan nu
evo para ella, la
aconsejé que se abstuviese de entrar en el cuarto d
el enfermo. A lo que
me respondió con una fuerza de resolución que se im
ponía:

--¡Pues mire que tendría que ver, señor don Marcelo

!... ¡Vaya! ¡vaya!...

¿Piensa que soy yo de melindres, por si acaso? No d
iré que al principio

no me encoja un poco; pero después... ¡vaya! ¡vaya!

Y, por último, para

las ocasiones son las valentías; y ahora o nunca. ¡

El mi pobre señor don

Celso!...

--Déjela, déjela--me decía casi al mismo tiempo la
rozagante Mari Pepa,

arrojando el último de sus abrigoes flotantes sobre
una silla, encima de

los que acababa de arrojar Lituca--; déjela que ent
re y salga cuando

quiera, que es bueno jacerse a todo, como ella se i
rá jiciendo, porque

la conozco bien. Al que hay que tener a raya sobre
ese punto, es al mi

padre. Cayóle la noticia como una peña en la nuca,
y aturdióse como usted

le ve. Yo no sabía si dejarle en casa o traerle; pe
ro vile roncerero de

quedarse solo y muy arrimao a venirse, y jícele su
gusto, que era

también el nuestro; porque puestas aquí, podemos ta
rdar más o menos en

volver a casa, y mejor que en parte alguna estará e
l venturao con

nosotras donde quiera que ello sea. Lo que está él
es atereció de

frialdá, ¿no es cierto, padre? Y mire, en la cocina
habrá buena lumbre,

¿no es verdá, don Marcelo? y estará usted más aparta
o de estas cosas que

le amurrian y acobardan, sin dejar de estar bien ac
ompañao con los que

entran y salen... y de paso, mire, que añada Tona b
uen por qué al ollón

grande, que somos tres bocas más... ¡Hija, qué bobá
s se le ocurren a una

cuando no sabe lo que diz, ni tomar los tiempos com

o vienen! Conque
¿entendióme, padre?... Y a usted, don Marcelo, ¿qué
le paez de este
disponer mío, como si estuviera en la mi casa?

Todo me pareció bien, hasta el estilo, y las precau-
ciones que tomaba
Mari Pepa para no ser oída del enfermo, y la decisi-
ón de Lituca, y, en
particular, la cara que ponía para declarármela. Yo
mismo conduje a la
cocina a don Pedro Nolasco, que se dejaba traer y l-
levar como un niño
atolondrado, y le senté en el sillón de mi tío, dej-
ándole al cuidado de
Tona y de Chisco, que andaba por allí entonces, con
encargo de que le
entretuvieran y animaran... y le dieran de comer cu-
anto pidiera, si lo
pedía. Yo volvería por allí muy a menudo, y las señ-
oras lo harían
también de vez en cuando. En el ínterin, mucha leña
a mano y buena
lumbre sin cesar.

Antes de salir de la cocina, miré por los cristalej-
os de la puerta que
da al balconazo de aquella fachada, y vi que contin-
uaban ennegreciéndose
los celajes y que ya blanqueaban un poco los picach-
os de enfrente y
hasta las praderas del valle por algunos sitios.

Cuando llegué al cuarto de mi tío, ya se habían apo-
derado de él y de sus
aledaños Lituca y su madre, y enviado a Facia a sus
ordinarios
quehaceres, por no ser necesaria allí su presencia
por entonces.
Ordenaban adentro muebles, ropas y frascos y botell-
as de potingues;
enderezaban felpudos y alfombrillas, que abundaban

en el suelo;
graduaban y dirigían la luz de los cuarterones de la
a ventana y la que
entraba por la puerta, de modo que no diera de lleno
o en la cara del
enfermo, y hasta le limpiaban el sudor viscoso y frío
que relucía en su
frente, y le arreglaban las coberturas y las almohadas;
pero todo ello,
lo mismo que cuando trabajaban afuera, sin hacer ruido
ni levantar polvo
ni causar la más leve mortificación al paciente. Me
daba gusto
contemplar aquel trabajo de hadas bienhechoras. Mi
tío, sofocado por la
tos, despertaba algunas veces de su letargo, abría
los ojos, clavaba en
nosotros su mirada entorpecida y voraz, y volvía a
cerrarlos enseguida
para caer de nuevo en su modorra. Cuando se aprovechaba
una de estas
coyunturas para darle unos sorbos de caldo o la «cucharada»
medicinal
que «le correspondía», tomábalo entre quejidos y balbucía
protestas
iracundas.

Cerca del mediodía se despejó un poco y nos ponderó
mucho lo mal que se
encontraba. Llegó en esto Neluco, y ni por cortesía
intentó convencerle
de lo contrario. Pero le exhortó a que llevara con
paciencia sus
trabajos, pues no estaba obligado a menos un hombre
de su fe y de su
correa. A lo que contestó el enfermo, con toda la iracundia
que pudo
hallar entre el montón de sus propias ruinas:

--¿Todavía te paez cosa de ná la mi paciencia, condénalo?
Con la mitá de
lo que tengo te quisiera yo ver, mediquín, matasano

s de los demonios, a
ver qué cara ponías... ¡Pues hombre!...

Intervinimos todos, Neluco inclusive, para calmarle
, y se calmó pronto;
pero no apuntó la menor idea de prepararse a bien m
orir. Sobre este
punto venía muy contrariado el médico. Me dijo, al
despedirse, que don
Sabas estaba ausente del lugar, auxiliando a un mor
ibundo de otro
pueblo, cuyo párroco se hallaba enfermo. Al saberlo
le había mandado un
propio; pero como hasta el pueblo había muchas vara
s de camino que medir
y la nevada iba espesando por instantes, aunque don
Sabas procuraría no
perder uno solo en cuanto se enterase de lo que ocu
rría en la casona,
¡fuera usted a saber a qué hora de la tarde llegarí
a, y si llegaría a
tiempo ya!

Por no acercar demasiado al gigantón de la Castañal
era al cuadro que tan
tristemente le impresionaba, comimos todos con él e
n la perezosa de la
cocina, servidos por Tona, mientras su madre cuidab
a del enfermo. No fue
aquella comida tan sabrosa para mí como otra que yo
no olvidaba, más que
por lo reciente de su fecha, por lo regocijada que
la hicieron aquellas
dos comensalas que en la última, algo por respeto a
la tristeza
«oficial» de la casa, y algo más por la pena que lo
s motivos de esta
tristeza les daban, comieron muy poco y hablaron me
nos. Menos habló
todavía que ellas, don Pedro Nolasco, que no habló
palabra; pero, en
cambio, ¡qué engullir el suyo tan formidable!

Antes de que acabáramos de comer, supimos por Facia que el enfermo había vuelto a dormirse y que «el trapeu de la nieve iba tan a más, que daba gustu». Yo me acordé de la ausencia de don Sabas y de la falta que hacía al lado de mi tío, y no recibí la noticia con tanto placer como el que sentía la madre de Tona al dármela.

Según corrían las horas de la tarde, apretaba el temporal y también las ansias del enfermo, que seguía luchando con ellas a ojos cerrados y sin conciencia, al parecer, de lo que estaba pasando. Bien sabe Dios lo que nos inquietaban estos síntomas y que ardíamos en deseos de insinuarle lo que Neluco deseaba, ya que no se anticipaba él a insinuarlo; pero ¿de qué serviría la insinuación mientras no tuviéramos a mano al Cura? Entre estas dudas y las consiguientes inquietudes, llegó la noche cerrada, a poco más de las cuatro, con una tercia de nieve sobre el valle y un nevar espeso y continuo que ya me iba alarmando mucho, porque suponía a don Sabas en camino y pensaba en los peligros que podía correr. Entre tanto la cocina se llenaba poco a poco de gente que acudía a saber de don Celso y a ofrecerse para toda clase de menesteres en la casa en aquellas horas de prueba, y a mí no me disgustaba verme tan bien acompañado en ocasión de tantos apuros. A don Pedro Nolasco le sucedía lo propio, y hasta rompió a hablar con los contertulios y se permitió ciertos vaticinios risueños acerca de la enfermedad

del viejo amigo y
casi pedazo de su alma... precisamente en el instan
te en que mi tío
saliendo de su modorra pertinaz y después de recorr
er la estancia con
los ojos azorados, dijo entre angustias de la respi
ración, como si no le
cupiera ya en el pecho una burbuja de aire sin habe
rle desocupado de
otra igual:

--Ahora... ahora es la de irse de veras, hijos míos
, y la de prepararme
al viaje en toda regla. Hacedme la caridad de decir
le al Cura que le
llamo yo para lo que él sabe... si no es alguno de
los bultos que yo
distingo malamente desde aquí, no sé si por culpa d
e la poca luz del
cuarto, o porque ha empezado a apagarse ya la de mi
s ojos... ¡Sabas!...
¡Sabas!...

Todos los allí presentes oíamos y callábamos, y nos
mirábamos unos a
otros sin saber qué contestar. ¿Cómo decirle que el
Cura no estaba en la
casona ni en el pueblo?... Pero ¡qué ofuscación tan
absurda la nuestra!
¿Qué inconveniente había en entretenerle las impaci
encias, respondiendo
que habían ido a avisarle y que estaba a punto de l
legar? Esto iba a
responderle yo al mismo tiempo que me acercaba a su
cama con Lita y
Mari-Pepa, hechas un mar de lágrimas, mientras qued
aba Facia arrimada a
la pared del fondo con los brazos cruzados, la cabe
za inclinada sobre el
pecho y los ojos, secos, entristecidos e inmóviles,
clavados en la faz
cadavérica de su amo, cuando éste volvió a exclamar

, pero con un brío
inconcebible en su estado miserable:

--¡Sabas! ¡Sabas!...

En esto oí un rudo golpeteo, como al desembocar del
carrejo en la
salona, y al mismo tiempo una voz que respondía a e
stas llamadas
enérgicas:

--¡Allá va, jinojo!...

Conocí la voz, retrocedí de un salto hasta la puert
a, y vi que por la
del salón avanzaba un bulto que lo mismo podía ser
un jaral de la
montaña, tal y como debían estar todos en aquellos
instantes, que un
hombrazo del calibre y los talares de don Sabas, po
rque venía nevado por
la cabeza y por los hombros y por donde quiera que
asomaba un relieve,
por mínimo que fuera, en sus luengas y espidas vest
iduras; y al andar y
sacudirse de propio intento, arrojaba en el suelo l
a nieve en cascadas
polvorosas, como cae de los matorros cuando los sac
ude y zarandea el
cierzo enfurecido. Salí a su encuentro para ayudarl
e a sacudirse y a
enjugarse... y a nada, porque de dos bativoleos se
desprendió de todo lo
flotante que goteaba sobre él. Así quedó, en un per
iquete, liso y mondo
de pies a cabeza, es decir, de chaqueta corta y en
pelo. Mientras se iba
despojando de aquellas envolturas y accesorios, me
decía:

--¡Ah! pues gracias a que el tordillo tiene más aga
llas de lo que paez,

y pudo con el espolique que a medio camino le cargu
é a las ancas, que si
no... ¡jinojo! dígame que no llegamos vivos ninguno
de los tres; porque
nevadas he visto en lo que llevo de vivir; pero com
o ésta, ¡vaya,
vaya!... ¿Y qué le pasa al pobre don Celso, hombre?
Cuando allá me lo
fueron a decir, no me cogió de susto, porque me lo
venía yo temiendo de
día en día. Lo peor del caso fue que aquel infeliz
agonizante no
acababa, y no era cosa de abandonarle en trance tal
... Pues ¡cuidado si
le da por no acabar en toda la tarde de Dios!... A
todo esto, la nieve
espesando y cerrándose los caminos. ¡Mira tú qué oc
asión para ponerse
este otro en la agonía!... ¡Si lo que hace Satanás
para jincar el diente
a las almas, es mucho cuento! A bien que no ha sido
ello por falta de
advertencias mías; pero este Celso, con ser tan hom
bre de fe, es de suyo
tan...

Todo eso lo decía ya, y casi lo gritaba, el bueno d
el Cura a la puerta
del dormitorio de su amigo, donde le interrumpió el
descosido
razonamiento otra llamada como la de antes.

--¡Sabas! ¡Sabas!

--¡Aquí estoy, hombre!--respondió el Cura--. ¡Cuida
do que es tema!...
Pues mira, con esas prisas en mejor salud, no las tu
vieras ahora...

--¡Eso es!--refunfuñó mi tío--. Para consuelo de mi
s ajogos, tíñeme y
vociférame, ¡pispajo!

--¡Qué te he de reñir, hombre, qué te he de reñir!-
-díjole entonces don
Sabas, que enfrente de aquellas ruinas miserables d
el amigo y camarada
de toda su vida, no acertaba a contener los lagrimo
nes que le brotaban
en los ojos--, ¡ni cómo te he de vociferar!... ¡Pue
s bueno estaría ello,
jinojo!... sino que, como he venido, pude no venir,
por causa de fuerza
mayor. ¡Y figúrate tú entonces! ¡figúratelo, Celso!
... Vaya--añadió
interrumpiendo de pronto su discurso y pasando la m
irada por el cuarto y
acentuándola con un movimiento de sus brazos, muy s
ignificativo--: aquí
sobran todos menos el enfermo y yo; porque lo que v
a a pasar entre
nosotros, no admite más testigo que uno, que es el
Señor y juez de vidas
y almas.

Salimos los que sobrábamos y cerró don Sabas la pue
rta por dentro. Yo no
sé lo que pasó por mí entonces; pero declaro que me
sentí muy conmovido
y que hasta lloré, disimulándolo mucho, como si fue
ra una debilidad
indigna de los hombres fuertes.

¿Procedían aquellas lágrimas vergonzantes del conta
gio de otras más
francas? ¿Eran arrancadas de mi corazón por la pena
de ver a aquél, mi
pariente en estado tan mísero y compasible? ¿Me las
producía aquella
rara escena que acababa de presenciar entre el Cura
y el enfermo, a
través de cuya tosca urdimbre se dejaban ver fondos
y lejanías
admirables? Quizás hubiera en ellas algo de todos y

cada uno de estos
ingredientes; pero el hecho es que yo lloraba, aunque no tanto como las
mujeres que se agrupaban junto a mí, mientras iban entrando de puntillas
en el salón en que estábamos muchos de los tertulianos de la cocina que
se habían amontonado en el carrejo después de la llegada del Cura,
transidos de pesadumbre... y de curiosidad.

La luz que Facia había encendido en la lamparilla del dormitorio al
salir de él, y que aún conservaba en la mano, iluminaba un poco aquellas
fauces entenebrecidas; y así pude entreverlas atascadas, materialmente,
de figuras apiñadas y oscilantes que miraban hacia nosotros con
impaciencias voraces; y aun hubiera jurado yo que allí en el fondo,
detrás de toda la masa, pero alzándose un codo sobre la cabeza del más
tallado, relucían, como dos linternas en un túnel, los ojazos verdes y
saltones del gigantón de la Castañalera.

XXVII

Al cabo de un buen rato me pidió Mari Pepa muchas cosas que, a su
juicio, iban a ser necesarias allí muy pronto. Yo, delegando en ella y
en su hija cuantas atribuciones tenía en la casa, le entregué las pocas
llaves que guardaba, y mandé a Facia que se pusiera a sus órdenes con
las restantes. Para despachar bien y pronto lo que

proyectaban, era indispensable que se volvieran a la cocina los tertulianos que, dispersos por aquí o en rebaños por allá, todo lo obstruían... y apestaban, y no había manera de revolverse entre ellos. Hízose así al punto por mi mandato, y empezaron las dos mujeres a saquear alacenas, armarios y cajones. Facia guiaba, y yo seguía como un autómata a las tres.

Mientras desvalijaban el último cajón de la cómoda de mi cuarto, se abrió la puerta de mi tío, y apareció don Sabas en el hueco. Noté que salía lloriqueando, y corrí hacia él temiendo que ya hubiera concluido todo allí; pero desde medio camino oí toser al enfermo, y esto me tranquilizó. Salióme al encuentro el Cura, y me dijo, mientras se secaba los ojos con un pañuelo de yerbas:

--No se puede remediar, ¡qué jinojo!... por más avezado que uno esté a contemplar miserias y acabaciones humanas... Porque hay casos y casos, señor don Marcelo, y éste es uno de los más duros de pelar para el pobre Cura. Sesenta años de vivir, más que como amigos, como hermanos, y cada cual en su ministerio... ¡y cuidado si ha sido de altura el suyo!... algo rejunde en la entraña... me parece a mí... De pronto dí el otro al uno de ellos: «vaya, pues yo me marchó... y para no volver: conquese ajústame tú estas cuentas que tengo que dar a Dios, por tu mediación misma de lo mucho que le debo y de lo poco y mal qu

e le he pagado... y
ahí te quedas, viejo y solo, hasta que te llegue la
tuya, que no puede
tardar porque de viejo nadie pasa; y ya verás lo qu
e es jallarte un día
y otro sin el amigo de siempre, que parecía ya carn
e de tus carnes y
llenaba todo el lugar, aunque en él no se le viera.
..» Y vaya usted, por
otra parte, a saber si al llegar la de uno, le coge
rá así o le cogerá
asao, porque la carne es flaca y Satanás no duerme,
y si, por tomas o
por dacas, tampoco volvemos a encontrarnos en el ot
ro mundo. Porque él
va bien de equipajes... ¡eso sí, jinojo! y derecha
como un juso ha de
subir la su alma. En lo humano no puede presumirse
otra cosa, con la
preparación que él ha hecho, después de una vida de
caridad, que yo me
sé de memoria... En fin, que de ésta se va, y que n
o hay que dormirse
para disponerle todo lo que le falta en el trance e
n que se ve... Hay
que viaticarle enseguida, y para ello me voy a la i
glesia ahora mismo.
Adviértase aquí para que se espere a Dios con la po
mpa que se le debe.

Se habían llevado sus talares a la cocina para seca
rlos a la lumbre; y
al ir el Cura a recogerlos, hizo a la gente congreg
ada en ella la misma
advertencia que a mí, y la arrastró luego consigo,
menos a Chisco y a
Pito Salces, a quienes ordené yo que se quedaran «v
igilando la casa, por
lo que pudiera ocurrir». Ocioso lujo de precaucione
s a aquellas horas
(cerca de las siete), con una noche oscura como boc
a de lobo, cayendo la

nieve a puñados, y con unos rugidos del vendaval hacia la montaña, que daban miedo.

Sin preocuparme gran cosa del pobre Marmitón, que se quedaba solo otra vez, repantigado, mudo y atónito en el sillón de madera y muy arrimado al fuego, volvíme al cuarto de mi tío para ver lo que pasaba en él después de la salida de don Sabas. Ya estaba desconocido todo aquel interior, y aún continuaban transformándole por momentos las dos hadas de la casona. En la cama del enfermo, la colcha de damasco rojo de los grandes días, y vuelto sobre ella, el amplio y bordado embozo de una sábana de lujo; las almohadas, con fundas de grandes guarniciones muy tiesas y escaroladas, y el enfermo mismo, con camisa limpia, calentada poco antes al brasero y sahumada con tomillo, sobre el espeso chaquetón elástico que le abrigaba el tronco; junto a la cama, una alfombra en lugar del felpudo de siempre; encima de la cómoda, cayendo en airoso pabellones por los lados, otra colcha de las buenas de la casa, y sobre ella, esperando mejor destino, el crucifijo de marfil, seis candeleros de plata, un vaso con agua bendita y un ramito de laurel.

Cuando yo llegué, se ocupaban las dos mujeres, que parecían tener diablillos en las manos, en sustituir, ayudadas de Facia, el trasto viejo que siempre estuvo a la cabecera de la cama, con una mesita cuadrangular sacada de mi gabinete, donde la usaba

yo para leer y
despachar mi correspondencia. Ofrecíles mi ayuda pa
ra aquella faena;
pero la desdeñó Lita con un gestecillo muy intencio
nado y dos frases de
cortesía para templarle. Mientras Facia se llevaba
el achacoso
artefacto, tendieron ellas sobre la mesa otra colch
a de damasco rojo, y
sobre la colcha una muy blanca sabanilla con randas
de muchos calados;
luego trasladaron de la cómoda a la mesa el crucifi
jo de marfil, cuatro
candeleros y el vaso con agua bendita y el ramito d
e laurel; enseguida
otra alfombra delante de la mesita; después todas l
as tiras y ruedas que
se encontraron para formar una senda tan larga como
se pudo; cuatro
vapuleos a las sillas antes de ponerlas en orden; u
nos toquecitos más a
las ropas de la cama; una mirada desde lejos al con
junto de tantas y tan
diversas cosas... y ya estaba aquello despachado.

Mi tío, entre tanto, jadeando y tosiendo y pasando
entre los dedos
sarmentosos de su diestra cuentas y más cuentas del
rosario, y reza que
reza entre dientes, sin darse por enterado de lo qu
e ocurría en su
derredor, ni contestar más que con un gesto avinagr
ado a la menor
pregunta que se le hiciera. Antes de morir con el c
uerpo, estaba ya en
el otro mundo con el espíritu. De Dios era, a Dios
iba y sólo de Dios
esperaba.

Terminado lo del cuarto, se emprendió afuera otra l
abor más peliaguda,
para la que no bastaron las mujeres solas. Mari Pep

a esparcía en el
suelo las colchas y pañolones que habían acopiado en el saqueo y andaban
en confuso montón sobre las sillas; Lita escogía y combinaba colores y
tamaños, y Pito Salces y yo, encaramados en muebles de la necesaria
altura, clavábamos en las paredes, y tan arriba como nos era posible,
con tachuelas, con puntas... hasta con clavos «trabaderos» y cuanto
habíamos podido haber a las manos en una mechinal de la bodega en que
acumulaba Chisco las reservas de esta especie, lo que la diligente y
afanada nieta del gigantón de la Castañalera nos iba alargando con sus
manitas primorosas, de lo desparramado por el suelo
.

Al andar rayando con la media tarea, el tañido de una campana, desigual
e intermitente, ora remoto, ora cercano; como débil quejido de agonía,
unas veces; vibrante y clamoroso otras, según los caprichos del viento
encajonado y revuelto en las estrecheces y encrucijadas del valle. Era
el primer toque «a administrar», la señal que se hacía en la iglesia al
vecindario para los fines que sabía él. Un ratito después, calló la
campana y llegaron dos hombres con sendos brazados de velas y de cirios
que mandaba el Cura, por delante. Venían enjutos de tobillos arriba,
pero muy espelurciados y «ardiéndoles» las narices y las orejas; porque,
según declararon, aunque había cesado de nevar, continuaba soplando el
cierzo, más frío que la misma nieve. Si mal no nos parecía, quedaríanse

allí ya, pues sobre estar seguros «de jallar al Señor» en el camino, si volvían a tomar el de la iglesia, no estaba el pedregal, con la capa de nieve que tenía encima, para muchas subidas y bajadas por él sin una urgencia. Asentimos de buena gana a tan cuerdo parecer, y quedáronse los hombres... hasta pasmados del «visual pomposu» que iban tomando los pasadizos y la escalera de la casona con la faena que nos hacía sudar. Continuámosla, sin embargo, con nuevos bríos, pero a puntada larga, es decir, enrareciendo los colgajos, porque ya se oía otra vez el toque de antes, señal de que se había puesto en camino lo que esperábamos, amén de que no andábamos sobrados de telas ni de «herrajes» para cubrir tantas paredes.

Para vestir los desnudos suelos del tránsito, discutió Lituca sembrarlos, y los sembró ella misma, de penquitas o lorosas de laurel que abundaba en las grietas de los peñascos de enfrente. Y aún la quedó tiempo para sahumar toda la casa con romero y mejorana, quemado por ella en las ascuas del brasero, llevándole Chisco y Pito Salces entre manos por salas, pasillos y escaleras. Después, velones, candeleros, palmatorias y candiles, iluminando hasta lo más obscuro y remoto; el cuarto de mi tío, con las seis velas encendidas ya, rechispeando la luz, y el brazado de cirios traídos de la iglesia, ardiendo también al cuidado de los dos hombres encargados de darles a tiempo el destino que

tenían; Marmitón encuadrado en la puerta de la cocina y mirando al crucero iluminado, sin atreverse a dar un paso hacia él; Mari Pepa yendo y viniendo por todas partes; su hija dando los últimos toques al cuadro general; Tona sin chistar y pasmadota, cerca de don Pedro Nolasco; Pito Salces y Chisco, en el estragal, con sendos cirios ardiendo, en la mano; mi tío, con los ojos entreabiertos, recostado contra las almohadas y rezando sin cesar; Facia, con su mejor vestido negro y atenta a lo que pudiera necesitar el enfermo, junto a la puerta de su cuarto, de pie, inmóvil y melancólica; la campana de la iglesia tañendo acompasadamente; el silencio casi absoluto en los ámbitos de la casa, y yo, clavado como una estatua en el salón dominando con la vista el aposento de mi tío y hasta el crucero del fondo del pasadizo, observándolo todo, oyéndolo todo, y presa de una emoción que, por lo compleja y extraña, no me podía explicar.

De pronto, una voz, la de Tona que se asomaba a menudo a la puerta del balcón de la cocina, gritó desde el fondo del último carro:

--¡Ya vienen!

Cubriéronse entonces apresuradamente la cabeza las mujeres; tomamos cada cual un cirio de los que cuidaban los dos hombres, y dímosle otro a don Pedro Nolasco que se había movido hacia el grupo; y siendo yo parte principalísima de él, con él llegué bien pronto, a

todo andar y casi
arrollando al aturdido gigante, al balcón de la cocina.

No solamente había cesado de nevar, sino que también se hallaba el viento encalmado; y, por una venturosa casualidad, por un rasgón abierto en la espesura de los negros celajes asomaba la luna llena, derramando su luz pálida sobre el blanco tapiz del valle y los más altos picos del brocal de montes que le aprisionan. En otras circunstancias mejores, acaso me hubiera detenido a considerar lo que más me admiraba y sorprendía en aquel extraño panorama, y hasta qué punto se parecía aquella fantástica realidad a los numerosos «efectos de luna» que yo había visto pintados en lienzos y cartulinas; pero ¡bueno estaba entonces el horno de mi cabeza para pastelillos de aquel arte! Y aunque lo hubiera estado: necesitaba la atención para otro espectáculo que me la solicitaba con fuerza irresistible. Y fue que apenas abocado a la puerta del balcón detrás de las mujeres, vi que, surgiendo de las tinieblas, iban apareciendo como fantasmas y coronando la altura del pedregal, dos filas de bultos negros, junto a muchos de los cuales titilaba oscilando una lucecilla triste y acobardada, como si ardiera detrás de los cristalejos de un faroluco roñoso. Cuanto más se alargaban las filas hacia la casona, más bultos surgían de la oscuridad del agrio declive. Se les veía moverse; pero no se oían sus pasos sobre el áspero

suelo nevado, ni alteraban el silencio de la Naturaleza, que parecía haber enmudecido de repente por respeto a lo que estaba pasando allí, otros ruidos que algún murmurio de tarde en tarde, como de rezo coreado, y el tañido constante de la campana de la iglesia, repetido ya por el débil tintineo de una campanilla de monago que aún no había surgido de la oscuridad. De pronto apareció en la altura un bulto menor que los otros, con un farol de dos luces: éste era el monago de la campanilla, y hasta se le distinguía en la mano cuando la sacudía para que sonara. Detrás del monago, otros dos bultos con sendos faroles también; y en medio de los dos, el párroco don Sabas, de capa pluvial y debajo de un paraguas muy grande (regalo, por cierto, hecho por mi padre, siendo yo mozuelo aún, a la iglesia de Tablanca); y, por último, detrás del Cura, todavía más bultos con luces surgiendo de la vertiente sombría. Entonces cayó de rodillas Mari Pepa que estaba delante de todos, y exclamó con voz entera, mientras se llenaban de lágrimas sus ojos:

--En gracia te reciba el alma que te desea.

Yo me hiqué también, y con la cabeza humillada, repetí en el fondo de mi corazón la plegaria de aquella noble mujer.

Poco después volvíamos todos, conservando aún las achas encendidas, y más corriendo que andando, hacia el crucero. Allí estaba ya Neluco, que se había disgregado de la procesión con algunos hom

bres de los más
apegados a la casa, proveyéndolos de cirios y señal
ándoles puestos en el
pasillo y a lo largo de la escalera; a Lita y a su
madre se los dio a la
puerta de la salona; «y usted, conmigo, allá dentro
» me dijo,
conduciéndome al mismo cuarto del enfermo, del que
no se había apartado
Facia un instante. Preguntámosle si se encontraba b
ien; respondió que
«como nunca jamás», aunque no hallaba en sus pulmon
es ingurgitados
alientos para decirlo; arrimámonos a la puerta, y a
llí esperamos, como
dos centinelas inmóviles, lo que empezaba ya a lleg
ar y se sentía hacia
el estragal por el ruido de las almadreñas o alguna
palabra que otra a
media voz, y en la escalera y en el pasillo, por el
sordo golpeteo de
las pisadas con escarpines en los inseguros tablone
s del tillado, y el
resoplar inconsciente de tantas respiraciones conte
nidas a la fuerza.
Igual que cuando se va llenando de agua una vasiija
puesta debajo del
caño de una fuente, por el matiz de los sonidos se
conocía por instantes
cómo se colmaban de gente los carrejos y el salón y
el gabinete y todos
los rincones y escondrijos franqueables de la casa.
Al fin se oyó en el
estragal la campanilla del monago, y casi al mismo
tiempo la voz potente
de don Sabas rezando algo que no se entendía bien;
después enmudecieron
uno y otra, y se percibieron claramente las recias
pisadas del Cura y de
los que le escoltaban, sobre los peldaños de la esc
alera; al abocar al
crucero, los pasos más distintos y otro rezo de don

Sabas; los que aún
no estábamos de rodillas, nos hincamos, y los pechos,
oprimidos ya por
el peso de aquel cuadro imponente... desahogáronse
en suspiros o en
sollozos entrecortados, que fueron recorriendo, como
nota fúnebre
llevada por el aire, todos los ámbitos de la casona.
Hasta la puerta del
salón no volvió a oírse la voz del Cura: allí resonó
otra vez,
declamando, reposada y patética, este versículo del
Miserere:

_Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum: et in peccatis
concepit me
mater mea_.

A los rumores de antes sucedió el silencio más profundo;
y avanzando don Sabas con mesurado andar, la mirada puesta en el
bordado relicario que
contenía las dos Hostias consagradas, rodeado de luces
que resplandecían
en el oro de sus vestiduras y precedido de Mari-Pepa,
de Lita y del monago, llegó a la puerta donde nosotros
esperábamos, y allí,
deteniéndose unos instantes como para dar mayor solemnidad
a sus palabras, rezó este otro salmo:

_Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae
 tuae
manifestati mihi_.

Entonces el enfermo, tembloroso y lívido, cruzó las
descarnadas manos,
humilló la cabeza sobre el agitado pecho, y con una
voz que parecía
salir del fondo de una sepultura, respondió a las palabras
del

sacerdote:

Averte faciem tuam a peccatis meis: et omnes iniquitates meas dele.

Aquí dio fin y término otra vez mi ya vacilante serenidad, y el «nudo» que me estaba oprimiendo la garganta rato hacía, trocóse en humor benéfico que me empañaba los ojos y crecía por el contagio del llorar de las mujeres que me acompañaban en el cuarto, y que, al fin, llegaron a contaminar a Neluco, médico y todo, mientras volvía a oírse afuera la nota triste de antes recorriendo los grupos y las masas de aquellas compungidas y humilladas gentes... Hasta que vibró de nuevo la voz del Cura, y todo calló, como si hasta con el respirar se profanara la augusta solemnidad de lo que iba a suceder allí... como creería yo profanarlo si me atreviera a extraer su recuerdo de l sagrado de la memoria, donde lo guardo indeleble, para describirlo con mi pluma torpe y grosera en este miserable papel.

No ha de merecerme igual respeto algo de lo humano que allí pasó por complemento del cuadro que tanto tenía de divino. Esto puede y debe ser, ya que no pintado, que no dan para empresa tan alta los colores de mi paleta, mencionado, por los menos; y vaya como ejemplo aquella exhortación final de don Sabas a la paciencia, al recogimiento, a la gratitud a Dios, del enfermo; cómo empezó encarrilado en las fórmulas trilladas del ritual, y se fue descarrilando poco a

poco y entrándose
por las sendas de su propio estilo y particulares s
entimientos; cómo de
esta manera se confundían y enredaban en la exhorta
ción, el lenguaje
solemne del sacerdote con el familiar de la pasión
desbordada del amigo
cariñoso; cómo llegó a responderle mi tío, ya para
protestar nuevamente
de su fe acendrada, de su resignación sin límites y
de su conformidad
absoluta con los decretos de Dios, ya para quejarse
mansamente de que
pudiera ser puesto en tela de duda por nadie el cum
plimiento de éstos
sus deberes de cristiano; cómo le replicó don Sabas
para tranquilizarle
sobre tan delicado particular, al que en modo algun
o había intentado
referirse él, cómo, enredados en este singularísimo
diálogo, ya no
hablaba el Cura en impersonal, y llegaron a tutears
e los dos; cómo en la
llaneza de este estilo tocaron puntos de sumo alcan
ce piadoso, y se
declaró don Sabas envidioso de la suerte de mi tío,
a quien tantos, muy
erradamente, compadecían entonces, y se dieron mutu
as paces, poniendo
por testigo de la cordialidad del impulso a «aquel
Dios sacramentado que
allí estaba presente en cuerpo y sangre»; cómo, al
fin, bajándose mucho
el Cura y alzándose un poco mi tío, se confundieron
los dos en un
abrazo, llorando don Sabas y ahogándose de fatiga e
l pobre enfermo
conmovido; cómo con estos actos y aquellos dichos,
el torrente de
sollozos, mal contenido afuera, se desbordó por tod
a la casa, y trató
Neluco de cerrar la puerta del cuarto en que nos en

contrábamos para que
mi tío no lo oyera, y cómo éste se lo impidió con sorprendente energía,
y mandó que se franqueara la puerta a cuantos cupieran adentro para
darles el último adiós; cómo hubo que complacerle, aunque ya no podíamos
respirar ni los sanos en aquella estancia, y cómo se despidió sin
retóricas sentimentales, pero en cristiano puro, sin dejar de ser
aldeano neto, acabando por decirles: «Si lloráis porque perdéis lo que
he sido, Dios vos lo pague en la medida del consuelo que me dais con
ello; pero si vos duele mi muerte por la falta que he de haceros, mal
llorado, porque aunque me voy, aquí vos dejo quien hará mis veces, y
hasta con ventaja para vosotros. Ven acá, Marcelo. (Acerquéme a la cama,
hecho un doctrino, torpe y desconcertado. Luego añadió él, mostrándome
al montón de tablanqueses que habían invadido la habitación): Éste es;
de la mi sangre neta, y amo ya y señor de esta casa. De vosotros depende
desde hoy que sea, no lo que yo he sido, que bien poco fue ello, sino
todo lo que debí de ser. Para él todo vuestro respeto y vuestra lealtad
de hombres honrados y agradecidos, y para mí... que pidáis a Dios de vez
en cuando por el buen paradero de esta alma, a punto ya de subir a
juicio en su divina presencia. Y con esto, hijos míos, y la bendición de
un padre viejo y moribundo... ¡hasta la eternidad!»

Es también de mencionarse cómo le respondieron con gemidos y lágrimas

aquellas rudas y buenas gentes, por no hallar en sus lenguas palabras con que expresar lo que sentían; y cómo, finalmente, puso término a esta escena don Sabas acercándose a adorar y recoger la Forma consagrada, y sonó otra vez la campanilla... y salió del cuarto y de la casa el Señor de los señores y Rey de los reyes con la misma solemnidad y reverencia con que en ella había penetrado.

XXVIII

En un pie andaba el Cura con lo cuidadoso que le traía lo extremo y desesperado de mi tío, y, sin embargo, cuando llegó a la casona resuelto a no salir de ella mientras al enfermo le quedara un soplo de vida y a él una sola función que llenar a su lado como sacerdote o como amigo, ya gruñía el temporal en la montaña y descendía la nieve sobre el valle en espesos remolinos. Es decir, que sólo habían durado la «escampa» y el sosiego lo estrictamente necesario para que fuera Dios a la casona desde la iglesia, y volviera a la iglesia desde la casona; milagro patente en opinión de Facia, y no puesto en duda por los que departían con ella sobre el caso.

Entró, pues, el Cura como la vez primera en aquella noche, sacudiéndose la ropa para «desnevarse»; arrojó el capote sobre lo primero que se le

puso por delante, y llevando en la mano un saquillo
de color, cerrado
con una jareta, se coló, sin detenerse, en el cuart
o de mi tío, que sólo
parecía vivir para esperarle. Encerráronse allá los
dos; y mientras
andábamos en la salona los de siempre, de aquí para
allí y en derredor
del brasero, sin saber qué decirnos ni en qué sitio
ni para qué
detenernos ni sentarnos, oía yo cómo iban pasando d
esde la escalera
gentes y más gentes hacia la cocina, donde continua
ba el gigante
consternadón y arrimado a la lumbre, pero con mucha
s ganas de cenar.
Porque las funciones de comer y digerir no se regía
n en aquel hombrazo
por las grandes crisis del espíritu, sino por una l
ey mecánica.
Necesitaba comer, mucho y a menudo, como la mole ru
inosa necesita el
puntal para no desplomarse. No obstaba aquel insaci
able apetito de su
estómago para sentir el pobre hombre desfallecido d
e pena su corazón.
Deploraba la muerte de don Celso como todos y cada
uno de los
tablanqueses que más hubieran estimado sus prendas,
y la lloraba también
como amigo; pero le dolía, además y sobre todo, por
la edad que él
contaba y por lo viejo y arraigado de su intimidad
con el que se iba. En
alturas semejantes, cada amigo de esos que se va, e
s un sillar que se
arranca en los cimientos de la vida del que se qued
a; y don Pedro
Nolasco no había tomado en serio hasta aquel día lo
de la muerte de su
amigo, a quien por su carácter y correa consideró s
iempre «incapaz» de

morirse. También le dolía en el alma una separación así, sin despedida; pero no tenía valor para intentarla, y nosotros nos guardábamos muy bien de estimularle a vencer sus resistencias: al contrario, le manteníamos en ellas pintándoselas como muy justificables, y en comendábamos a los que de ordinario le acompañaban en la cocina la caritativa labor de entretenerle y animarle, como hacíamos a menudo el médico y yo con Mari-Pepa y Lituca, que no le perdían de vista ni desconocían la importancia de aquella crisis excepcional, a una edad y un temperamento como los suyos.

De esto precisamente se había llegado a tratar en la salona, cuando se abrió la puerta cerrada antes por el Cura y apareció éste con sobrepelliz y estola preguntando por el monaguillo que había venido con él y debía de andar por la cocina. Corrió hacia a avisarle y entramos los demás en el cuarto del enfermo, en los linderos ya de la agonía y con los ojos clavados en un crucifijo colocado por el Cura para eso a los pies de la cama. Vino el muchacho, y, con su ayuda, administró don Sabas la Extremaunción al moribundo. Lloraba Mari Pepa y sollozaba Lituca mientras colocaban sobre él todas las medallas y reliquias que había en casa con indulgencia plenaria para la hora de la muerte; lagrimeaban callando muchos de los que habían acudido de la cocina con el monago; rezábamos todos respondiendo a las oraciones del Cura, y en

los intervalos de silencio se oían a la vez el respirar estertoroso y agitado del agonizante, y el zumbido del temporal entre las espesuras y cañadas de los montes. A este acto imponente siguió otro que no lo era menos: la recomendación del alma, leída en voz clamorosa por don Sabas, con los consiguientes rezos en que todos tomábamos parte. Y esto fue largo, muy largo, pues que llegó a medirse por horas, con algunos descansos breves, durante los cuales se movían o se renovaban muchos de los congregados, andando de puntillas y devorando suspiros y sollozos, y volvía a oírse adentro el estertor acompasado del moribundo, y afuera el mugir de los vendavales.

Por el fúnebre colorido del cuadro, por la lentitud en su desarrollo, por el exceso mismo de la atención con que yo le seguía, la visión de la muerte con todo su cortejo de tristezas se enseñoreó de mí de tal arte, que más que sentirla y estimarla en la región de las ideas, me parecía olerla y paladearla; confundía ya las sensaciones morales con los quebrantos del organismo, y el color y las figuras y los sonidos del triste cuadro caían a golpes sobre mi cerebro y me le contundían y fatigaban. El instinto de la vida me excitaba de vez en cuando a respirar otro ambiente, a contemplar otra luz y a renovar el espíritu en otros horizontes más saludables que aquéllos; y paseando la vista por los mezquinos términos de aquel recinto fúnebre, acababa siempre por

detenerla en la cara de Lituca, en la que cuanto más se grababan los surcos de sus lágrimas, más de relieve ponían la fr escura de su juventud. Y era muy de notarse que no hacían mis ojos un viaje de esos, sin topar con los suyos en el camino. ¿Estaría la pobre subyugada por los propios influjos y buscaría, por instinto también, los mismos asideros que yo? Es muy posible, porque para entrambos era igualmente aflictivo y desconsolador y nuevo (para mí a lo menos) aquel espectáculo. Nuevo, sí, porque en los recuerdos que yo guardaba y guardo en la memoria del paso de la muerte por mi hogar, nada había que se pareciera en los procedimientos ni en los detalles ni en los accesorios a aquella lenta, cruel e inexorable labor destructora; a aquel acabamiento de un hombre fibra a fibra, en lo recóndito de un caserón destartado y embutido en una rendija de la cordillera cantábrica, y a la mortecina luz de dos velucas de cera, mientras zumbaba y rugía la nevasca en las tenebrosas soledades del contorno.

Pero Lituca, de rodillas y rezando, como su madre, volvía rápida a clavar la vista en el crucifijo, como el sediento caminante los labios en el caño de una fuente, y así refrigeraba y fortalecía su espíritu en cada desfallecimiento que le causaba aquel incesante batallar de la muerte para acabar con una vida que también había sido risueña y juvenil como la suya. No dejaba yo de acudir a la misma fuente que ella en

demanda de los mismos alientos; pero ahondaban mucho más las raíces de la vida en, mi naturaleza curtida de las intemperies del mundo, que en el organismo tierno y virginal de aquella criatura, y por eso no resultaban iguales en los dos los frutos de un mismo esfuerzo moral.

De pronto se produjo un fenómeno en la agonía del enfermo. Abrió los ojos, clavó la vista en el crucifijo y movió las manos hacia él. Entendióle don Sabas, púsosele entre ellas, acercó a él mismo a sus labios, se abrazó a la cruz; y con esto y un suspiro muy hondo, entregó a Dios el alma.

¡Extraña coincidencia! Al indescriptible rumor de los últimos alientos de mi tío, respondió en el acto desde la iglesia el primer tañido de las campanas que doblaban a muerto por él. Otro «milagro» que jamás quiso explicarse. Facia por la oficiosa intervención de algún mal informado tertuliano de la cocina, en la incesante comunicación que hubo aquella noche entre ella y el pueblo, no obstante lo duro y hasta peligroso del temporal.

Con aquel triste desenlace de todo el día, los inseguros diques que habían mantenido a la pobre sirvienta devorando en silencio las hieles de su pesadumbre, se derrumbaron de golpe, y salieron en torrentes las lágrimas y los gemidos. Parecía no haber, en lo humano, consuelo para ella, ni fuerzas capaces de arrancarla del borde de

la cama, donde
besaba las manos yertas «del su señor», y ponía a Dios por testigo de lo
mal que le había pagado en vida los beneficios que
le debía. Y sucedió
lo que era de temerse: el estruendo de esta explosión de dolores
profundamente sentidos, se fue propagando por toda
la casa, en la cual
acabaron por llorar a gritos también hasta los que
no habían pensado
llorar de ninguna manera, y los lazos de la disciplina y de los humanos
respetos, muy relajados ya durante la agonía del patriarca, acabaron de
romperse con este descomunal y plañidero vocerío: invadieron la estancia
mortuoria gentes que en tropel brotaban de todos los senos del caserón,
y todas querían ver al muerto, y todas le veían al cabo, y todas
lloraban y gemían después más reciamente por el espanto de haberle
visto.

Yo no sabía, en tanto, por dónde me andaba, ni dónde ni cómo tenía la
cabeza. Por fortuna, don Sabas y Neluco se apoderaron de la dirección de
todo y comenzaron por despejar el cuarto y las inmediaciones; pusieron
las señoras a mi cuidado, y a Pito Salces y a Chisco a sus órdenes en la
salona, y se quedaron después solos y a puerta cerrada con el muerto...
Y aquí es donde comienza la verdadera maraña de esbozos, de notas
sueltas de color, de perfiles extraños y manchas sombrías, que guardo en
la memoria como impresión del cuadro de aquella noche inolvidable.

Creo que, con ánimo de ver al gigante de la Castaña lera ante todo, fui a la cocina, en la que no cabía la gente; que supliqué a los «sobrantes» que se retiraran a descansar a sus casas, ya que, desgraciadamente, no eran necesarios allí sus buenos servicios, y hasta que conseguí en gran parte lo que pretendía; recuerdo que hallé a Mari-Pepa y a su hija convenciendo al hombrón de que las cosas habían parado en lo que acababan de parar porque no había otro camino para ellas, y de que, como ya no tenía remedio lo sucedido y él se hallaba bien cenado y en buena compañía, érale muy conveniente, para descansar y endulzar los pensamientos, acostarse en la cama que se le tenía preparada y bien lejos de los ruidos de «lo otro»; que no costó gran trabajo convencerle; que se dejó conducir a un cercano dormitorio; que se acostó; que le hicimos la tertulia hasta que le acometió el sueño, y que se durmió como un tronco y le dejamos roncando.

Después... ¿qué se yo?... el cuarto de mi tío; la cama, desnuda ya de lujos, en el centro, y sobre ella el cadáver afilado y amarillo, amortajado con hábito franciscano, porque desde el tiempo de la exclaustración nunca faltó acopio de ellos en la casa para trances como aquél; alrededor de la cama, blandones ardiendo; hacia la cabecera, don Sabas, o Mari Pepa, o Facia, o cualquier tablanqués de los de la cocina... o yo, de rodillas y rezando; Chisco y Pit o Salces al cuidado

de las luces; Neluco rociando suelos, muebles y ropas y felpudos con un líquido desinfectante, y por la ventana entreabierto a colándose un aire frío y sutil, y también el zumbido lejano del vendaval y más de un copo de nieve... Lita y su madre en mi gabinete, arrebujaadas en chales y toquillas, con los pies sobre la caja del brasero..

. Mari Pepa

acercándose de puntillas y asomándose a la alcoba de su padre cuando cesaban sus ronquidos estentóreos; mi tema, ya maquinal, de aconsejar a las señoras y al Cura que se acostaran, y durmieran y descansaran; la resistencia de todos a complacerme, aunque la pobre Lituca se estremeciera de frío en ocasiones y no pudiera levantar los párpados enrojecidos... Que cenaran... Ya habían tomado ellas un tente en pie; y en cuanto a don Sabas, ¿cómo había de pensar en ello siendo ya más de la media noche y teniendo que celebrar a la madrugada? ... En la cocina, la lumbre agonizante; Tona cabeceando cerca de ella; su madre gimiendo por lo bajo en el rincón más oscuro; hombres con la cabeza sobre las manos y las manos sobre la perezosa, durmiendo tranquilamente; otros a punto de dormirse, sentados en los bancos del fogón, fumando la pipa y con los ojos mortecinos clavados en los tizones: todo este cuadro a menos de media luz y sin otros ruidos que el sollozar de Facia... Algún bulto que otro errando a oscuras por los pasadizos, y un olor por toda la casa a pabilo de cera, a laurel pisoteado y a romero y a tabaco de lo peor...

Un ratito de plática con el Cura y con Neluco en mi cuarto delante de Mari Pepa, que acababa de llegar de la alcoba de su padre, y de Lita, que dormía con la primorosa cabeza caída sobre el pecho, después de negarse a descansar en mi misma cama, que tan a la mano tenía, quién sabe por qué linaje de escrúpulos; de plática, digo, sobre el día o los días y el ceremonial de las honras fúnebres y cuanto con estos particulares se relacionaba... Pepazos y otro mozalón, entrando en la estancia mortuoria a relevar a Chisco y a Pito Salces; el Tarumbo rezando a un lado y el Topero a otro, de la cabecera; el frío arreciando allí, y la llama de los cirios bamboleándose sin cesar en sus mechas con el aire glacial que seguía filtrándose por la ventana entreabierta... Largos ratos de silencio y de quietud en toda la casa; otros de lánguida conversación en mi gabinete sobre temas de familia: el difunto, los ausentes... y vuelta con don Sabas al cuarto mortuario, o vuelta con Neluco a la cocina, en donde, en una de ellas, encontramos a Tona escanciando a Pito Salces un traguete de lo autorizado por «la casa» para tales usos en lance tan excepcional, y vuelta a mi gabinete; y, al fin y al postre, Lita tendida sobre mi cama y cubierta, de rodillas abajo, con mi propia manta, y durmiendo con el ritmo dulce y sosegado con que dormiría un ángel, si los ángeles sintieran esa necesidad de los seres de carne y hueso. Su madre le había desvanecido los escrúpulos de

una vez, cargando con ella, entre veras y chanzas,
por todo razonamiento
y poniéndola donde y como estaba. ¡Y aún me pedía p
erdón por el
atrevimiento la candorosa mujer!

Y a todo esto, yo no recuerdo haber sentido ni hamb
re, ni frío, ni sed,
ni cansancio en toda la noche, ni que me pasara por
las mientes la más
remota idea de lo que la mujer gris me había declar
ado por la mañana, y,
sin embargo, me pesaban los ojos como cuando se des
ea dormir, y tenía la
boca escaldada y el estómago desfallecido, el cuerp
o quebrantado y la
cabeza atiborrada de todo linaje de ideas tristes.
Era mi estado como el
de un calenturiento con pesadilla.

Al amanecer, a misa del alma. ¿Quiénes? Todos querí
an ir a oírla; pero
no se lo consentimos a muchos que hacían falta en l
a casa, y
particularmente a Mari Pepa, que se hubiera visto m
uy mal para
acompañarnos. No nevaba ya; pero había más de una v
ara de nieve sobre el
suelo del valle y estaban las cumbres de los montes
como sumergidas en
un mar denegrido y borrascoso que no auguraba cosa
buena. Resignóse a
quedarse la piadosa y excelente mujer; pero no Faci
a, más avezada que
ella a franquear obstáculos de tal linaje.

¡Qué frío tan intenso, Dios soberano, en cuanto me
vi fuera de casa! ¡Y
qué hundírseme los pies en aquel suelo húmedo y esp
onjoso! ¡Cuántos
resbalones y caídas en el pedregal, y cómo me hubie
ra reído de la triste

figura que iba haciendo yo entre aquella gente que andaba sobre el inseguro tapiz con igual firmeza que sobre los estragales de sus casas, si las ideas de que estaba impresionado mi cerebro no hubieran sido tan tristes y funerarias! Y la silueta del Cura que caminaba delante de todos, con sus hopalandas negras, con su negro tapa boca arrollado al pescuezo, ¡qué grande me parecía sobre la blancura deslumbradora de la nieve! ¡Y qué solemnidad tan temerosa y elocuente la de aquel silencio de la Naturaleza! ¡Y qué sonido tan débil, tan extenuado y melancólico el de las campanas de la parroquia doblando a muerto sin cesar desde que había amanecido!

De bote en bote se llenó la iglesia: todo el pueblo había acudido allí. La misa fue rezada y breve, y se reprodujeron en ella los llantos de la casona al pedir el Cura una oración por el alma de un tan amado feligrés.

Después de la misa quise ver el cementerio, que está a dos pasos de la iglesia. Cuatro paredes no muy altas, una cruz en el centro, una tejavana humilde a la derecha de la puerta, y en el lado de enfrente media docena de sauces llorones demarcando con sus troncos jorobados un pedacito de tierra, y rozando con las puntas de su lacio y desvaído ramaje el espeso tapiz de nieve que enrasaba toda la superficie del campo santo. En aquel pedacito de tierra, limitado por los sauces, se

sepultan desde tiempo inmemorial los muertos de la casona de Tablanca.

Al emprender yo la subida a ella con las personas que me habían acompañado en la bajada y algunas más, se despidió de mí el Cura «hasta la tarde».

--Ya es hora--me dijo--, de que yo dé un vistazo a la mi jacienda, de la que no sé pizca veinticuatro horas haz... y de que me desayune y duerma un rato, si esta cellerisca negra del meollo me deja apetito y calma para ello, por misericordia de Dios.

Alguien tuvo la feliz ocurrencia en la casona de mandar que se expalara la cambera del pedregal, en mi obsequio, y a eso debí que la subida por ella no fuera lo que yo me temía, recordando lo que había sido la bajada.

Marmitón había dormido toda la noche de una tirada, con lo que habían entrado en equilibrio y en juego las piezas y los engranajes de su armadura de coloso; y de esta suerte funcionaban en él, hasta las pesadumbres, con perfecta regularidad. Yo llegué cuando su hija y su nieta le servían el desayuno, y me habló de «la desgracia del pobre Celso» como si acabara entonces de ocurrir. Pregunté a Lita (y juraría yo que se lo pregunté sin pizca de segunda intención) si había dormido y descansado a su gusto; y en lugar de responder a la pregunta, se puso muy encarnada y comenzó a descargar sobre su madre

todas las responsabilidades de haberse acostado, «vestida, es o sí», en la cama en que yo la había visto. Reíase a esto su madre de todas veras, mientras aseguraba yo a la vergonzosa que había sido mía la culpa, «y a mucha honra»; y de aquí tomé yo base para exponerles los proyectos que tenía: que no pensarán en volver a su casa en unos cuantos días, por no estar el tiempo para ello, y, sobre todo, por necesitarla s en la mía yo para una gran obra de caridad, y se resignarán las dos a acomodarse en mi gabinete, ya estrenado por Lituca. Yo dormiría en la alcoba del salón contiguo, que tenía su correspondiente cama; con ella y cuatro cachivaches que se le agregaran de mi cuarto, estaría como un príncipe... ¡Válgame Dios los reparos y los miramientos y los asombros con que se negaron de pronto a complacerme! no en lo de quedarse en la casa algunos días, sino en lo de ocupar el gabinete que les ofrecía yo... Hasta que al fin cedió Mari Pepa, resignóse Lita, y aplaudió el gigante el acuerdo con una «¡esa es la derecha!» que retumbó en media casa. Y esto y los quehaceres que consigo traje para ser puesto en ejecución antes con antes, fueron los esparcimientos únicos para mí en todo aquel triste día.

Llegó la tarde, fría, brumosa y tétrica; subió el vecindario en masa, pedregal arriba, detrás del Cura con ornamentos negros, precedido del estandarte de las «Ánimas» y de un crucifijo grande

; resonaron en el
estragal, entonadas por voces bien avenidas con la
sonora de don Sabas,
lamentaciones terribles del santo Job, el mayor poeta
fúnebre de que hay
noticia en la tierra; bajóse el féretro entre nuevos
llantos y gemidos;
y andando, andando con él hacia el pueblo la luctuosa
procesión el
camino que había andado poco antes hacia arriba, llegamos
al campo santo
después de una detención breve a la puerta de la iglesia,
para que el
hijo fiel y sumiso recibiera de su Madre cariñosa la
bendición de
despedida.

Y allí, entre los mustios llorones, en una mísera fosa
recién abierta en
el suelo, desapareció del mundo para siempre, bajo
una capa de tierra
que pronto volvería a cubrir la nieve, un hombre que
había sido hasta
aquel día el patriarca, el señor, el rey indiscutido
e indiscutible de
todo el valle.

XXIX

Muchos años hacía que el caserón de los Ruiz de Bejos
no se había visto
en otra como aquélla. Limpia era Facia y no era Tona
desaseada; pero de
lo que éstas limpiaban y barrían en él de ordinario,
a lo que se limpió,
fregoteó y pulimentó en aquellos días con los puños
mismos o bajo la
dirección de mis incomparables huéspedes, había una

distancia enorme.

Todo les parecía poco para borrar los estragos de los recientes barullos y desconciertos y «vestir» la casa al tenor de lo que pedía el extraordinario suceso que se aguardaba; todo lo desordenado en ella volvió a ordenarse, y todo quedó como nuevo, particularmente el cuarto de mi tío... Recuerdo mucho que al andar en la faena de «desfigurarle» con el trastorno de su mueblaje, me dijo Lituca, sin volver la cara hacia mí ni hacia su madre que la ayudaba, ni suspender un instante su trabajo:

--Pues, con la venia de usted, don Marcelo, dígoles que si esto fuera cosa mía, no lo tocara yo más que para asealarlo.

--¿Por qué?--preguntéla con mucha curiosidad.

--Porque--respondió al punto--, con esconder de la vista de uno o cambiar de sitio las cosas que en vida usaron los muertos, paez que se los olvida más pronto... Créolo yo así.

Pero en esto la llamó su madre «parleteruca sin sustancia» y se la llevó consigo fuera de allí para otras ocupaciones de urgencia, por lo cual no pude yo decirle lo que pensaba en apoyo de su dictamen, en consideración siquiera a la culpa que yo tenía de aquel trastruque, y, sobre todo, a que se le puso a la pobre la cara como una amapola con la reprimenda, aunque lanzada en son de chanza.

Si por olvidar entendía Lituca dejar de sentir hond

amente, entendía muy bien, porque el corazón humano, tierra miserable al fin, necesita del concurso de los sentidos para conservar el calor de los afectos que le animan, y aun así se apaga la hoguera con el tiempo ; pero si por olvidar entendía borrar de la memoria, se equivocaba grandemente en aquel caso. Era muy considerable el vacío que dejaba mi tío Celso en la casona de Tablanca para no ser notado a cada instante, por mucho que fuera el tiempo que pasara. Por de pronto, allí no se hablaba de otra cosa, y muy principalmente de noche en las tertulias de la cocina, que se colmaba de gente a pesar del frío y de la nevasca. Se le traía a cuento a cada instante, y nadie, incluso el gigantón de la Castañalera, tocaba su sillón, que les parecía sagrado ya. Sólo yo podía sentarme en él sin profanarle, y sólo yo me sentaba, ejercitando en ello un derecho a la vez que cumplía con un deber, en opinión de aquellos rústicos que me habían jurado, en el fondo de sus corazones, obediencia y lealtad, cuando mi tío, ya moribundo, «me alzó sobre el pavimento» al borde de su lecho y delante de la Hostia consagrada. «El rey ha muerto. ¡Viva el rey!» Si es lícito usar ejemplos insignificantes en asuntos de gran monta, como alguien dijo en latín, no dejó de haber algo de ello en lo que me había pasado entonces a mí, y aún me estaba pasando en los días subsiguientes. Y no lo digo tanto por el respeto y la adhesión que me mostraban los honrados tablanqueses desde la muerte

de mi tío, como por
lo que yo sentía ahondar y extenderse y engrosar en
mi conciencia
escrupulosa las raíces de mi compromiso renovado y
consagrado de aquel
modo tan solemne.

Eran aquellas tertulias de la cocina una conmemoración incesante de los
méritos del difunto, en todas las edades y circunstancias de su larga
vida: a nadie le faltaba algo que recordar o referir o comentar. «Aqueya
vista de oju que leía en la escuridá»; «el decir agudu de la su
palabra»; «la mucha mano que tenía en todas partes para vencer
imposibles, en bien de aquel vecindario»; este rasgo generoso; aquel
dicho tan a tiempo; la blandura de su corazón, siempre abierto a las
desdichas ajenas, igual que su bolsa inagotable; su saber de todo, su
tener de todo para todos, y su vivir con nada; lo duro de su correa, su
apegamiento al terruño natal; sus heroicidades de hombre, sus valentías
de mozo; los donaires de su persona, el rumbo de sus bodas y lo
rozagante de su mujer; siendo muy de notarse que en estas pinturas de
las cosas de la juventud de mi tío Celso, siempre acudían presurosos don
Pedro Nolasco o don Sabas el Cura a confirmarlas, cuando no a
enriquecerlas con nuevos y muy curiosos datos, con la autoridad
irrecusable de testigos presenciales.

Un día de aquellos pocos, el siguiente al del entierro de mi tío, llamé
aparte a Facia, a Tona y a Chisco, para leerles las

cláusulas
testamentarias que se referían a ellos. Mandéles qu
e se sentaran; no
quisieron, y en el tono más solemne que pude se las
leí. Legaba el
testador a la primera, amén de las fincas que había
tenido en renta
cuando se casó, seis onzas de oro; otras seis a Ton
a, y a Chisco doce.
Después de la lectura de cada cláusula, miraba yo u
n instante al
correspondiente legatario. Facia inclinó la cabeza
y se tapó la cara con
las manos, como si se avergonzara, en su humildad,
de aquella inmerecida
munificencia de su señor; Tona sufrió una sacudida
de arriba abajo, como
si la hubieran aplicado una descarga eléctrica; Chi
sco no movió pie ni
mano ni una sola fibra de todo su cuerpo, pero se p
uso muy descolorido.
Estando así los tres, prometí a Tona y a Chisco dob
larles el legado por
mi cuenta, y a Facia mejorarle también el suyo. Con
esto rompieron a
llorar la madre y la hija, y se aumentó la palidez
de Chisco y hasta le
tembló un poquitín el labio de arriba por un lado,
síntomas que no había
notado yo en él ni aun viéndole en la cueva de marr
as, mano a mano con
el oso. ¡Si le calaría bien adentro la sorpresa de
aquella granizada de
onzas de oro, que era una riqueza entre los pobres
labriegos de
Tablanca! Y ¿quién sabe ni sabrá jamás si aquel tem
blor ligerísimo del
labio fue amago de sonrisa de gozo, por haber visto
de repente en su
imaginación pasar en respetuoso desfile delante de
él a toda la familia
del Topero, mientras Pepazos se machucaba la cabeza

na, a testerazo
limpio, contra el esquinal de su casa?

Con esto se dieron por enterados los tres y tan impresionados estaban, que al romper a andar para apartarse de mí se hicieron una maraña y no acertaban luego con la puerta. Súpose todo ello muy pronto, y lo de las deudas perdonadas por el testador... y todo lo principal del testamento, porque esas cosas siempre se saben, por un poco que se cuenta y se declara, y otro tanto que se colige o se trasluce; elevóse por la candidez aldeana hasta las nubes el caudal en fincas y sonante heredado por mí; y con eso y la idea que se tenía de mis riquezas particulares, creyéronme un portento de gran señor, tan pudiente como un rey; lo que no contribuyó poco, en mi concepto, a afirmar y engrandecer aquel respeto que ya me habían consagrado como a mero sobrino de mi tío y continuador de la dinastía y de la obra de los Ruiz de Bejos en la casona de Tablanca.

Bien me parecían todas estas cosas, siquiera por el lado pintoresco que tenían y el fondo patriarcal y sencillote en que destacaban; pero me parecían mucho mejor los ratos que pasaba en la intimidad de Mari Pepa y de Lituca, y principalmente en la de Lituca sola, porque de todo había y para todo daban aquellas largas horas invernizas. Mas fuera la conversación con la hija o fuera con la madre, o fuera con las dos a la vez, casi siempre comenzaba por esta tesis, u otra

semejante declamada
en altas voces por cualquiera de ellas:

--Pero ¡válgame la mi Madre Santísima! ¿qué dirá usted, señor don
Marcelo, de esta mala peste que le ha caído en la casa? ¿No le da en
cara esta poca vergüenza con que, tras de comerle el costado derecho, le
tenemos arrinconado en lo más obscuro y ruin, por cuidar nosotras solas
en lo más pomposo, como si todo esto fuera nuestro y no de usted? ¿No
sería mejor que, ya que empieza la escampa, le dejáramos en paz y sin
estorbos y nos volviéramos a la nuestra casa antes con antes?... ¡Mire
que tiene que ver esta desvergüencería!

Era de rigor que yo las atajara en estas alturas del apóstrofe con otro
en que salían a danzar su compromiso de no abandonarme hasta pasado el
día de los funerales; la obra caritativa que estaban haciendo mientras
me acompañaban en mi soledad, y aliñaban y vestían el viejo y sucio
caserón, y disponían el programa para aquel acontecimiento, tan extraño
para mí; lo cómodo y a gusto que yo me encontraba en la habitación que
había elegido al cederles la mía, que era la menos mala de la casa,
aunque estaba a cien leguas de ser lo que merecían ellas; lo distraído y
animado que se encontraba don Pedro Nolasco, y el bien que esto le hacía
en horas tan críticas y de tanto peligro para él.

Así o por el estilo, si se trataba de las dos mujeres, o estaba presente
Neluco, o don Sabas, o ambos a la vez, porque venía

n por casa muy a menudo; pero si se trataba de Lituca sola, mano a mano conmigo, ya era muy distinta la sonata de mi respuesta. Yo no sé en qué diablos consiste; pero no parece sino que hay una ley estampada en la mente de todos los hombres, o una fibra de cierto temple inextinguible escondida en su naturaleza carnal, que les obliga a decir «cosas bonitas» a una mujer guapa siempre que están a solas con ella y aunque se trate de las ánimas del purgatorio. Pues por mandato de esa ley o de esa fibra, al replicar a la nieta del gigantón en sus obligadas lamentaciones, hechas seguramente, como las de su madre, más por broma o cumplido, o etiqueta a su modo, que como expresión fiel de sus deseos, y a la miraba con ojos picarones; después me atusaba la barba en silencio, como si me costara gran trabajo contener lo muchísimo y muy hondo que se me ocurría y acababa por soltar una andanada de «travesuras» del acervo común: si la estorbaba mi presencia tan continua; si echaba de menos «algo» (en este «algo» me refería yo a Neluco) que no andaba por mi casa tan a menudo o tan a tiempo como por la suya; qué haría yo por transformar en placenteras aquellas horas que tan pesadas le parecían... hasta que la pobre muchacha, ya por estas cosas que la decía, o por el modo de decírselas, terminaba por ponerse colorada y por exclamar, revolviéndose con infantil desembarazo en la silla:

--¡Vaya que tiene este don Marcelo un decir de cosa

s y un entender de
las que una le diz a él!... ¡La mi Madre Santísima!
Pues mire: quitárame
con eyu, la franqueza pa bromearme alguna vez... ¡C
omo si fuera poco el
regalo y el mimo en que nos tiene en su casa! ¡Pues
podía yo pedir
más!...

Y esta casta de réplicas solía dar ocasión a nuevos
y más intencionados
subterfugios míos, hasta que me asaltaban los remor
dimientos acordándome
de Neluco... o se amparaba ella de alguno de mis li
bros con santos, que
le entusiasmaban, y acudía yo entonces a explicarle
las estampas para
concluir también por donde siempre, aunque en un es
tilo y de modo más
soportables.

Una vez se trataba de un grabado con colores que re
presentaba el
interior de un teatro de París durante la represent
ación de un famoso
drama de gran espectáculo. Se veían el escenario y
una buena parte de
las localidades principales, llenos el uno y las ot
ras de actores
fastuosamente vestidos y de damas y caballeros muy
engalanados. Sabía
Lituca ya, por consejo mío, hallar la perspectiva d
e esos cuadros
mirándolos por el embudo hecho con una mano; y mira
ndo así aquel
interior, se quedó maravillada y prorrumpió en las
exclamaciones más
extremosas. Conocía yo aquel teatro y aquel drama,
y había visto a mi
sabor la realidad de aquella pintura que tanto le e
ntusiasmaba.
Declaréselo, asombróse de mí tanto como del cuadro,

y me apresuré a referirla el argumento con detalles que recordaba muy bien de sus escenas más culminantes y del decorado más aparatoso; y, por último, le di una idea del papel que hacían en la función los espectadores, del lujo de las señoras... y de las majaderías de los hombres presumidos, particularmente de los «buenos mozos». Admiróse ella de unas cosas, rióse de otras y me declaró, al fin, respondiendo a una pregunta mía, que verlo todo sin ser vista de nadie, ya le gustaría; pero estar en ello y ser vista de todos, aunque la asparan. Recordaba haberme dicho algo por el estilo, tiempo hacía (y era verdad). Tomando pie de aquí, continué yo explorando la calidad y el tamaño de sus ambiciones de mujer; y de cuadro en cuadro y de supuesto en supuesto, fui a parar a que en respuesta a otra pregunta mía, me dijera:

--Pues con toda verdad de la mi alma, y así Dios me castigue si le miento: como deseos, por decir propiamente deseos de mujer moza, vamos, lo que yo pediría, puesta a pedir, tocante a ese particular, es una vida como la que ahora llevo.

A lo cual repliqué yo que pedir eso, aunque poco, era pedir imposibles, y había que ponerse, para el punto que tratábamos, en la realidad de las cosas.

--El tiempo no se para--añadí--, y destruye poco a poco, cuanto vive en él. En virtud de esa condición ineludible, llegará

un día (y Dios le
aleje mucho) en que hasta su madre de usted desapar
ezca de entre los
vivos. Esta es la ley fatal de los sucesos humanos.

En previsión de
ello, o porque así lo manda otra ley que gobierna l
os impulsos del
corazón del hombre... y de la mujer, a cierta edad
de la vida, por
ejemplo, a la que tiene usted ahora, se desea un ap
oyo a quien
arrimarse, una compañía en que vivir, en sustitució
n de los que han de
faltarnos necesariamente; la chispa que avive mañan
a el fuego que se
extinga en el hogar y restablezca su calor sagrado.

En una palabra,
Lita: que hay que pensar, pensar siquiera, en casar
se. Pues supongamos,
y usted perdone la franqueza, que se trata de usted
y que la llueven a
usted pretendientes de muchas condiciones y de much
as partes; que viene
el labriego humilde con el homenaje de su pobreza d
isculpada con la
envoltura de sus honradas intenciones; que la solíc
ita el hidalguete de
gotera, de esos que tienen la manta de sus recursos
tan ajustada a sus
necesidades, que si tiran de ella para cubrirse el
pescuezo, dejan al
descubierto los pies; y el hacendado tosco que fund
a su mayor vanidad en
haber sudado mucho el pedazo de pan que le ofrece a
usted con mano
callosa y palabra torpe... y sudando; y el abogadil
lo de pocos pleitos y
con la manta del hidalguete; y así, por esta escala
arriba, hasta el
personaje que la brinda, en el mundo de donde él vi
ene, con todas las
tentaciones del lujo y del esplendor; vamos, con la

vida que hacen las
más encopetadas señoronas del teatro que usted acab
a de ver pintado en
ese libro. Con franqueza, Lita, ¿a cuál de esos pre
tendientes escogería
usted?

Durante la primera parte de éste mi razonamiento, n
o sabía la pobre
muchacha dónde poner la vista, y aun se pellizcaba
algo la ropa; después
ya me miraba con los ojos muy abiertos y la boquita
risueña, y por toda
respuesta a la pregunta que puse como raya para sum
ar, debajo de la
lista de los supuestos pretendientes, soltó una ris
otada de las más
espontáneas y cordiales.

--¿De qué se ríe usted?--preguntéla, fingiéndome un
poco resentido.

--¡Ni aunque fuera el caso de llorar!--me respondió
cambiando de postura
en la silla--. ¡Vaya, que es buena! ¡Pues dígle que
e ni estampado en un
papel! Eso, mi señor don Marcelo, es pasarse ya del
jito con más de otro
tanto de lo justo... y no vale. ¡Vaya, vaya, que es
ocurrencia!

--Esto es, Lituca, poner el dedo sobre la llaga, ni
más ni menos, y
llamar las cosas por sus nombres, por más que usted
aparente creer lo
contrario para escurrir el bulto... y dispénsame la
llaneza.

--Pero si no ha llegado ese caso, trapacerón del di
antre, ¿cómo quier
que yo le responda?

--En el supuesto de que haya llegado hice a usted la pregunta.

--Pero usted sabe mejor que yo lo que va del dicho al hecho.

--Es verdad que lo sé, no mejor, sino, por las trazas, tan bien como usted; y a pesar de ello, insisto en la pregunta, dejándonos de eventualidades más o menos posibles o probables y colocándonos en lo real y positivo y hacedero. Y así, pregunto otra vez: hoy por hoy, en este mismo instante, tal como usted es, tal como usted piensa y siente, ¿a cuál de los susodichos pretendientes elegiría? ¿Con cuál de ellos cree usted, hoy por hoy, en este instante, que sería a más feliz teniéndole por marido?

--¡Pero, la mi Madre celeste!... ¡Mire que es tema el de este hombre de Satanás! ¿Cómo he de decirle yo esas cosas?

--Como se dicen otras, Lituca...

--Pues ya se lo dije endenantes, y bien a las claras.

--Y bien a las claras respondí a usted que aquello era pedir imposibles.

--Pues eso mismo pido... eso mismo deseo ahora.

--Pues no concuerda esa respuesta con mi pregunta. Allí se trataba de vivir como ahora vive usted, y aquí se trata de vivir de otra manera muy distinta.

--Pues llámelo hache, con todo y con ello.

--No puedo ni debo llamarlo así.

--¡Y dale, Jesús Señor, con la matraca! ¿Cómo quier
, alma de Dios, que
se lo diga?

--En castellano corriente... por derecho... sin cal
lejuelas de escape.

--¡Por vida!...--y aquí hizo un mohín de impacienci
a de los más
hechiceros que yo he visto en mujer, y hasta se dio
dos palmaditas sobre
el regazo; después, irguiendo la primorosa cabecita
y endureciendo un
poco la voz y el gesto, añadió--: Y en suma y finiq
uito, ¿qué obligación
tengo yo de declararlo, ni qué le importa a usted el
saberlo?

Fingí tomar en serio y como dura lección estas pala
bras y sólo repliqué
a ellas para disculpar mi atrevimiento... Entonces
soltó la picaruela
otra risotada, y me dijo en un tono que revelaba el
mayor deseo de
desenfadarme, si por ventura me había enfadado yo d
e veras:

--Pues ahora que con el susto le castigué la picard
ía, porque picardía
es, y de las grandes, el sonsacar a una mujer los p
ensamientos que nunca
tuvo... Pero ¡tochona de mí!--exclamó de pronto cru
zando las manos y
compungiendo la carita--. ¿Pues no me estoy jaranea
ndo, como una boba,
lo mismo que si no hubiera por qué llorar sin desca
nso en esta casa?
¿Qué dirá usted de mí, señor don Marcelo? ¡Vaya, vay

a, que otra simple
como yo! Ya puede ver si me perdona, siquiera por n
o ser mía toda la
culpa.

Con esta evasiva de la muy taimada y con entrar Mar
i Pepa, se acabó la
conversación. Pero no tenía duda para mí que era Ne
luco el móvil, el
tipo y el regulador de todas las ambiciones de la n
ieta de don Pedro
Nolasco.

Entre tanto no se descuidaban un momento los prepar
ativos para el
funeral.

Corría de cuenta de don Sabas avisar a todos los cu
ras del Arciprestazgo
y muchos más, si se podía; y con su dirección y con
la del médico, y
hasta con su ayuda material, escribía o firmaba yo
cartas y más cartas,
dando cuenta del fallecimiento de mi tío y de la fe
cha de sus honras
fúnebres en la iglesia parroquial de Tablanca, a to
das las personas de
viso de la provincia, que, en opinión de aquellos a
migos, debían de
saberlo. Las mujeres, mientras llegaba la oportunid
ad de proveer la
despensa de lo que en ella faltase, pasaban revista
y recontaban,
manoseaban y apercibían los utensilios de mesa para
la «comilona» de
aquella gran ocasión, y a los primeros amagos de de
snieve salieron
propios en todas direcciones, y, a la vez que ellos
, el peatón del
correo que se llevó en la valija los avisos que no
podían distribuir los
propios.

Y como en esto alumbraba el sol ya muy a menudo, volvió la mujer gris a hacer de las suyas y a preguntarme a cada paso con sus ojos angustiados, por no atreverse a hacerlo de palabra, en qué pararía la noche menos pensada lo que había quedado pendiente en la de la muerte de su amo. La verdad es que yo, si no lo había echado enteramente en olvido, después de pensarlo mejor y de enlazarlo con los recientes sucesos que tan radicalmente habían transformado el modo de ser de aquella casa, vivía muy descuidado de ello, y hasta me causaba cierto ruborcillo recordar la importancia que había llegado a concederlo, sugestionado quizá por los espasmos histéricos de la pobre Facia.

Respondía una vez a sus miradas hablándola en ese sentido para tranquilizarla mejor; mas no pude averiguar si logró lo que me proponía, porque desde el compromiso que había adquirido conmigo sobre la manera de conducirse en aquel asunto, no me dejaba traslucir la verdad de sus sentimientos. Pero si alguna confianza le inspiraron mis palabras aquel día, bien poco le duró a la infeliz; porque a la mañana siguiente, tras una noche de lluvias torrenciales, apareció radiante el sol en un cielo sin nubes, y el suelo del valle y las laderas de los montes desnudándose a toda prisa de sus blancas y espesas envolturas, que, convertidas en arroyos cristalinos y murmurantes, corrían por prados y regateras a sumirse en el álveo del Nansa, henchido ya hasta la

s malezas de sus
bordes, entre las cuales iba dejando el río la carga
de sus espumas.

XXX

Señalado fue también de veras, ¡bien señalado!, aquí
el día para la casona
de Tablanca y para el pueblo. El mismo gigantón de
la Castañalera me
aseguró que, con estar los caminos intransitables y
los puertos a medio
desnevar, habían sido aquéllos los funerales más po
sposos que se habían
celebrado en la parroquia, en cuanto podía acordars
e él (y eso que la
extensión de sus recuerdos andaba rayando con un si
glo), por lo tocante,
en particular, al número y calidad de los concurren
tes forasteros. Entre
el clero, que fue muy numeroso, acudió lo más afama
do de la vicaría en
el canto fúnebre, y, por ende, no faltó el párroco
de Zarzaleda, que era
una especialidad muy admirada, y no sin razón de fu
ndamento, para
entonar el _Dies irae_ con su voz atenorada y vibra
nte, que ponía los
pelos de punta a los fieles más duros de conmover;
y concurrieron
también con estos párrocos muchos de sus feligreses
que, sin parentesco
ni afinidad personal alguna con el difunto, eran fe
rvientes admiradores
de su buena fama. Pero no fue este contingente, ni
por lo numeroso ni
por el ruido que movían sus espelurciadas cabalgadu
ras en las callejas

del lugar, lo que más llamó la atención en él, sino el otro contingente, el de los señores que fueron llegando a la casona por todos los senderos de los montes circundantes. Chisco y Pito Salces ayudaban a desmontar a los que no traían espolique, que eran los más, y se apoderaban de sus caballos; Neluco y don Pedro Nolasco les salían al encuentro en la escalera y me los presentaban a mí después a la puerta de la salona, desde donde los conducía a mi gabinete, que había vuelto a ser, por aquel día, estrado o sala de honor, y en cuya mesa de centro había un agasajo de vinos generosos y bizcochos de soletilla, con el cual los brindaba tan pronto como concluían las saluciones y cortesías de rúbrica, sin perjuicio de que llegaran luego Mari Pepa o su hija, muy vestidas y aderezadas ya de día de fiesta, aunque luctuosa, a ofrecerles algo de mayor sustancia, por si estaban en ayunas, como leche, caldo o chocolate... o magras de jamón con huevos estrellados; pero todos optaban por la copeja de vino con bizcochos, «reservándose para después...». «Después» era la comida del mediodía, terminados los funerales.

Porque todos aquellos señores eran huéspedes míos, avisados con esta condición, y aun sin ella... y aun sin aviso ninguno. Bastaba la costumbre para autorizarlo; y el ser amigos de la casa mortuoria en un lugarejo tan desmantelado como aquél, para justificar la costumbre.

De recibir y agasajar al clero, hecho a poco y mal guisado, estaba encargado por orden y cuenta mías, y también según otra costumbre, el párroco don Sabas; de los demás forasteros del montón, nadie solía cuidarse, y nadie se cuidó allí tampoco.

Así y todo, por la condición de mis comensales, aunque relativamente escasos, y por lo que me obligaba la mía, era de necesidad echar el resto en la casona; y nadie creería a no verlo, como yo lo vi, la suma de desvelos y sudores que llegó a representar aquel trabajo; lo que se revolvió en la casa y en el lugar; las gentes que fueron puestas en movimiento; las leguas de camino que se trillaron por buenos andadores, y las horas robadas al sueño y al descanso más de una noche; y a pesar de ello y de las «guisanderas» a jornal que ayudaron a las mujeres de casa en lo más duro y comprometido de la faena, sabe Dios lo que hubiera resultado a la hora crítica y solemne, sin la vigilancia continua y la previsión y diligencia admirables de mis dos hadas bienhechoras... y la hermana de Neluco.

Porque la ínclita matrona de Robacío estaba en Tablanca desde la víspera. Había llegado al anochecer con su marido, y «a las ancas». Así fueron a casa de Neluco; halláronla cerrada, y siguieron a la de don Pedro Nolasco; díjoles la mozona que servía en ella lo que pasaba, y torcieron hacia la casona, sin lástima alguna del p

obre rocín que ya se
quebrantaba por el lomo y estuvo a pique de gastar
el último resuello al
subir el pedregal.

Al encontrarse las dos amigas en mitad del carrejo,
enzarzáronse en un
abrazo, tan íntimo y apretado, que parecía una «eng
arra»; se comían a
besos, y entre beso y beso se decían las mayores at
rocidades; llegó Lita
con su abuelo, y se repitió la escena, hasta que ac
abó la de Robacío por
fijarse en mí y rompió a llorar por el difunto, de
tan buena gana, que
parecía no haber consuelo para ella, mientras su ma
rido, que ya me había
saludado, hacía sus correspondientes pucheros, y se
enjugaban los ojos
con los delantales Lita y su madre, que eran de suy
o muy tiernas de
corazón y pegajosas de las lágrimas. Acabóse el est
répito, por la virtud
de un conjuro mío, con la misma rapidez con que se
había desatado, y nos
fuimos hacia la salona todos juntos y en santa paz,
aunque no en
silencio. Al llegar Neluco, otro estampido de su he
rmana, que no cerró
boca en toda la noche ni quiso salir de la casona d
esde que supo el
trajín que había en ella. Cabalmente se perecía por
esas cosas, y la
mataba la quietud. Por otra parte, los caminos no e
staban muy
apetecibles que dijéramos, para que una mujer de su
s carnes se
aventurara a pisarlos de noche sin una gran necesid
ad; amén de que ella
no había de causar apuros ni extorsiones en la casa
, porque bien sabía
Mari Pepa que, en juntándose las dos, siempre hacía

n «cama redonda».

De este modo y por aquellos motivos durmió allí, y se fueron solos, después de cenar, su marido y Neluco a casa de éste .

Los primeros que llegaron al otro día bien temprano fueron dos parientes de la que fue mujer de mi tío Celso, de los Sánchez del Pinar, de Caórnica, a orillas del Saja. Eran el uno muy alto y el otro muy bajo: los dos de espesas patillas grises; poco risueños a ambos y nada locuaces. Les daba vergüenza--así me dijeron por entrar--visitarme y ofrecerme sus respetos por primera vez en ocasión tan triste; pues encerrados en su valle, del que no salían jamás sin un motivo de gran monta, un poco por ignorancia de los sucesos y otro poco por la mañana de «dejar negocios para otro día...». En fin, allí estaban para que dispusiera de ellos a mi comodidad, como podía disponer de otros compañeros de allá, que no les habían acompañado, quién por falta de salud, quién por la de cabalgadura. Todos tuvieron en mucho a don Celso y le fueron muy adictos, aunque le molestaron poco.

Sin acabar de sentarse apenas estos personajes, apareció en la salona otro cuyo aspecto me sorprendió mucho. Era alto, más que el de Caórnica; de lengua y puntiaguda barba blanca, moreno de color, de nariz muy prominente y aguileña, ojos pequeños y verdes y cejas erizadas y blanquísimas; la cabeza cubierta con un alto gorro

cilíndrico de piel de
nutria, y todo el cuerpo, hasta los pies, con un ca
potón de paño
ceniciento. Parecía un mago. Se quitó el gorro y se
despojó del capote
en cuanto se encaró conmigo, y dejó al descubierto
un matorral de pelos
blancos, recios y apretados, y un vestido de anticu
ada forma con
relación a los figurines vigentes, de buen paño, sí
, pero muy
descolorido ya. Aquel hombre venía de los precipici
os del Deva, y
resultó ser el famoso don Recaredo, de quien yo ten
ía muchas noticias
por mi tío; hidalgo de rancio solar, célibe impenit
ente, afamado cazador
de fieras, y de grande y merecido influjo en toda s
u comarca; bien
relacionado con los hombres del ajetreo político de
la capital y
sucursales de ella; muy solicitado de aspirantes a
la representación en
Cortes del distrito, en épocas de lides electorales
... y primoroso
carpintero de afición, única bien arraigada que se
le conocía y con la
cual entretenía las soledades y holganzas de su vid
a en el viejo caserón
que habitaba.

Detrás de don Recaredo llegaron de un golpe, por ha
berse juntado unos en
el camino y todos a la puerta de la casona, hasta c
inco pudientes, más o
menos ligados a ella por parentesco lejano o amista
d antigua, de las
orillas del Nansa, aguas arriba y aguas abajo.

Enseguida de éstos, aparecieron en la salona otros
dos personajes de
gran cuenta, que me impusieron mucho por su apostur

a y atalajes, tan diferentes de todo lo que se usaba por allí y de lo que a la sazón me rodeaba.

Eran nada menos que el ilustre caballero don Román Pérez de la Llosía y su yerno don Álvaro de la Gerra. Iban desde Santander, donde residían, y habían hecho el viaje en dos jornadas. La verdad ante todo: yo, que hasta entonces dominaba la escena con el desembarazo que da la conciencia de «valer más» en la escala de la educación y de la cultura intelectuales, al verme enfrente de aquellos dos concurrentes de tan distinguido y elegante porte, sentí que se me bajaban mucho los humos de la chimenea, hasta en lo de llevar bien la ropa, particularmente en lo que tocaba la comparación con el apuesto y correctísimo yerno del señorón de Coteruco. Me vi bastante torpe para expresarles la gratitud que les debía por aquel acto tan honroso para la memoria de mi tío, y la satisfacción de que me sentía poseído al estrechar las manos de unas personas de quienes tantas y tan grandes noticias tenía yo desde que había llegado a Tablanca. Recuerdo que este fue el tema de mi respuesta a las saluciones corteses de los dos caballeros; pero no lo que dije. De lo que estoy seguro es de haberlo dicho muy mal. Valga la verdad.

Sin darme tiempo para preguntar a don Román (con lo que me evité, probablemente, la comisión de una gran impertinencia) a qué altura

andaban sus propósitos de vuelta a Coteruco, apareció en escena otro personaje de los de primera talla, y al cual abracé con verdadera efusión de mi alma: el perínclito señor de la Torre de Provedaño, que para llegar a la hora que llegaba, como don Recaredo para ir desde los riscos del Deva y los de Caórnicia desde su valle, había necesitado andar de noche la mitad del camino, ¡y qué camino! Así llegaba él, con la cara echando lumbres y los labios contraídos entre las barbas erizadas y los bigotes con carámbanos. Lo que había pasado antes entre el que llegaba y los presentes, por conocerse todos de trato, o de nombre cuando menos, pasó allí entonces; pero con la notable diferencia de que al reparar el de Provedaño en el de Coteruco, no acabó todo ello en el apretón de manos afectuoso o en los familiares y mutuos palmoteos en la espalda, sino que conmovidos y anhelantes uno y otro, sin decirse una palabra, se abrazaron tan estrechamente, que parecían no acertar a separarse. Después le tocó el turno a don Álvaro, con quien no tenía tanta amistad el de Campóo como con su suegro; y arreglada a esta ley fue la expresión de su saludo.

Para muy poco más que estos cumplidos me dio el tiempo, porque aún no habían vuelto a sentarse la mitad de las personas allí presentes, cuando vino recado de don Sabas de que todo estaba pronto en la iglesia y que se nos aguardaba. Como ya eran muy cerca de las diez y no duraría el

funeral menos de dos horas, y los forasteros habían de volver a sus hogares después de comer en el mío, y las tardes eran muy cortas, nos pusimos en marcha inmediatamente, acompañándonos Ne luco y también su hermana y Mari Pepa, muy enlutadas. Al viejo Marmitón no le permitimos salir de casa. Para disponer la mesa y dirigirlo y ordenarlo todo, se quedó Lituca que se pintaba sola para ello y otro tanto más. También se quedaron Chisco y Pito Salces con otros dos mozones de mi confianza, bien advertidos por mí de muchos cuidados, particularmente el de la vigilancia, no sé si porque me salió espontáneamente de adentro la ocurrencia, o porque me la inspiró una mirada elocuente de la mujer gris, al ver cómo iba a quedarse la casona, sin nosotros, indefensa y punto menos que vacía.

Andando ya hacia la iglesia, vimos aparecer de pronto, sobre la jiba del pedregal, un hombre alto y fornido, de hermosa cabeza, envuelto entre un chambergo de anchas alas y una barba gris; venía a cuerpo con un chaquetón pardo, y los pantalones, del mismo color, arremangados sobre unos borceguíes de recia suela y muy embarrados. Traía las manos metidas en los bolsillos del chaquetón, un garrote pinto y nudoso debajo del brazo izquierdo, y en la boca una pipa ahumando.

El primero que le conoció fue el señor de Provedaño, que iba de los más delanteros entre nosotros. Se detuvo un instante para mirarle con la

mano de canto sobre la frente, y se detuvo también el otro con los ojos sombríos e imperturbables clavados en él. Parecían dos leones. No les faltó más que olerse. Después se acercaron más, y se estrecharon las diestras con recias sacudidas. Entonces me parecieron dos robles gemelos de la montaña estremecidos por el soplo de una misma ráfaga. No sé lo que se dijeron, ni si se dijeron algo. ¿Para qué? En estas dudas vi a don Román Pérez de la Llosía salir como una flecha, de entre los más rezagados del grupo que bajaba, hacia el hombre que subía, y que éste, al notar que se le acercaba el de Coteruco, desprendió su diestra de la del campurriano, y se quitó con ella marcialmente el chambergo, descubriendo así la frente espaciosa y blanca, sobre la cual parecía reflejarse el rayo de luz que lanzaron entonces sus ojos. No he visto jamás actitud de hombre más varonil, más noble ni más hermosa. Pero don Román no se anduvo en chiquitas, y quieras o no, le estrechó entre sus brazos. Su yerno hizo lo mismo enseguida. Después se adelantó don Recaredo y le tendió la mano. A todo esto, flotaba en el aire el nombre de «don Lope» pronunciado por muchas bocas; y con ello y lo que yo sabía por la historia de los descabros de don Román en su pueblo, narrada minuciosamente por mi tío varias veces, di por conocido el personaje; y no me equivoqué, pues a los pocos momentos me lo trajo de la mano el señor Pérez de la Llosía y me dijo presentándole:

--Mi mejor amigo y el más noble convecino mío de Coteruco, don Lope del Robledal. Viene a Tablanca para ofrecerle a usted personalmente toda la amistad y respeto que le merecieron las virtudes de don Celso, y a rezar por su alma en los funerales de hoy.

Correspondí con la mayor cordialidad y como mejor pude a aquellos nobles ofrecimientos; supo él adónde íbamos por allí; y sin querer aceptar un momento de descanso, que no necesitaba, retrocedió y se fue camino de la iglesia con nosotros... digo mal, con don Román solamente, pues le tomó éste por su cuenta desde luego, apartándose un buen trecho de los demás, que nada hicimos por acercarnos a ellos, respetando la santa avidez con que el noble expatriado de Coteruco aprovecharía aquella providencial ocasión de saber algo más de lo que sabía sobre el estado de cosas de su pueblo nativo, aunque fueran extraídas con la ganzúa de sus ansias de aquel arcón de cuatro llaves. Mientras tanto, don Álvaro de la Gerra fue trazando nuevos y curiosísimos rasgos del carácter, original hasta lo increíble, de aquel hidalgo montañés.

Así llegamos a la iglesia, en la que no hubiéramos logrado penetrar sin salir, como salieron de ella, parte de los que estaban dentro, los cuales apenas cabían después en el soportal, que también estaba atascado de gente.

La duración de los oficios no bajó un minuto de las dos horas

calculadas; y cuando volvimos a la casona los que de ella habíamos ido a la iglesia, más el extraño don Lope que quería volverse a Coteruco desde allí, y se hubiera vuelto sin la intervención de don Román, único entre todos nosotros conocedor de los resortes por que se regía aquel carácter excéntrico, ya estaba la mesa preparada con todas las grandezas de abolengo..., y algo más que se había podido adquirir, hasta en las casas de los amigos, como don Pedro Nolasco y el médico. Porque pasábamos de docena y media los comensales, entre propios y extraños.

En otro tiempo me hubiera dado un accidente en presencia del menú de aquella comida, cuanto más de la comida misma, porque fue verdaderamente espantable aquel llegar a la mesa (conducidos por Facia y por su hija, sofocadas por el trajín y relucientes de pellejo) de pilas de potajes con metralla de embutidos; de rimeros de pollos patas arriba entre lagunas de grasa; de solomillos enroscados; de magras con huevos duros; de carne en toda suerte de guisos; de patos rellenos de salchichas y de lomo, y tras ello, los flanes como ruedas de molino, y las natillas y el arroz con leche, poco menos que a calderadas. No entendían el rumbo de otro modo las mujeres que lo habían manipulado; y así me expliqué yo perfectamente sus afanes y desvelos, y las gentes y las cosas que habían movido y removido en la casa, en el lugar y fuera de él, de tres días a aquellas horas.

El peso de la conversación, durante la comida, le llevaron el señor de Provedaño y don Román. Como era propio y natural, se comenzó por el elogio del difunto y de sus cosas geniales; igual que en la cocina, salvo el lenguaje y el estilo. Entre Neluco y yo, suministramos los solicitados pormenores acerca de su enfermedad y de su muerte... y saltó de golpe lo que yo veía venir rato hacía, y me extrañaba que no hubiese saltado antes en la conversación: el punto de continuar yo allí la obra benéfica de mi tío. Aquí se calló don Román como un muerto, y me dijo el insigne campurriano, después de aplaudirme los buenos propósitos declarados por mí de poner todos los medios para lograr tan grandes fines, que si me decidía, en mis procedimientos, a servir a mis protegidos el vino viejo en odres nuevos, cosa que él no desaprobaba, lo hiciera con sumo tacto, «porque--concluyó--, hermosa es la luz; pero no hay que abrir de repente todas las ventanas a los que han vivido a oscuras por achaques de la vista; pues hay que temer las locuras que entran por los ojos deslumbrados». A esto ya no pudo callarse don Román, y expuso el ejemplo de la caída de Coteruco, en demostración de lo afirmado por su amigo. Enderezada la conversación por estos carriles, nos habló de lo que le costaba aclimatarse a la vida de la ciudad: no podía con ella un hombre como él, nacido para respirar el aire oxigenado, puro, de la Naturaleza, y necesitaba tam

bién la presencia y hasta la compañía de aquellos hombres rústicos, aun con sus ingratitudes. El recurso de dejarlos a solas con su pecado, había producido muy buenos frutos. Poco a poco se habían ido levantando de su caída, y ya le echaban de menos. Esto le consolaba y le satisfacía; y si no había vuelto ya a Coteruco, era porque quería hacerse desear un poco más, para asegurar mejor la curación de sus «locos». Desgraciadamente no participaban sus hijos de aquéllas sus ilusiones, porque tenían otros gustos muy diferentes; pero todo podía arreglarse con algún sacrificio de cada cual. Entre tanto, distraía sus impaciencias con los hechizos de una nietecilla que Dios le había dado, y era la criatura más hermosa que había nacido de madre. Andábase a la sazón en proyectos de llevarla a Sotorriba, para que la conociera su otro abuelo, don Lázaro, cuyos achaques le impedían salir de casa.

Alguien preguntó allí si era verdad que don Gonzalo González de la Gonzalera se había quedado memo y pobre a consecuencia de disgustos y despilfarros domésticos, pero no obtuvo respuesta a la pregunta, porque apareció de golpe y porrazo en la salona un nuevo personaje que comenzó por decir que ni por haber rodado tres veces por los suelos y casi reventado la tordilla en sus ansias de correr, había podido llegar antes. ¡Así venía el infeliz de embarrado y descosido de pies a cabeza! Era un hombre de buena edad, estampa agradable... y

juez municipal de su
pueblo: de aquél muy empingorotado en que había con-
ocido yo a uno de mis
consanguíneos de Promisiones, yendo con Neluco a la
Torre de Provedaño.
El caso era que, al ir a montar muy de mañana para
acudir a los
funerales de mi tío, le habían entregado un oficio
del juez de primera
instancia, obligándole a practicar unas diligencias
que le entretuvieron
cerca de dos horas... todo respecto a la «tragedia»
del día anterior,
que yo debía conocer, y para eso, la verdad fuera d-
icha, para que la
conociera venía él principalmente.

Hicímosle sitio en la mesa, previne a Facia que le
fueran sirviendo
desde la sopa de fideos inclusive; y mientras salía
Tona y se quedaba su
madre cambiando platos y retirando sobras destrozad-
as de guisotes, y
todos le prestábamos grandísima atención, refirió é-
l que bajando un
pastor de su invernol, recién empezado el desnieve,
a campo travieso,
porque apretaba el frío y corría mucho una nube neg-
ra por mala parte y
peor camino, se paró un instante, para echar una ye-
sca y encender la
pipa, a la misma boca de un covachón, conocido de m-
uy pocos, por estar
fuera de senda frecuentada, como a la mitad de dist-
ancia, por el atajo,
entre Tablanca y el pueblo del relatante, pero en t-
érmino municipal de
éste. Parado allí el pastor y dale que te pego con
el canto de la
navaja, porque no chispeaba bien la piedra o no era
la yesca de lo
mejor, observa que le da en la nariz un «jedor» que

tumbaba de espaldas.
Mira aquí y olfatea allá, nota que el jedor sale de la cueva; tiéntale la curiosidad, entra, y en un recodo muy ancho, hacia la derecha, ve tres hombres tendidos a la larga, boca arriba, tiesos y casi amontonados unos sobre otros, muertos los tres y arrimados a una piluca de ceniza y tizones apagados. Espántase, huye de allí; y por ser el más cercano, según su cuenta, da en el pueblo del narrador y refiere lo que ha visto. Acude éste allá por su cargo, acompañado en debida forma, y resulta verdad lo denunciado por el pastor. Tres eran, en efecto, los cadáveres, y de personas bien conocidas en el lugar, y bien pertrechados iban de armas de fuego... y hasta de cuerdas y navajas. Sin duda los sorprendió allí el temporal de nieve, desde que comenzó, y perecieron de hambre y de frío... por decreto de Dios que conocía sus malas intenciones. Era el uno un peine que se titulaba ingeniero y decía andar en busca de una mina de oro, meses hacía ya, con su vestido harapiento, sus greñas y su barba silvestre y su costurón en la cara, que le partía un ojo y la mitad de la nariz.

Aquí se oyó un estrépito infernal de platos hechos trizas, y un grito de Facia a quien se le habían caído de las manos como una docena de ellos. La miré entonces y la encontré mirándome a mí con ojos espantados y el color de la muerte en la cara. Díjele con los míos que no cometiera una indiscreción; entendióme, y la añadí de palabra y s

onriéndome que no era
el estropicio aquél motivo para que se asustara tan
to, aludiendo a los
platos rotos, mientras Tona arrimaba al del juez mu
nicipal dos medias
fuentes bien colmadas de potajes, algo pasmadona po
r lo que había
pescado del relato, pero seguramente más por el des
astre de la vasija,
que había arrancado el grito a su madre.

Vuelto el relatante a su historia después de este i
ncidente, y viendo yo
que, por respeto a mí, sin duda, andaba con repulgo
s y melindres para
declarar en neto castellano quiénes eran los otros
dos muertos,
apresuréme a decirle:

--Sé perfectamente de quiénes se trata, y quiero ev
itar a usted la
repugnancia de declararlo delante de mí: se trata d
e dos parientes míos;
de los dos hidalgos de Promisiones. Con uno vivía e
l ingeniero ese del
chirlo, en su pueblo de usted: los vimos juntos Nel
uco y yo al pasar por
él, yendo a Provedaño. Según noticias de buen orige
n, esperaban entonces
de un día a otro al hermano que faltaba de aquel mi
pariente (que, por
lo visto, llegó a tiempo) para dar el último golpe
en la explotación de
la mina de oro puro que había descubierto el lince
de las barbas
silvestres. En buena justicia, tenían los tres más
que merecido el palo,
en el que hubieran muerto a no morir de ese otro mo
do. Conque ya ve
usted si tengo hasta motivo, por lo que a mis parie
ntes toca, para
alegrarme de que hayan acabado así, como cualquier

hombre de bien.

Declaró el preopinante que era la pura verdad todo cuanto yo había dicho; añadió en respuesta a una pregunta que alguien le hizo, que el hombre del chirlo en la cara había vivido en el lugar con el nombre, indudablemente supuesto, de Pedro González que constaba en su cédula personal, y que con ése se le había registrado, ya muerto, en el libro correspondiente; alegréme yo de ello, y de seguro se alegraría Facia, que lo oía, mucho más... y se acabó aquella conversación sin meternos en otra nueva, porque se había acabado también la comida, apremiaba el tiempo y tenían mucho que andar los comensales forasteros para volver a sus hogares los unos, y los otros para terminar su jornada. Porque resultó que don Recaredo aprovechaba la ida a Tablanca para despachar un negocio, pendiente de ese paso año y medio hacía, en un pueblecillo del Nansa, aguas abajo, y el insigne campurriano tenía también sus quehaceres de urgencia en la capital, por lo que se le llevaron consigo don Román y su yerno. Desapareció sin saber cómo don Lope; fuéronse, mientras seguía comiendo todo cuanto le ponían delante el juez municipal susodicho, los dos desiguales de Caórnic y los cinco pudientes del Nansa, aguas arriba y aguas abajo de la casona; acabó, al fin, de comer el que quedaba comiendo, y marchóse igualmente, y bien repleto, a su lugar...

Al otro día, muy temprano, se largaron a Robacío la hermana y el cuñado de Neluco; y pocas horas después, ¡ay! me abandonó también toda la familia del gigantón de la Castañalera.

XXXI

¡Y aquélla fue la más negra para mí! La de verme solo en los ámbitos enmudecidos y yertos de la casona, alcázar de mi flamante y patriarcal señorío, en el pobre terruño de «mis mayores». Todo me resultaba ancho, todo me sobraba allí y todo se me venía encima, como si estuviera edificado en el aire, desde que se había vuelto a sus hogares la familia del viejo Marmitón. Porque con la presencia continua de unas mujeres tan animosas y alegres como aquellas dos, más el trajín en que anduvieron empeñadas y el entrar y salir de tantas y tan distintas gentes en los últimos días, no había podido conocer yo en su verdadera magnitud el vacío que dejaba en la casona la muerte de su venerable habitador y dueño, que, vivo, la llenaba toda, y era además el lazo que me amarraba a ella con la fuerza de mi compromiso, fundado principalmente en la consideración de lo que él estimaba el regalo de mi compañía.

Venían a menudo a verme el Cura don Sabas y Neluco, y pasaban conmigo largos ratos; continuaba la tertulia de la noche mu

y concurrida y
animada; presidíala yo con la mayor asiduidad, y ha
cía de tripas corazón
para creerme muy divertido en ella, o para darlo a
entender delante de
aquellos rústicos y buenos tertulianos; ocupábame a
ratos en despachar
mi correspondencia o en arreglar los papeles y cuen
tas de la
testamentaría; hablaba con Facia y me complacía en
ver cómo, creyéndose
ya, en virtud de las noticias traídas por el juez m
unicipal de marras, y
de mis subsiguientes reflexiones, libre para siembr
e de la cruz que
tanto la había oprimido, y dando por guardado en el
fondo de una
sepultura el secreto de lo que podía ser afrenta pa
ra su hija, iba la
pobre mujer tornando a la vida, y recobrando poco a
poco las extenuadas
fuerzas de su espíritu, llorando y rezando a la vez
por el hombre
desventurado, muerto con el alma manchada de negras
intenciones, tras
una vida azarosa y criminal; gozábame también en de
scifrar en el
impenetrable continente de Chisco ciertos confusos
caracteres que
delataban en los adentros de su pechazo un regocijo
manso y profundo
desde la herencia de la «pilá de onzas», y en tirar
le de la lengua para
saber cómo andaba desde entonces en sus tratos y am
istades con la
familia del Topero, el cual, según mis noticias, se
había humanizado
mucho con él y hasta «le echaba memoriales con los
ojos» y aun con
algunas indirectas demasiado insinuantes; interesáb
ame de veras Pito
Salces, que andaba amurriadote y receloso temiendo

que hubieran cambiado
las buenas disposiciones de Tona hacia él desde que
era rica por su
madre, y hasta por sí propia, tomando el pobre por
desdenes el pasmo,
muy natural, en que cayó la mozona en aquellos días
de lances gordos;
salía de casa algunas veces para ventilar un poco l
as ideas y estirar
los miembros entumecidos, aunque hallaba siempre el
suelo como una
esponja encharcada, y frío el sol que iluminaba el
valle, mientras me
segaba las barbas el ambiente que no apagaba una ce
rilla, y tenía que
volverme a mi agujero sin haberme atrevido a descen
der el pedregal por
donde querían conducirme los impulsos de mi necesid
ad de departir con
alguien que me comprendiera; tramábala con Chisco d
espués, o con el
primero que se me pusiera por delante, y, en fin, h
asta procuraba,
siguiendo las enseñanzas bucólicas de Neluco, desce
nder con mi razón,
más luminosa, a las tenebrosidades de aquellos homb
res para hallar el
nivel apetecido y con él el prometido deleite; pero
aun así, me sobraban
horas y horas eternas de soledad y de silencio en a
quellos páramos
envejecidos y negros en que resonaba el eco de mis
pasos febriles como
si los diera bajo las bóvedas sombrías de un calabo
zo; y por donde
quiera que la mirara, aquella mi labor heroica para
hacer la vida más
llevadera no venía a ser otra cosa que labor de enc
arcelado, hasta con
el tenaz, profundo y tentador deseo de escaparme.

De escaparme sí; porque había vuelto a imponérseme

esta idea, no como la primera vez que la sentí pasando por mi cerebro como una ráfaga, sino como un prurito irresistible que iba desbaratando por momentos la obra de mi aclimatación, casi a punto de terminarse ya. Parecíame la fuga una verdadera canallada; pero los cuerpos abandonados en el aire, caen por su propia gravedad; y así me sentía yo caer, roto, con la muerte de mi tío, el vínculo que más me ligaba a la casona. Cierro que me quedaban las ligaduras de un compromiso solemnizado tantas veces y delante de tantas y tan distintas personas; pero también era verdad que a ese compromiso le había puesto yo la limitación de «en cuanto me fuera posible», y que, suponiendo que llegara a ser capaz de penetrar la obra de mi tío para trabajar en ella, mi trabajo no sería a continuo ni a cada hora, ni siquiera de cada día, al paso que la tediosa realidad que me asfixiaba era continua, perenne, de todos los momentos.

Luchando sin cesar entre estos impulsos empecatados y las repugnancias de mi conciencia de hombre formal, hubo ocasión en que me reí de mí propio, viéndome discurrir con el criterio de un colega mal avenido con su encierro. ¡Qué cosas se me ocurrían para justificar una escapada, con promesa de volver y propósito de no cumplirla!

Serenándome después y dando mayor altura a mis pensamientos, detúveme a considerar el valor de los buenos frutos que había conseguido con el

trabajo de mis propias observaciones, y el ejemplo y la predicación, más o menos directa, de mi tío, de Neluco, del señor de la Torre de Provedaño, sobre todo, y de otras muchas personas de gran monta; y entonces me avergoncé de haber pensado como pensé para sacudir la carga de mis tristezas.

Colocado en este terreno, pronto comprendí que lo que yo necesitaba desde luego y con urgencia para salir airoosamente del conflicto, era adquirir otras ligaduras con qué sustituir las quebrantadas por la muerte; otro vínculo nuevo que me uniera a Tablanca, ya que no tan estrechamente como lo estuvo mi tío, hasta el punto, cuando menos, de que dejara la casona de ser cárcel para mí.

Bueno. Pero ese vínculo ¿dónde hallarle? ¿de qué casta era?... ¡Quién sabe los espacios que recorrí entonces con la imaginación enardecida y visionaria! En este viaje veloz y disparatado no hallé momento de tranquilidad ni de reposo, porque todo me parecía mal para hacer un alto de respiro... hasta que di en la más peregrina de las ocurrencias. Pero ya tenía siquiera una hipótesis en que detener el discurso fatigado. Pues a ello, y con toda la minuciosidad escrupulosa de quien, como yo, medita en asunto tan grave como aquél por vez primera en su vida. Elevé los pensamientos por encima de las enriscadas barreras del valle, y le llevé lejos, muy lejos de Tablanca; cerré los ojos, acudí a los

repuestos de la memoria, y fui extrayendo de ella una verdadera legión de imágenes, a las que hice desfilar después, una a una, por delante de mí. Cuando hubo pasado la última figura de esta bizarra procesión, volví con el pensamiento a las montunas realidades de Tablanca... y me llevé las manos a la cabeza, como quien se percata de que ha estado colmándola de disparates para obtener ideas salvadoras. Apagué la linterna de mis cavilaciones y, ¡oh sorpresa!, con el último rayo de su luz vi pasar rápidamente por los términos ofuscados de la imaginación, una nueva e inesperada imagen que parecía llevar en sí la virtud de resolver todas las dificultades del conflicto. Pero... Y acabé por hacerme cruces y echarme a reír.

Riéndome estaba aún cuando entró Neluco.

--Así me gusta verle a usted--me dijo--, y no con la triste catadura de estos días atrás.

--Pues a ella volveremos, amigo Neluco--le respondí --, si Dios no hace el milagro que le pido.

--Sin embargo, usted se reía ahora...

--La risa del conejo...

--No insisto--repuso el médico--, porque no quiero que me tenga usted por imprudente; pero le aseguro que, sin ese temor, más de dos veces le hubiera preguntado, en estos últimos días, por los motivos de un

desaliento que no ha podido usted disimular.

Despertaba esta declaración de Neluco la idea, no dormida enteramente en mí, de confesarme con él, como Facia se había confesado conmigo. Podía esperar mucho de los consejos de su experiencia, y, en último caso, el alivio que da en las apreturas del ánimo el recurso de departir sobre ellas con un amigo de buen entendimiento.

--Precisamente--le respondí armándome de resolución --, tenía yo grandes deseos de echar un párrafo con usted sobre los mismos particulares. Conque, ahora o nunca.

Cerré la puerta de mi gabinete, sentámonos los dos con la mesita entre ambos, y comencé a hablarle de esta manera:

--Ha de saber usted, amigo Neluco, que desde que volvieron a reinar el orden y el silencio en esta casa, después de muerto y sepultado mi tío, yo no sé en qué invertir las horas que me sobran dentro de ella... Me parecen interminables, no veo el modo de mejorarlas y me asusta lo porvenir con una perspectiva semejante. Esta es la verdad de lo que me sucede; le tengo a usted por buen amigo, y a usted se la declaro.

--¿Para qué?--me preguntó el médico, muy serenamente, después de contemplarme en silencio unos instantes.

--Por lo pronto--le respondí--, para que usted la conozca, y después, para que, si lo tiene a bien, me ayude con su autor

izado consejo.

--¿A qué?--volvió a preguntarme con la misma serenidad de antes.

--¡Pues me gusta la ocurrencia, caramba!--exclamé y o un tanto picado por aquel modo de acorralarme, que se parecía mucho a una broma algo pesada--. ¿Qué se entiende aquí por ayudar a un hombre que perece en el fondo de un precipicio?

--Perdone usted--replicó el médico--; pero o yo no estoy en mis cabales, o el caso que me cita por ejemplo, no es aplicable enteramente al caso particular de usted. El que se halla en el fondo de un precipicio, no puede tener otro deseo que el de salir y alejarse de él; y a usted, en la situación en que hoy se encuentra, se le puede servir de dos maneras: ayudándole a salir de ella, o trabajar para hacerse la soportable y hasta divertida. Ahora usted dirá de cuál de estos dos extremos se trata.

--Del que mejor le parezca a usted--le dije--, o de los dos juntos... En fin, póngase usted en mi caso, y hábleme con franqueza.

--Pues con franqueza le digo--repuso el médico que no me extraña lo que le sucede a usted. Lo esperaba... Entendámonos: esperaba que muerto don Celso y solo usted en su casa, había de parecerle ésta más grande, más negra y más triste que antes, y el tiempo que pasar a en ella, muy largo y enojoso. Nada más natural en un hombre de los gus

tos, de la educación
y de los antecedentes mundanos de usted. Lo que no
esperaba es que
llegaran sus desalientos al extremo a que, por lo v
isto, han llegado...
Pues mire usted, señor don Marcelo: ni por cortesía
siquiera le aconsejo
a usted que, para distraer su fastidio, se largue e
nseguida de Tablanca;
consejo que, o yo no sé leer fisonomías o es el que
más había usted de
agradecerme. Y no se le doy, porque estoy segurísim
o de que si se
largara usted en la situación de ánimo en que se en
cuentra ahora, no
volvería por acá en todos los días de su vida.

--Hombre--respondí yo cogido por la mitad de lo cie
rto--, eso es mucho
decir.

--Ni más ni menos que lo justo--replicó el médico--
, porque es la pura
verdad; y usted no puede ni debe hacer eso, aunque
echemos en olvido
cierta promesa y hasta lo solemne de la ocasión en
que fue ratificada;
porque usted nada tiene que hacer en ese mundo que
le tienta, y aquí sí;
porque allá--y dispense la franqueza--, a pesar de
sus merecimientos
personales, no pasaría de ser uno más en el montón
de los anónimos, y
aquí desempeñaría un papel mucho más lucido, no por
el relumbrón de su
jerarquía, sino por la condición benéfica del cargo
. Nada de esto quiere
decir que esté usted obligado a sepultarse aquí per
petuamente: al
contrario, yo sería el primero en aconsejarle que n
o lo hiciera; que de
vez en cuando traspusiera esas cumbres para echar u

na cana al aire, bien
seguro de que esas correrías, hechas por un hombre
del entendimiento y
de la cultura y de los caudales de usted, habían de
lucir al fin y al
cabo en beneficio de este valle. Mas para llegar a
ese extremo, es
decir, para que pueda yo excitarle a que se vaya, e
s preciso asegurarle
aquí antes con algo que le sirva de cebo para volve
r, por natural y
espontáneo movimiento de su corazón... En una palab
ra, tiene usted que
aclimatarse de nuevo a esta casa y a esta tierra, y
a estos hombres,
tales y como habían llegado a parecerle, a la muert
e de su tío don
Celso.

--Pero, hombre de Dios--exclamé yo aquí--, si preci
samente es ése mi
dedo malo; si todo eso que usted me dice parece pen
sado con mis propios
pensamientos y dicho con mi propia lengua; si yo no
deseo otra cosa que
apegarme a este terruño y cogerle todo el amor que
usted le tiene; pero
¿cómo? ¿con qué? Este es el caso. Vivo mi tío, la o
bligación, convertida
en gusto ya, de acompañarle, me entretenía, y con e
llo, todo cuanto le
rodeaba; muerto él, me falta aquel recurso poderoso
, me pierdo en el
vacío de esta casa, y me abruma las eternas horas
que paso en ella
buscando la manera de abreviarlas. Continuar su obr
a benéfica.
Enhorabuena. Esto es fácil y hermoso de decir; pero
es muy vago y no
resuelve nada, y lo que yo necesito es algo más con
creto, más práctico y
del momento. Si se tratara, verbigracia, de cortar

camisas para los
pobres o de enseñar la doctrina a los muchachos, yo
me pasaría los días
enteros manejando, las tijeras o injiriendo el Padre
Astete en las
cabezas de estos motilones; pero no se trata de eso
ni de cosa parecida:
la obra de mi tío no da qué hacer a cada instante ni
a cada hora.

--¿Cómo que no?--interrumpióme Neluco--. ¿La conoce
usted a fondo por si
acaso?

--No, señor--le respondí.

--¿Y le parece a usted--añadió--poco entretenimiento
o el de estudiarla de
ese modo, no sólo para conocerla, sino para mejorar
la? Porque a usted le
hemos de exigir también--prosiguió el mediquito bromean-
dome--, que la
mejore, y la mejorará seguramente.

--Santo y bueno--dije yo siguiendo el tono que me daba
Neluco--: la
mejoraré si ustedes se empeñan. Pero--añadí formalizán-
dome de veras--,
ese estudio que me recomienda usted, hasta para entretenimiento
de las
horas de estos días, ¿cómo le hago? ¿por dónde comienzo?

--¿Y para cuándo--replicó Neluco--son los buenos amigos y los
competentes consejeros? ¿En qué ocupación más agradable
ni más honrosa
podría usted emplearnos?... y perdone la inmodestia
con que me sumo con
ellos... Y ya que de esto se trata y estoy autorizado por usted para
hablarle con franqueza, he de decirle que además de

este estudio, del que no puede usted prescindir, hay otra ocupación más del momento todavía, en la que debió de habernos empleado días hace... y no nos ha empleado usted, con gran extrañeza nuestra; con lo cual ha perdido un excelente recurso para matar horas sobrantes... Pensaba yo que, aunque a usted le sobraba el dinero al venir a Tablanca, había de picarle un poco la curiosidad de conocer de vista las haciendas de aquí, heredadas de don Celso, y el organismo, vamos al decir, de los tratos y contratos con sus llevadores, y algo más, a este tenor, que no deja de ofrecer su lado patriarcal, y por ende, interesante y pintoresco para un hombre como usted. Con el pretexto de verlo con los propios ojos, se deja la cárcel que abrumba y entristece, se respira el aire libre y se renuevan las ideas y se esparce el ánimo encogido. Con la contemplación de lo visto así, nacen pensamientos que se comunican, por de pronto, con quienes nos rodean, y dan materia abundante para discurrir después si estamos solos, o para departir con interés gustoso si estamos acompañados de amigos que nos quieren bien. La propiedad, por pequeña que sea, tiene esa virtud, y si es recién adquirida, en más alto grado. ¡Figúrese usted si durante estos días en que tan soberanamente se ha aburrido y tan hermoso se ha mostrado el tiempo, nos hubieran faltado motivos de excursiones y temas de conversación y andamiajes de proyectos! Vamos, que parece mentira que ni por instinto de conservación se le haya ocurrido

a usted una cosa tan
hacedera y conveniente, y haya preferido entregarse
atado de pies y
manos a las inclemencias de su carcelero. Pero toda
vía no es tarde para
subsanan esta equivocación. Le acompañaremos a uste
d por esos campos
mientras el tiempo lo consienta; veremos y hablarem
os lo que a usted le
importa ver y de lo que le interesa hablar; continu
aremos aquí después
las conversaciones de afuera, y se apuntarán o se d
iscutirán y se
reformularán cálculos y proyectos, aunque alguna vez
resulten castillos en
el aire. Esto, por de pronto. Mucho de lo demás, ve
ndrá ello solo a
meterse por las puertas de esta casa... Por ejemplo
: dentro de pocos
días, porque ya estamos en el mes de hacerlo así, v
erá usted ir llegando
la falange de sus colonos y aparceros a pagarle las
«rentas» que le
deben, unos en maíz, en castañas o en dinero; otros
en las tres especies
juntas, y algunos con las manos en los bolsillos de
socupados, para que
usted les provea de lo que más necesitan. Así irá u
sted conociendo, poco
a poco, hasta el pie de que cojean, y descubriendo
el camino por donde
ha de llegar hasta la entraña misma del misterio...
Amén de esto, ¿por
qué no ha de volver usted a sus saludables correría
s de antes? Ahí está
Chisco, más animoso y ufano aún que entonces, porqu
e ha mejorado
fortuna, y doblemente apegado a usted por las largu
ezas que con él ha
tenido; ahí está Chorcos suspirando todavía, aunque
no tanto como por la
hija de Facia, por aquellas aventuras montaraces, y

aquellos tragos de
licor tan confortantes, y aquellos agasajos tan frecuentes... y aquí
estoy yo, finalmente, para cuando quiera disponer de mí; y lo mismo le
dirá don Sabas de sí propio, y cada uno de los habitantes de este
pueblo... Otro ejemplo más. A la hora menos pensada
verá usted retoñar
en el campo los preludios de la primavera; hallará la tierra enjuta y
salpicada de florecillas esmaltadas; aspirará la fragancia de los montes
y de los prados, y quizá se fije en que ya es hora de mover la tierra...
pinto el caso, de este huerto, y aun de cultivarle mejor de lo que se ha
cultivado hasta hoy; y con esos fines, llama usted a los obreros, hasta
por el gusto de pagarles el jornal; y los manda que caven; y según le
van obedeciendo, se va usted emborrachando con el olor de la tierra
removida, que es el olor de los olores agradables, y piensa en nuevas y
variadas plantaciones, y hasta esboza un proyecto de jardín en el rincón
más abrigado... Y quien dice mejorar el huerto, dice retejar la casa o
reparar sus achaques interiores... en fin, que nunca faltan quehaceres
al hombre que se empeña en tenerlos, aunque sea en las soledades de
Tablanca... Y ¿para qué se quiere el dinero?

Aquí hizo un alto Neluco y se quedó mirándome fijamente como en espera
de mi contestación. No tardé en dársela.

--Todo ese cuadro que acaba usted de trazarme--le dije--, me enamora y
me seduce... como pintado en un papel. Mas quiero d

ar por supuesto que
es la pura realidad. Ya tengo en mis manos el remedio
contra el fastidio
de unos cuantos días... de una buena temporada, si
usted quiere.

Corriente. Pero ¿Y después? Cuando no pueda volteje
ar por la montaña, ni
remover la tierra de mi huerto, ni tenga negocios q
ue tratar con mis
colonos, y usted esté ocupado en sus quehaceres pro
fesionales, y don
Sabas en los de su ministerio, y vuelvan las cellis
cas desatadas, y las
horas sin fin, y las noches eternas, ¿qué me hago y
o en las soledades de
este palomar, sin la naturaleza y las aficiones de
mi tío, o de don
Sabas o de usted?

--Es que yo cuento--me replicó Neluco--, con que le
basten y le sobren
para atarle a Tablanca, de tal modo que se le pueda
dar licencia para
que se ausente del valle sin el temor de que no vue
lva a él, esos
entretenimientos y otros tales, si llega usted a to
marles gusto...
Después, ¡qué demonio! es hasta pecado mortal decir
le a un hombre del
talento y de la experiencia de usted, cómo se sorte
an las horas
sobrantes en la vida, que todos pasamos. Lo princip
al es la base de la
ocupación: las lagunas de ella se colman como se pu
ede. Para eso es el
entendimiento que a usted no le falta... Y, por últ
imo, si con los
recursos de él no consigue lo que busca, todavía le
queda el de ligarse
al terruño éste con vínculos de tal resistencia, qu
e sólo la muerte
pueda romperlos.

--Los vínculos... matrimoniales, vamos--le interrumpí--. ¿A qué andarnos con metáforas?

--Cabalmente--replicó el médico.

--Pues lo dicho--añadí yo--. Está usted pensando con mi propio caletre y hablando con mi misma lengua. También se me había ocurrido esa salida un momento hace.

--¿En serio?

--O en hipótesis.

--No es lo mismo. ¿Y por qué no ha de habérsele ocurrido en serio? Está usted en la mejor edad para casarse, es rico, ha corrido el mundo, tiene la experiencia de él, está huérfano y solo y a centenas de leguas del único deudo cercano que le queda, y tan sobrado de caudales como usted. ¿Para qué demonios quiere el suyo y la larga vida que tiene por delante, sino para reconstruir la familia que ha perdido y dejar en la tierra, cuando la abandone para siempre, alguien que le cierre los ojos con cariño y le llore de todo corazón?

--Y usted--respondí a Neluco medio en serio y medio en chanza--, que ve y siente todas esas cosas tan bonitas, que yo no veo ni echo en falta, como de urgente necesidad, ¿por qué no me ha dado y a el ejemplo?

--Porque son casos muy distintos el de usted y el mío, señor don

Marcelo--díjome a esto Neluco--. Yo empiezo a vivir ahora, necesito trabajar, y trabajar mucho, para ganar el pedazo de pan que como; y además, ni me aburro en la soledad en que vegeto, ni me tientan, como a usted, las seducciones de «allá afuera», ni conmigo ha de extinguirse mi apellido aunque yo muera solterón... ¡Pero si me viera en el pellejo de usted!...

--Con verte y sin verte de ese modo--dije yo para mí, contemplando al médico con ojos de malicia--, no has de tardar mucho en caer del lado a que te inclinas, marrullero--y añadí en voz alta--: Pues supongamos, amigo Neluco, que yo, por pensar como piensa usted, o por vocación verdadera, o por eso que se llama razón de estado, resuelvo casarme... para vivir aquí, por supuesto, aunque no sea perpetuamente. Natural es que yo busque una compañera adecuada a mis condiciones... Y en este caso, ¿me quiere usted decir, señor casamentero, con qué cara ni con qué conciencia ofrezco yo a ninguna mujer, entre todas las que conozco, este presidio por recompensa de la dicha que yo voy buscando en el intento de casarme con ella?

--¡Pues eso sólo le faltaba a usted!--exclamó aquí Neluco llevándose las manos a la cabeza, como yo me las había llevado poco antes y con el propio motivo--. Con una compañera de esa estofa no viviría usted aquí en santa paz media semana. Mil veces peor que la enfermedad sería la

medicina.

--Y siendo esto, como lo es--repuse--, ¿de qué traz
a ha de ser, y de
dónde, la mujer que yo busque para casarme con ella
? ¿Quiere usted que
apechugue con una mozona de Tablanca?

--¿Y no hay más mujeres en el mundo--dijo con enter
eza el mediquillo--,
que las mozonas de Tablanca y las señoras de Madrid
? Procure usted,
señor don Marcelo--añadió en tono de la mayor since
ridad-- , que la mujer
elegida para compartir con usted el señorío de esta
casa, se considere
muy honrada y gananciosa en ello: con esto basta, y
no dude que las de
esta condición abundan a nuestro alcance. El asunto
no es puñalada de
pícaro: da tiempo para discurrir, para andar y para
ver... y ¡qué
demonio, hombre!--exclamó de pronto con inusitada v
ehemencia-- , puesto
que hablamos ya en serio, y para que vea que no fan
taseo yo en lo que
afirmo, válgale este ejemplo que ahora se me viene
a la memoria: ¿quiere
usted belleza y ternura y bondad y delicadezas de s
entimiento, y cuanto
se pueda pedir, menos la cultura refinada de los sa
lones, en una sola
pieza, en una mujer modelo, aun para un hombre como
usted? Pues bien
cerca la tenemos: Lita. Conque anímese usted a pret
enderla.

Me quedé estupefacto. ¿Era aquello broma? ¿Era abne
gación? ¿Era arranque
patriótico? Le declaré mi asombro, y me dijo:

--Desde que vino usted a Tablanca, está empeñado en

ver visiones a ese
propósito. Lo sé por algo que usted me ha dicho y o
tro poco que ha
dejado traslucir. En una ocasión le pinté la casta
y los motivos del
cariño que nos tenemos los dos. Lo que entonces le
dije era la pura
verdad, y la mejor prueba de ello, lo que acabo de
proponerle y tanto
asombro le ha causado. Crea usted que con todo lo q
ue le estimo y le
considero, no llevaría mi abnegación hasta el punto
de brindarle con
prenda de tan alto valer, si fuera mía en el sentid
o que usted se había
imaginado. Esto sin contar con que, aun sin ese soñ
ado compromiso, sabe
Dios lo que la huéspedea pensaría de estas cuentas,
si nos estuviera
escuchando por el ojo de esa cerradura.

Instintivamente volví los ojos hacia la puerta. Ent
onces soltó una
carcajada Neluco, y comprendí que no sabía yo lleva
r la broma con la
frescura que el caso requería.

Cambió discretamente de conversación el médico; dim
os poco después unas
vueltas por la salona, hablando... no recuerdo de q
ué trivialidades;
fuese al cabo de un corto rato, y quedéme otra vez
solo; pero ¡cosa
extraña! sin inquietudes ni tristezas.

XXXII

¡Vaya si me dio que pensar la ocurrencia de Neluco!

Está visto que el mayor interés de las cosas no depende de las cosas mismas, sino de sus circunstancias y accidentes. Aquel mismo pensamiento, expresado en voz alta por el médico, había pasado en silencio por mi mente poco antes sin dejar en ella el menor rastro... Ciertamente, de toda verdad. Pero ¿de qué había nacido el obstinado empeño que yo tuve desde que llegué a Tablanca y conocí a la nieta de don Pedro Nolasco, en averiguar «lo que había» entre ella y Neluco, dando por supuesto que «había algo...» y que tijeretas han de ser? Al fin y al cabo, ¿qué me importaba a mí que lo hubiera o no lo hubiera? Híceme estas preguntas, porque enlazando sus motivos con el efecto que me había causado la inesperada ocurrencia del empecatado mediquillo, cabía suponer la existencia, en que jamás había creído, de ciertas corrientes misteriosas por lo más hondo e inexplorado del corazón... De todas maneras, existieran o no esas corrientes, el coincidir Neluco y yo, por impulso propio y espontáneo, en un punto tan singular y concreto; yo esbozando la idea mentalmente, y él, como si me la hubiera leído en el cerebro, presentándomela después con visos de realidad, era sobrado motivo para consagrar al caso toda la atención que yo estaba consagrándole. No se dan todos los días, en situaciones semejantes, coincidencias de ese calibre.

Ello fue que me pasé las horas muertas desmenuzando la insinuación inesperada del médico y sometiéndola, por fragmento

s impalpables, a la fuerza de un análisis escrupuloso. Así llegué hasta la felonía de sospechar del desinterés de Neluco, creyéndole capaz de haberme apuntado la idea, de acuerdo con la interesada, o con su madre siquiera. Pero me bastó un instante de reflexión para desvanecer el recelo, con vergüenza de haber caído en él.

En todas las edades de la vida tenemos los hombres algo de niños, y siempre hay un «juguete» que nos llega cuando y por donde menos lo pensamos, que nos sorprende y nos encanta y nos preocupa, y hasta «nos hace buenos...» y además tontos. Dígolo porque no solamente me pasó el resto de aquella tarde y una buena parte de la noche dando vueltas al que me había regalado Neluco, para «ver lo que tenía dentro», sino que al despertarme al otro día, lo primero que se me metió entre los cascotes del meollo fue la duda de si era o no la nieta del gigante de la Castañalera tan guapa y tan donosa en realidad como el médico me la había pintado y la había visto yo cuando me interesaba menos que entonces; y con esta duda, el propósito firme de ir a aclararla con mis propios ojos en cuanto me levantara... «Porque--lo que yo me decía--, no es que me importe dos cominos, en definitiva, la aclaración; no es que me llegue al alma por ninguna parte la persona, pero me interesa mucho el caso. Se trata de un supuesto que pudiera realizarse el mejor día, y es de suma necesidad verlo, pesarlo y medirlo todo

minuciosamente y a
tiempo, para evitar ulteriores e irremediables desencantos.»

Y como lo pensé lo hice... y aun hice más de lo pensado; porque me
esmeré en el ropaje como nunca me había esmerado allí... y hasta me di
«brillantina» en la barba.

Encontré a Lituca de la misma traza que cuando la conocí y como la había
visto muchas veces mientras vivió en mi casa, de trapillo y trajinando;
con un chal de abrigo cruzado en el pecho y anudado atrás, despeinada y
con una bayeta en la mano, dale que le das para despolvorear los
muebles, y soba que soba para sacarles brillo. Se sorprendió mucho al
verme «tan temprano y tan _peripuesto_ al cabo de días y días sin
dejarme ver de nadie», y temió que aquella inesperada visita fuera «para
cosa mala». ¿Estaba enfadado con ellas? ¿Me habían dado, sin querer,
motivo para estarlo? Todo esto me lo dijo en su lengua pintoresca y
armoniosa, suspendiendo su trabajo, arreglándose con la mano libre,
blanquísima y rechoncha, los desordenados cabellos que le coronaban la
frente, y sonriendo con la boca, con los ojos parlanchines y con los dos
hoyuelos de sus carrillitos sonrosados. Me vi mal para responderla en el
tono que pedía la situación; porque la referencia a lo de ir yo tan
compuesto, me ruborizó un poquillo como si me hubiera descubierto una
flaqueza indigna de un hombre corrido por el mundo.
Esto del ropaje lo

expliqué con la razón del luto que estaba obligado a llevar y no me permitía salir de casa con los holgados y alegres vestidos de costumbre. Lo de que mi visita fuera «para cosa mala» por las señas de aquellos hábitos ceremoniosos, necesitaba una aclaración, y se la pedí a Lituca. Hízomela diciendo que la cosa mala en que ella había pensado de pronto, era una despedida para lejanas tierras, por no tener ya quehaceres en aquéllas tan tristonas para mí. ¡Pensar yo en irme entonces de Tablanca!... Podía jurar que nunca me había visto más apegado al valle. Pero ¿por qué mi ausencia de él era calificada por ella de cosa mala?

--¡Otra, señor!--respondió a esto con la naturalidad más encantadora--. ¿Quiere que tenga por cosa buena el perder de vista a una persona como usted?... ¡Mire que hasta le he comido el pan!

Soltó aquí una risotada de las que solía, y me pidió permiso para ir a arreglarse un poco, «porque no estaba su ver para cabayero tan principal», llamando enseguida a su madre para que me acompañara mientras tanto. Que viniera su madre, santo y bueno; pero que fuera ella a vestirse y acicalarse, de ningún modo... No lo podía consentir. O había o no había franqueza entre convecinos y hasta comparientes tan íntimos como nosotros. Cabalmente (esto no se lo dije a ella) estaba yo gozándome en admirar, desde que había entrado, el extraordinario relieve que adquirirían los encantos de su hechicera persona

sobre el fresco,
limpio y airoso desaliño que la envolvía. A puño cerrado creía que
Neluco y yo nos habíamos quedado cortos en la manera de verla y
admirarla. Quedóse al fin, llegó su madre, y entre las dos juntas me
pusieron para pelar, por «lo olvidadas que las tenía». Alegué por excusa
de mi apartamiento ocupaciones apremiantes dentro de casa, después de un
suceso tan grave como el ocurrido en ella... Nada me valió el recurso
ante aquellos dos diablejos que todo lo metían a barato. Acudió el viejo
Marmitón a la algazara. Cesó ésta unos instantes, y los utilicé yo para
averiguar cómo andaba el gigantón desde que no nos veíamos. Andaba «tal
cual» según el interesado, y mucho mejor que eso según Mari Pepa...
«porque ¡comía el bendito, que no había con qué llenarle!».

--¡Eso sí, gracias a Dios!--confirmó el aludido con su vozarrón de siempre.

Estábamos ya en la sala; sentámonos todos, y empezó a enjuiciarse la visita. Evocáronse por las mujeres los recuerdos de los trajines pasados en aquellos días tan tristes, y aproveché la ocasión para ponderar la soledad en que me había quedado y lo que las echaba de menos en casa...
Y no sé a punto fijo de qué modo se fue enredando desde aquí la conversación, porque yo me mezclaba en ella maquinalmente con la palabra, mientras tenía los pensamientos en Lita que estaba enfrente de

mí. Pero unos pensamientos muy extraños. Una vez me la imaginé vestida con todos los perifollos de las elegantes de Madrid, y me produjo la visión de lo imaginado tan deplorable efecto, que di un respingo en la silla. Me parecieron una profanación aquellos arreguives en tal cuerpo que no había sido formado para tener por fondos los artificios convencionales de la ciudad, sino los inmutables y grandiosos escenarios de la Naturaleza.

Por éste y otros derroteros semejantes iban mis pensamientos volando a mi placer... hasta que me asaltó de repente el recuerdo de aquella salvedad que había hecho Neluco por remate de la «cuenta» que estuvimos echándonos los dos la víspera por la tarde. Podía la «huésped» no estar conforme con ella si nos hubiera oído ajustarla. El diablo me lleve si en aquel momento tenía yo resolución hecha de conducir a término plan alguno relacionado con la aprobación de nuestros cálculos; y, sin embargo, la duda surgida de repente en presencia de la «huésped» misma, me contrarió muchísimo. No es el hombre onza de oro que a todos guste por igual, aunque tenga muchas a buen recaudo, como yo las tenía entonces; y podía suceder muy bien que Lituca no gustara de mí por especiales razones... y hasta por estar prendada de Neluco sin que éste lo supiera, pues todo cabía en el campo de los supuestos verosímiles. Pero ¿cómo aclarar esta duda en el acto, sin descubrir el misterio de

mis intenciones? Y, sin embargo, aquello no podía quedar así; porque yo necesitaba tener ese hilo principal en la mano para tirar de él cuando me diera la gana, o para no tirar nunca si me convenía más. Egoísmo puro y rebeldías insanas del amor propio contrariado; y como siempre que un hombre, por corrido que sea, se halla en estas situaciones de ánimo, lo primero que pierde es el sentido común, barruntando yo que iba a cometer allí alguna majadería gorda si me dejaba dominar un poquito más del prurito que empezaba a consumirse, di un recorte a la conversación que seguía maquinalmente, y por terminada la visita, con la promesa formal, ¡vaya si lo era! de repetirla a menudo.

Yo no sé lo que pensarían en casa del viejo Marmitón del desconcierto que debió de notarse entre las palabras que salían de mi boca y las ideas que me retozaban en el cerebro, ni si le notaron siquiera; pero es un hecho que a medida que andaba hacia la casona, formando serios propósitos de ir aclarando la duda poco a poco, extrayendo del fondo de la cristalina fuente las pedrezuelas misteriosas con las pinzas de mi experiencia y el tacto de mi nativa serenidad para esas cosas, me maravillaba del desarrollo que había alcanzado aquel arrechucho mío, y de lo cercano que me había puesto de cometer una ligereza impropia, no ya de un hombre maduro, sino de un colegial inexperto. Pero en lo tocante a Lituca, no enmendaba una tilde de lo convenido. Era de lo más

mono y hechicero que podía buscarse en estampa y en
carácter de mujer; y
además, lista y sensible y buena, sin contar lo de
hacendosa y hábil.
Gran barro, indudablemente, para formar una compañe
ra a su gusto un Adán
como yo, en un paraíso de la catadura de Tablanca.

Quiere decirse, y así es la pura verdad, que aunque
pasó en breves horas
el arrechucho que me había sacado de mis ordinarios
quicios, no se llevó
consigo la idea plácida que le había engendrado. Al
contrario, me la
dejó en la mente, cristalizada y luminosa, irradiand
do sus destellos
peregrinos sobre todo cuanto me rodeaba, como el su
ave resplandor del
crepúsculo que aparece sobre el horizonte anunciand
o el espléndido sol
que viene detrás. Sería pueril, inocente, a los ojo
s de un mundano muy
corrido, aquél mi estado psicológico; pero lo ciert
o era que ya no me
creía solo ni desocupado en Tablanca, ni a oscuras,
triste y en silencio
en la casona; y esto, algo más valía que la credenc
ial de «hombre
incombustible», otorgada por otro, esclavo infeliz
quizá de esa y otras
preocupaciones semejantes. Cabía temer que también
pasaran estas ráfagas
consoladoras, como había pasado el huracán de antes
, y yo lo temí
seriamente; pero iban corriendo los días, y lejos d
e pasar con ellos,
cada vez se dejaban sentir más halagüeñas y me traí
an nuevas fragancias.

Repetí las visitas a la familia de don Pedro Nolasco,
porque así se lo
había prometido en la primera de las de aquella ser

ie; y algo debieron
publicar de mi secreto mis ojos, o el timbre de mi
voz o los átomos del
aire, pues sin haberse deslizado mi lengua un punto
más allá de la raya
que la había puesto por límite, ya no era yo para L
ituca lo que había
sido hasta entonces. Se le acobardaban los ojos enf
rente de los míos,
era mucho más comedida en sus regocijadas expansion
es, y le daban qué
hacer los frunces de su delantal cuando hablábamos
solos, tanto como las
ideas y las palabras que empleábamos en la conversa
ción. Estos síntomas,
que se fueron acentuando al andar de mis insinuacio
nes puramente
mímicas, llegaron a darme por aclarada la duda que
tanto me había
carcomido, sin haber aventurado yo una sola palabra
en el empeño: es
decir, que se me había ido a la mano el hilo que yo
deseaba tener en
ella, solo, por su propia virtud, si no era por la
fuerza de la
misteriosa corriente, en la que no podía menos de c
reer ya. En suma:
que, o me engañaba mucho mi bien acreditada experie
ncia en esos lances,
o podía tirar del hilo a mi antojo cuando me diera
la gana.

Estaba, pues, en las mejores condiciones imaginable
s para hacer un alto
en mi empresa y examinar el terreno tranquilamente
y a mi gusto. Sobre
si este modo de pensar era más o menos honrado y de
cente, no me puse a
discurrir, la verdad sea dicha. Convenía la parada
a mis propósitos, y
la hice.

No por eso dejé de frecuentar la casa del octogenario de la Castañalera:
al contrario, y hasta comí con la familia dos veces en aquella
temporada; sólo que procuraba a menudo llevar a Lit a al terreno y al
estilo de nuestras primeras intimidades, economizando mucho las
insinuaciones de otra casta, y usándolas únicamente para conservar
«arrimados los fuegos».

¡Y con qué docilidad tan hechicera acudía la inocente a mis llamadas!
Tampoco este procedimiento se pasaba de noble; pero me era muy
conveniente y con ello apaciguaba ciertos síntomas de rebelión que me
intranquilizaban la conciencia.

No era menos comunicativo que con la familia de Marmitón, con don Sabas,
con Neluco, con los sirvientes de mi casa, con mis tertulianos de
costumbre y con el pueblo de punta a cabo; pero con nadie lo fui tanto
como con Neluco. Me parecía por conversar con él; y como en estas
intimidades se me deslizaban en la lengua algunos destellos de la luz en
que se bañaban mis ideas en su escondrijo, el muy listo se sonreía a
la callada, y con bien escaso esfuerzo de ingenio iba descubriéndome
todo lo que yo no quería declarar. Por fortuna, era infinitamente más
discreto que yo en aquellas circunstancias, y todo quedaba reducido a
que cambiaran de madriguera los secretos que iban escapándose de la mía.

Volví a las andadas por montes y barrancos, y hasta

me parecían llanos y
placenteros caminos y sendas por los cuales no anda
ba yo antes sino
echando los pulmones por la boca. También me acompa
ñaban entonces Chisco
y Pito Salces; pero más respetuosos y hasta más ser
viciales, aunque
parezca esto mentira, que la otra vez, cuando yo no
era amo y señor de
la casona, ni había tenido ocasión de mostrar ciert
as larguezas que
Chisco no olvidaba un punto por lo que a él le toca
ba, ni Pito Salces
por lo que atañía a la mozona de sus pensamientos.
Prestándome gustoso a
todo lo que Neluco me había recomendado y continuab
a recomendándome para
entretener las horas sobrantes del día y de la noch
e, visité una por una
mis haciendas, mis prados, mis heredades, mis casta
ñeras y robledales,
mis casas, mis aparcerías de ganados; estudié con v
erdadero afán de
penetrarle hasta el fondo, el organismo, como decía
Neluco, «de los
tratos y contratos de mi tío y sus aparceros y colo
nos», donde estaba la
enjundia del gran espíritu de este hombre benemérit
o que, sin políticas
bullangueras y perturbadoras, había logrado resolve
r prácticamente, y
por la sola virtud de los impulsos de su corazón ge
neroso y
profundamente cristiano, un problema social que dan
por insoluble los
«pensadores» de los grandes centros civilizados, y
tiene en perpetua
hostilidad a los pobres y a los ricos. Con el estud
io de estos hermosos
detalles, acabé de comprender lo que no comprendí a
la simple lectura de
la «Memoria», en cuyo intencionado laconismo, por l

o tocante a la obra
benéfica del patriarca, vi entonces otro rasgo de su
exquisita
delicadeza en sus relaciones conmigo. Este estudio,
aunque somero, me
ocupó días y días; me dio mucho y muy grato qué hacer
y qué pensar, y
nuevas y muy hondas raíces de adherencia a aquel pobre
terruño que por
instantes iba cambiando de aspecto ante mis ojos.

También le llegó su vez al huerto de la casona, como
me había aconsejado
Neluco y lo hubiera hecho yo sin su consejo por espontáneo
impulso de
las inclinaciones que iban apoderándose de mí, de día en
día, de hora en
hora. Se cavó, se removió toda su tierra; se pusieron en
buen orden las
plantas enfermizas que encerraba, y se trazó un regular
pedazo de
jardín, que se plantaría debidamente cuando fuera tiempo
de ello, lo
mismo que los cuadros destinados a frutales y hortalizas.
Y era verdad
que no tenía pareja el olor de la tierra bien enjuta,
removida a la luz
y al calorcillo vivificante del espléndido sol de febrero.
Jamás lo
había notado hasta entonces... Ciertamente que tampoco me
había puesto yo en
ocasión de notarlo.

Después de aquellas labores del huerto, como el tiempo
seguía risueño y
primaveral, emprendí otras más rudas, entre ellas la
de suavizar en lo
posible la cambera del pedregal, única vía de comunicación
que tenía la
casona con el pueblo. No quedó el camino a mi gusto,
pero sí muy
mejorado. Y no acometí enseguida las reformas que h

abía ido proyectando
en el viejo caserón de los Ruiz de Bejos, porque éstas eran palabras mayores, como decía el Cura, y me faltaban los elementos necesarios para acometerlas. Pero se acometerían tan pronto como me fuese posible, y sin miedo de que, entre tanto, se me adormecieran los propósitos, porque cabalmente eran aquellas obras uno de los renglones más importantes del plan de vida nueva que yo me había trazado y estaba trazándome continuamente.

El Cura se pasmaba de aquellos mis afanes, y más con la mirada y con el gesto que con palabras, me daba a entender lo satisfecho que estaba de mí; Neluco no me perdía de vista un momento, y parecía entusiasmado con los nuevos fervores míos, los cuales estimulaba con tentaciones de otras golosinas, que al fin me hacía tragar con su diabólica estrategia. En casa de Marmitón ponían en las nubes el milagro, y sólo en boca de Lituca eran comedidas las alabanzas y se refrenaban los plácemes, aunque bien los voceaban los ojos, como si la fuerza de una ley oculta impusiera aquella limitación a los impulsos de su alma; por el pueblo «se corrían» ya las noticias más estupendas a propósito de esta resurrección mía, y me colgaban, con lo cierto, planes y calendarios que jamás me habían cruzado por las mientes; teníanme, no ya por el continuador, sino por el reformador omnipotente de la obra tradicional de los Ruiz de Bejos, por un don Celso refundido y

hasta mejorado, no solamente «en estampa y ropajes», sino también «en posibles y en magín»; por la noche iban a la casona los tertulianos con las ideas empapadas en estas fantasías, y me veía negro para rebajar muchas partidas de la cuenta galana y poner las cosas en su punto... En fin, que dentro de mí y en derredor mío era plácido y risueño todo lo que poco antes había sido triste y aflictivo y tenebroso. Hasta la misma Facia era muy otra de lo que fue: comenzaba a nutrirse y a sonreír, y dormía sin sobresaltos... Sólo Pito Salces andaba amurriadón y caviloso, y yo no podía consentirlo, por lo mismo que me creía capaz de remediarlo.

--¿Por qué no echas «eso» a un lado de una vez?--le dije un día.

--Como no está en mí la para...--me respondió mirándose las uñas de una mano--. ¡Qué más quisiera yo, puches!

Le prometí mi ayuda en sus congojas, y casi bailó de gusto. Después llamé a Tona a mi gabinete y la hablé del caso. Se puso coloradona como un tomate maduro, y al fin llegó a declararme, en medias palabras y entre oscilaciones de sus caderas y manoseos del delantal, que «por su parte no diría propiamente que no... cuando juere o casión de eyu... si su madre...». Llamé a Facia enseguida, vino, y sometí el negocio a su consideración. Mostróse enterada de él por ciertas señales que nunca mienten, y me dijo que «por su parte... cuando juer

e ocasión de eyu...
si a mí no me paecía mal...». Cabalmente me parecía
todo lo contrario; y
con esto, y con convenir los tres en que la ocasión
de «eyu» podía ser,
y sería, después de pasar el rigor de los lutos que
llevaban por mi tío,
se dio el asunto por terminado como yo deseaba y Pi
to Salces también.
Llaméle a poco rato; le enteré de lo convenido con
Tona y su madre; hizo
dos zapatetas y se dio dos puñadas en los carrillos
; le encarecí la
obligación en que estaba de ser más prudente que nu
nca en lo tocante a
su noviazgo, si quería que no se le cerraran las pu
ertas de la casa y le
regalara yo en su día el ajuar de la suya; y se fue
dando zancadas,
riéndose solo y tapándose la boca con las manos en
señal de acatamiento
a mis recomendaciones, después de pedirme permiso,
que le di, para
recabar de Tona y de su madre la confirmación verba
l de lo acordado
conmigo... y para «entrar en la casa» todas las noc
hes, y «si a mano
venía», para hablar con la mozona alguna que otra v
ez con los debidos
respetos. Acometido ya de la fiebre casamentera, de
tuve a Chisco al
topar con él en el carrejo de la cocina. Pero le vi
tan igual a sí
mismo, con tales destellos en la cara del bienestar
de sus adentros... y
estaba yo tan hecho a él y me hacía tanta falta en
la casona, que no me
atreví a tentarle la paciencia, y le despedí con un
pretexto mal urdido.

Corriendo así los días, esmaltáronse de flores y re
verdecieron los

campos; calentó más el sol; templóse y se embalsamó el ambiente; desperezóse, al fin, la Naturaleza como si despertara de un largo y profundo sueño, y se dispuso a aderezarse, con el esmero de una dama pulcra y muy pagada de su belleza, empezando por las nimiedades del tocador para concluir por lo más espléndido y ostentoso de su ropero; y me pareció llegada la ocasión de realizar un propósito que había formado y madurado últimamente con serias y muy detenidas reflexiones. Se trataba de mi vuelta a Madrid «por algún tiempo». Este viaje le conceptuaba yo de suma necesidad, no tanto por lo que tocaba a mis asuntos particulares, bastante descuidados desde que me hallaba en Tablanca, cuanto por ver el efecto que me hacía, contemplado desde lejos, el cuadro de mis nuevas ilusiones; estimar con exactitud la resistencia que quedaba a los vínculos que aún me unían a la vida pasada, y compararla con la de los que iban amarrándose a la nueva. Conceptuaba yo esta prueba de gran importancia para los fines «ulteriores» y «posibles» de mis cálculos, sin el menor recelo ya de que los vanos fantasmas de otras veces me infundieran la tentación de no volver, tan pronto como perdiera de vista a la casona.

Declaré un día el propósito a Neluco. Le pareció muy bien, y hasta me aseguró que si no se me hubiera ocurrido a mí, me lo habría aconsejado él. «Habían cambiado mucho las cosas desde que habí

amos ajustado los
dos, en aquel mismo sitio, cierta cuenta...» Y el m
uy tuno, sonriéndose,
me dio un golpecito muy suave con el puño de su cac
hiporro. Después le
confirmé mis ya declarados intentos de emprender en
el próximo verano
las convenidas reformas en el interior de la casa,
y le encargué del
acopio de las primeras materias y de buscarme obrer
os competentes para
ello... Yo enviaría de Madrid, y aun traería conmig
o «cuando volviera»,
lo que no podía hallarse en Tablanca ni en sus inme
diaciones, para dar
la última mano a una labor que tanto me interesaba.
A todo se prestó con
alma y vida el excelente amigo... y hasta se me fig
ura que pensó que
aquellas recomendaciones no se las hacía yo tanto p
or apego a la obra,
como por exhibirle pruebas irrecusables de mis inte
nciones de volver
pronto. Y quizá pensara bien. Llegó el Cura en esto
, dile cuenta de lo
tratado, y le gustó mucho lo de mejorar la casa; pe
ro no tanto lo de mi
viaje a Madrid... «Ahora, si convenía para bien de
todos, como yo le
aseguraba, fuera eyu por el amor de Dios.»

¿Y Lituca? ¿Qué diría de mi marcha cuando tuviera n
oticia de ella? Y al
dársela yo y al despedirme, ¿dejaría las cosas como
estaban? ¿Levantaría
un poquito más la punta del velo, o no la levantarí
a? Pensé mucho sobre
éstas, al parecer, pequeñeces, que eran, sin embarg
o, piezas muy
considerables del cimiento en que se apoyaba la arm
azón de mis
hipótesis; y al fin tuve que resolverme por la afir

mativa, aunque en su grado mínimo, cuando vi los esfuerzos que costó a la pobre disimular a medias el deplorable efecto que le causó la noticia. Pero así y todo, o quizás por lo mismo, en aquella visita no se rió una sola vez con las veras de antes; ya al despedirme yo «hasta la vuelta» con un apretón de manos muy elocuente, tuvo que darme con los ojos acobardados la respuesta que le faltó en sus palabras descosidas. En cambio, Mari Pepa, a quien me costó mucho trabajo convencer de que mi marcha no era «la del humo», como ella la había calificado de pronto, habló y jaraneó y se despidió por todos los de su casa, incluso el octogenario, que no había dicho diez palabras, y esas monosílabas y como otros tantos estampidos. Los tres bajaron conmigo hasta la corralada, desde cuya puerta les di el último adiós, con los ojos y el pensamiento fijos en Lituca, cuya expresión de pena bien sentida le agradecí en el alma.

Dos días después me despedía en Reinosa del Cura y de Neluco que me habían acompañado hasta allí, y de Chisco que había ido tirando del rocín que conducía mis equipajes; me acomodaba en los blandos almohadones de un coche del ferrocarril, y comenzaba a rodar hacia las llanuras de Castilla, con la vista errabunda por los horizontes, aún no abiertos a mi placer, y la cabeza atiborrada de pensamientos insubordinados e indefinibles.

XXXIII

No puedo negar que me encontré muy a gusto en mi casita de la calle de Arenal, tan bien «vestida», tan elegante, con todas las cosas tan a la mano y tan a la medida de mis necesidades. No me veía harto de pisar el suelo alfombrado, de arrellanarme en los blandos sillones, de contemplarme en los espejos de los armarios, de recrear la vista en los cuadros de las paredes y en los bronce y porcelanas que coronaban los muebles de fantasía o guardaban las artísticas vidrieras, ni de tender mis huesos en la mullida y voluptuosa cama a esperar el sueño, que no tardaba en llegar, como un aleteo suavísimo de genicillos bienhechores. ¡Qué poco se parecía todo aquello a la casona de Tablanca, tan grande, tan vieja, tan desnuda... y tan fría!

También me hallé muy complacido entre el grupo, no muy numeroso, de mis íntimas amistades, lo mismo cuando departíamos sobre lo ocurrido en el escenario de nuestro mundo desde que yo faltaba de él, que cuando servían de motivo a sus bromas la «pátina montaraz» de que veían empañada toda mi persona, o las nuevas aficiones a las cuales me mostraba inclinado, aunque cuidando mucho de no descubrir el oculto resorte del aparente milagro.

Lo que no me gustaba tanto eran las muchedumbres y el ruido y la línea recta informándolo todo, en el suelo de la calle, en los muros paralelos y compactos de las casas enfiladas, en la piedra y en el hierro de las jaulas del vecindario, avezada como tenía la vista a las curvas ondulantes y graciosas de la Naturaleza, al ordenado o desorden de sus obras colosales y a la sobriedad jugosa y dulce de sus tonos severos. Echaban de menos mis pulmones el aire rico y puro de la montaña, cuando se henchían del espeso y mal oliente de los grandes centros recreativos atestados de luces y de gentes; y andaba con la cabeza muy alta aun por los sitios más espaciosos, por la costumbre de buscar la luz por encima de los montes; antojábanseme las calles hormigueros y no viendo en ellas más que las obras y los fines de la ambición humana, cuando elevaba mi vista más allá de los aleros que asombraban la rendija de la calle, no descubría siempre la imagen de Dios, o la veía menos grande que la que me reflejaban forzosamente los gigantescos picachos de Tablanca en cuanto clavaba mis ojos en ellos. Yo hubiera querido en tales casos una componenda entre los dos extremos, algo por el estilo de lo que sentía Gedeón cuando se lamentaba de que no estuvieran las ciudades construidas en el campo; pero no siendo posible la realización de mis deseos, no muy apremiantes, me habría acomodado tan guapamente a estas y aquellas relativas contrariedades, entre las cuales había nacido y vivido y hasta

engordado, sin la menor sospecha de que pudiera haber cosa mejor
dispuesta y ordenada para el regalo y bienestar de una persona de buen
gusto, en parte alguna del mundo conocido.

Lo de las muchedumbres, que comenzó por desagradarme un poco, ya llegó a ser harina de otro costal. No hay como las picaduras del amor propio o las insinuaciones del egoísmo para sacar de su paso a los hombres más parsimoniosos. Cada vez que salía de casa o asistía a un espectáculo, siempre, en fin, que me veía envuelto en los oleajes del mar de transeúntes o de espectadores, me acordaba del dicho de Neluco y me preguntaba a mí propio: ¿quién soy yo, qué represento, qué papel hago, qué pito toco en medio de estas masas de gente? ¿Para qué demonios sirven en el mundo los hombres que, como yo, se han pasado la vida como las bestias libres, sin otra ocupación que la de regalar el cuerpo? ¿Quién los conoce, quién los estima, quién llorará mañana su muerte ni notará su falta en el montón, ni será capaz de descubrir la huella de su paso por la tierra? ¿Y para eso, para vivir y acabar como las bestias, soy hombre y libre y mozo y rico? ¿No serían una mala vergüenza una vida y una muerte así? Y me iba con el pensamiento a las agrestes soledades de Tablanca, donde no existía un desocupado, ni un egoísta, ni un descreído, y había visto yo morir a mi tío abrazado a la cruz entre las bendiciones y las lágrimas de todo el pueblo. Esto sería triste y

«oscuro» ante la consideración de un elegante desp
reocupado; pero era
luminoso y grande a los ojos del buen sentido y de
la conciencia sana.
Quedábame algunas veces, sin embargo, la duda de si
estas reflexiones
eran legítima y directamente nacidas de la observac
ión serena y
desinteresada, o venían impuestas por la idea de mi
adquirido
compromiso, ineludible ya; pero la verdad es que aq
uellas dudas se
desvanecían fácilmente, y que cada día que pasaba m
e era menos agradable
el desairado papel de comparsa anónimo que había he
cho yo en el montón
decorativo de esa incesante farsa de la vida.

Contribuía mucho a sostener el calor de estos senti
mientos, mi frecuente
y animada correspondencia con Neluco, el cual no er
a menos expresivo,
discreto e intencionado con la pluma que con la pal
abra; y digo lo de
intencionado, porque nunca le faltaba un pretexto e
n las cartas para
dedicar el mejor párrafo de ellas a Lita, de manera
que me enterara yo
de lo que me «añoraba» la hija de Mari Pepa, sin qu
e pareciese noticia
de ello lo que me decía. Yo seguía un procedimiento
semejante para que
se enterara ella de que no la echaba en olvido un s
olo momento; y así
fomentaba y tenía en incesante cultivo este delicad
o fruto de mi
transcendental evolución, dentro de los límites que
yo me había trazado
para eso.

Me daba minuciosa cuenta del estado de las cosas de
allá que podían

interesarme; me consultaba dudas o me apuntaba ideas sobre los encargos que le tenía hechos, o me esbozaba otros planes que siempre me parecían bien. Así me defendía de las malas tentaciones con que me asediaban los diablejos de mi vida pasada, en cuyas garras había vuelto a caer. Entre tanto, ordenaba y disponía mis caudales de modo que los tuviera siempre a la mano por alejado que me viera de ellos; y por último, me atreví con lo que más me dolía y a lo cual llamaba yo «quemar mis naves»: «deshice» mi casa. Quería destruir el nido para no tener tanto apego al árbol. Empaqueté lo más, vendí muy poco y regalé algo de ello a mis amigos. Envié lo empaquetado a la Montaña, y me instalé en una fonda.

Entonces fue cuando me puse a mirar, con verdadera y reposada atención, el consabido cuadro «desde lejos». Como «obra de arte», me parecía bellísimo; como realidad, no tanto; pero había que tener en cuenta la luz y los «adherentes» que me deslumbraban algo en mi observatorio, y la incesante y maléfica labor de los diablejos empeñados en que yo no saliera de Madrid y volviera a las andadas. Ello fue que, sin meterme en grandes filosofías, salí triunfante de la prueba con poquísimo esfuerzo de mi voluntad. Verdad es también que, por buenas o por malas, yo, decentemente, necesitaba triunfar en aquel empeño.

A todo esto, me carteaba mucho con mi hermana; y al darle la noticia de la muerte de nuestro tío y de sus disposiciones tes

tamentarias, no la
había omitido lo de mis propósitos de continuar su
obra en el valle.
Como la carta fue escrita en aquellos días de mis e
ntusiasmos bucólicos,
la hablé largamente de mis proyectos de vivir allí
y de reformar la
casona para hacerla más llamativa y pegajosa... en
fin, de todo menos de
lo principal: quiero decir, de la «santa» a quien s
e debían los milagros
de mi conversión. El caso es que mi hermana alabó m
ucho mis
resoluciones, y hasta me prometió hacer un viaje a
España con todos sus
hijos, ya que a su marido no le podía arrancar de s
us ingenios y
cafetales ni con agua hirviendo, sólo con el fin de
vivir conmigo una
buena temporada en la casona tan pronto como yo la
dijera que ya se
hallaba habitable. Así como así, estaba ya harta de
«moliendas»,
«trapiches» y «bagazos»... y hasta del sol ultramar
ino que la derretía,
y deseaba cambiar de aires y de panoramas... y de r
epostero. Después me
atreví a apuntarle la idea de sujetarme al terruño
con los lazos del
matrimonio, y la conveniencia, a mi juicio, de eleg
ir por compañera una
mujer como la que le pintaba por ejemplo, copiando
las condiciones de
Lituca. De perlas le pareció también todo esto. «A
ello y cuanto antes»,
me decía por conclusión de una carta recibida por m
í precisamente el día
en que entregaba la llave de mi casa a su propietar
io para establecerme
en la fonda.

Recuerdo muy bien estos particulares, porque no con

tribuyeron poco a
sostener mi firmeza en aquellos días críticos en qu
e tan de temer eran
las vacilaciones.

Con los apuntes que había llevado yo a Madrid y otr
os que fue enviando
Neluco cuando se le pidieron, un arquitecto amigo m
ío y persona de buen
gusto, hizo un plan de reformas interiores de la ca
sona de Tablanca, muy
adecuado al carácter y antigüedad del edificio: cos
a seria y cómoda en
lo posible. Donde se nos corrió un poco la mano fue
en mi gabinete. «Por
lo que pueda ocurrir», le había dicho yo al arquite
cto. Entendíome la
intención, y se despachó a su gusto, y al mío tambi
én.

Con estos planos y pormenores a la vista, encargué
a Neluco lo que debía
adquirirse por allá para lo fundamental de las obra
s; adquiriré yo en
Madrid lo puramente accesorio y decorativo que me f
altaba, y a la
Montaña con ello enseguida. Vamos, que andaba yo co
n estas cosas como
niño con zapatos nuevos.

En mayo empezó Neluco las obras, y a fin de junio,
cuando ya estaban
terminadas las principales y más engorrosas y se de
sbandaban hacia el
Norte las gentes adineradas de Madrid, salí yo para
la Montaña con una
impedimenta que metía miedo. Esta vez no me quedé e
n Reinosa para tomar
el camino del Puerto, sino mucho más abajo, para se
guir por lo llano
hasta la desembocadura del Nansa, y a continuar des
pués aguas arriba.

Este camino, aunque más largo, era menos incómodo para mí, y casi indispensable para la conducción de la impedimenta que iba detrás.

Cuando llegué a Tablanca, me encontré a sus habitantes asombrados de lo que estaban viendo en la casona. Aquel traqueteo de herramientas y bullir de obreros y acopiar de materiales, no se había soñado jamás en aquel pueblo, donde no se labró una casa ni acometió una obra que pasara de levantar un «jastial», o reponer unos cabrios, o enderezar una cumbre, en cuanto alcanzaba la memoria de los más viejos. Asustábales, principalmente, el dineral que costaría todo aquello, y después el temor de que «por el visual que iba tomando la casona por adentro», se les cerraran la puerta y la cocina, teniéndolos en poco para darles entrada libre como antes. Me costó Dios y ayuda convencerles de lo contrario, aun haciéndoles ver por sus propios ojos, como ya se lo había hecho ver Neluco más de dos veces sin fruto alguno, que no se tocaba la cocina ni para profanarla con un blanqueo, y que sólo alcanzaban las reformas a las piezas principales y a la escalera. Pero más que estas demostraciones sobre el terreno, les convenció la parrufada que les largué, casi un sermón entero, sobre lo que había sido, era y sería, mientras yo viviera, aquel noble solar para los tablanqueses; la importancia que daba y daría siempre a sus tertulias, y lo resuelto que estaba a que las cosas siguieran allí como en vida

de mi tío...

Convenciéronse al fin, pero no sin quedar yo convencido también de la razón con que decía, sin que se lo creyéramos los que le oíamos, cierto amigo mío, muy apasionado de la milicia, que debe ponerse mucho tiempo en lo de reformar «instituciones» viejas, aunque sea con el fin de mejorarlas, porque, a veces, dos botones de más o de menos en el uniforme tradicional, pueden influir hasta en el prestigio o en la indisciplina del regimiento que le usa.

Como esto fue lo primero que me impresionó al llegar a Tablanca, lo primero sale a relucir en esta cadena de recuerdos de aquellos días y sucesos; pues al dar la preferencia a la memoria de los más gratos, por otro eslabón bien diferente hubiera comenzado. Digo lo por la impresión inenarrable que me causó Lituca, a quien había dejado algo triste y muy arrebuja en los pesados ropajes de invierno, y en contrada risueña como una aurora de abril, y rebosando de juventud y frescura en sus hábitos veraniegos, sencillos hasta la pobreza, pero limpios y alegres como el plumaje de las tórtolas que la arrullaban desde su huerto florido. Después, los fondos del escenario en que descollaba tan gentil figura: antes desnudos, fríos, yertos, encharcados en agua o amortajados en nieve; ahora la Naturaleza riante y vestida con la pompa de sus mejores galas; los prados verdes y lozanos, los montes frondosos y habladores con el rumor de las brisas jugueteando en su follaje

e y esparciendo por
todo el valle la fragancia más exquisita. Me costó
muchísimo trabajo
contener en mi lengua las oleadas que subían de mi
corazón cuando me vi
por primera vez enfrente de aquella criatura que ca
da día se me revelaba
con nuevos atractivos, y noté que leyéndome ella es
ta lucha en la
expresión de mis ojos o en el acento de mi voz, tam
poco acertaba a
pintar con el colorido que la imponían «las circuns
tancias», el placer
con que volvía a verme. Entre tanto, su madre, su a
buelo, Neluco, don
Sabas, Chisco, toda mi servidumbre, la hermana y el
cuñado de Neluco, a
quienes había saludado a mi paso por Robacío; el ve
cindario entero de
Tablanca, todos parecían regocijarse hasta el entus
iasmo con mi vuelta y
con mis planes y propósitos. Esto me halagaba mucho
y hasta llegaba a
entusiasmarme, y a todo ello daba abrigo y refugio,
con la imagen de
Lituca, en el fondo de mi corazón, empezando a duda
r ya muy seriamente
si procedía de ésta sola aquella nueva luz que me e
mbellecía todo cuanto
me circundaba, o había real y positivamente en ello
algo capaz, por
virtud propia, de hacer el milagro de mi rápida con
versión a otra vida
que poco antes me parecía insoportable. Porque lo c
ierto es que yo había
llegado a Tablanca por primera vez en el rigor del
invierno y en las
peores condiciones que pueden imaginarse para la ac
limatación en aquel
«medio», de un hombre de mis antecedentes; y vistas
a la luz del sol
estival, tenían aquellas mismas cosas aspecto muy d

instinto. El valle, vestido de verano, era hasta hermoso; la gente, animada y alegre; los panoramas, mucho más interesantes por la abundancia de luz y limpieza de los horizontes; la temperatura, hasta calurosa en los sitios bajos; las fiestas y romerías, abundantes... y la más solemne y original de las primeras, una que me había ponderado mi tío mucho, aunque no todo lo que verdaderamente merece: la del reparto de la yerba del Prao-concejo en agosto, que dura ocho días seguidos; la verdadera fiesta del trabajo.

Todo el pueblo concurre a aquella vasta y empingorotada pradera, vestido de gala, para la designación de «partidores», bajo la presidencia del «regidor» competente; y es de ver cómo aquellos «funcionarios», después de decirles el regidor, descubriéndose la cabeza: «Hablen los partidores», con una varita en la mano y sin saber una jota de geometría ni de problemas de triangulación, van demarcando con equidad admirable las «hazas» o suertes correspondientes a todo el vecindario; cómo se sortean las hazas por grupos de cierto número de vecinos; cómo suben antes de amanecer los designados para el día, y siegan la yerba y laorean y la bajan al pueblo en el día mismo, en «basnas» (especie de narrias), conteniéndolas en su descenso por el declive rápido del monte, una pareja de bueyes enganchada detrás de cada basna, y cómo se continúa esta patriarcal faena durante una semana, sin una sola protesta, por no

haber un solo perjudicado en la repartición, y cómo se colman los parajes de Tablanca de aquel heno finísimo, sustancioso y fragante, que es una verdadera riqueza para el valle, cuyos hermosos ganados tienen bien merecida fama de ser los mejores de la provincia.

Después de esta bulliciosa solemnidad, que removi6 al vecindario entero y le dejó rendido por la doble fatiga de los jolgorios y del trabajo, dispuse yo el casamiento de Tona con Pito Salces. No se podía ya con aquel bárbaro, que no cesaba de rogarme, con la cabeza gacha, los ojos cerrados y sobándose las manos, que acabara de dar licencia a la moza para «echar _aqueyu_ a un lau, cuanti más antes».

Enseguida abordé a Chisco, le conté el caso y le dije:

--Y tú ¿te resuelves o no te resuelves a lo mismo?

A lo que el mozallón me respondió primero con una sonrisilla algo truhanesca, y después con estas palabras, dichas con el mayor sosiego:

--Pues me he risueltu... a que no.

--¿Después de pensarlo bien?--le pregunté.

--¡Vaya!--me contestó echando un poco atrás la cabeza y metiendo las puntas de sus manos en los bolsillos del pantalón. Y luego añadió en su estilo dulce y reposado--: Cuando juí probe, me cerraban las puertas los mesmús que me las abren ahora en «parracil», porque

ya soy hombri de
caudalis; y esu de que a unu se le estimi por lo qu
e tien y no por lo
que él vali de por sí mesmu... ¡jorria! a otru con
la tostá, que yo ya
soy zorru vieju; y como mayormenti a mí no me apura
n tampocu esas
cosas... con tal de que a usté no le estorbi yo en
la casona con el mi
trabaju, pa largu tien sirvienti placenteru.

Congratuléme de ello muchísimo, por la cuenta que m
e tenía conservar un
criado de las raras prendas de aquél... y precisame
nte al otro día de
este suceso fue cuando yo «la hice» redonda.

Hallábame con Neluco en el gabinete, cuyas obras pr
incipales estaban ya
terminadas, y nos ocupábamos los dos en desembalar
cosas de las muchas
que había traído yo de Madrid para decorarle, mient
ras se oía el
machaqueo y los cánticos a la sordina de los obrero
s en las piezas
inmediatas, hasta la escalera inclusive, cuando se
me puso delante toda
la familia de don Pedro Nolasco, que, con el atract
ivo de las obras,
subía con frecuencia a la casona, aunque no tanto c
omo el médico y el
Cura, que no faltaban de ella un solo día. Estaba l
a tarde calurosa, y
Lituca estrenaba un vestido de percal blanco con ra
yas azules; con el
cual, unos zapatines escotados, un capullo de rosa
en el pelo junto a la
oreja, y una penquita de brezo florido en la boca,
resultaba
verdaderamente hechicera. Encima de las cajas a med
io abrir; sobre la
meseta de mármol de la chimenea, construida frente

a la puerta; en el
zócalo de la artística embocadura con que se había
sustituido el tabique
divisorio de la alcoba, y arrimadas a los ángulos d
e la habitación,
había piezas desarrolladas de rico papel imitando t
apicería, y relucían
adornos de metal y baquetones dorados... ¡María San
tísima, las
exclamaciones que hizo Mari Pepa al verlo, pensando
que aquello valía
una riqueza, sin contar lo mucho que le gustaba!

--¡Ay, mi señor don Marcelo, qué a oscuras ha vivid
o una en estos
andurriales, sin saber pizca de las pompas con que
se regalan en el
mundo las gentes poderosas! ¡Mire que tienen demont
res estas hermosuras
tan relumbrantes que nunca se soñaron aquí! ¿Qué te
paez, hija mía?
Padre, ¿qué le paez? ¡Mire que campa de veras!... ¡
Vaya, vaya! Y ello,
¿pa qué es, don Marcelo? ¿Onde se ponen esas cosas
tan majas? A ver, a
ver si nos entera, que es bueno saber de todo.

Sonreía Lituca sin decir una palabra; mirábalo en s
ilencio y pasmadote
su abuelo; reíase de todas veras Neluco, y yo, haci
éndome suma gracia
aquellas espontaneidades de Mari Pepa, satisfacía m
uy gustoso sus deseos
explicándola el destino de cada cosa y el de otras
muchas que no estaban
a la vista, poniendo especial empeño en describir e
l gabinete, para que
lo entendiera bien Lituca, tal y como habría de ser
después de
concluido. Y ya, puesto a describir, tras esta desc
ripción hice la de
todas las piezas reformadas, para que se tuviera un

a idea de la
entonación general de la casa, mejora sencilla y no
costosa, con
relación a mi modo de ver y de vivir hasta allí, pe
ro motivo de asombro
y de estupefacción para Mari Pepa, que acabó por de
cirme encarándose
conmigo:

--Pues no seré yo, señor don Marcelo, quien tache a
los pudientes porque
gasten su dinero en buscarse el regalo de la vida s
in olvidarse al mismo
tiempo de los pobres, como lo hace usté; pero tampo
co de las que se
traguen la tostá sin conocerla por el gusto... ¡Vay
a, vaya!... Aquí hay
más mira de lo que paez al primer golpe... porque t
odos estos
perendengues y otros tales, antójanseme demasiado p
ara un hombre solo...
Y quiera Dios que yo acierte y que para bien sea y
cuanto antes, señor
don Marcelo... Pues también le digo que por alto qu
e ella levante el
copete, bien la ha de caber aquí... Vaya, vaya, que
una reina puede
vivir en tal palacio... ¡Jesús, Señor!... Conque me
jor hoy que mañana,
don Marcelo, que así como así, no está sobrante de
gentonas de viso este
pobre lugarón... ¡Pero qué tochadonas me atrevo a d
ecirle a usté, Virgen
la mi Madre!... ¿No verdá, don Marcelo, que sabrá p
erdonármelas?

La inesperada ocurrencia de aquella mujer, delante
de Lituca en quien
tenía yo puestos los ojos y el pensamiento sin cesa
r, me desconcertó en
tales términos, que no supe responderla más que con
una risotada

maquinal; y me hizo tan extraña impresión en los profundos del alma, que tomé la coincidencia como la voz de mi destino que me decía «ahora o nunca». Obcecado en la idea y sintiéndola crecer y avasallarme por momentos al ver lo que vi de pronto en la actitud violenta y en la cara indefinible de Lituca, me aproximé al médico lo más disimuladamente que pude, y le pedí que, por caridad de Dios, me sacara de allí a don Pedro Nolasco y a su hija, mientras decía yo dos palabras a la nieta. Acerquéme a ésta enseguida con la disculpa de enseñarla no sé qué chucherías que asomaban entre los papeles colorados de una caja a medio abrir; llevóse Neluco a los demás hacia el crucero, y la dije en cuanto nos vimos solos:

--Su madre de usted está en lo cierto, por lo que toca al destino de estas obras: no se hacen para mí solo; pero se equivocan en lo principal: en lo que presume de la reina con quien deseo compartir este humilde alcázar de mi señorío. No la preguntó a usted si desea conocerla, porque, aunque no lo desee, es de gran necesidad para mí que la conozca, y va usted a conocerla ahora misma... Pues sírvale de gobierno que esa mujer a quien yo deseo hacer reina de este humilde palacio, y principalmente de su dueño, es usted, Lita. Dígame si no le agrada el trono con que la brindo, para pegarle fuego enseguida.

Se quedó la pobre, pálida y temblando, como si vaci

lara sobre ella la
mole del peñón de Bejos, y me vi y me deseé para ar
rancarla una
respuesta tan terminante como yo la quería. Metido
en este empeño,
estuve pegajosón y baboso como un doncel primerizo.
.. ¡qué demonio! como
estarán hasta los tenorios más «lagartos» cuando va
la cosa de veras y
se pone en la jugada tanta cantidad de sí propio co
mo de «lo mío» ponía
yo en aquélla. Al fin, sacándolo a pulso y gozándom
e en la turbación que
impedía a la infeliz ser más explícita conmigo, sup
e todo lo que
necesitaba saber, y otro poco que se me otorgó en p
remio del trabajo que
me costó adquirirlo. Tenía mucho miedo, la inocente
, de algo que venía
notando en mí desde «cierto día»; miedo que no se a
trevía a confesar ni
aun a su propia conciencia; porque ¿qué sabía ella
de lo cierto y de lo
incierto, de lo bueno y de lo malo en esas cosas? A
hora se lo ponía yo
en claro, de pronto, «sin más ni más»; ¡yo! un homb
re tan sabedor del
mundo y del trato de las gentes educadas, rico y en
la mejor edad de la
vida para escoger entre lo bueno de lo mucho que ha
bría conocido en otra
parte, porque todo, por grande que fuera, me lo mer
ecía; ¡a ella! una
pobre e ignorante aldeanuca, del rincón más oscuro
y apartado de la
tierra. Y por esta conciencia que tenía de lo ruin
y miserable de sí
propia, ¿cómo no dudar de lo que veía y tocaba? Y s
i creía en ello,
¿cómo no espantarse con la seguridad de que no me s
aldrían todas las
cuentas que me había echado al proponerla lo que la

proponía, ni qué
pena, mañana, más terrible para ella que la de no v
erse capaz de hacer
dichoso a un hombre que tan alta y regalada la habí
a puesto!

¡Qué remonísima estaba cuando me decía estas cosas
con alterada voz y
palabra torpe, despojando de sus farolillos encarna
dos con una mano, y
no muy firme, la penquita de brezo que sostenía con
la otra, los ojos
humedecidos y cobardes, sonrosadas las mejillas y u
n poco agitado el
seno! Ella así y yo animándola con la mirada «enter
necida» y la frase
dulzona, representábamos la escena sempiternamente
cursi a los ojos de
un espectador desapasionado y frío; pero yo, que ha
bía sido de éstos
hasta entonces, la encontraba hasta sublime, y me p
roducía sentimientos
e impresiones que jamás había notado en los profund
os de mi corazón.

Acabó la escena, como tantas otras del teatro en qu
e se fingen estos
pasajes de la vida humana, «oyéndose pasos» afuera,
y saliendo nosotros,
gesticulando y diciendo sandeces «para disimular, a
l encuentro de los
que llegaban.

Y puestas aquí las cosas ya, ¿qué hacer? Pues lo qu
e hice al día
siguiente: bajar al pueblo para pedir solemnemente
la mano de Lituca a
su abuelo y a su madre, después de haber dado por l
a noche cuenta de mi
resolución al Cura don Sabas y al médico, que me la
pusieron en las
nubes, particularmente el primero, que hasta lloró

de entusiasmado, y,
por su gusto, hubiera mandado repicar las campanas
en celebración del
acontecimiento, que tenía por providencial para la
casona, para mí, para
Lituca y para el valle entero y verdadero.

Bajaba, pues, hacia el pueblo aquella inolvidable m
añana de un día de
los últimos de agosto, recapitulando lo más sustanc
ial y práctico de lo
muchísimo que había cavilado por la noche; contempl
aba por última vez,
con los ojos de la imaginación, el panorama de mi p
asada vida y mi
probable paradero con los rumbos adoptados en ella,
examinaba después el
cuadro de sucesos e impresiones que me había traído
últimamente a
aquellas tan peregrinas andanzas; empeñábame de nue
vo en distinguir lo
principal de lo accesorio, las causas de los efecto
s, en el complejo
montón de ideas e impresiones que me llenaba la cab
eza y el corazón;
sentíame unas veces enardecido y valeroso, y otras
un poquito menos,
pero nunca arrepentido ni desalentado...

--...Y por último--llegué a decirme--, si las teorí
as de ese mediquillo
están bien fundadas; si la reconstitución del cuerp
o degenerado y
podrido ha de venir por la sangre pura de las extre
midades, alguien ha
de empezar esa obra eminentemente humanitaria y pat
riótica. ¿Y por qué
no he de ser yo?... Adelante, pues, con la dinastía
de los Ruiz de
Bejos; y a fin de que en mí no se acabe, demos cuan
to antes una reina
indígena a los tablanqueses, y bendiga Dios el inte

nto para que le quepa
a éste mi rejuvenecido hogar la gloria de haber pue
sto la primera piedra
en ese monumento de regeneración en que cree y conf
iesa, con el
entusiasmo de un apóstol, Neluco Celis... Y aunque
andando los días
resulte todo esto música celestial, ¿a qué más pued
o aspirar yo, mundano
insípido y desencantado, que a vivir al calor de es
te fuego divino que
centelleaba en mi corazón y en mi cerebro, y me ha
transformado, de
cortesano muelle, insensible y descuidado, en hombr
e activo, diligente y
útil?... Y para unos amores así, con una compañera
como la que ha hecho
tan estupendo milagro, ¿qué mejor nido que este val
lecito abrigado y
recóndito en que tan cercanos se ven, se sienten y
se admiran los
prodigios de la Naturaleza, y la inmensidad, la omn
ipotencia y la
misericordia de su Creador?

XXXIV

Han pasado algunos, bastantes años, desde que ocurr
ieron estos sucesos
hasta la fecha en que los conmemoro en los apuntes
que preceden, con el
único fin de distraer la nostalgia de aquel bendito
rincón de la tierra,
del que me apartan, por muy contados meses, urgenci
as que me imponen
este costoso sacrificio. Porque tan cabal, tan inte
nsa, tan continua ha
sido mi felicidad en ese tiempo, que a veces me esp

antan los temores de
que no haya sido mi gratitud tan grande como el ben
eficio recibido, y un
día me hiera la justicia de Dios en lo que más amo,
para recordarme lo
que le debo.

Santander, diciembre de 1894.

End of the Project Gutenberg EBook of Peñas arriba,
by José María de Pereda

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK PEÑAS ARRIB
A ***

***** This file should be named 24127-8.txt or 2412
7-8.zip *****

This and all associated files of various formats wi
ll be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/4/1/2/24127/>

Produced by Chuck Greif

Updated editions will replace the previous one--the
old editions
will be renamed.

Creating the works from public domain print edition
s means that no
one owns a United States copyright in these works,
so the Foundation
(and you!) can copy and distribute it in the United
States without
permission and without paying copyright royalties.
Special rules,
set forth in the General Terms of Use part of this
license, apply to

copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic

works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing

, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work

with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary,

compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the

Project Gutenberg Literary Archive Foundation.
Royalty payments
must be paid within 60 days following each date on which you
prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax
returns. Royalty payments should be clearly marked as such and
sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the
address specified in Section 4, "Information about donations to
the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies
you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he
does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm
License. You must require such a user to return or
destroy all copies of the works possessed in a physical medium
and discontinue all use of and all access to other copies of
Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any
money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the
electronic work is discovered and reported to you within 90 days
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a

Project Gutenberg-tm
electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement,

disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement

or refund set forth
in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER
WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied
warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages.
If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the
law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be
interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by
the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any
provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the
trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone
providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance
with this agreement, and any volunteers associated with the production,
promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works,
harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees,
that arise directly or indirectly from any of the following which you do
or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm
work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any
Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

ause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pgla.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit

501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its

s mission of
increasing the number of public domain and licensed
works that can be
freely distributed in machine readable form accessi
ble by the widest
array of equipment including outdated equipment. M
any small donations
(\$1 to \$5,000) are particularly important to mainta
ining tax exempt
status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the l
aws regulating
charities and charitable donations in all 50 states
of the United
States. Compliance requirements are not uniform an
d it takes a
considerable effort, much paperwork and many fees t
o meet and keep up
with these requirements. We do not solicit donatio
ns in locations
where we have not received written confirmation of
compliance. To
SEND DONATIONS or determine the status of complianc
e for any
particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions fr
om states where we
have not met the solicitation requirements, we know
of no prohibition
against accepting unsolicited donations from donors
in such states who
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, bu
t we cannot make
any statements concerning tax treatment of donation
s received from
outside the United States. U.S. laws alone swamp o
ur small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.